 Seix Barral

**Mikael Niemi**

Cocinar un oso



# Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Kengis, 1852

I

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17

II

18  
19  
20  
21

22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41

### III

42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50

51

52

53

54

55

56

57

58

IV

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

Epílogo

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

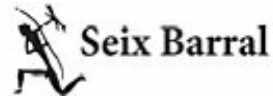
## Sinopsis

Verano de 1852. Durante un paseo por los bosques del norte de Suecia, el pastor Lars Levi Læstadius y el joven Jussi descubren el rastro de una joven desaparecida días antes. Los malos presagios se cumplen al encontrar poco después el cuerpo de la chica con indicios de haber sido atacada por un oso. Læstadius, gran aficionado a la botánica y con un ojo muy bien entrenado para los detalles más pequeños, no ve tan claro que la muerte sea obra de un animal. Cuando una segunda joven sea atacada, en esta ocasión por un desconocido, Læstadius y su joven acompañante emprenderán una atípica investigación que pondrá contra las cuerdas a toda la comunidad.

# COCINAR UN OSO

Mikael Niemi

Traducción del sueco por Martin Lexell y Mónica Corral Frías





KENGIS, 1852

# I

*En el bosque estoy.*

*Un verso escribo.*

*Mi novia, fiel,*

*canta alegre.*

*En tu corazón*

*quiero morar,*

*el dolor del amor*

*vas a notar.*

Me despierto en un vasto silencio. El mundo espera a ser creado. La oscuridad y el cielo me envuelven. Mis ojos, como dos pozos, se dirigen al espacio, pero allí no hay nada, ni siquiera aire. En medio de la quietud, mi pecho empieza a temblar y a estremecerse. Las sacudidas son cada vez más fuertes, algo que crece ahí dentro amenaza con salir. Fuerza mis costillas como si fueran barrotes de una jaula de madera. No hay nada que yo pueda hacer. Sólo rendirme ante este terrible poder, como un niño que se arrastra por el suelo bajo un encolerizado padre. Nunca se sabe dónde caerá el próximo golpe. Y soy yo el niño. Soy yo el padre.

Antes de que el mundo se haya creado del todo, salgo con premura al amanecer. En la espalda llevo mi cuévano de piel; en la mano, el hacha. Me detengo a una distancia prudente del establo y busco refugio en la linde del bosque. Finjo estar ocupado con mi vestimenta por si alguien me descubre y empieza a preguntarse qué hago allí, desato y ato de nuevo la cinta que sujeta las cañas de mis botas una y otra vez, sacudo la gorra para quitar unos piojos invisibles y hago como si los echara a los ácidos de un hormiguero. Sin perder de vista la casa en ningún momento. El primer humo de la mañana se alza por la chimenea revelando que sus habitantes se han levantado. Y de pronto sale. En sus manos se balancean dos cubos vacíos. El pañuelo que le cubre la cabeza brilla blanco como la perdiz de las nieves al alba, y el rostro es un luminoso redondel con ojos claros y cejas oscuras. Intuyo la suavidad de las mejillas y de los pequeños labios rosados, a los que oigo canturrear tímidamente, formando pequeñas y delicadas palabras. Cuando abre la pesada puerta del establo y se cuelga dentro, las reses ya están atentas y mugen

impacientes, con las ubres matutinas tensas. Todo ocurre muy rápido, demasiado rápido. Intento aguzar mis sentidos para conservar la imagen y poder evocarla cuando quiera. Y aun así no será suficiente, he de poder verla mañana también. Las caderas que se mecen bajo el delantal, la suave redondez del pecho, la mano que agarra la aldabilla de la puerta. Me acerco sigilosamente, atravieso el terreno que me separa del establo medio corriendo, como si fuera un ladrón, y al llegar a la puerta me detengo. Cierro la mano en la aldabilla. Mi nervuda y desollada mano donde la suya, pequeña y suave, acaba de estar. Esos dedos que ahí dentro agarran unas grandes ubres dejando que chorros blancos azoten los cubos de leche. Durante un instante tiro de la aldabilla como si pensara entrar; sin embargo, me doy la vuelta y me marcho a toda prisa, temeroso de que me vean. Pero guardo en mi mano durante el resto del día el calor de su piel.

A la hora de comer siempre espero hasta el final. Permanezco escondido en el rincón cuando la mujer del párroco deja la pesada olla de gachas en la mesa. Negra como la muerte por fuera, humea como recién sacada de las llamas del infierno, pero dentro las gachas brillan claras y doradas, una crema algo granulada que se pega en el cucharón de madera. Brita Kajsa las remueve con la ancha espátula, hundiéndola hasta el fondo antes de volver a subir y romper la fina capa que se ha formado arriba, y al poco tiempo aromas de paja y polen invaden hasta el último rincón de la casa. Los niños y los criados están sentados esperando. Veo una fila de rostros pálidos, una silenciosa pared de hambre. Con gesto adusto coge los cuencos y empieza a repartir, grandes cucharadas a los mayores y porciones más pequeñas a los jóvenes. Luego sirve a los criados y a los visitantes que han pasado a verlos, todos reciben su ración. Ahora las cabezas bajan y los dedos se entrelazan encima del tablero de la mesa. El pastor aguarda hasta que todo se ha calmado antes de inclinar la cabeza él también y, con profundo sentimiento, dar gracias por el pan nuestro de cada día. Después se come en silencio. Sólo se oyen el discreto mascar de las bocas y las lametadas en las cucharas de madera. Los mayores piden más y su petición es atendida. Se parte el pan y con dedos ágiles los comensales dan cuenta del frío lucio cocido mientras las raspas del pescado se van alineando en la mesa como agujas resplandecientes. Cuando todos están a punto de terminar, el ama de la casa echa casualmente un vistazo hacia el rincón en el que me encuentro.

—Ven tú también a comer.

—No importa.

—Ven aquí y siéntate. Niños, hacedle sitio a Jussi.

—Puedo esperar.

También el maestro se vuelve hacia mí. Tiene la mirada vidriosa, no sólo veo el dolor que hay en ella sino su lucha por ocultarlo. Basta un breve movimiento de su cabeza para que vaya silenciosamente hasta la mesa. Acercó mi *guksi*,<sup>1</sup> el que hice con mis propias manos allí arriba en Karesuando y que me ha acompañado toda la vida. Al principio era blanco como la piel de un niño de pecho, pero con el tiempo ha ido oscureciéndose por el sol, las sales y los enjuagues en miles de aguas. Siento el peso en mi *guksi* cuando el ama vacía el cucharón en él antes de empezar a raspar las paredes de la olla para recoger más, pero entonces ya he vuelto a sentarme en mi rincón con las piernas cruzadas. Engullo las viscosas gachas ya templadas, como mi boca. Saben a cebada y las siento deslizarse por la garganta hasta acabar rodeadas por los músculos del estómago. Allí se convierten en fuerza y calor que me ayudan a vivir. Me alimento igual que los perros, voraz y alerta.

—Ven a por más —me anima el ama.

Pero sabe que no me voy a mover. Sólo como una vez. Acepto lo que se me da, nunca pido más.

El *guksi* está vacío. Paso con delicadeza el dedo pulgar por sus redondeadas paredes y lo lamo hasta que queda limpio. Dejo que se deslice en mi bolsillo. Es el *guksi* el que me da de comer, es el que atrae lo que haya para llenar el estómago. Muchas veces he estado a punto de desplomarme por culpa del hambre y el agotamiento, pero si en esos momentos he sacado el *guksi*, éste se ha llenado con una cabeza de pescado. O con sangre de reno. O con bayas heladas de la ladera de la montaña. Así, sin más. Y yo he masticado y he recuperado las fuerzas. A uno se le proporciona lo necesario para sobrevivir otro día. No espero más, es así como he salido adelante. Es por eso por lo que me he sentado en el suelo. Jamás me envalentonaría para exigir, arrebatarse las cosas como el cuervo ni bufar como el glotón. Antes me aparto. Si nadie me ve, me quedo entre las sombras. Pero el ama me ve. Aunque no

pido nada, me sirve igual, con esa consideración y parca amabilidad que tiene y que muestra con todos los seres, ya sean vacas o perros. Todo lo que vive debe vivir. Más o menos así.

Puedo desaparecer en cualquier momento. Así es el caminante. Ahora estoy aquí y al instante siguiente allí. Me pongo de pie, agarro el morral y echo a andar. Sin más. Cuando eres pobre, puedes vivir así. Llevo encima todo lo que poseo. La ropa que cubre mi cuerpo, el cuchillo que cuelga del cinturón. El yesquero y el *guksi*, la cuchara de cuerno de reno, la bolsa con sal. Mis cosas apenas pesan. Soy ligero y de pies rápidos, antes de que me echen de menos ya me encuentro en otro valle. Sin dejar rastro. No más que el que deja un animal. La hierba y el musgo que piso vuelven a levantarse al poco tiempo, y cuando enciendo fuego me valgo de lugares que ya se han usado, para que mis cenizas se sobrepongan a las de otros y así se vuelvan invisibles. Hago de vientre en el bosque, levanto un terrón y después lo devuelvo a su sitio. El próximo caminante puede apoyar el pie justo encima sin advertir nada, sólo el zorro es capaz de intuir un débil olor humano. En invierno mis esquíes abren pistas sobre el suave cielo de la nieve, avanzo volando a un par de palmos de la superficie y con la llegada de la primavera cualquier rastro de mis bastones se derrite y desaparece. El hombre puede vivir así, sin devastar ni dividir. Sin existir en realidad. Sólo siendo como el bosque, como el follaje del verano y la hojarasca otoñal, como la nieve del invierno y los innumerables brotes que se abren con el sol primaveral. Y luego, cuando uno al final desaparece, es como si nunca hubiera pisado la tierra.

Mi maestro sufre. Veo sus labios crispase, sorber y chasquear en torno a unas palabras que se resisten a nacer. Sus enemigos se acercan cada vez más, no pasa ni un solo día sin nuevos golpes y burlas. Y lo único de lo que puede echar mano para defenderse es su pluma. La blande contra las espadas y las porras, pero las palabras se resisten a aparecer. Quiero golpearlo, pellizcarlo fuerte para liberarlo. Hacer lo que sea para que la luz entre de nuevo en él. Podría haber sido mi padre. Pienso en él de esa manera, pero cuando en una ocasión se lo insinué, lo invadió la ira y entonces entendí que la mejilla del maestro se calienta y la aparta. Me dejo caer en la jarapa como un perro. Espero fiel, puedo quedarme tumbado con el hocico sobre la pata durante horas, preparado para acompañarlo en cualquier momento.

Los años de profundas reflexiones han dejado huella en su frente. Está sucia, quizá de jugo de tabaco, quizá del hollín de la mecha del quinqué. El pelo largo le cae en mechones grasientos que de vez en cuando echa hacia atrás como cuando uno pasea por el bosque y aparta las ramitas que le molestan. En solitario se abre camino entre sombras y terrenos pantanosos cubiertos de maleza por donde nadie antes ha caminado. Pero no está del todo solo. Yo lo sigo, en silencio, avanzo con el hocico en su rastro, sigo el cuero embreado de sus botas laponas, el crujido de la paja de relleno dentro de ellas, la lana mojada de las perneras. Él se adentra desafiante en terrenos desconocidos, pero yo nunca lo pierdo de vista. Con el estómago vacío, pero no me quejo. Como una sombra voy detrás de él, pegado a sus talones.

Durante una de nuestras caminatas, nos sentamos a descansar junto a un



manantial de agua fría. Mientras saciábamos nuestra sed, me observaba de reojo, pensativo.

—¿Cómo se convierte uno en buena persona? —preguntó al final.

Yo no era capaz de contestar.

—¿Cómo se convierte uno en bueno, Jussi? —insistió—. ¿En qué consiste ser buena persona?

—No lo sé —balbuceé.

El maestro continuó con sus ojos fijos en mí, irradiaba una luz intensa, un ardor.

—Pero míranos a los dos, Jussi. Mírate a ti y mírame a mí. ¿Quién de los dos dirías que es bueno?

—Usted, mi maestro.

—No me llames maestro cuando estamos en el bosque.

—Quiero decir... pastor.

—¿Y por qué?

—Porque el pastor es párroco. Usted nos administra la palabra de Dios, puede administrarnos el perdón de Dios por nuestros pecados.

—Pero eso es mi oficio. ¿Sólo el oficio puede convertir a una persona en buena? ¿Y no hay pastores malvados?

—No, no, eso es imposible.

—Párrocos que beben. Que llevan una vida lujuriosa. Que pegan a sus mujeres hasta dejarlas medio muertas. Te puedo asegurar que he conocido a unos cuantos.

No contesté. Fijé la vista en el humeante hongo yesquero que habíamos prendido para ahuyentar los enjambres de mosquitos.

—Mírate a ti, Jussi. No tienes gula. No bebes.

—Pero eso es porque soy pobre.

—No hablas sobre ti con palabras altisonantes. Si se ofrece algo, eres el último en acercarte, rechazas los elogios que se te dispensan.

—No, no lo hago, pastor, es sólo que...

—A menudo ni siquiera me doy cuenta de que me acompañas. Tengo que darme la vuelta para asegurarme. Eres tan silencioso que desapareces. Siendo así, ¿cómo se puede ser malo?

—Pero el pastor hace muchas más cosas buenas.

—¿Y eso viene de Dios, Jussi? Piénsalo, piénsalo. ¿Acaso no será sólo el diablo de la ambición que me susurra al oído? ¿Que me tienta con las ostentaciones y las aclamaciones mundanas? A mi muerte espero que la gente me recuerde como un hombre importante. Mientras que tú, Jussi, vas a ser borrado como una sombra que nunca ha existido.

—Yo estoy contento con lo que he recibido.

—¿De verdad?

—Sí.

—Eso es lo que te hace bueno. Eres el alma más bella y más amable que he conocido.

—No, pastor...

—Que sí, Jussi. Pero espera. Escúchame bien. ¿Te convierte eso en una buena persona?

—Yo no pienso así.

—No, quizá sólo te lo dicta tu naturaleza. En el fondo, tú y yo somos muy diferentes en nuestra forma de ser. Y por eso nos comparo tan a menudo. ¿Quién de nosotros sigue el camino correcto? ¿Cómo debemos vivir realmente? Hago muchas cosas buenas, es verdad. Pero también causo daño, me granjeo enemigos, hiero a mis adversarios y los pisoteo. Mientras que tú pones la otra mejilla.

Vio que me disponía a protestar y alzó la mano.

—Espera, Jussi. ¿Eso te convierte en bueno? ¿Es eso lo que el Creador quiere?

Durante un buen rato me quedé observando un tábano que con brillantes y verdosos ojos de mosca ascendía por la pernera del maestro. Intentaba en vano picar a través de la tela.

—Yo te enseñé a leer, Jussi. Tomas prestados mis libros, progresas. Veo que piensas, ¿pero qué haces con tus pensamientos? Si alguien se enfrenta contigo, te apartas, simplemente agarras tu morral y te marchas. Huyes hacia el norte, a las montañas. ¿Es así como debemos afrontar la locura del mundo? Piénsalo, Jussi. ¿Haces bien en no oponer nunca resistencia?

—Yo, miserable gusano y caminante.

El maestro no pudo reprimir una sonrisa cuando cité su salmo favorito.

—Eres observador, Jussi. Me he dado cuenta de eso, estudias el mundo que te rodea, ¿a que sí?

—Sí, pero...

—Quieres entender cómo están hechos el mundo y los hombres. ¿Pero administras bien tu talento? Ésa es mi pregunta, Jussi. ¿Qué haces para combatir el mal del mundo?

Fui incapaz de contestar. Tenía un nudo en la garganta, me sentí injustamente culpado, me asaltó el impulso de salir corriendo y dejarlo a su suerte. Pronto estaría fuera de su alcance. Él advirtió mi sufrimiento. Se inclinó sobre mí y me puso la mano en el brazo. De ese modo me impidió huir. Me sujetó la pata con una cuerda como si fuera un gorrión batiendo furiosamente sus alas.

Fue el pastor quien me enseñó a ver. Me enseñó que el mundo a nuestro alrededor puede cambiar según cómo se mire. Yo había crecido caminando por valles y bosques de abedules, atravesando pinares y chapoteando por bamboleantes terrenos pantanosos. Este paisaje era el mío, lo conocía a fondo, esta árida tierra norteña con sus riberas pedregosas y sus serpenteantes senderos de animales.

Sin embargo, apenas había visto nada.

Recuerdo cuando el pastor me llevó en una de sus *excursiones*. Yo portaba el cuévano lleno de comida y material de dibujo y montones de grueso papel gris, y recorrimos una distancia considerable. Al atardecer acampamos en un

*lehto*,<sup>1</sup> rodeados de un húmedo mosaico de turberas. Los dos estábamos cansados, yo hice fuego y empecé a preparar el lugar para la noche. Él partió el pan y cortó en tiras finas la carne curada mientras recuperábamos fuerzas sentados en unas ramitas de abeto. Los mosquitos zumbaban y picaban. El pastor me ofreció aceite de alquitrán, pero yo arranqué un puñado de pequeñas hojas de un tallo que tenía a mi lado, las pulvericé y me froté las manos con eso. Desprendía un aroma intenso y los insectos se apartaban.

—Té de labrador —dijo.

—¿Qué?

—La planta con la que te has frotado las manos. *Ledum palustre*.

—¿*Ledum*...? —murmuré.

El pastor se puso de pie, con pasión en la mirada.

—¡Acompáñame!

Dejamos nuestros cuévanos en el campamento. El pinar se inclinaba y al bajar enseguida se transformaba en un terreno cenagoso de pisada tambaleante. Me di cuenta de que el maestro se impacientaba, pues apretó el paso, el cuello se le encorvó y los ojos se le movían en todas las direcciones.

—Llevo mucho tiempo queriendo visitar este jardín —dijo—. Y por fin estoy aquí delante de toda su riqueza.

Yo miré. Era sólo una turbera. Extensa y húmeda.

—¿Qué ves, Jussi?

—Nada.

Se dio media vuelta, sonreía.

—¿Nada? ¿Y todo esto?

—Hierba.

—No, Jussi. No es hierba. Es cárex.

—Vale, cárex. Bueno, entonces veo cárex.

Inspiró hondo y se volvió hacia el terreno pantanoso. Comprendí que era allí adonde nos dirigíamos. Estábamos a principios de julio y todavía había aguas altas. Llevábamos ropa que nos cubría todo el cuerpo y bufandas

enrolladas alrededor del cuello para protegernos contra esa nube de insectos carnívoros que se incubaba en cada charca.

—Desde este punto veo más de una decena de especies, Jussi. Y ahora sólo estoy hablando de cárex. Y luego el sauce. *Salix*, esa familia tan enigmática. ¿Te das cuenta de cuántas especies hay? ¿Las ves?

—No.

—¡Y mira allí! Ésas las examinaremos más detenidamente mañana, ¡mira cómo brillan!

—¿Se refiere el pastor a las flores?

—Orquídeas, Jussi. Orquídeas aquí en nuestras ásperas tierras norteñas. ¡Mira ahí, justo delante de ti!

Bajé los ojos. Un pequeño tallo se levantaba junto a mi pie, había estado a punto de pisarlo.

—Mira bien, Jussi, inclínate. Una *Orchis*. La flor es irregular, tiene seis pétalos con un labelo.

El tallo estaba lleno de esas flores de color rosa oscuro. Sostuvo con mucho cuidado el tallo entre sus dedos. Me arrodillé para poder ver bien.

—Más cerca, Jussi, más cerca. Y ahora siente el perfume.

Acerqué la ventanilla de mi nariz todo lo posible e inspiré hondo. Durante un instante se percibió un dulzor débil, apenas perceptible, y enseguida desapareció.

—¿Lo has sentido? ¿Has sentido algo?

—Sí...

—Creo que así es como huele Dios.

Donde antes sólo había visto árboles, hierba y musgo me encontré ahora con una riqueza inmensa. Mirara donde mirara me esperaban nuevos descubrimientos. Y todo podía nombrarse e introducirse en su propia página dentro del enorme diccionario divino. Observar las diferencias y variaciones en cada planta, por pequeña que fuera, me pareció milagroso. Descubrir con

una lupa de cristal que el tallo estaba cubierto por pelillos plateados, que los bordes de las hojas tenían forma serrada, ondulada o dentada, y que estas características no eran casuales sino propias, cada una de ellas de una especie concreta de la creación.

El pastor explicaba que todas las plantas estaban divididas en géneros y familias. Las plantas monocotiledóneas tenían nervaduras que se extendían en paralelo como en las hierbas o los lirios, mientras que las plantas dicotiledóneas tenían una nervadura principal central desde donde salían las nervaduras secundarias, como en las hojas del abedul. Explicaba por qué ciertas plantas eran tan vistosas, con unas inflorescencias de lo más coloridas, como la corona del nenúfar o los racimos de adelfilla. Eran éstas las que los insectos polinizaban. Otras flores apenas se veían, como las formas grises o verdosas del aliso o de la hierba, que dispersaban nubes de polen con la ayuda del viento. Las flores con cuatro pétalos se llamaban *Cruciferae*, las de agrupaciones racimosas, *Umbelliferae*, y había también las de disposición en capítulo, y las leguminosas, con su apariencia de mariposa. El pastor podía detenerse con actitud reverencial al descubrir un paúl rico en flores y quejarse entre suspiros de que la vida era demasiado breve, demasiado escasa para abarcar todo eso, antes de dejarse caer de rodillas y sacar su lupa ante algún tallo minúsculo que acababa de descubrir.

Fue el maestro quien me enseñó el secreto de la memoria. Los conocimientos se asentaban mejor a través de los ojos. Cuando acababas de cruzarte con una planta que no habías visto nunca, primero tenías que rodearla para contemplarla desde todos los ángulos. Después había que inclinarse para examinar detenidamente cada una de las partes de las hojas, el nudo que une la hoja con el tallo, la forma de éste, los sépalos, el color del polen; se trataba de observar bien hasta el más mínimo detalle. De esa manera guardabas una imagen en tu interior. Y la siguiente vez que te cruzaras con la misma planta, aunque hubieran pasado diez años, reconocerla te llenaría de alegría. Más complicados eran los nombres, todo ese latín, y para ello me servía de la

insistencia. Al enterarme, por ejemplo, de que la blanca y frondosa reina de los prados se llamaba *Filipendula ulmaria*, intenté repetir ese nombre docenas, bueno, centenares de veces, y sin embargo podía esfumarse de mi memoria tan sólo una o dos horas más tarde.

Tras muchas caminatas con el pastor, mi manera de ver cambió. Las plantas y los árboles se convirtieron en amigos, en individuos que reconocía como seres vivos. «Anda, así que aquí estás, tomando el sol. Y, mira, aquí están tu hermano y tu hermana.» Cuando llegaba el verano sentía la alegría del reencuentro, estaba deseando volver a ver todas las hierbas, y aprendí cuándo florecían. Como las plantas me resultaban familiares, mi mirada se aguzaba ante cualquier alteración. En medio de un húmedo bosque de pinos podía encontrarme con algo nuevo y desconocido. Antes lo habría pisado sin dedicarle ni un solo pensamiento, pero ahora me detenía y lo señalaba. El pastor asentía contento con la cabeza.

—*Corallorhiza trifida*—dijo—. Raíz de corral. No demasiado común tan al norte. Bien, Jussi, muy bien.

Con las mejillas ardiendo por su cumplido, me acuclillé para estudiar de cerca la planta. Reconocí la típica forma de orquídea con sus seis pétalos y la peculiar figura del labelo, y empecé mis repeticiones: *Corallorhiza trifida*, *Corallorhiza trifida*...

Pronto se convertiría también en mi amiga.

Una tarde, el pastor y yo estábamos en su estudio prensando nuestros últimos hallazgos. Los habíamos encontrado en un paúl no muy lejos de Kengis. Unos humildes tallos de cárex, sobre todo, lo habían hecho temblar como un perro de caza. Yo había traído a casa los ejemplares en su vasculum, con la raíz cuidadosamente extraída y envuelta en suaves tejidos, y ahora lo estaba ayudando a cambiar los húmedos papeles grises por unos secos para así conservar las plantas de la mejor manera posible. Entre los dos tensamos la prensa, giramos el disco central hasta que las cuerdas chirriaron y luego lo aseguramos con las chavetas de madera.

En plena labor oímos cómo la puerta de la casa se abría de golpe y una voz desconocida voceaba el nombre del párroco. Poco después alguien llamó con los nudillos a la del estudio y Selma, una de las hijas del pastor, se asomó prudente por el resquicio.

—¿Padre?

El pastor se limpió con un trapo y recogió la picadura que acababa de cortar de la trenza de tabaco.

—Voy.

En ese mismo instante la puerta se abrió de par en par y un joven membrudo irrumpió con pasos pesados. Había algo desagradable en él, un vacío en la mirada, un no sé qué inquietante. Mis señales de alarma se activaron y pronto entendí por qué. El hombre estaba asustado.

—*Kirkkoherra* —balbuceó en finés—. Señor párroco, tiene que venir.

El pastor contempló tranquilo al hombre. Ni con un solo gesto mostró su descontento por que nos hubiera molestado. Aun así, yo sabía que era muy



celoso de su tranquilidad cuando trabajaba en el estudio. Y ahora ese hombre estaba allí en medio con el sudor goteándole por la nariz y la camisa empapada como si hubiese llegado corriendo desde muy lejos. Gesticulaba convulsivamente enfatizando así las prisas, como si quisiera golpear algo.

—¿Qué ha pasado?

—Ella está..., no sabemos..., estaba en el bosque con las vacas.

—¿A quién te refieres?

—A nuestra criada, Hilda..., Hilda Fredriksdotter Alatalo.

El nombre captó mi atención. Conocía a esa joven. Servía en una de las granjas cercanas, la había visto a menudo en el servicio religioso con los señores de la casa. Una chica rolliza y pálida con la nariz respingona y de movimientos un poco lentos, que siempre llevaba un pañuelo en la mano igual que una vieja. Cuando era presa del éxtasis religioso, lo utilizaba para limpiarse los ojos y la nariz.

—¿Y bien?

—La chica... ha desaparecido. El señor párroco tiene que venir.

El pastor me miró. Ya era tarde y los dos estábamos cansados tras un largo día de caminata. Pero era verano, la luz continuaría manando toda la noche. El joven advirtió nuestras dudas y movió impaciente los pies, me pareció a punto de coger al párroco y llevárselo a la fuerza.

—Ahora vamos —dijo el pastor—. Jussi, dale algo de beber.

Fui a la cocina a buscarle agua, y en cuanto le tendí el cucharón a nuestro sudoroso visitante, bebió como un caballo.

Era tarde cuando llegamos a la granja. El joven que había ido a buscarnos se llamaba Albin y era el primogénito. Había corrido todo el camino delante de nosotros sacándonos una treintena de metros, deteniéndose a ratos a esperarnos para luego echar otra vez a correr. El pastor y yo habíamos mantenido una velocidad regular, acostumbrados como estábamos a caminar. Al vernos, la gente de la casa salió en tropel a recibirnos. Debían de haber

estado vigilando por la ventana. Allí estaban el señor de la casa y su esposa y detrás de ellos un grupo de niños con el pelo alborotado de los recién levantados. El padre y el hijo no nos concedieron ni un minuto para descansar ni nos ofrecieron nada, sino que enseguida echaron a andar por un sendero que se adentraba en el bosque, y nosotros los seguimos. Mientras avanzábamos entre la maleza, el sol se acercaba a la línea del horizonte. El padre, que se llamaba Heikki Alalehto, contaba de manera entrecortada e inconexa que por la mañana la criada, Hilda, se había ido al bosque como siempre con las vacas pero que por la tarde no había regresado para ordeñarlas. La mayoría de las vacas habían vuelto al trote solas hasta el establo, pero de la moza pastora no se sabía nada.

—¿No estará buscando a alguna vaca desaparecida? —sugirió el pastor.

Heikki estuvo de acuerdo en que era una posibilidad. Pero la joven nunca se había ausentado tanto tiempo.

De vez en cuando gritaban el nombre de la chica. Sus voces volvían en eco desde alguna montaña lejana. Íbamos detrás de ellos en silencio; vi cómo los ojos del pastor se detenían en una *Gramineae* que no le resultaba familiar. Recogió el ejemplar y lo metió en su cuévano.

Una vez recorrido un buen trecho, dimos con un sencillito campamento donde descubrimos los restos de unas ramas quemadas en un fuego ya apagado.

—Aquí suele hacer un descanso.

Heikki estaba a punto de acercarse a las ascuas cuando el pastor lo detuvo agarrándolo del brazo. Durante un buen rato, el párroco permaneció callado estudiando la escena. La mirada se desplazaba desde los rescoldos hasta las ramitas de abeto sobre las que había estado sentada Hilda. Tirada en el suelo había una pequeña lechera, la tapa se había salido y un chorrito de espesa leche fermentada había manchado el musgo; era tan blanca que parecía tener luz propia. El pastor aproximó su cabeza a la mía.

—¿Qué ves, Jussi? —me preguntó en voz baja.

—Pues que..., que Hilda ha descansado aquí. Ha hecho fuego. Y luego se le

ha caído la lechera.

—¿Sabes que se le ha caído a ella?

—Nooo..., no lo sé, lo supongo.

—Usa tu mirada. Háblame de lo que pasó, Jussi.

Su voz sonaba apagada pero al mismo tiempo intensa. El flequillo le caía sobre los ojos y con gesto impaciente se lo echó hacia atrás. Me esforcé en registrar cada detalle, intenté evocar la imagen de la criada.

—Hilda descansaba aquí sentada junto al fuego. Debía de ser mediodía, con el sol en su punto más alto. Porque es entonces cuando a uno le suele entrar hambre. Pero de repente pasa algo que hace que se marche corriendo. O..., bueno, quizá no sale corriendo, pero creo que sí. Me da la sensación de que fue así. Y luego quizá..., bueno, se pierde. No encuentra el camino de vuelta. Puede que haya pasado de esa manera. Al menos eso es lo que creo.

—Parte sólo de lo que ves —me advirtió el maestro mientras se pellizcaba el labio inferior—. Limitate a los hechos. ¿Qué es lo que tenemos delante?

Comprendí que estaba disgustado conmigo. Me esforcé por deducir más cosas de la escena.

—El pañuelo sigue colgado en un arbusto. Por tanto, no le dio tiempo a llevárselo cuando se marchó. De modo que debió de sentirse apurada.

—Bien, Jussi.

A Heikki le costaba estarse quieto, movía los pies impaciente. Quería que no habláramos más y nos pusiésemos a buscar, pero la actitud del pastor dejaba claro que la espera resultaba necesaria. Cerró los ojos a medias, como si los entornara por la luz.

—El pañuelo cuelga en el arbusto para secarse —dijo—. O sea, debía de ser mediodía y haría el suficiente calor como para que sudara. A pesar del calor, enciende fuego para ahuyentar a los mosquitos, que deja encendido al irse pero ahora se ha apagado. Se ve que la leña en el centro ha ardido del todo, y que el viento se ha llevado las ligeras cenizas en dirección este, hasta las hojas de los arándanos rojos. Ahora ya no hay viento, pero esta tarde

soplaba en esa dirección. Por lo tanto, deben de haber pasado varias horas desde que desapareció. ¿Estaba sola?

—Eeh..., creo que sí. O, mejor dicho, estoy seguro.

—¿Por qué?

—Si hubiese tenido visita, se habría cubierto la cabeza con el pañuelo, porque es una mujer decente.

—Es posible. En cualquier caso, estaba masticando un trozo de pan cuando algo la interrumpió. La lechera se volcó y el trozo de pan se le cayó en el musgo.

—¿Se le cayó...? Pero aquí no hay nada de pan, ¿no?

El pastor señaló un pino seco que había justo a nuestro lado.

—¿Ves ahí en la rama? Grumos blancos, finos. Son de la leche que se ha secado. Algunos pajarillos deben de haber pisado la leche yendo y viniendo a la rama. De lo que puede concluirse que algo comestible, probablemente un trozo de pan, debe de haber acabado junto al chorrito de leche.

—¡Sí, claro! —exclamé impresionado.

—De manera que la chica sale corriendo de aquí. Ya ves las huellas en el musgo. Ésa es la distancia entre los pasos si uno corre.

No fue hasta ese momento que descubrí las pequeñas y apenas perceptibles depresiones que señalaba.

—Pero hay..., ¿allí hay huellas más grandes también?

—Bien, Jussi. De alguien más grande que ella. Y que pesa más, pues las huellas son más profundas.

Heikki, que había estado escuchándonos callado, gimió de repente. Antes de que al pastor le diera tiempo a detenerlo, se acercó corriendo al tronco de un pino y señaló con el dedo. La corteza mostraba daños recientes. Heikki pasó las puntas de los dedos por los profundos surcos.

—*Karhu!* —exclamó con terror.

—¡Un oso! —repetí yo espantado.

El pastor examinó detenidamente las marcas de la garra.

—Tendremos que reunir a la gente para hacer una batida —dijo—. Que alguien avise al alguacil Brahe. Me temo que a la chica le ha pasado algo malo.

Heikki, visiblemente amedrentado, asintió con la cabeza. Lanzó miradas atemorizadas a su alrededor en la noche veraniega antes de regresar corriendo por el sendero hacia la granja. El pastor, en cambio, permaneció donde estaba. Levantó con cuidado la lechera para examinarla desde todos los ángulos. Luego metió el dedo en la leche derramada y la extendió hasta que dio con algo largo apenas visible. Comprendí que se trataba de un pelo. Lo limpió y lo envolvió en un trozo de tela que después introdujo en su bolsillo. Con la misma minuciosidad examinó el cuévano de la chica, que, apoyado en una mata, todavía estaba abierto. Sin hacer ningún comentario, volvió a escudriñar los arañazos del árbol antes de empezar a seguir las pisadas. Se inclinó a recoger algo del suelo, luego continuamos andando. Las cincuenta primeras huellas se veían con bastante claridad, después el terreno se iba elevando y se endurecía, por lo que resultó más difícil rastrearlas, y al poco tiempo las perdimos del todo.

Presos de una creciente inquietud nos encaminamos hacia la granja de Heikki. Yo gritaba el nombre de Hilda al tiempo que miraba intranquilo a mi alrededor. La densa espesura de sauces resultaba de pronto amenazadora; algo grande podía esconderse en ella y en cualquier momento precipitarse sobre mí para clavar me las fauces en los tendones del cuello. Los labios del pastor se movían, parecía hablar consigo mismo, o quizá con los poderes superiores. Recogí una gruesa rama, que fui blandiendo en el aire según avanzaba. A intervalos regulares golpeaba con ella el tronco de los árboles que pasábamos y escuchaba cómo el ruido sordo de los golpes desaparecía en la noche estival rodando entre los velos de niebla.

Llegó el domingo y los feligreses se congregaban delante de la iglesia de Kengis. Con miradas furtivas busqué a mi amada entre la gente. Tenía por costumbre llegar en compañía de otras criadas, la más hermosa entre un ramo de flores veraniegas. Yo solía entrar en la iglesia tras ella, sólo un par de pasos de distancia me bastaban para percibir su olor. A veces la gente se aglomeraba en la puerta y empujaba desde atrás; entonces podía acabar tan cerca que le rozaba la tela del vestido. Únicamente esa fina tela entre mi cuerpo y su piel, su cálida desnudez. Todos los domingos esperaba que volviera a ocurrir.

El patrono de la fundición de hierro aún no había llegado, los señores eran siempre de los últimos en aparecer, seguramente a modo de aviso para el párroco. Sohlberg había votado en contra de la designación del polémico profeta de las tierras laponas. Incluso recurrió la decisión, pues prefería al más comedido pastor auxiliar Sjöding. El párroco, no obstante, había dejado muy claro desde el principio dónde se libraría la batalla:

—Los fineses y los suecos se arrodillan ante la botella. Demasiado borrachos para mantenerse en pie, se arrastran a cuatro patas llorando por la gloria de Dios con las cabezas atiborradas de aguardiente.

En Karesuando se había salido con la suya. En esa parroquia casi no se bebía ya, el que más se agarraba a la petaca era el campanero. Incluso los taberneros habían vaciado sus barriles y corregido su comportamiento. Pero en Pajala la situación era bien diferente.

—Un tercio son taberneros, otra tercera parte borrachos y el tercio restante unos pobres diablos incapaces de sobrevivir sin ayuda —había constatado el

pastor.

Ahora, delante de la iglesia, los parroquianos críticos formaban pequeños grupos murmuradores. Allí estaban Forsström, el propietario de la tienda, y Hackzell, el agente judicial, rodeados de sus familias y simpatizantes. Estos señores habían denunciado al pastor ante el sínodo por el ambiente insoportable que propiciaba durante los servicios religiosos. Los feligreses se ponían de pie entre gritos y bailaban en parejas por el pasillo, y el propio párroco utilizaba un lenguaje burdo y escandaloso que no era apropiado en la iglesia. Cuando el obispo se enterara del caos que reinaba, sin duda el pastor se iba a llevar una buena reprimenda.

Muchos decían que simplemente estaba loco. Los rumores de sus actividades en Karesuando se habían extendido por gran parte de las tierras norteñas. Pero aunque atemorizaba a algunos, muchos más sentían curiosidad. ¿Quién no quería escuchar a un reverendo loco? La gente acudía al culto desde muy lejos para disfrutar del espectáculo.

Ahora llegaba el corpulento alguacil Brahe, en uniforme y a bordo de un carruaje tirado por caballos que subía por el camino desde Pajala. Se apeó del vehículo, se secó el sudor del cuello con un pañuelo de cuadros y siguió a pie, bamboleándose ligeramente de un lado a otro, como un buey. Saludó a diestro y siniestro de manera descuidada, consciente de su importancia. Llevaba varios días dirigiendo la búsqueda de la desaparecida criada Hilda Fredriksdotter, por lo que atrajo a una multitud de curiosos que se arremolinaron a su alrededor a fin de enterarse de las últimas novedades. Del pescante, una cabeza más bajo y de una constitución física considerablemente más enclenque, bajó Michelsson, el ayudante del alguacilazgo. Estrujaba su sencilla gorra entre las manos y de vez en cuando contraía los finísimos labios de tal forma que su cara parecía un hocico. Michelsson tenía el pelo ligeramente rojizo, pero pese a su juventud ya le había empezado a ralear tanto que sólo le quedaba una delgada guirnalda en torno a la pálida coronilla.

Me acerqué un poco y pude oír al alguacil advertir a los feligreses del

peligro del oso depredador que rondaba por el bosque. Durante la batida habían hallado rastros del animal: crías de alce muertas entre restos de huesos esparcidos por el suelo y hormigueros destrozados por fuertes garras. Pero a la pobre chica aún no la habían encontrado. La bestia debía de habérsela tragado entera. Brahe exhortó a la gente a no adentrarse sola en el bosque, y en caso de que tuvieran que hacerlo, que llevaran una sólida hacha para defenderse.

Desde la casa parroquial se oyeron unas voces femeninas:

—*Pappi, pappi...*

La gente avanzó entre empujones con las manos alzadas hacia el cielo. Comprendí que el pastor estaba de camino. Era de estatura tan baja que tuvo que abrirse paso entre la multitud moviendo los brazos, como si nadara. Una joven criada se le echó encima abrazándolo por el cuello e irrumpió en un llanto convulsivo. El párroco le murmuró algo al oído, pero ella no lo soltó, y los que estaban cerca tuvieron que ayudarlo a librarse de la chica. Los señores intercambiaron miradas llenas de intención. Las mujeres del pastor, vaya, vaya, no era difícil intuir lo que pasaba durante las conversaciones espirituales a puerta cerrada.

Ahora llegó otro carruaje. De él bajó el patrono de la fundición, Karl Johan Sohlberg, con su joven hijo. Sohlberg vestía traje oscuro, camisa y chaleco. Era un señor de lo más emprendedor, que había llegado al pueblo como inspector de fábricas desde la región de Karlskoga y que poco a poco se había hecho con todas las acciones de la fundición. La gente lo saludó haciendo reverencias y quitándose el sombrero mientras él se acercaba paseando despreocupadamente a los otros potentados reunidos delante de la iglesia. Saludó con un seco movimiento de cabeza al pastor, que se hallaba a escasos metros; la frialdad entre ellos resultaba patente. El alguacil Brahe recibió al patrono con saludo militar y le comunicó algo que no alcancé a oír, aunque vi que de pronto Sohlberg sacaba su gran cartera y empezaba a contar unos billetes.



—¡Habrá una recompensa para aquel que mate al oso asesino! —exclam  en voz alta.

Su dialecto del centro de Suecia resultaba muy poco frecuente en estos lares, y muchos parecían no haber entendido nada.

—*Kyll  se hyv n rahan saapi joka karhun tappaa* —tradujo Brahe.

El alguacil puso el dinero en la gorra de su uniforme y mir  alrededor, contento de ser el centro de atención. Forsstr m y Hackzell se apresuraron a sacar ellos también sus billeteras. Brahe dej  que Michelsson se encargara de la colecta entre los feligreses, y enseguida se empezó a oír el tintineo de las monedas de cobre que los menos acomodados echaban en la gorra.

— Quiz  el pastor también desea participar? —Michelsson lo observ  con su acuosa mirada azul.

—No llevo dinero encima.

— Nada de nada?

Michelsson no pudo disimular un tono cáustico. Que el nuevo pastor era un taca o ya lo sabía todo el mundo, y sin embargo entraban grandes cantidades de dinero en la parroquia procedentes de los recién despertados a la fe,<sup>1</sup>  y no acababa la mayor parte de ese dinero en el bolsillo del reverendo? Eso era lo que contaban las malas lenguas del pueblo.

El pastor se dio la vuelta y entró en la iglesia, los reavivados en la fe se apretujaron para seguirlo. Oí cómo advertía a los más indiscretos que tuvieran cuidado con no pecar de idolatría, debían recordar que él no era más que una herramienta del Señor. Pero el despertar religioso era como un incendio, ni siquiera él podía controlarlo. Y luego, cuando llegó el momento del sermón, no dej  títere con cabeza:

—Antes los sacerdotes predicaban el Evangelio para los ricos, para las prostitutas que no mostraban arrepentimiento, para los ladrones que continuaban robando. Todos ellos oían un Evangelio tan maravilloso que la leche de las rameras chorreaba de sus pechos y a los mercaderes del aguardiente se les caían lágrimas de serpiente. Yo, en cambio, predico para

los pobres, los tristes, los escépticos, los que sufren, los que lloran, para los que han perdido la esperanza. ¿De qué sirve decirle al tabernero que es decente y bueno? Sirve para mandarlo al infierno. En su lugar, el pastor debe decirles a todos esos sátiros y furcias: Vuestro padre es el demonio. Estáis en contra del Espíritu Santo; si no os convertís, nadie podrá sacaros del infierno.

La voz del pastor resonaba clara y serena. Su finés sencillo y popular penetraba implacable en la congregación. Pronto se empezaron a oír los primeros lamentos. Un brazo se alzó ondeando en el aire. Una de las viejas se puso de pie, y a continuación otra siguió su ejemplo. Una ola mecedora se propagó entre los bancos, y dio la sensación de que la gente se apretujaba más; algunas personas salieron al pasillo para poder moverse con mayor libertad. Resultaba aterrador ver sus rostros, las rígidas miradas y las mandíbulas tensas y rumiantes y oír las palabras incomprensibles que se mezclaban con manifestaciones de angustia y gritos de lamento. Sentí la mirada del pastor y empecé a mecarme adelante y atrás igual que los feligreses que había junto a mí. Oculté mi cara mientras miraba de reojo hacia el otro lado, el de las mujeres. Allí estaba. Mi amada. El pecho se le levantaba al respirar, tenía la mirada entornada, los labios murmuraban algo. Me invadió la desesperación, la vehemencia de mi deseo por ella. El rostro se me arrugó por las lágrimas, e hice como los demás, lo alcé a la luz, le mostré mis feas y mojadas mejillas al pastor.

Sohlberg se rebullía en su sitio con los dientes apretados. Hackzell sacó un cuaderno y anotó algo. Allí estaban, rodeados de sus trabajadores: de las criadas, los gañanes y los labradores de Kengis y Pajala que ahora gritaban alzando los puños al aire. La fuerza de esta masa les resultaba inquietante. Sin duda no podría traer nada bueno.

Pero el párroco continuó implacable con su sermón castigador y llevó a su congregación cada vez más lejos hasta que se balancearon en el borde del abismo infernal, a fin de que contemplasen con sus propios ojos los fuegos y los lagos de azufre y percibieran el hediondo aliento del submundo

endemoniado. No fue hasta ese momento, cuando todo parecía perdido, que se detuvo e inspiró hondo. Y entonces dejó que la luz entrara. Primero sólo una rendija, luego un haz, al final un fuego luminoso, y pronto se vio al propio Salvador flotar encima del altar con su corona de espinas y la sangre goteándole por el costado. El propio Hijo del Hombre tendió la mano. Y los puños trabajadores se abrieron como flores, los dedos se convirtieron en blancos pétalos que se estiraban en pos de la salvación, temblando de esperanza. Y con una fuerza sobrehumana, el Salvador agarró a los feligreses y los sacó de la casa en llamas, los levantó y los sostuvo como pajarillos en sus brazos. Y los pajarillos picotearon la miel que rezumaba del Evangelio, buscando refugio en el regazo del padre celestial como niños asustados.

Y alrededor se veían matrimonios y hermanos y vecinos e, incluso, enemigos abrazarse y pedir perdón por sus pecados, mientras el cuerpo y la sangre de la eucaristía se preparaban en el comulgatorio. En compañía de sudorosos labradores y criadas me arrodillé y lo recibí en mi boca. Eso que llamaban Jesucristo.

Hacia el final de la celebración religiosa, el párroco anunció la recompensa que recibiría la persona que lograra matar al oso depredador de la zona. También pidió que cualquiera que supiese algo acerca de la criada desaparecida, Hilda Fredriksdotter Alatalo, se lo comunicara al alguacil Brahe.

Al terminar el servicio religioso, muchos de los feligreses se agolparon en torno al pastor para darle las gracias, tocarlo, sentir si era de verdad. El párroco los acompañó fuera, hasta la explanada que había delante de la iglesia, y pronto se vio rodeado de un enjambre de gente. Allí estaban los recién despertados a la fe, otros que habían caído en la desesperación del pecado y algunos que se acercaban por mera curiosidad. Todos querían un pequeño pedazo del pastor. Yo me quedé en el coro de la iglesia, y cuando nadie me veía, me senté en el lado de las mujeres. El banco se había enfriado,

pero era aquí donde había estado ella. Me puse de rodillas y pegué la nariz en la madera para aspirar su aroma.

Acto seguido, oí unas toses. Me levanté volando y, aterrado, miré a mi alrededor. No fue hasta ese momento que descubrí que alguien yacía en uno de los bancos. Se trataba de una mujer vestida de negro que respiraba de forma extraña, y por las comisuras de los labios le salían pegajosos espumarajos.

—*Haluaisin... haluaisin puhua...* Me gustaría hablar con el pastor..., que el pastor me bendijera...

Un aliento repulsivo emanó de sus dientes podridos cuando se estiró hacia mí. Luchaba por incorporarse, pero sólo consiguió girarse ligeramente antes de caer resbalándose del banco. Oí el ruido sordo de su cabeza al golpear en el suelo. Todo pasó tan rápido que no me dio tiempo a intervenir, y, nervioso, intenté ayudarla a ponerse de pie. Tenía la nariz llena de sangre, también de la boca burbujeara algo rojo. Puse un brazo bajo su cuello y otro bajo sus rodillas y levanté en volandas el flácido cuerpo. La ropa apestaba a orina. Pesaba más de lo que había creído, sólo haciendo un gran esfuerzo conseguí acercarme con pasos pesados a la salida. Una vez fuera, me detuve en la escalera bajo la intensa luz del sol. La vieja tosió, salpicándome en la cara; por las horrorizadas miradas de los espectadores, comprendí que era sangre. No podía sino quedarme allí con el oscuro bulto entre mis brazos, sujetar el cuerpo moribundo mientras todos los ojos se dirigían hacia mí.

—¡El crío del *noaide!*<sup>2</sup>—Oí gritar a alguien—. ¿Qué está haciendo?

Rápidamente dejé el bulto en la escalera y regresé a la oscuridad de la iglesia.

Mi madre decía que yo era malo. Para un niño es duro oír eso. Decía que hacía cosas malas, que robaba pan o que le pegaba a mi hermana. Era responsable de muchas maldades y mientras las hacía sabía que obraba mal, pero no podía evitarlo. Pero una cosa es ser desobediente y recibir una bofetada tan fuerte que te escueza la mejilla y otra peor es escuchar de pequeño que eres malo, que tu auténtica y verdadera naturaleza procede del demonio. Si lo oyes desde tu tierna edad, si se repite las suficientes veces, te daña. Se convierte en una herida que nada más cicatrizarse vuelve a abrirse, que rezuma agüilla y pus y acaba convirtiéndose en una gruesa costra. Suelo imaginármelo como un guante de cuero muy desgastado, tan viejo que el pelaje de reno hace tiempo que se ha desprendido. Un guante que se ha arrugado por el duro trabajo, resquebrajado de mojarse y secarse una y otra vez por el sudor y las secreciones, hasta que se parece a un viejo pulmón reseco y encogido. Ése es el aspecto de mi interior, mi tristeza.

Cuando me encuentro con otras personas pienso en la ligereza con la que abordan la vida. Se saludan con calidez, son capaces de conversar sobre cosas triviales y reírse de las pequeñas contrariedades en lugar de enfadarse. Un hombre puede decirle a una mujer que le parece que anda con pies ligeros, ¿no será que está enamorada? Así, sin más. Y la mujer no se molesta, quizá contesta que las chicas lentas nunca terminan de llenar el cubo de bayas. Y luego continúan intercambiando pequeñas pullas e indirectas, y mientras tanto algo surge entre ellos que el ojo no puede captar. Algo que los hace felices a los dos, que les da calor y que se queda en ellos cuando cada uno sigue su camino. O en la tienda cuando vas a comprar alguna cosa, quizá una bolsa de

sal gruesa o tabaco, y el tendero no para de darle a la lengua. Habla del tiempo y de las cosechas y de gente que ha venido y se ha ido, y tú sólo eres capaz de decir sí o no. Hay algo en mi naturaleza que concita rechazo en la gente. Quizá se deba a mi vergonzoso interior, a ese daño que mi madre me infligió. O quizá habría salido así de todas maneras.

No soy una persona que inspira simpatía. Nadie que me vea sonrío o siente esa desenfadada alegría que he reconocido en otros. Ninguna mujer cruza mi mirada con una sonrisa, sino que endurece el gesto y aparta la vista. Cuando digo qué quiero, la chica de la tienda me contesta con monosílabos. Todo esto hace que mi vida sea solitaria, pero comprendo que debe ser así. Si en alguna ocasión he intentado mostrarme alegre o gracioso, me ha salido mal, sólo parezco raro.

—Tabaco —digo—. Deme un poco de tabaco del bueno, el real.

Pero la chica que está detrás del mostrador no sonrío. No me dedica miradas pícaras ni me hace ningún comentario gracioso al estilo de conque tabaco de reyes, vaya con el señorito, menudo gusto tiene, pero el tabaco real no llegará lamentablemente hasta la próxima semana, cuando el proveedor de la casa real pase en su carruaje tirado por cuatro caballos. Lo único que me encuentro es una mirada dirigida hacia las estanterías de la tienda.

—Entonces me llevaré una trenza de tabaco normal —mascullo mientras toqueteo torpe el monedero.

Se me caen las monedas, ruedan por el suelo como ojos, las busco a gatas igual que una cerda. Recojo los duros círculos de cobre. Y los dejo encima del mostrador. Si el silencio me pesa, bajo al río. Sobre todo, me gusta ir por la tarde al acabar los quehaceres del día, cuando tanto los animales como las personas están descansando. Me pongo de pie encima de alguna de esas piedras que han emergido desde que las masas de agua del deshielo primaveral han pasado. Justo delante de mí discurre el río. Es como el cristal, suelo pensar, como el vidrio de las ventanas de la casa parroquial. Un infinito suelo de cristal que avanza plácidamente desgarrándose en añicos y espuma

cuando se encuentra con el rápido. La sensible piel del agua se hiere y se abre para que su interior pueda brotar desde las profundidades. El ruido de un rápido es inquietante, advierte de un peligro. Negras cabezas de piedra se asoman entre los remolinos, quillas de barcos pasan a toda velocidad evitándolas por los pelos. Luego el río se va allanando y amplía su regazo en un remanso donde la voz alterada se calma, la superficie espumosa se cura y se torna lisa. Al mismo tiempo, todo queda ahí abajo.

El río limpia la fealdad. Yo me balanceo sobre las piedras de la orilla y dejo que mi zozobra se escurra. Me abandono, y así los pensamientos más íntimos se alejan de mí y desaparecen. Quizá el río sea la imagen más bonita que haya de la vida. El alma que nunca nace ni muere, que sólo existe. El río piensa por mí. Me ayuda a aguantar. Quizá tenga la sensación de encontrarme atrapado, pero el río me contesta que todo está en movimiento, que nada permanece. Si me quedo contemplándolo el tiempo suficiente me transformo en agua. Es una experiencia poderosa. Convertido en río soy yo el que se calma mientras las orillas se ponen en movimiento. Estoy tendido cuan largo soy, entretanto el paisaje navega a ambos lados con sus bosques profundos y sus turberas pantanosas. Me desentiendo de todo y abrazo mi cielo de verano.

Es esa imagen la que intento evocar por las noches cuando la inquietud me asalta. Nubes suaves avanzan sobre el cielo mientras cierro los ojos y descanso completamente quieto. El buen sueño del río, el que cura y sana, que con su sosegado murmullo ahoga los zumbidos de los mosquitos.

A menudo pienso en que le debo mi vida al pastor. Fue él quien me creó. Quien me sujetó al tiempo. Así acabé siendo un ser humano. Ahora figuro en el libro, estoy anotado. Mi nombre nunca más podrá olvidarse. Porque eso es sin duda lo peor que puede ocurrir, que te olviden cuando todavía sigues vivo. Pasar por la vida sin ser jamás dignificado con letras. Las letras son como clavos forjados por manos valonas. En su momento, recién sacadas del crisol, están candentes, y al enfriarse van enrojeciendo primero para luego poco a

poco volverse negras y fuertes. Me las imagino como plantas, como los encorvados troncos de los árboles más castigados, los martirizados pinos de la turbera o los encogidos y arrugados abedules de las laderas de las montañas. Allí están las letras. A veces me detengo y encuentro una k, una a de dibujo sinuoso, o quizá una r. Los contornos negros de las ramas escriben en el papel gris del aire. Se pueden leer. Si uno se toma el tiempo, se pueden descifrar unas historias extraordinarias.

Un día durante ese verano en el que me inscribieron en el libro, yo estaba agachado junto al camino, apaleado, lleno de heridas, y con el estómago vacío. Algún viajero me daba algo de comer, un pequeño trozo de tocino rancio del jamón que estaban cortando, un poco de tabaco escupido que se podía chupar para engañar el hambre. Vi su figura a lo lejos y enseguida el miedo me dominó. Había una dureza, una urgencia en los pasos. La ropa de sayal y el pelo largo y lacio le daban un aire de vagabundo. Pero la mirada era atenta. Los ojos no paraban de moverse a su alrededor, de un lado a otro, a veces subían a lo alto, hasta la copa de los árboles, para luego bajar en picado hasta la punta de los pies cuando se inclinaba a recoger alguna pequeña paja. Mi temor iba en aumento y me pegué todo lo que pude a la hierba de la cuneta, deseando hacerme invisible. Naturalmente me descubrió. No dije nada, estaba preparado para salir corriendo. Pero al final probé a extender la pequeña palma de mi mano.

—*Onkos sulla nälkä?* —preguntó el forastero en finés. Y cuando no contesté, cambió al sami—: *Lea go nealgon?* ¿Tienes hambre?

Comprendía las dos lenguas, pero temía que me golpeará. A pesar de que mi sucia mano temblaba, me obligué a mantenerla extendida. El hombre rebuscó un momento en su cuévano antes de sacar una tarrina de corteza de abedul que se había oscurecido con el tiempo. Introdujo los dedos en ella y removió el contenido. Cuando los sacó vi que el pulgar estaba cubierto por algo amarillo. Lo acercó hacia mí y lo sostuvo en el aire, el pulgar grande de un hombre adulto y en la punta una capucha cremosa. Luego movió la cabeza



afirmativamente con expresión seria. Intenté agarrarlo con la mano pero él retiró el dedo. Acto seguido, llevó despacio el pulgar hacia mis labios apretados y con una pequeña sacudida del dedo me dio un poco de lo amarillo. Se me pegó en la boca y por puro reflejo me lamí. Y entonces algo se encendió en mi interior. El paladar empezó a cantar. Mantuvo su mano cerca de mis labios hasta que abrí la boca. Esta vez chupé todo lo que había en el dedo. La boca se llenó de un arrobamiento luminoso. Chasqué la lengua al tiempo que percibí cómo la sustancia se derretía y colmaba el paladar. Y ya no había nada que pudiera pararme, me convertí en un lechal que lamió y chupó hasta dejar el dedo pulgar perfectamente limpio.

—¿Está bueno? —preguntó.

*Bueno* no era la palabra. En mi vida había saboreado algo así. No sabía ni siquiera que aquello existía, que el mundo podía contener algo tan delicioso.

—Se llama mantequilla —dijo—. *Voita*.

—Más —susurré en finés.

Me observó con una mirada intensa, escudriñadora.

—¿Cómo te llamas?

—Jussi.

—¿Cómo se llama tu padre? *Mikäs sinun isän nimi on?*

Bajé la mirada al suelo.

—¿Cuántos años tienes? Seguro que por lo menos nueve, ¿no? ¿O diez?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Se arrimó más a mí y pensé que iba a pegarme. Instintivamente cerré los ojos y subí los hombros. Pero el golpe no llegó. En su lugar sentí sus dedos en mi pelo, bajando hacia mi pequeña oreja.

—¿Sabes quiénes son los bienaventurados? ¿Sabes quiénes pertenecen al reino de los cielos?

Negué con la cabeza.

—Los niños.

Nunca había oído a nadie hablar así. Cuando me atreví a levantar la mirada tenía su cara muy cerca. Me observaba sereno. Sus ojos eran de un azul pálido con toques verdes propios de los samis. Como los arroyos. Como la montaña.

Aquella noche dormí por primera vez en mi vida en una casa de verdad. Había pernoctado en graneros, en cabañas del bosque y en *goahtis*,<sup>1</sup> y en todo tipo de agujeros en la tierra, o simplemente bajo las ramas de un abeto. Pero nunca antes en una casa. Al principio no quería, intenté escabullirme hasta el establo para instalarme en un rincón de la paja, pero él me atrapó y me llevó de vuelta con bastante brusquedad. Me negué a tumbarme en una cama, pataleé y me revolví hasta que se resignó y me preparó un lecho en el suelo. La casa estaba habitada por una pareja mayor, conocidos del pastor, que después de la cena conversaron con él mucho tiempo. Sus sosegadas voces desprendían cotidianidad y amor. Yo, por mi parte, me arrebujé en la áspera manta que me habían dado y sentía cómo la comida me calentaba desde dentro como una lámpara. Durante la tarde entera el pastor había insistido en que le hablara de mis padres y mi familia, pero me limité a repetir que estaba de caminata. Entendió que venía del norte. A juzgar por la ropa seguramente pensó que era lapón, pero no podía estar seguro, ya que el nombre, Jussi, era finés, y yo hablaba tanto finés como sami.

Me deslicé en el sueño sin darme cuenta. Me resultaba muy raro dormirme así, sin pasar frío ni oír los gritos del estómago, sin necesidad de protegerme la cara de los insectos. Ni siquiera hacía falta tener preparado el palo, del que solía echar mano si algún perro salvaje se acercaba. Me parecía estar durmiendo en un barco que flotaba en un vasto remanso. Las manos en la nuca, los dedos entrelazados, la mirada dirigida al cielo. Las nubes, al igual que yo, estaban de viaje, rumbo al horizonte como naves. Alguien movía mi barca con suaves paladas, debía de ser un ángel. Me atreví a dormir boca arriba, a pesar de que es la postura más peligrosa pues dejas al descubierto la barriga, lo más vulnerable en un ser humano, tan fácil de atravesar con cuchillos o dientes.

Pero aquí todo era seguro. Me encontraba lejos de las peligrosas orillas llenas de depredadores. Aquí nada malo podía alcanzarme. Y el remero, esa figura luminosa, me guiaría con mano firme a través de los espumosos rápidos.

Me dormí tranquilo, como el niño que en realidad era, me adentré en desconocidos paisajes fluviales acompañado por el sosegado pulso de los golpes de remo. No sé cuánto tiempo transcurrió. Todo estaba en blanco, borrado, hasta que de repente abrí los ojos como platos, atenazado por un terror indescriptible. Inmóvil, sentí que algo atroz acechaba, que me encontraba ante el mayor de los peligros. La casa se hallaba en penumbra, allí estaban el techo, las paredes, los enormes muebles. Y, de pronto, un animal salvaje, un león que abría sus oscuras fauces, la zarpa que se elevaba para asestarme un golpe en la cabeza.

—*Rauhotu*—se oyó en un susurro.

Una mano cálida y viva, casi irreal, me acariciaba la mejilla. Noté las yemas de los dedos pasear ligeramente sobre mí.

—Tranquilo, tranquilo...

Sentí el rostro del pastor junto al mío, el calor de su cuerpo. Se había acostado a mi lado. A tientas me rodeó con el brazo, y me abrazó.

—Estabas gritando —dijo en voz baja—. Te retorcías y gritabas.

—Aaa..., aah... —ronqueé.

—Pero ahora estoy contigo. Estoy aquí, no pueden alcanzarte.

—No..., no era nada...

—¿Has visto un oso? ¿Te has asustado?

Mi cuerpo se estremeció. Quería huir, levantarme de un salto y salir a toda velocidad de la casa, atravesar los bosques y las turberas corriendo hasta que el corazón se me rompiera. Pero él me retuvo entre sus fuertes brazos.

—Venga..., tranquilo, hijo mío.

Su aliento olía a tabaco y arenque. Se acomodó y permaneció a mi lado tumbado como un buey. No fui a ninguna parte.

Por la mañana me hallaba solo cuando la mujer de la casa empezó a hacer ruido con la leña y a preparar las gachas. Me incorporé y por su mirada inquisitiva advertí que debía de haber dado mucha guerra por la noche, que por mi culpa no habían pegado ojo. El perro de la casa entró y me olfateó las comisuras de los labios, después los genitales y las rodillas, y entonces me levanté para salir. El pastor volvía del retrete y se estaba abrochando los pantalones.

—Ven conmigo —dijo.

No contesté.

—Primero desayunamos, luego te vienes conmigo a casa.

Tuvimos que caminar mucho hasta llegar a Karesuando. Me invitó a entrar con él en la casa parroquial y me condujo hasta el estudio. Nunca había visto nada igual. A lo largo de la pared había estanterías llenas de unos objetos planos vestidos de cuero. Era la primera vez que veía libros. Se estiró a por uno de ellos y lo abrió para hojear entre las páginas densamente escritas.

—¿Cuántos años tendrás? ¿Y te llamas realmente Jussi? ¿Quizá te bautizaron como Johan, o Johannes? Porque te bautizarían, ¿no?

Las hojas eran blancas y brillantes, me dieron ganas de rozar la superficie del papel con las yemas de los dedos. En largas columnas se veían garabatos negros, una página tras otra. El pastor pasaba las hojas adelante y atrás con el ceño fruncido. Cambió de libro, buscó por todas partes.

—¿Cómo se llaman tus padres? ¿Tu padre y tu madre? Seguro que sabes sus nombres de pila al menos, ¿no?

Negué con la cabeza.

—¿Y dónde has crecido? ¿Quién se ha ocupado de ti?

—Una bruja —dije.

Se detuvo. Alzó la vista de las páginas del libro y me observó inquisitivo.

—¿Una bruja?

—Sí.

—¿Pero cómo se llamaba? Hasta las brujas tienen nombre.

—Sie... Sieppi...

—¿Sieppi? ¿Es la pona?

Unos escalofríos recorrieron mi cuerpo; me sentí congelado.

—Las brujas no son seres humanos —dije.

El pastor carraspeó. Toqueteó su cuchillo para el tabaco, y los enseres de escribir. Siguió pasando hojas en el libro.

—Parece que tienes diez u once años. Pero no te encuentro en ningún sitio —dijo—. Algo habrá que hacer.

Permanecí callado. ¿Qué contestas a algo así?

—Te bautizaré como Johan. Podemos seguir llamándote Jussi, pero tu nombre de bautizo será Johan Sieppi.

—¡No, Sieppi no!

—Bueno, Sieppinen. Vale. Johan Sieppinen.

Ahora se le dibujó una sonrisa en los labios. Abrió el tintero y mojó la pluma. Después agarró una jarra y vertió un poco de agua en un cuenco de cristal.

—¿Quieres entrar en la fe cristiana?

—Pero...

—Tienes que contestar que sí.

—Sí.

—Entonces, yo te bautizo, Johan Sieppinen, en el nombre del Padre..., del Hijo... y del Espíritu Santo.

El agua me cayó sobre la cabeza y se coló por el cuello. El pastor me secó con la manga de su abrigo mientras me miraba con tanta bondad que mi corazón se llenó de calor.

—¿Y cuándo quieres nacer, Jussi? No son muchos los que pueden elegir el día de su nacimiento. ¿Qué te parece la fecha de ayer, el 29 de junio? El día que nos conocimos. Y luego un año de nacimiento. ¿Quedamos en que cumpliste once años ayer? ¿Te parece una buena edad?

Sin esperar respuesta, fue pasando las hojas hasta llegar al final del libro,

donde había unas páginas en blanco.

—Te inscribo entre los sin domicilio fijo, los que están de manera temporal en el municipio. Por tanto, Johan Sieppinen..., nacido el 29 de junio... de 1831.

Levantó el libro y me enseñó una línea de letra sinuosa, húmeda de tinta fresca.

—Ahora existes, Jussi —constató—. Ahora existes.

Mi amada. La veo a lo lejos en el camino, viene hacia mí. Jadeo, he corrido un largo trecho atajando por los prados para alcanzarla, pero ahora disimulo todo lo que puedo para mostrarme relajado, con una sonrisa amable en los labios. Mi idea es dirigirme a ella como si tal cosa, quizá conseguir que se detenga o al menos que aminore el paso. Quizá durante unos segundos pueda cruzar su mirada con la mía, pueda contemplar sus ojos azul claro y provocar un hoyuelo en esas mejillas siempre tan tersas. Veo que carga algo muy pesado, sostiene un cubo con tapa en una mano y la delgada asa se le clava en la palma. Cambia de brazo constantemente, arquea el cuerpo en dirección contraria para equilibrar el peso. Intento pensar en algo que decir a fin de parecer lo más natural posible, pero mi corazón late tan fuerte que me mareo. Cuanto más se acerca, peor me encuentro. Se me nubla la vista y la garganta se me estrangula tanto que apenas puedo respirar. No suelo tenerla a esa distancia más que en la iglesia, en el pasillo después del servicio religioso cuando la gente se apretuja para salir. Quiero huir pero al mismo tiempo estoy donde más deseo estar en el mundo: en este camino junto a la mujer que amo. Ahora está muy cerca, dentro de poco nuestros caminos se van a cruzar. Al advertir mi presencia baja la cabeza para mirar a la cuneta, quizá sea por eso por lo que no se percata de mi saludo con voz empañada. De nuevo cambia el cubo de mano, es mi oportunidad. La ayudaré a llevarlo y así podré acompañarla un trecho del camino. Alargo la mano y agarro la cortante asa.

—Permítame... —mascullo.

Pero ella chilla con todas sus fuerzas y empieza a tirar del cubo para recuperarlo. Cuando nuestras miradas se cruzan, sus ojos están negros. Tiene

los músculos de la cara contraídos y los suaves labios rosas se muestran ahora tensos como el filo de una navaja. Turbado, suelto el asa, pero entonces ella pierde el equilibrio y trastabilla. El cubo cae al suelo y el pescado se desparrama por la grava del camino. Relucientes cuerpos de pescados recién limpiados; lucios, percas y algún que otro timalo se escurren entre nuestros pies como si fueran plata. Mi rostro hierve de vergüenza y me inclino raudo para intentar devolverlos al cubo. En ese momento ella me pega una fuerte patada en el pecho que me manda hacia atrás y hace que me tambalee.

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí? —suena una voz bronca.

—¡Me está molestando! —grita ella mientras me señala con el dedo; ahí donde me hallo agachado con un lucio grande en la mano.

—¡Vete! —ruge un hombre que se acerca mientras se quita el cinturón y lo levanta en el aire con gesto amenazador.

Echo el lucio al cubo. Veo que el hombre es Roope, uno de los gañanes de Sohlberg, un joven ancho de hombros con bigote pelirrojo y que me saca por lo menos una cabeza. Me pongo de pie de un salto y arqueo la espalda como un gato preparado para atacar. Roope es temido por su brutalidad, pero aun así no dudo. Todo pasa tan rápido que no me da tiempo a pensar. Sólo sé que lo voy a destrozar. Voy a tumbarlo con todo el peso de mi cuerpo, golpearle la cara con los puños y seguir pegándole hasta que no le quede ni una gota de sangre. La negrura, la tristeza y la vergüenza que llevo dentro se convierten en un odio irrefrenable. Roope se queda parado. Lo nota. Veo que titubea, blande el cinturón en el aire con tanta fuerza que la hebilla silba. Quizá le dé tiempo a asestarme un golpe, pero luego es hombre muerto.

—¡Míralo ahí parado! —grita Roope—. ¡Mudo como un pez!

Con qué ganas le hubiera replicado con algún comentario mordaz, atrevido e hiriente. Pero no se me ocurre nada. Todo se detiene en mi interior y se vuelve un abismo quieto. Ahí me quedo vacilante mientras mi amada levanta el maloliente cubo a modo de escudo. Continúo sin pronunciar una sola palabra. Luego me doy la vuelta y me marchó. Cuando miro atrás, veo que van juntos



por el camino. Roope le lleva el cubo. Andan juntos, arrimados, uno al lado del otro como si se pertenecieran. Charlan, él se ríe fuerte y se da la vuelta para dirigirme una mirada burlona, y ella hace lo mismo. Me he manchado la mano con la baba viscosa del lucio. Siento un dolor sordo donde ella me ha dado la patada, me ha acertado en pleno corazón. También tengo las costillas mal. Levanto la mano y me llega el fuerte olor a pescado. Con sumo cuidado llevo los labios a la parte exterior del meñique, a la piel del nudillo. Fue ahí donde nuestros cuerpos se encontraron. Fue ahí donde la rocé al agarrar el cubo, donde rocé la perfecta suavidad de mi amor.

Lo primero que advertí fue el aroma a humo. Pero me resultó muy extraño, porque no se asemejaba en nada a los olores que me rodeaban a diario. Se alzaba como un color floreciente en medio de todo lo gris y marrón. Parecía proceder de la casa parroquial. Tjalmo, la perra del pastor, estaba en la escalera del porche con la cabeza gacha y pateando inquieta como si hubiese recibido una reprimenda. Al principio pensé que alguien había encendido un fuego en la fundición; olía como a ramas de enebro quemándose pero con un toque de alquitrán y quizá también una pizca de pólvora de escopeta. Me quedé observando la puerta de la casa parroquial. Todavía podía darme la vuelta, marcharme como el alce cuando olfatea algo extraño, desaparecer como un silencio gris sobre las turberas. Pero yo soy más como el zorro. Me atrae lo extraño, en una lucha permanente entre el miedo y la curiosidad. Mi pequeño hocico se asoma ávido, siempre por delante. Dudé sólo un instante, luego abrí la puerta y me colé dentro.

Allí el olor resultó abrumador. Me di cuenta de que se trataba de tabaco, pero no salía de la pipa del párroco tal y como me esperaba, sino de una especie de palito marrón con un diamante ardiente en la punta. Era la primera vez que veía tal artefacto para fumar. En torno a ese artilugio marrón se cerraban unos dedos que no sólo eran llamativamente largos y anchos sino que también parecían articulados por más sitios que unos dedos normales y corrientes. Una gruesa muñeca conducía al interior de una manga de abrigo de color índigo que a su vez llevaba a un tronco cómodamente reclinado, de formas voluptuosas, musculoso y gordo a un tiempo. La barriga constituía un centro claro en la corpulenta figura a la que se le había cedido el puesto de

honor de la casa, la butaca, en la que nadie más que el pastor solía sentarse. Repantigado en ella, el hombre aprovechaba con manifiesto bienestar todas las posibilidades que le ofrecía: el respaldo de suave biselado, los reposabrazos, el reposapiés donde descansaba el talón, pesado y redondo. Sostenía el artefacto de tabaco con la mano izquierda mientras la derecha giraba en el aire dibujando gestos elegantes como si hilara lana. El rasgo que más destacaba en él era la boca. Podría haber sido la de una criada. Los labios eran de un rojo sangre sin estar pintados, el superior se elevaba en un alto arco de Cupido y formaba a menudo una suerte de embudo, mientras el inferior brillaba húmedo y era oscuro como un hígado recién extraído. Esos labios se movían sin cesar. A través del humo, a través de ese aroma extraño y agradable que llenaba la casa entera se elevaba una armoniosa, sí, casi angelical, voz masculina.

Pocas veces he oído un timbre tan bello. Los hombres de los pueblos de estas tierras poseían unas voces muy diferentes, en general graves y broncas, que se utilizaban casi siempre en dos situaciones muy distintas: de manera ruidosa y adusta para dar órdenes a los caballos y reprender a los niños, o bien de manera callada y fatigada durante la cena después de una dura jornada laboral. Raramente alcanzaban esas voces el tono que este caballero usaba ahora; yo nunca había oído nada que sonara así. Al principio pensé que estaba cantando —las palabras sonaban como una sinuosa melodía—, pero luego advertí que no rimaba, por lo que no debía ser un salmo. Tampoco se trataba de un *yoik*,<sup>1</sup> pues la lengua que hablaba no era ni lapón ni finés. Este visitante utilizaba la lengua del rey y del obispo, ese idioma que podía oírse en el mercado de Kengis o salir de algún carruaje que venía de tierras lejanas, esa lengua chispeante y saltarina que llamaban *sueco*.

El párroco permanecía callado la mayor parte del tiempo, escuchando; sólo de vez en cuando intervenía con un breve comentario, hacía una pregunta o ponía una objeción. En esos instantes, la voz se tomaba la más corta de las pausas durante una rápida aspiración y, acto seguido, volvía a un ritmo algo mayor, ligeramente más rápida pero sin perder nada de su belleza y armonía.

Pienso que las voces de las mujeres son bonitas cuando son graves y sonoras. Las chicas vanidosas, en cambio, tienen voces agudas, chillan y pían como gorriones ante las miradas de los chicos. Con los hombres ocurre lo contrario, en ellos las voces más graves resultan las más aburridas, como un bosque frondoso en el que el sol apenas logra penetrar. Pero en ese señor se abría un claro, o incluso unas vistas grandiosas desde la cima de una montaña. Corajuda como un ave rapaz se lanzaba la voz y se alejaba volando bañada en luz. Pensé en los busardos y las águilas, en sus sonidos de una claridad casi irreal, los condes y reyes del mundo de las aves. El simple aldeano, en cambio, sonaba igual que el pinzón vulgar, hablaba como si escupiera tabaco.

Mientras el hombre mantenía sus cuerdas vocales en vibración constante, un pilar gris de ceniza crecía en la punta de su palo de tabaco, hasta que de repente se quebró y la ceniza cayó como lluvia de plata al suelo. Hablaba dirigiendo la mirada hacia el techo, como si sacara sus fuerzas de allí. Ante tal espectáculo, Selma, la hija del pastor, se había quedado pasmada; ella tampoco había presenciado nada ni remotamente parecido. Brita Kajsa, que estaba sentada junto a la chimenea mirando un poco hacia otro lado, también se me antojaba impresionada. A diferencia de mí, la gente de la casa entendía la lengua sueca que hablaba el visitante, podían seguir los pequeños matices que él pintaba, asimilar los detalles graciosos que los hacían reír.

En ese momento algo parecido a un temblor recorrió su pesado cuerpo. La butaca crujió cuando cambió de posición para dejar el extraño palo de tabaco en equilibrio perfecto sobre el borde del plato de la vajilla fina, ya vacío. Alargó la mano a fin de alcanzar sus pertenencias, que no guardaba en un cuévano ni en una mochila sino en un baúl cuadrado de color marrón. Se lo colocó sobre las piernas y abrió un mecanismo de cierre. Todo lo realizaba con movimientos elegantes y medidos al milímetro, lo que aumentó la expectación entre los presentes. Levantó la tapa despacio como si pesara mucho y la llevó hacia atrás hasta apoyarla en la mesa. Después sacó un rollo alargado con un lazo rojo alrededor. Deshizo el nudo con los diligentes dedos,

levantó el rollo en el aire y lentamente dejó que se abriera y se transformara en algo brillante. ¿Qué era eso? Una superficie resplandeciente fue revelando colores vivos, campos relucientes que se perfilaban en un fondo más oscuro y luego unos ojos que se cruzaron con los míos.

Aterrado, me di cuenta de que aquello era un rostro. No, era más que un rostro. El pelo recogido con una preciosa joya en un imponente moño; el cuello con la piel muy clara, casi blanca, que se deslizaba hasta un vestido. ¡Y qué vestido! La tela de un rojo oscuro intenso se ceñía al talle formando unos pliegues de lo más exquisitos y acariciaba los brazos que sostenían un voluminoso instrumento de cuerda. No sabía cómo se llamaba, pero consistía en un cuerpo con forma de tronco, de color marrón, lacado, que ella acariciaba con un arco. Y luego sus ojos, que se dirigían directamente al espectador, aunque con la mirada velada, como en un sueño. La mujer se hallaba inmersa en la música. Y a través de sus ojos yo podía oír la melodía y sentir lo que ella experimentaba en su otro mundo.

El hombre contaba que la había pintado en Härnösand, al sur. Hasta ahí entendí pese a mi sueco defectuoso. La mujer había estado sentada tocando el instrumento delante de él y tenía exactamente ese aspecto. Y el instrumento que sujetaba se llamaba *selo*, memoricé la palabra para llevarla siempre conmigo, *selo, selo, selo*.

Y con un suspiro involuntario supe que ese caballero era un genio. Su visita, la conversación, la obra de arte, todo nos había impresionado. El pintor enseñaba un mundo cuya existencia yo desconocía pero que a través de su destreza se hacía visible, hasta para mí. Incluso llegué a percibir el crujido de la tela del vestido.

Por fin el hombre abordó al asunto que lo había traído hasta nuestros lares. En la mesa, sobre el robusto tablero de pino finés, colocó una botella que contenía un líquido amarillento y transparente. Quitó el corcho y dejó que los niños lo oliesen, provocando que algunos se echaran a reír mientras otros se apartaban. El intenso olor resinoso me alcanzó a mí también. Al lado de la

botella puso un cuenco con delgados pinceles y una fina tabla de madera en la que se veían restos de colores secos. Después alineó unos tarros marcados con pequeñas etiquetas. Al final de todo sacó otro rollo más, pero cuando lo abrió, resultó que estaba blanco y vacío. Con un rápido movimiento pasó un pincel sobre la superficie. Los dedos y el pincel parecían unidos, como si éste fuera un sexto dedo que salía directamente de la carne. Y dentro de mí imaginé cómo la imagen tomaba forma. Pintaba con aire. Llenó la superficie con una cara, un caballero en posición digna, majestuosa, sujetando una..., ¿una escopeta de caza? No, algo más pequeño, un libro de salmos quizá, ¿un sermonario? Sí, ahora lo veía todo delante de mí, sabía que la pintura iba a ser fantástica, que captaría al párroco en toda su grandiosidad. Naturalmente había que retratarlo mientras trabajaba con su herbario, y en la mano no sostenía una escopeta, tampoco una pluma... Sino algo muy pequeño, algo en apariencia insignificante pero aun así más importante que cualquier otro objeto: un recién descubierto *Carex*, una de las plantas más modestas de nuestras tierras salvajes, a la que le habían puesto el nombre del párroco: *Carex laestadii*.<sup>2</sup>

Al pastor se le veía manifiestamente impresionado. Noté que también a él le había cautivado el carisma del artista. El cuadro en todo su esplendor ya estaba en realidad pintado, sólo faltaba el oficio en sí, plasmarlo en la tela para la posteridad. A cambio de un determinado importe, por supuesto. Una suma adecuada para ese humilde servidor de los altos salones del arte pictórico. Cuando al final la mencionó, lo cierto es que la suma no era en absoluto pequeña, sino bastante cuantiosa, más dinero del que la mayoría de los parroquianos podrían permitirse. Pero al mismo tiempo pensé: ¿qué precio tiene la eternidad? ¿Qué podría ser más valioso para el párroco que permanecer para siempre?

Con refinados movimientos, el hombre devolvió los avíos de pintar al baúl. Sus manos eran muy diferentes a todo lo que yo había visto hasta entonces, los grandes dedos podían formar, frasear, detenerse en un punto exacto. Seguir la

onda de un único cabello, captar un brillo en el ojo en el mismo instante en el que se producía.

Bajo mutuas muestras de respeto y cortesía, el pastor y el artista se despidieron. Éste pidió que lo llamara por su nombre de pila, Nils Gustaf. Se comportaban ya como viejos amigos. Entendí que al párroco se le había dado un tiempo de reflexión antes de decidir sobre el trato. Sin embargo, Nils Gustaf subrayó que la oportunidad pronto se desvanecería, que después de la visita a la fundición de Kengis se marcharía de estas tierras para, quizá, no volver jamás. Se trataba, como siempre en esta vida, de aprovechar la ocasión cuando se presentaba.

Cuando Nils Gustaf pasó delante de mí, lo detuve. Hice un gesto como si sostuviera algo en la mano, que me llevé lentamente a la boca.

—¿Cómo... llamar... eso?

Al principio no pareció entenderme. Pero de pronto se le iluminó la cara y soltó una breve carcajada, la risa era igual de bonita que su habla. Y me lo dijo.

Ahora yo tenía dos palabras nuevas. La primera, *selo*. El instrumento que la mujer tocaba se llamaba *selo*. Y luego esa otra cosa, la que el hombre había sostenido entre sus labios chupándola. Esa cosa larga y marrón.

Se llamaba *sikarro*.

El pastor parecía inquieto. Yo estaba sentado en el suelo en un rincón de la habitación, desde donde lo veía leer una carta que había recibido esa misma mañana. Se puso de pie, chupó de su gran pipa y constató con una mueca que se le había apagado. Durante unos instantes se dedicó a rascar y toquetear la pipa mientras su necesidad de nicotina subía como la fiebre. De vez en cuando levantaba el papel al trasluz para poder verlo mejor; últimamente se quejaba de su mala vista, que no hacía más que empeorar. Me apresuré a partir un poco de tabaco de la gruesa trenza que había sobre el escritorio y el párroco introdujo con avidez la picadura en la cazoleta de la pipa.

—¿De modo que ahora también está metido el obispo Juell! ¿Has oído hablar de él, Jussi?

—No.

—Es el obispo en el lado noruego. El movimiento del despertar religioso se extiende también por esas tierras, pero no todos se alegran de ello.

—¿Ah, no?

—¡Es que la gente deja de beber, Jussi! Y cuando los taberneros ya no pueden hacer su agosto con el aguardiente, pierden grandes beneficios. Y hay muchos pastores que se ponen de su lado, como ese tal Andreas Qvale.

—Tampoco sé quién es.

—Un enemigo del movimiento que sólo es pastor para ganarse el pan. Antes de que comenzara el despertar, gente como él hacía y deshacía a su antojo, pero ya no. Un día, cuando oficiaba en la iglesia de Skjervøy, un grupo de recién reavivados en la fe llegó desde Kautokeino. Protestaron durante el culto gritando que se arrepintiera, que ya era hora de que empezase a llevar



una vida cristiana. Pero en lugar de escucharlos, mandó echar a los agitadores. Al parecer eran Aslak Haetta, Ole Somby, Rasmus Spein, Ellen Skum y algunos otros. ¿Te suenan?

—Son nombres de familias de criadores de renos, de allí arriba.

—Y al día siguiente Qvale iba a officiar la eucaristía, pero los samis se habían congregado delante de la puerta de la iglesia para advertir a los feligreses que acudían que no debían comulgar allí.

—¿Por el pastor?

—Naturalmente. Por eso Qvale los mandó encerrar en uno de los anexos de la iglesia mientras se celebraba el servicio. Y después los denunció al alguacil.

El párroco se sentó al escritorio dando ávidas caladas a la pipa y se puso a trabajar en el sermón del domingo. Sus labios no dejaban de moverse. Cambiaba y tachaba cosas del texto. Vi cómo daba forma a las palabras y las afilaba. Resultaba evidente que en su interior ya se había subido al púlpito. El humo del tabaco se arremolinaba por encima de su cabeza mientras llenaba el papel. De pronto se detuvo un instante, se volvió hacia mí y empezó a leer en voz alta:

—Prostitutas castas, ladrones honrados, bebedores sobrios y taberneros decentes. Todos los que os habéis congregado ante la cruz tras haberos emborrachado con pis de puta antes de entrar en la iglesia, ¿creéis que Dios no se da cuenta? ¿No sentís las serpientes en vuestros intestinos, culebreando relucientes y negras con sus lenguas viperinas partidas en dos...?

No pude sino asentir con la cabeza. Las palabras del pastor penetraban como picas de hierro. Para él no sólo eran palabras, eran herramientas, instrumentos, clavos con los que se podían construir escaleras hasta las puertas del cielo, pero también cuchillos de carnicero que hacían sudar y temblar a los pecadores. Yo había visto con mis propios ojos a bebedores y otras gentes de mal vivir abrirse paso entre los bancos y salir de la iglesia para vomitar su angustia en los montones de nieve. Así de poderosa resultaba

la oratoria del maestro: podía partir en dos los bloques de piedra más duros y conseguir que los hombres salvajes más callados rompiesen a llorar a lágrima viva.

Enseguida llegó al final de la página. Volvió la hoja, pero allí ya había escrito otras cosas. Rebuscó en su escritorio hasta encontrar un recibo de algún tipo, le dio la vuelta y continuó colmando los espacios vacíos, hasta los bordes. Andaba escaso de papel muy a menudo, las entregas tardaban mucho en llegar aquí, eran inciertas, y el coste muy alto. Si hubiera podido regalarle algo a nuestro maestro, le habría regalado papel. Me habría gustado colocarlo al lado de su tintero, una gran pila de cuartillas blancas bien cortadas, preparadas para que las llenara con sus pensamientos. También le faltaba tinta, muchas veces tenía que fabricarla él mismo con hollín u óxido que juntaba rascando, a veces incluso la hacía con arándanos. ¿No podía el rey de Estocolmo enviarle un poco de tintura? Pero el pastor simplemente sacaba su navaja sin quejarse y afilaba la pluma para así evitar los borrones.

Una vez más se levantó de la silla y se puso a contemplar los prados que se extendían al otro lado de la ventana. De pronto se volvió y, sin pronunciar palabra y con los músculos de las mejillas tensos, abandonó la habitación. Siempre había algo que lo apesadumbraba. Con frecuencia estaba preocupado por el estado de la congregación: la lascivia constante en la región de Pajala, la desesperanza entre los pobres. Un domingo tras otro se subía al púlpito para sembrar en la roca. Quizá se aburría de estar allí sermoneando para los mismos feligreses, con las mismas viejas lamentosas que una semana sí y otra también caían en *liikutuksia*, el éxtasis espiritual, y pedían clemencia llorando a moco tendido pese a que sin duda eran de las ovejas más blancas de la parroquia. El despertar religioso había empezado a debilitarse, el fuego que el pastor había prendido en Karesuando parecía estar apagándose, la pasión se enfriaba.

Todavía sin decir nada se calzó las botas. No sabía si quería que fuera con él, pero yo estaba siempre preparado. Lo vi agarrar el cuévano y el vasculum

donde solía guardar las plantas que quería incorporar a su herbario. Brita Kajsa le preguntó cuánto tiempo iba a estar fuera, pero él rehusó contestar con un gesto de la mano e hizo caso omiso del bufido de su mujer, pues era pleno verano y había mucho trabajo pendiente en la finca. Con la mirada puesta en la lejanía, el pastor ya no se hallaba allí, y en cuanto agarró la vara de caminar comprendí que el día sería largo.

Atravesamos el pueblo a buen ritmo; la gente se dedicaba a sus quehaceres, pero cuando el párroco pasaba, los interrumpían para saludarlo con reverencias. Él se esforzaba por devolver los saludos, aunque estaba claro que no quería que ninguna conversación lo detuviera. Tan pronto alcanzamos el camino y dejamos atrás el pueblo, empezó a tranquilizarse. Se paró un par de veces para examinar algunos *Salix*, rozó con los dedos los bordes de las hojas de un sauce y estudió su pilosidad con la lupa. Pero tenía otro objetivo en mente. Los descansos no se alargaban más allá del tiempo justo para beber algo y aplicarnos un poco más de aceite de alquitrán para protegernos contra los mosquitos, eternamente presentes con su zumbido. Sabía que no serviría de nada preguntarle, pero durante una de esas paradas conseguí que me permitiera llevar su cuévano, que pesaba bastante. Tras eso, sus pasos se aligeraron aún más mientras abandonábamos los caminos y nos internábamos en el bosque.

Mi malestar fue creciendo según veía hacia dónde se encaminaba. Seguimos el mismo sendero que Hilda Frediksdotter había recorrido antes de que el oso la atacara. El pastor se detuvo junto a los restos del fuego donde habíamos encontrado su pañuelo y se secó la frente y los ojos como para aclararse la vista. Las huellas eran ya muy difíciles de distinguir, la hierba se había levantado de nuevo y hacía tiempo que se habían llevado las pertenencias de la chica. Sólo quedaba el redondel de hollín, que contrastaba con el verdor circundante.

El párroco se acuclilló y puso la palma de la mano en el suelo, como si aún pudiera percibir el calor del cuerpo de la joven. Las arrugas del entrecejo se le marcaron aún más mientras paseaba la mirada por el bosque. Pensé que no

estaba seguro de por dónde había pasado la batida, pero al cabo de un rato alzó los ojos.

—*Maa vettää*... La tierra tira —murmuró—. Creo que todos los que hemos caminado por el bosque hemos vivido ese extraño fenómeno. Pensamos que nos limitaremos a dar una vuelta por ahí, sin rumbo fijo, y que los pies van libremente en la dirección que quieren, ¿entiendes?

—Sí.

—Uno pasea sin un objetivo, sin pensar en nada en especial. Pero de repente, cuando bajas la mirada te das cuenta de que has acabado en un sendero de renos. ¿Cómo es posible?

—*Maa vettää*—dije.

—Eso es, la tierra tira. Es como un magnetismo. Nos atrae hasta el lugar donde el paisaje quiere que vayamos. Nos lleva hasta los mismos caminos a todos, a renos y vacas y alces y personas...

Despacio, dio un cuarto de vuelta, como la aguja de una brújula, levantó el brazo y señaló en una dirección completamente diferente a la de la batida.

—¿Qué hay allí? ¿En esa dirección?

—Terrenos pantanosos —dije—. Maleza y tremedales.

El párroco avanzó con pasos vacilantes. Por aquí habían marchado reses, las pezuñas se habían hundido entre las matas de bayas y los arbustos de hoja caduca aún tenían huellas del pasto. Siguió el rastro del ganado sin dejar de buscar con la mirada a su alrededor en ningún momento. Me dio instrucciones de que fuera a su izquierda, a una distancia de diez pasos, para así cubrir una superficie más amplia. Pero yo continuaba sin entender qué buscábamos.

El terreno se volvía cada vez más pantanoso y pronto el bosque empezó a ralearse hasta convertirse en una turbera con cárices. Había rastros evidentes de que se acababa de segar, los tallos estaban cortados por donde había pasado la guadaña. En un islote del turbal había un desvencijado granero. El pastor avanzó chapoteando y yo fui tras él. Como no llevábamos raquetas para andar por humedales, nos hundimos hasta las rodillas. Las hondonadas se mecían

inquietantemente, como si en cualquier momento pudieran ceder y engullirnos. El párroco lideró el camino por una franja de tierra con algo menos de agua hasta que al final pudimos sentarnos y respirar aliviados junto al granero. Vimos los rastros del fuego y de la comida de los guadañeros. Las ramitas de abedul sobre las que se habían sentado habían empezado a perder las agujas, los palos para los almiarés aguardaban la llegada del verano siguiente apoyados contra la pared. El granero se había cerrado a cal y canto; la puerta estaba atrancada con unas anchas tablas de madera encajadas unas encima de otras. Las levantamos y entramos agachados. El suelo estaba hecho con bastos troncos, cortados y aplanados con hacha. En las paredes se habían dejado considerables espacios entre los troncos para proporcionar ventilación, y en el suelo se apilaban grandes montones de paja seca de la turbera que desprendía un aroma cálido y dulce, una maravillosa sensación estival, y que hacia finales del invierno se llevaría en trineo a la granja donde se convertiría en el alimento que podía salvar a las vacas.

Me disponía a darme la vuelta para salir cuando el párroco me cogió del brazo. Señaló una depresión donde la paja se había aplastado.

—Ahí se ha sentado alguien —dije.

—O se ha tumbado.

El pastor observó el hoyo desde diferentes ángulos.

—Échate allí —me dijo señalando otro montón de paja.

Obedecí, y durante unos segundos pude descansar en la suave paja que alcanzaba casi el techo del granero, hasta que el pastor me ordenó que me levantase para estudiar la huella que yo había dejado.

—¡Mira! —exclamó entusiasmado.

—La primera huella es más profunda que la mía —dije.

—¿Y eso qué significa?

—Que la persona que ha descansado ahí pesaba más que yo.

—Tumbate otra vez en el mismo sitio —me pidió.

Me eché otra vez cuan largo era. Nada más acomodarme, el pastor se me

tiró encima. Pesaba más de lo que creía, me costaba respirar, e intenté desembarazarme de él a empujones, pero me inmovilizó sujetándome las muñecas. Sentí el olor acre de su sudor, el alquitrán, la grasa de su cuero cabelludo y su incipiente barba, que me raspaba la cara. Y de pronto, sin mediar explicación alguna, me soltó.

—¿Pero qué le ha pasado, pastor?

—Mira ahí, Jussi.

Yo estaba sudoroso y enfadado y me picaba la espalda por las briznas de paja que se me habían pegado, pero el párroco me ignoró y, tan tranquilo, se puso a medir las dos depresiones con las manos.

—¿Ves, Jussi?

—No.

—¡Los hoyos son igual de profundos! Conclusión: ¡aquí se tumbaron dos personas!

No comprendí su excitación. Dos personas se habían tumbado para descansar durante la siega, ¿y qué? Bien es cierto que podía indicar lascivia, un gañán soltero que había seducido a una moza; ambos sabíamos que ese tipo de pecados eran frecuentes. El pastor, preso del entusiasmo, se dejó caer de rodillas para examinar de cerca la paja aplastada. Agarró unos puñados de cárices y las examinó a conciencia bajo la luz que se filtraba en el granero a través de los troncos. Al poco tiempo algo le hizo detenerse. Me acerqué y vi que algunas briznas estaban teñidas de algo oscuro. El pastor escupió y frotando con el pulgar disolvió la mancha seca para, acto seguido, pasar la punta de la lengua por el dedo. Luego extendió el pulgar hacia mí. Me acordé de la mantequilla de aquel día de hacía ya tanto tiempo. En silencio le lamí el dedo intentando percibir el sabor que allí había.

—¿Lo notas? —susurró.

Asentí con la cabeza. No cabía duda.

—Sangre.

El pastor murmuró un asentimiento mientras se metía el trocito de paja en el

bolsillo. Continuó rebuscando entre las cárices minuciosamente hasta que de pronto, con gesto pensativo, levantó algo en el aire entre el dedo pulgar y el índice. Me resultaba invisible, como si sostuviera aire entre los dedos, pero al ponerlo bajo un rayo de sol que se colaba entre los troncos brilló como el oro. Se trataba de cabellos, ondulados y rubios, casi tan largos como su brazo. No sé cómo había podido distinguirlos entre la paja.

—Hilda Fredriksdotter Alatalo era rubia, ¿no? ¿Tenía el pelo rubio y largo?

—Sí.

—Encontré un pelo así en su lugar de descanso, al lado de la leche derramada.

Me acordé de aquella cosa invisible que el párroco había recogido y envuelto en una tela.

—¿El pastor cree que Hilda estuvo aquí?

—Son varios pelos juntos. ¿Qué te dice eso?

—Ella quizá..., no lo sé muy bien.

—¿Cuándo pierdes varios pelos a la vez, Jussi? Cuando alguien te da un tirón, ¿verdad? Cuando alguien te los arranca.

De pronto acudió a mi mente una imagen de otra época: la bruja se abalanza sobre mí para tirarme tan fuerte del pelo que tengo ganas de vomitar del dolor. Cerré los ojos con fuerza y tosí hasta que el malestar y el mareo fueron cediendo poco a poco. El párroco no parecía haber notado nada. Había sacado la lupa y estaba estudiando los pelos.

—Hilda recibe la visita de alguien donde se sentó a descansar. Quizá se han citado. Incendiados por los deseos de la carne, vienen hasta aquí, donde pueden ocultarse de las miradas ajenas. Hilda se tumba debajo, el hombre se echa encima y en medio de la excitación le arranca un mechón. ¿Debemos creer que fue así como pasó?

No pude remediar sonrojarme. La escena se me hizo demasiado nítida, unos desenfrenados movimientos de cuerpos sudorosos.

—Te acordarás, supongo, de que estuve estudiando la lechera que se había quedado en el lugar de descanso. En los bordes encontré las marcas que se dejan al beber. Pero no de una sino de dos bocas diferentes. Entonces comprendí que Hilda había tenido visita.

—¿Pero... y el oso?

El pastor no contestó, sino que continuó buscando entre la paja con una paciencia asombrosa, cambiando trabajosamente de posición cuando la espalda empezaba a molestarle. De súbito se lanzó en picado a recoger una cosa muy pequeña.

—Mira qué curioso.

Ahí había un tallo marchito, minúsculo, de apenas medio dedo de largo.

—¿Qué quiere decir?

—*Cassiope tetragona*. Resulta inconfundible, fijate en las hojas.

Las observé desde muy cerca. Para mí no eran hojas sino más bien pequeños brotes superpuestos que además estaban muy pegados al tallo.

—Campanilla ártica —explicó—. *Tetragona* significa «con cuatro ángulos», las hojas están colocadas en una estructura de cuatro filas.

—Sí, lo veo.

El pastor introdujo la planta con sumo cuidado en su vasculum y anotó algo con el lápiz.

—¿Y qué tiene de curioso?

—Usa la cabeza, Jussi. Mira a tu alrededor.

Era obvio que el pastor se complacía de sus conocimientos.

—La campanilla ártica es una planta relativamente común —explicó—. Es una especie de poca talla presente en muchos lugares. Pero echa una ojeada a tu alrededor, ¿la ves aquí?

—Estaba en la paja.

—Sí, estaba entre la paja. Pero la campanilla ártica y la cárex crecen en lugares diferentes. La campanilla ártica prefiere los altos páramos entre las montañas. Explícame eso si puedes.



—¿Quizá crece por aquí cerca?

—Durante todas mis excursiones por la zona de Kengis, nunca me he cruzado con ella. Debe de haber llegado con el hombre con el que Hilda se encontró. ¿Quizá la planta se había pegado a su vestimenta mientras estaba por las montañas? ¿Acaso lo hiciera en los zapatos o en algún bolsillo? Y durante las ansias de los abrazos, acabó aquí.

—¿Y la sangre?

—¿Quizá la golpeó? O quizá muestra que Hilda aún no había conocido varón y durante el acto su himen se rompió.

El pastor no entró en detalles, pero yo aún podía sentir el sabor de la sangre en mi boca. Cuando pensé en su procedencia me empezaron a temblar las piernas y tuve que apoyarme en uno de los troncos de la pared.

—¿Qué nos dice todo esto? —continuó aparentemente impasible.

—¡El olor a sangre! —exclamé—. El oso debió de percibir el olor de la sangre de Hilda. Y cuando ella salió de aquí, la bestia estaba al acecho.

Al pastor le costó levantarse. Se acercó a la abertura del granero y miró hacia las charcas de la turbera.

—Me pregunto si no... —empezó.

Sin más explicaciones se puso a escudriñar el borde del humedal. Parecía que buscaba plantas, o moras boreales. Me pidió que lo ayudara a localizar cualquier cosa que se saliera de lo habitual en el paisaje que nos rodeaba. A regañadientes entré chapoteando en la bamboleante agua cenagosa andando en círculos cada vez más amplios en mi intento por encontrar las huellas de un oso.

Pero fue el pastor quien dio con el hallazgo. Adentrado un buen trecho en la tambaleante turbera, soltó de repente un penetrante y agudo silbido, algo que había aprendido durante su adolescencia en Kvikkjokk. Eché a andar hacia él todo lo rápido que pude, tanto que el agua salpicó en todas direcciones y acabé empapado hasta los muslos. Al acercarme, lo vi agacharse y apoyarse las manos en las rodillas mientras balanceaba la cabeza. Como si acabara de

sufrir un mareo repentino. Señaló una de las charcas. El agua era negra cual carbón, y en la superficie sobresalía la punta de un objeto gris, algo que podía ser un pequeño pino. Pero de cerca vi que se trataba de uno de los palos para los almiares. Estaba tan hundido en el fango que apenas se veía.

El pastor lo agarró y lo meneó. Dentro del oscuro fango se mecía algo claro, algo que parecía paja.

Pero acto seguido, preso de un terror indecible, me di cuenta de que se trataba de pelo.

Yo era un animal. Vivía como un animal, en una búsqueda incesante de comida. La que se hacía llamar mi madre percibía mi hambre, observaba cómo lamía su cuchillo porque allí quedaba una mancha de grasa de pescado. Pero se limitaba a sonreír burlescamente tumbada en la piel de reno con ojos acuosos y el cuñete de aguardiente apretado contra el pecho como si fuera un bebé. Recuerdo en especial un episodio, cuando ella se rio de mí viéndome chupar roídos huesos de carne tan limpios y secos que podrían haber sido piedras. No quedaba ni el tuétano, sólo afiladas astillas que chirriaban contra mis dientes de leche. Se rio de mi desesperación para a continuación levantarse la pechera de su *gákti*<sup>1</sup> y sacarse una teta. Era grande y fofa, y la sostenía como un guante mojado mientras meneaba el pezón arrugado y marrón.

—Aquí hay comida rica —balbuceó—. Rica rica...

Vi sus dientes marrones, la viscosa y blanquecina saliva. Entre graznidos escupió en la palma de la mano y se restregó el pezón hasta dejarlo brillante y duro.

—Rica rica... —me tentó.

Yo tenía mucha hambre, un deseo desesperado de cualquier cosa, tierra, ceniza, fango. Así que me acurruqué al lado de aquel cuerpo de olor agrio y me arrimé todo lo que pude. Entonces su mano se cerró como una garra en torno a mi cuello y me apretó tan fuerte contra ella que apenas podía respirar. Y yo me metí su fofa teta en la boca y empecé a chupar. Al principio pensé que salía algo, quizá un poco de grasa, pero luego me di cuenta de que no era más que sudor y mugre. La teta cabeceaba mientras ella se reía a mandíbula

batiente, y aunque yo ya había dejado de chupar, no me soltó. Continuó apretando cada vez más como si pensara devolverme a su vientre, a su matriz. Y yo no quería más que huir de este mundo y desaparecer. Al final mordí, le clavé mis dientes de leche tan fuerte como pude, y entonces la bruja me soltó y me dio tal golpe en la sien que salí rodando con una oscuridad roja detrás de los ojos. Roja y vacía como una cueva.

Cuando el párroco me encontró en la cuneta del camino, aún no me había convertido en ser humano. Pero me inscribió en el libro. Me creó, me sumó a una congregación con sus pequeños garabatos ornamentados. Después de eso existí. Pacientemente puso ante mí una de las cajas de escritura que usaban los niños en la escuela, un sencillo marco de madera y arena fina por dentro. Sirviéndose de un palito dibujó una forma curva, que yo debía repetir lo mejor posible con otro palito similar. Resultaba difícil formar el gancho de abajo, curvarlo de manera regular, sin cortes ni pinchos.

—Jota —dijo el pastor—. Se llama jota.

—Jota —repetí.

—La jota es una buena letra. Como en *Jesucristo*.

No lo entendí, pero repetí el sonido tras él. El próximo signo fue U, también complicado con su medio redondel. Por no hablar de la S, esa serpenteante culebra que debía avanzar en la arena sin morder ni salirse de ella. Al final llegó la I, que era un alivio, sólo una línea recta. Así deberían ser todas las letras si por mí fuera. Una y otra vez, el pastor pasó por la arena la madera para alisar, algo que me fascinaba. Primero el esfuerzo, los ganchos y las roscas, y luego un tranquilo movimiento de mano y todo desaparecía. Hacía un momento yo estaba allí, explicó el párroco. Hacía un momento ponía JUSSI ahí. Y al instante siguiente estaba vacío. Una arena lisa y limpia donde podías volver a intentarlo. El pastor escribió JESÚS. JESÚS tenía una E, que también era una buena letra, y la J y la S y la U ya las conocía. *Jesús* fue la

segunda palabra que aprendí a escribir. El párroco quería continuar, ahora me tocaba a mí elegir una palabra. Pero no se me ocurrió ninguna.

—¿Probamos con *madre*? —me preguntó.

Negué vehemente con la cabeza. *Madre* no.

—Entonces ya lo sé. Vamos a probar con *María*. Es la madre de Jesús. ¿Te puedes imaginar que incluso nuestro Salvador, el ser superior en el cielo, tenía una madre?

Por tanto, *María*. Sí, esa palabra estaba bien. Sólo con letras de líneas rectas, casi.

La conmoción fue grande cuando se supo que la moza pastora, Hilda Fredriksdotter, había aparecido muerta. El párroco y yo convocamos a los residentes más cercanos, y ayudados por un grupo de curiosos sacamos el cadáver del fango. Pusimos a la chica en una parihuela hecha de finos y alargados troncos y la llevamos a la finca de Heikki Alalehto. Era una procesión espeluznante la que avanzaba por los senderos del bosque. El agua cenagosa goteaba desde sus pringosos mechones de pelo mientras la cabeza se meneaba de un lado a otro como si estuviera viva, como si la chica nos gritara no, no. Nadie dijo nada durante los breves descansos que nos permitimos a fin de recuperar el aliento y cambiar de portadores. Todo el mundo evitaba mirar a la muerta, y fue un gran alivio llegar a la finca. Me sentí sucio, manchado, y me di cuenta de que aquellos que habían tocado el cuerpo se lavaron las manos meticulosamente en el pozo. De momento, el cadáver tenía que dejarse en la sauna. Se llamó a Elli-Kaarina, la flaca vecina que solía encargarse de los muertos. Mandó mover a la chica a la tabla mortuoria y pidió que se calentara agua para empezar a lavarle el fango del cuerpo. Durante sus preparativos, el párroco me dio un codazo en el costado. Entramos juntos en la sauna y la detuvimos.

—Esperemos al alguacil —dijo el pastor.

La vieja puso gesto de no entender, pero cedió, pues en realidad no había ninguna prisa. Se encaminó a la casa para que le dieran algo de comer y el párroco y yo nos quedamos allí.

El espectáculo resultaba aterrador. Y aun así, la muerta conservaba su belleza. Tenía la boca abierta, y los ojos, sucios de agua enfangada, miraban

fijamente el techo. La tez había adquirido un matiz violáceo espeluznante y en los brazos desnudos brillaban manchas moradas.

Su pelo, en cambio, era angelical. Caía mojado y en ondas sobre la tabla. Acerqué la mano y lo rocé ligeramente con los dedos. Pelo de mujer. Al igual que el de mi amada, sólo un poco más claro. O sea, era esto lo que se sentía al tocarlo. Intenté guardar el recuerdo de toda esa suavidad y lisura, reservarlo para mis sueños. El pastor me apartó la mano, dio un paso atrás y examinó el cuerpo desde todos los ángulos; primero las manos y los dedos, luego los sucios pies con sus gruesas plantas. Se notaba que era pastora, los tobillos mostraban cicatrices y costras por haberse abierto paso entre la maleza de mimbreras sin nada que le cubriera las piernas. La tez estaba bronceada, excepto en una línea más clara en la parte superior de la frente hasta donde el pañuelo solía cubrirla.

El párroco inspiró hondo, se quitó el abrigo y se arremangó la camisa por encima de los codos. De entre sus cosas sacó una cuartilla y un lápiz e hizo unas breves anotaciones. A continuación me los alargó.

—Tendrás que tomar notas, Jussi.

Me limité a observarlo boquiabierto. Pero lo decía en serio, tenía la mirada afilada y el labio superior estaba tenso. Me limpié las manos en los muslos hasta que las noté secas y limpias y luego cogí la hoja blanca con mucho cuidado. Resultó muy ligera, casi como la pluma de un pollo. Si la soltara, seguiría suspendida en el aire, flotando libremente. El lapicero era de madera con una punta gris. Temblando lo acerqué al papel, pero sin atreverme a dejar que los dos se encontraran; lo sentía como si dirigiera la punta de un cuchillo contra una piel desprotegida.

—Y esto no se lo contamos a nadie. ¿Entendido, Jussi?

Asentí con la cabeza mientras tragaba saliva, aunque tenía la boca seca. El músculo de la garganta se agitaba sin querer, palpitando como un corazón.

El pastor cerró discretamente la puerta de la sauna, por donde la luz diurna entraba a raudales, y después la bloqueó con el palo de una escoba de modo

que resultara imposible abrirla desde fuera. En la antecámara encontró una vela de sebo que encendió y dejó encima de uno de los bancos de la sauna, cerca de la cabeza de la muchacha. Acto seguido, carraspeó y se arrodilló. Al principio creí que se disponía a rezar, pero luego vi que empezaba a acariciar la cabeza de la chica. Tras separar la melena a fin de poder llegar hasta el cuero cabelludo, se puso a examinar el cráneo desde las sienes hacia atrás girándolo para acceder a la nuca también.

—Aquí —señaló.

Había una pequeña mancha en el cuero cabelludo.

—Arrancaron el mechón de aquí. Apunta: lesión en la parte derecha de la coronilla, dos pulgadas por encima de la oreja derecha.

¿Iba a ser capaz de escribir todo eso? Sentí el sudor brotar y me limpié una gota de la nariz justo antes de que cayera. Después puse la hoja encima del banco de la sauna y despacio presioné la punta contra las fibras blancas del papel. Observé cómo la negrura prendía, cómo el primer punto pequeño se iba alargando hasta convertirse en una línea serpenteante y temblorosa. Me pareció sucio, como si hubiese manchado una sábana blanca y recién planchada. Intenté que mi letra fuese lo más pequeña posible, pero aun así daba la impresión de que las letras se extendían haciéndose grandes y torpes. Pronto hubo unas palabras en el papel, como alces que pastaban despatarrados con sus altas piernas. ¡No! ¡Ahora encima me había equivocado! Negras pajas de heno recorrían de un lado a otro mi campo de visión mientras luchaba por corregir mi error.

El párroco bajó el cuello de la blusa. La piel estaba morada y en la garganta, donde el oso la había alcanzado, presentaba un aspecto terrible. Acercó la llama de la vela un poco más para examinar las heridas. Después agarró el hombro de la chica, con la intención de comprobar el vestido y los corchetes junto al cuello.

—Se los han arrancado. ¿Qué indica eso?

—¿Debo..., debo anotarlo?



—Anota todo lo que digo, Jussi. Con toda probabilidad intentó defenderse. Debe de haber luchado por su vida. Ahora no hace falta que mires.

Con los dedos pulgar e índice pinzó el dobladillo del vestido y lo subió por encima de los muslos. Aunque en realidad quería verlo, cerré los ojos con fuerza.

Al principio, sus muslos me parecieron completamente blancos. Pero cuando el pastor examinaba la parte de atrás descubrí las típicas manchas de lividez cadavérica. En el lateral del muslo izquierdo se extendía un gran cardenal. El pastor estaba nervioso y pálido, y al pedirme que anotara la lesión su voz no sonó del todo firme.

Con mucha delicadeza dejó a la vista el sexo. No entendí cómo podía hacer semejante cosa. El vello púbico no era negro como el mío sino más bien castaño, casi del color del latón.

—Escribe que sangró. En su..., que su virginidad está dañada. Algo así.

*Virginidad.* Luché para deletrear eso, para representar los sonidos mientras el lápiz se resbalaba entre mis sudorosos dedos.

Ahora el pastor agarró la pelvis para poner el cuerpo de lado. Las nalgas tenían un color púrpura por la lividez. Rebuscó en el vestido y dio con unas amarillentas pajas de cárex.

—Paja seca de cárex. *Carex nigra*, se escribe con ce. Las pajas deben de habersele pegado mientras estaba tumbada en el granero.

Me esforcé por seguirle el ritmo. *Carecs* con ce.

—¿Me puedes echar una mano? Sostenla así.

El pastor tiró del cuerpo hasta dejarlo sentado, yo empujé los omóplatos de la muerta con las palmas. Estaba fría como un témpano. La piel resbalaba y me llevó a pensar en un pez, en el estómago de un lucio. La cabeza cayó pesada hacia el pecho.

—¿Y esto qué es?

En el brazo derecho, arriba, en la parte de atrás del hombro, se podían advertir unos cráteres negros. Cortes redondos y ensangrentados hechos con

algo afilado. El pastor examinó la blusa y encontró los correspondientes agujeros y pequeñas manchas de sangre que evidenciaban por dónde había penetrado el objeto afilado. El párroco sacó su metro y midió las marcas y la distancia que las separaba. Más abajo en la espalda se apreciaban además tres cortes paralelos. Él medía y yo apuntaba los números.

—Garras de oso —susurré aterrado.

—Ajá.

—¡La mordió y la arañó!

Me contempló sin pronunciar palabra. Luego hizo algo que me dejó casi sin aliento. En silencio le rodeó el cuello con las manos apoyando los pulgares en el gáznate. Despacio fue rodeando el cuerpo mientras observaba los cardenales desde distintos ángulos.

—Presta atención, Jussi. ¿Ves que los moratones encajan con las manos?

—Pero... ¿y las marcas de las garras?

—Son de cuchillo. Y las marcas de mordiscos en el cuello también, se han hecho con la punta. Se observa en la ropa que la piel ha sangrado muy poco, por lo tanto esas lesiones se le han infligido después de que muriera.

—De modo que el párroco quiere decir que...

—Alguien pretende hacernos creer que se trata de un oso depredador.

Me moví para ver mejor el cuello de la chica y comprobé que el pastor tenía razón: esas feas moraduras difícilmente podían venir de las fauces de un oso. En silencio abotonamos la blusa y acomodamos el cuerpo.

El pastor ojeó mis anotaciones antes de metérselas en el bolsillo de su abrigo. Permanecimos callados intentando recuperar la tranquilidad. Me sentí avergonzado, y me di cuenta de que él también lo estaba. Habíamos traspasado un límite. El pastor apagó la llama de la vela que habíamos puesto al lado de la cabeza de la mujer.

En ese mismo instante advertimos que alguien tiraba de la puerta, así que me apresuré a quitar la escoba. La vieja irrumpió con pasos pesados y estuvo a punto de exclamar algo, pero se calló al ver al pastor, que con los dedos

entrelazados y arrodillado junto al cadáver rezaba en voz baja por la salvación de la mujer, por que su pobre alma encontrara la paz. Ni con el más mínimo gesto delató lo que habíamos estado haciendo, y cuando alzó la mirada, su voz sonó igual de clara y fuerte que desde el púlpito.

—¡Queríamos que nos dejaran en paz!

—Sí, ya lo sé, señor párroco, ya lo sé. Pero es que ha llegado el alguacil.

La vieja se apartó y el voluminoso Brahe irrumpió en la sauna. Le sacaba una cabeza al pastor, y ésta, ancha y carnosa, podría haber estado encima de un toro semental. Los ojos, en cambio, eran pequeños y brillaban con malicia bajo unas tupidas y pálidas cejas. Llevaba la chaqueta del uniforme desabrochada y con dos dedos intentó separarse un poco la camisa del cuello; a todas luces el calor veraniego lo hacía sufrir. Unos pelos cortos y negros, no muy diferentes a las patas de los insectos, le cubrían los dorsos de las manos, y la cara le brillaba desde que se había limpiado el sudor de la frente y de las musculosas mejillas.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó en sueco.

Su voz sonaba fuerte pero también ronca; se la había destrozado gritando durante el servicio militar. Con una autoridad innata se detuvo en el centro de la estancia cual peña en un rápido. Todos fueron ajustando sus posiciones a su alrededor, incluso el pastor se movió de un lado a otro con pasos menudos antes de situarse en un lugar adecuado.

—Fuimos Jussi y yo los que encontramos a la chica —explicó.

El alguacil se mostró contrariado, sin que quedara muy claro por qué. Moviendo los brazos como si nadara se abrió paso hasta la tabla mortuoria donde yacía la muchacha.

—¡Joder! —soltó—. ¡Qué demonios...!

La vieja se encogió bajo el fuego de las palabrotas y miró de reojo al párroco para observar su reacción. Pero nos mantuvimos a la espera mientras Brahe toqueteaba el cadáver con manifiesto malestar.

—¡Joder! Ya lo creo que está muerta, y bien muerta —constató.

Antes de inclinarse se tapó la nariz con la robusta mano, como si quisiera protegerse del hedor a cadáver. Pero el olor que salió a su encuentro fue de agua estancada y turba mojada. Echó un rápido vistazo a su alrededor hasta descubrir el cucharón de la sauna, que usó para levantar la barbilla de la chica.

—Le han mordido en el cuello. Vaya, pobre muchacha.

—Difícilmente pueden ser marcas de mordeduras —objetó el pastor, pero Brahe lo detuvo con un gesto brusco de la mano.

—¡Quien tenga la intención de molestar mi investigación que salga de aquí!

Bajo la palma de la mano, su voz salía empañada y se le caían los mocos. Se sonó de manera ruidosa y burbujeante directamente en el puño para luego limpiarse en el banco de la sauna.

—¡Dale la vuelta! —ordenó a Elli-Kaarina.

La vieja se acercó al cadáver con pasos menudos, visiblemente nerviosa por la presencia de las dos autoridades. Giró el cuerpo y apartó la tela que cubría la parte superior lo más rápido que pudo para dejar al descubierto la espalda. El alguacil toqueteó las marcas de cerca del hombro con el mango de madera del cucharón.

—Dientes de oso —constató—. La bestia la mordió en el hombro y después se llevó su comida hasta la ciénaga. Supongo que para comérsela más tarde.

—Ella estaba... Había un palo de almiar roto también.

—Pues se habrá quedado allí desde la siega.

—Daba la impresión de que se hubiera utilizado para empujar el cuerpo y hundirlo.

El alguacil inspiró hondo antes de mirar al pastor. Éste era considerablemente más bajo y unos veinte años mayor, pero pese a su inferioridad física no había duda de que empezaba a enfurecerse, pues echó la cabeza hacia atrás y le clavó la mirada. Brahe hizo caso omiso y se limitó a elevar aún más la voz:

—O sea que fue el párroco quien ha encontrado a la muchacha.

—Eso es.

—¿Usted y el crío lapón ese?

El alguacil me señaló con la mano.

—Jussi me acompañaba. Al principio examinamos el granero, y nos dimos cuenta enseguida de que la paja estaba aplastada, como si alguien se hubiese tumbado allí. En la paja encontramos también una planta de las montañas, y unos pelos arrancados que creemos que pertenecen a Hilda Fredriksdotter.

—¿Y cómo coño sabes eso? Como si no tuvieran pelo todas las féminas.

—El señor alguacil podría examinar el cuero cabelludo de la chica.

—Tú dedícate a lo tuyo, que yo me dedicaré a lo mío.

El pastor estuvo a punto de contestar algo venenoso, pero haciendo un gran esfuerzo apretó los labios y se contuvo. Se dio la vuelta con brusquedad y abandonó la sauna a toda prisa.

—¡Largo de aquí tú también! —me gritó el alguacil—. ¿O es que quieres que te lo diga en lapón?

Alzó el cucharón para descargar un golpe, de modo que salió volando tras el párroco. A mi espalda oí que la vieja vecina movía los cubos y empezaba a echar agua caliente al cuerpo.

Un sentimiento de miedo y tristeza se extendió por la comarca. Una joven había muerto, y por los caminos y senderos la gente dirigía miradas inquietas a la maleza y andaba con prisa por regresar a su casa. La colecta destinada a quien matase al oso depredador continuaba, y de todas partes llegaban generosas contribuciones. En los bosques se colocaban cebos y trampas.

Al amanecer, la calma se vio alterada por un atormentado mugido. Hombres aún medio dormidos se armaron con hachas y picas y salieron corriendo hacia el bosque. Resultó que una magnífica vaca lechera de la granja vecina a la casa del pastor había pisado un cepo para osos. La caña de la pierna estaba rota, por lo que hubo que sacrificar al pobre animal. Al ama de la granja no le quedó más remedio que ponerse a batir sangre mientras sus lágrimas caían en la vasija.

El alguacil Brahe iba de una finca a otra, acompañado por su ayudante Michelsson, contento de acaparar la atención. Ahora no se trataba de las denuncias de hurto y de imputaciones falsas ni de alteraciones clandestinas de lindes que normalmente le ocupaban la mayor parte del tiempo. Por las noches lo invitaban a unas contundentes cenas regadas con aguardiente mientras Michelsson redactaba los informes que había que enviar a sus superiores. Se establecían planes de caza, ruidosas batidas peinaban la zona de pueblo en pueblo, y se comprobaban los avistamientos de osos hechos por pastoras y aldeanos.

Una mañana temprano, el pastor recibió una visita. Todavía dormía cuando un niño, hijo de unos humildes granjeros, se presentó en la casa parroquial. Tenía

unos diez años, y temblaba de nerviosismo mientras en la cocina bebía con avidez agua del cucharón. Al terminar se lo llenaron de nuevo. Los hijos del párroco lo rodearon y Selma intentó sonsacarle qué lo había traído hasta allí, pero el chico, consciente de su importancia, esperó pacientemente al pastor. Brita Kajsa le pidió a la criada que le diera un trozo de pan. El chaval lo cogió presto, pero en lugar de comérselo, se lo metió en el bolsillo del pantalón. Después se sentó en el umbral de la cocina y paseó su mirada por la casa, quería grabar todos y cada uno de los detalles en su memoria para luego poder contárselos a sus hermanos. Lo maravillaron en especial los recipientes de metal, las resplandecientes cacerolas de rojo cobre procedentes de Noruega y con motivos de animales grabados, ciervos y ovejas entre formas estilizadas de árboles. Y en medio del rebaño de rumiantes había un aterrador león mostrando los colmillos, justo al lado de sus presas, la comida que pastaba plácida junto a sus zarpas. La escena irradiaba una paz celestial. Representaba el paraíso, me había explicado el párroco. El mundo antes del pecado original. Y, efectivamente, en la otra cacerola había un hombre y una mujer sentados compartiendo una fruta mientras una serpiente colgaba de la rama de un árbol. Te entraban ganas de agarrarlos y sacudirlos, de gritarles una advertencia antes de que fuera demasiado tarde. Pero la joven pareja compartía la fruta, y el dulzor colmaba de placer sus paladares. Y pronto todo lo paradisiaco que los rodeaba se perdería.

Por fin apareció el pastor, con la camisa abotonada de cualquier manera y peinándose el pelo con la mano. El chico se puso de pie enseguida y, atemorizado por la autoridad que tenía delante, apretó la delgada espalda contra el marco de la puerta. Hizo una profunda reverencia antes de empezar:

—Debo informar al reverendo de que se ha capturado a la bestia.

La frase sonaba ensayada. Sin duda algún adulto le había dado instrucciones.

—¿Qué bestia? —preguntó el pastor.

—Que se ha capturado a la bestia —repitió el chico.

—¿Estás diciendo que...?

—La bestia que se comió a la chica. La han capturado esta noche. Quieren que el reverendo vaya a certificarlo.

Era obvio que el niño era reticente a mencionar la palabra *oso*. El pastor asintió con la cabeza y le pidió que esperara mientras se preparaba para salir. Yo, por mi parte, llevaba ya un rato listo.

—¿Es grande? ¿Tú la has visto? —pregunté.

El chico apretó los labios. Luego asintió con la cabeza complacido, mientras se rascaba los sucios pies llenos de picaduras de mosquitos.

La caza del oso depredador había empezado desde que se había anunciado la recompensa. Unos resueltos granjeros se habían procurado una trampa de oso enorme provista de unas sólidas hojas dentadas. Se enterró el espeluznante artefacto y se camufló bien. Acto seguido, se dejó al lado la carnada, vísceras procedentes de una matanza de cerdo, una pila de hedor acre que se percibía desde lejos y atraía a zorros y cuervos. Pronto también el oso detectó el rastro y acabó aproximándose. Los animales más pequeños se dispersaron de inmediato. Era una hembra, que andaba con pasos pesados acompañada por sus dos crías. Y enseguida la osa pisó la trampa, la pata se hundió en el cepo oculto y el implacable mordisco férreo la atrapó.

En mitad de la noche se oía en la finca de al lado a alguien que parecía gritar en el bosque. Los perros estaban inquietos. Se esperó a la llegada del amanecer para convocar a los vecinos de la zona, que se armaron con lo que tenían a mano antes de ponerse en marcha con las piernas temblorosas. Tras rodear el lugar con sigilo constataron que la bestia estaba atrapada. Primero se le disparó con una vieja escopeta de caza una vez y luego, tras una lenta y dificultosa recarga, se realizó otro disparo, que sólo provocó que el animal se enfureciera aún más. Acercarse lo suficiente como para asestarle un hachazo resultaba demasiado peligroso, y tampoco disponían de ninguna lanza. Al final decidieron talar unos pequeños abetos. Quitaron las ramas y utilizaron los



troncos como palos, con los que golpearon la peluda cabeza. La sangre chorreó hasta los ojos de la osa, dejándola casi ciega, lo que llevó a dos de los hombres más valientes a arriesgarse tanto que pudieron alcanzarle las patas delanteras con sendas hachas. Después de varios intentos también lograron cortarle los tendones de las patas traseras. Cuando la bestia, así, hubo perdido la capacidad de mantenerse en pie, los demás se atrevieron a colocarse lo suficientemente cerca como para propinarle hachazos y golpes, hasta que el animal pasó a mejor vida.

La osa yacía en el suelo como un montón peludo en medio del bosque mientras la intensa pestilencia a carroña que salía de la trampa se mezclaba con el ferruginoso olor de la sangre. El animal estaba gravemente lacerado: el cráneo deformado por todos los hachazos y los globos oculares fuera de sus órbitas; parecían dos huevos cocidos, uno de ellos se mecía colgado de un tallo blanquecino. Todos estaban de acuerdo en que se trataba del animal que buscaban. A las dos crías, como ya le habrían cogido el gusto a la carne humana, las mataron con dos certeros disparos de escopeta. Como dos frutas peludas intentaron agarrarse a las ramas de un pino seco al que se habían subido, antes de desplomarse en el suelo para compartir el destino de su madre.

A los campesinos y braceros, eufóricos de orgullo, les faltó poco para iniciar un baile. Las brasas de un fuego humeaban para ahuyentar a los mosquitos y los moscardones que habían acudido atraídos por el olor a sangre. El párroco buscó en los bolsillos un trozo de papel y un pequeño lápiz y rodeó el animal observándolo desde todos los ángulos mientras tomaba apuntes. Imposible saber lo que pensaba, su rostro se mostraba cerrado, inescrutable. Pidió a los hombres que voltearan a la osa. Éstos la agarraron con reservas, en guardia, como si la bestia todavía pudiera atacarlos, y uniendo esfuerzos volcaron el cuerpo boca arriba con las extremidades apuntando en todas las direcciones. Ahora se veía lo enorme que era, larga como un hombre y con un

pecho de anchura imponente. El cuerpo, con las extremidades estiradas y el sexo desnudo, recordaba de un modo desagradable a un ser humano. Las fauces estaban medio abiertas y los grandes colmillos, creados para herir y matar, brillaban como puñales. De la piel colgaban los pezones que las crías habían chupado y tironeado. El pastor se aproximó al animal a fin de examinar las fauces, olfateando como un perro. Se valió de las dos manos para abrir las mandíbulas y tomó diferentes medidas con una pequeña regla plegable que guardaba en el bolsillo interior del abrigo. Apuntó las cifras en el papel y con aire pensativo empezó a cargar su pipa de arcilla.

—Abridla —dijo.

Los hombres se miraron de reojo consternados. Ninguno de ellos tenía costumbre de sacrificar osos. Titubeante, uno de ellos sacó su cuchillo y lo clavó en la panza del animal. No sin esfuerzo cortó la dura piel desde el tórax hasta el sexo, dejando al descubierto los intestinos: formas violetas y grises que entraban y salían serpenteando unas en otras. El pastor, tras tenderme el lápiz y el papel, se quitó el abrigo y se arrodilló. Después se arremangó la camisa y dudó unos segundos antes de meter los brazos hasta los codos en las entrañas de la bestia y empezar a sacar las largas tripas. Los hombres le ayudaron a sujetar la piel y abrirla más para que vaciara con mayor facilidad el contenido del vientre. Sin quitarse la pipa de la boca, cogió su pequeña navaja y cortó la membrana del estómago. Brotó un mejunje grisáceo que empapó el suelo. Todos se echaron hacia atrás por el penetrante hedor, y algunos no pudieron reprimir las arcadas. El párroco daba fuertes caladas a su pipa mientras examinaba los restos a medio digerir de la comida del animal. Con la punta de la navaja removi6 el contenido y se volvió hacia mí:

—Restos de plantas, anótalo. Raíces, hojas, tallos. Esta osa no parece haber comido nada más que plantas.

—Pero sí que la atrajo la carnada —protestó uno de los granjeros.

El pastor se mostró escéptico. Sacó una regla del bolsillo, midió las garras del animal y anotó algo en un papel. Luego se incorporó y se limpió las manos

al tiempo que le daba una profunda calada a su pipa. El humo salió por las aletas de la nariz mientras miraba a su alrededor.

—Bueno, a ver lo que piensa el alguacil —dijo, e hizo un gesto con la mano.

Los hombres se dieron la vuelta y descubrieron el corpulento cuerpo de Brahe abriéndose paso entre la maleza. Pisándole los talones venía el ayudante Michelsson, y unos pasos atrás, con una carga considerable a la espalda, el artista Nils Gustaf. Los aldeanos se callaron y se apartaron respetuosamente. Al ver al párroco, el alguacil saludó con frialdad, después se acercó andando con su habitual aplomo hasta el animal y le propinó un puntapié.

—¿Quién es el responsable? —preguntó en tono autoritario.

Al igual que a muchas personas con poder, intimidar a la gente y asumir el mando le proporcionaba placer. Los aldeanos guardaron silencio con la gorra en la mano.

—El que mal hace, mal sufre —continuó Brahe lacónico antes de limpiarse el sudor de la cara.

Michelsson pellizcó a las crías con una amplia sonrisa.

—Y dos pequeños carnívoros de regalo, je, je —dijo.

—Bueno, supongo que reclamáis la recompensa. Y ya podéis invitarme a un trago por la feliz matanza.

Los hombres se miraron de reojo unos a otros, y luego al pastor. Intentaron reírse, aunque fuera sólo para sacudirse el miedo. Apareció una botella que acabó en manos del alguacil, quien se echó unos buenos tragos. Después bebieron el ayudante y el artista, mientras el párroco observaba con disgusto. Entre toses y carraspeos, Brahe sacó su gruesa cartera y la golpeó contra el muslo para a continuación empezar a sacar billetes grandes y monedas de plata, con gran solemnidad. Mandó a Michelsson que registrara la recompensa en unos costosos folios provistos de filigrana, y se ordenó a los inseguros aldeanos que se limpiaran la sangre antes de tomar la pluma para firmar el

recibo. Michelsson los ayudó a dirigir la punta de la pluma hasta el sitio correcto y luego secó el papel con un poco de arena fina que guardaba en una pequeña vasija.

—¿Y qué hacemos con las pieles? —se atrevió a preguntar uno.

—Son de la Corona —determinó el alguacil—. Las pieles pertenecen al rey.

Volvió a coger la botella de aguardiente y la apuró de un solo trago.

—Aunque habida cuenta de las circunstancias..., ¡claro que os las podéis quedar, coño!

—¿Y... podemos llevarnos lo otro también? —quiso saber un campesino bizco.

—¿Qué queréis decir con «lo otro»?

Brahe paseó su mirada autoritaria por los presentes.

—¿No querréis decir que vais a comeros a la maldita bestia? ¿Que vais a zamparos a un asesino?

—Sólo a las crías —se defendió el bizco—. Nunca hemos probado la carne de oso, dicen que tiene un sabor muy intenso.

—Al parecer, la carne es fibrosa pero saludable —dijo otro.

—Sí, eso es, fibrosa —repitió el bizco—. Tenemos hambre y habíamos pensado en cocer la carne.

Lleno de esperanza, miró al alguacil con el rabillo del ojo. El aguardiente había empezado a hacer efecto, y ahora Brahe ya no pudo controlarse y su boca se abrió en una ruidosa carcajada; enseguida Michelsson lo acompañó con sus discretas risas.

—Bueno, ¡nada más lejos de mi intención que interponerme en eso! Dicen que la carne de oso sabe como la de un cerdo cruzado con un urogallo, y que la única bebida adecuada para acompañarlo es el aguardiente, ¡cuanto más fuerte, mejor!

—Cerdo cruzado con urogallo —repitió como un eco el ayudante entre su je, je, je.

A medida que los hombres se iban pasando la botella, la cara del párroco se había ido enrojeciendo de ira. Dio un paso hacia delante.

—Me gustaría quedarme con el cráneo —murmuró—. Para investigar.

—¿Los de las crías también?

—No, sólo el de la osa. Y sólo la calavera.

—Pues llévatela, joder. Pero tendrás que firmar un recibo. Michelsson, ¿puedes redactarlo?

El párroco sacó sus gafas y firmó el recibo. Entretanto, yo agarré mi cuchillo para despellejar la cabeza del oso.

—¡Detente! —dijo una voz armoniosa.

Era Nils Gustaf. Había montado su caballete, sacado unas hojas de dibujo, carboncillos y pinturas pastel y ahora daba vueltas en torno a la osa buscando las perspectivas más adecuadas.

—Hay que inmortalizar esta hazaña para la historia. ¿Podríais ponerlos todos en torno al animal como si aún viviera? ¿Como si estuviera a punto de atacaros?

Se tradujeron las palabras del artista al finés. Con no poco jaleo se volvió a poner el cuerpo del animal boca abajo para después colocarlo lo mejor posible en posición amenazadora.

—Y quiero que el señor alguacil se sitúe más cerca de la bestia.

Éste no tenía nada en contra de ser inmortalizado para la historia, así que se ajustó la gorra del uniforme y se atusó el bigote con un pequeño cepillo.

—¿El alguacil no ha traído el sable? —preguntó Nils Gustaf—. ¿Quizá podría blandirlo contra la bestia cuando ésta lo ataca?

Nils Gustaf visualizaba ya el cuadro en su interior. El sable en ristre dibujaría un ángulo que reflejaría la luz y se convertiría casi en un símbolo divino, un rayo fulgurante. Pero como Brahe no llevaba sable más que en las ocasiones solemnes, hubo que buscar la hoja de una guadaña y separarla del mango. Luego se probaron varias posturas, incluso el alguacil mismo pudo proponer cuál prefería, mientras el artista dibujaba sin parar con el

carboncillo. Mediante trazos rápidos con los pasteles se indicaban los matices de color: predominancia de verdes y marrones con la roja sangre del animal como punto dramático. El tamaño de las fauces, al igual que la longitud de los colmillos, se exageraban, y Nils Gustaf mandó a los aldeanos posar en diferentes posiciones heroicas, armados con sus hachas y palos. A todos se les ordenó permanecer completamente inmóviles mientras el artista describía esa lucha atroz entre hombre y oso.

Una vez terminados los esbozos, se procedió a la matanza. Muy contento con el desarrollo de la jornada, el alguacil se quitó las botas y se sentó junto a Nils Gustaf. Hablando en un sueco del sur que pocos de los allí presentes entendían, se entretuvieron contándose anécdotas de sus viajes. Trataron temas como la caza de ladrones de renos y peleas con los delincuentes locales, y encuentros con bellas damas en elegantes ambientes urbanos. Michelsson fingía estar ocupado con las cuentas, pero escuchaba con curiosidad. Yo, por mi parte, me encargué de la cabeza de la osa liberándola con cautela de la valiosa piel. Me costó mucho trabajo separar la cabeza de las vértebras cervicales, pero al final sostuve entre mis manos el carnoso y espeluznante cráneo. Resultó inesperadamente pesado. Até unas ramas para poder cargármelo a los hombros y luego seguí al pastor, que ya había echado a andar camino de la casa parroquial.

Enseguida se corrió la voz de lo acontecido por toda la comarca. Entre los pequeños pueblos del norte, donde raramente sucedían cosas de relevancia, la caza del oso era una fuente de historias añorada. Todo el mundo sintió alivio al enterarse de que la bestia asesina había sido capturada y sacrificada. Los aldeanos que habían llevado a cabo semejante hazaña se convirtieron en los héroes del municipio, y se les pidió una y otra vez que relatasen las dramáticas horas nocturnas en las que se habían jugado la vida en su batalla con el oso. Sohlberg, el patrón de la fundición, les compró la piel y la mandó curtir con la idea de colgarla en la pared de su mansión en recuerdo de la proeza.

El pastor me pidió que hirviera la cabeza del oso. El cráneo ofrecía un aspecto aterrador con la carne a jirones y la mirada fija de los desnudos glóbulos oculares.

Saqué a rastras la gran caldera del establo hasta un rincón del jardín y le eché un par de cubos de agua. Fui a la leñera a buscar el hacha del párroco, la que se había forjado en la fundición de Kengis y llevaba sus iniciales inscritas en la cabeza. Con unos hachazos rápidos partí leña seca y arranqué un poco de corteza de abedul para encender el fuego. Poco después de que las llamas empezasen a lamer la negra olla aparecieron los primeros borbotones en la superficie.

Con el calor, el punzante hedor a cadáver desapareció y en su lugar se elevaron vapores de grasa y carne cocida que recordaban a los que salían de la cocina cuando Brita Kajsa preparaba guisos de reno. Al principio la superficie era blanca por la espuma que se desprendía de la carne, luego gris con burbujeantes trozos marrones. Quité la babosa capa de la superficie con

mi *guksi* y la tiré a la hierba. Enseguida se acercó Tjalmo y se puso a lamerla. La caldera hervía tanto que grandes olas del líquido se derramaron por los bordes provocando chisporroteos en el fuego. Cuando la carne dejó de producir espuma, separé los pedazos de leña un poco para que el fuego perdiera fuerza, y el agua se fue aclarando. Al fondo de la olla se vislumbraba la blanca cabeza. No era lisa como la mía sino venosa con diferentes crestas y picos. Le di la vuelta al cráneo con una vara de abedul para que se cociera de forma regular y no se quemara ni se pegara al fondo. No pasó mucho tiempo antes de que el cuero cabelludo se despegara, se encogiera y se enrollara. Intenté quitar la molla medio suelta rascando con trozos de madera, el pastor me había pedido que tuviera mucho cuidado, a fin de no dañar el cráneo. Cuando los jirones se enfriaron un poco se los eché a Tjalmo, que se lanzó sobre los deliciosos bocados con ansia. Resultaba fascinante ver cómo estaba conectado el cráneo: allí donde se fijaba la mandíbula inferior había mucha carne de los fuertes músculos maxilares. Dudé un momento, pero luego saqué el cuchillo y corté un trozo mientras miraba a mi alrededor furtivamente. No había nadie. La carne era oscura y del color del hígado; el olor, intenso, pero no desagradable. Rápidamente me metí el trozo en la boca. La bestia asesina. La carne no había terminado de cocerse, por lo que tuve que masticar larga y concienzudamente antes de poder tragarla. Buena, lo que se dice buena, no estaba. Pero ya no había marcha atrás. Ahora llevaba el animal dentro de mí.

Pronto se soltó la mandíbula inferior debido al fuerte hervor, y raspando pude empezar a quitar las encías para que salieran los blancos colmillos en toda su longitud. En ese momento vi acercarse al párroco. Ahuyentó a Tjalmo, que bajó el rabo y se retiró. Con la ayuda de la vara de abedul saqué el cráneo del hirviente caldo para que el pastor pudiera inspeccionarlo.

—Bien —dijo asintiendo con la cabeza—. Muy bien.

Lo dejé en el suelo, encima de la hierba. Echaba tanto vapor que parecía que estuviera ardiendo. El párroco sacó un papel con apuntes y los estudió en



silencio. Reconocí mi letra. Eran nuestras anotaciones al examinar el cuerpo sin vida de Hilda Fredriksdotter.

—Dame la mandíbula también.

Se la tendí. Con una regla midió la distancia entre los colmillos, tanto en la desprendida mandíbula inferior como en el propio cráneo. Luego comparó con nuestras medidas.

—Las medidas no concuerdan —constató.

—¿Entonces no fue el oso?

El párroco adoptó un gesto serio y resuelto.

—Sólo quería asegurarme. Creo que a la chica le hicieron los cortes con la punta de un cuchillo, y cuando ya estaba muerta.

—¿Pero por qué?

—Para que pensáramos que la había matado un oso. Ya viste las heridas en la espalda. Si hubieran sido de garras, deberían haber sido paralelas. Pero se notaba que alguien las había hecho una por una y, además, la tela se había movido después de cada corte.

El pastor llamó a Tjalmo y le rascó debajo de la barbilla. La perra lamió ávida sus dedos pringados de caldo.

—Si el animal hubiese querido carne, habría atacado a alguna de las vacas —continuó—. Desde el primer momento dudé de la historia de la bestia.

—¿Y las marcas de garras en el árbol en el lugar donde la chica descansaba? La osa arañó el tronco, ¿no?

—También se hicieron con cuchillo.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

El pastor levantó la pequeña regla.

—Medí las marcas, y no se ajustaban para nada a las medidas de las zarpas de la osa. No, el depredador al que tanto tememos tiene forma humana.

—¿Cómo sabía usted que Hilda estaba oculta en la turbera?

—No lo sabía.

—O sea, ¿lo que está diciendo es que el asesino anda suelto?

El pastor asintió despacio con la cabeza.

—Piénsalo, Jussi. Un hombre ve a una chica sola y es preso de la lascivia. De alguna manera la convence para que lo acompañe hasta el granero. La mete allí a la fuerza, ella se resiste y entonces él la estrangula. De repente se da cuenta de lo que ha hecho y para ocultar su crimen intenta echarle la culpa al oso. Hace cortes imitando zarpas y colmillos antes de tirarla a la turbera. Y en el camino de vuelta, las marcas de garras en el árbol.

—Pero..., pero ¿es posible que haya alguien tan calculador?

—Eso parece.

—¡Tenemos que avisar al alguacil!

—El informe del señor Brahe ya está redactado, yo mismo lo he visto. El cuerpo de Hilda Fredriksdotter Alatalo muestra marcas de heridas causadas por los colmillos y las zarpas de un oso. Por lo visto, que los osos metan a sus presas en humedales es un hábito bien conocido y demuestra hasta qué punto se trata de una bestia astuta. El animal quería macerar la carne y a la vez esconder su presa de otros depredadores.

—Es imposible que el alguacil se crea eso.

—Tú y yo sabemos la verdad, Jussi. Un asesino anda suelto por ahí. Una bestia depredadora con forma humana. Y cuando una bestia le ha cogido el gusto a la carne humana, ¿qué ocurre entonces?

—¿Que quiere más?

El pastor no contestó, sino que me pidió prestado el cuchillo y se inclinó sobre el cráneo. Los huesos laterales estaban rotos por los violentos golpes de los cazadores. El párroco desprendió las esquirlas y las fue colocando en la hierba. Yo sostuve el cráneo boca abajo mientras él hurgaba con la hoja del cuchillo entre las membranas. Y de pronto el cerebro se soltó con un ruido de succión y cayó al suelo como un huevo cocido, todo blando y tembloroso, inesperadamente pequeño para pertenecer a un animal tan enorme. El pastor procedió a examinar el cerebro de cerca, pasando el dedo entre las sinuosas elevaciones de la masa.

—¿Crees que está aquí dentro? ¿Puedes descubrirla, Jussi?

No entendí a qué se refería.

—El alma —dijo—. El alma del oso.

Cerró las manos alrededor del cerebro, que se había enfriado lo suficiente y ya no quemaba. Lo levantó como si fuese un huevo temblequeante, y echó a andar hacia la casa parroquial.

No sé qué pensaba hacer con él. ¿Dibujarlo quizá, o enseñárselo a sus hijas? Apretó el paso tan entusiasmado que no reparó en que Tjalmo jugueteaba entre sus piernas. De pronto tropezó, dio un grito y soltó el cerebro al tiempo que intentaba recuperar el equilibrio. En el mismo instante en que los sesos tocaron tierra, la perra se lanzó a por ellos y de un raudito mordisco se zampó la mitad. Con expresión amarga, el pastor observó los restos que le quedaban en las manos. Los contempló desde varios ángulos y, tras toquetearlos un poco, acabó por sacudírselos de encima.

El sábado se celebró el funeral de Hilda Fredriksdotter Alatalo. La iglesia estaba llena de gente y la curiosidad era enorme. La tapa del ataúd se mantuvo abierta, y desde los bancos se oían sollozos quedos. Los padres de la chica se acercaron a las andas, la espalda encorvada de tristeza. El padre era un hombre viejo y flaco, con el rostro gris que parecía carecer de sangre. Posó su temblorosa mano encima de las manos entrelazadas de su hija muerta y tras acariciarlas torpemente empezó a tirar de ellas como si quisiera que la muchacha se levantara del ataúd. La madre se limpiaba la cara sin parar, su llanto transcurría en un silencio absoluto, pero las lágrimas mojaban el pañuelo funerario con que se enjugaba las mejillas. Junto a ellos estaba el único hermano de la difunta, un ser larguirucho y extraño. Se notaba que era tonto, se abotonaba y desabotonaba una y otra vez la chaqueta, que le quedaba muy corta de mangas; quizá no había llevado nunca una prenda con unos botones tan bonitos. Babeaba, parecía tragar y tragar pero sin conseguir nunca deshacerse de la saliva, quizá fuera su manera de llorar. Ahora los envejecidos padres sólo lo tenían a él, Dios no les había concedido más hijos.

Los feligreses esperaban con gran expectación el sermón del párroco. Brahe, vestido de uniforme, se sentó en una de las primeras filas. Al pasar hacia su sitio recibió muestras de agradecimiento de los asistentes y los saludó a todos con rápidos movimientos de cabeza que hacían vibrar sus gordos carrillos, mientras se esforzaba en presentar un gesto solemne y compasivo. Cuando el pastor tomó la palabra, sus miradas se cruzaron un instante y fue como si unas flechas envenenadas atravesaran el aire. Luego el alguacil desvió la vista hacia el retablo al tiempo que resoplaba inflando los carrillos. ¿O es

que se le había quedado algo entre los dientes y por eso se mostraba tan distraído ante la letanía? Junto a él estaba Michelsson, que toqueteaba el libro de cánticos.

El pastor hablaba del breve florecimiento del verano. De cómo las flores más bonitas eran segadas por la guadaña, al parecer sin motivo. Pero esa paja seca daría vida en otra época, bajo el alto cielo del invierno. A su debido tiempo, el sacrificio constituiría una bendición y tendría sentido.

Intenté escuchar pero mis pensamientos volaron. Ella se había sentado al otro lado del pasillo central. Mi amada. No había mirado en mi dirección ni una sola vez, yo era menos que aire para ella. Pero me daba igual. Disfrutaba contemplándola, como cuando las yemas de los dedos acarician una piedra pulida por el agua cuyas formas se han vuelto tan suaves que se sienten como música. Acerqué el lado externo del dedo meñique a mi mejilla. Fue ahí donde la había tocado. La piel conservaba el recuerdo.

Y de pronto era como si hubiese ido a parar a un sueño. Todavía nos encontrábamos en la iglesia, pero ahora era yo el del ataúd. Yacía muerto con los dedos entrelazados, en medio de la iglesia ante las miradas de los feligreses. El pastor me observaba, también el alguacil. Todos los que ocupaban los bancos me miraban. También mi amada, también sus ojos descansaban sobre mí, y la embargaba la tristeza. Me había pasado algo grave. Había hecho algo, algún acto de gran valentía digno de admiración que nadie esperaba de mí. Y ahora todos pensaban: «¿Quién era en realidad? ¿Por qué nunca llegué a conocerlo? Ojalá hubiera sabido lo que sucedía en su interior...». Pero ya sería tarde. Sumergirían mi cuerpo en la oscuridad de la tumba, y se dirían unos a otros:

—Quién iba a pensar que una persona tan callada, alguien tan humilde... Que alguien como él fuera capaz de hacer algo tan grande.

Un chirrido seco interrumpió mis sueños cuando el párroco echó tres cucharones de arena en la tapa del ataúd. Me invadió un sentimiento de vergüenza, había sucumbido al demonio del orgullo. Y aun así, pese a mis

pensamientos pecaminosos, permaneció conmigo un dulzor que me producía una ligera excitación.

Yo les enseñaría. De alguna manera haría que me vieran. Aunque todavía no sabía cómo.

El párroco decidió que era un buen momento para inspeccionar las clases que había puesto en marcha ese verano en Kangosfors. Nos instalamos en la larga y estrecha barca fluvial propiedad de la casa parroquial. Yo me encargaba del botador mientras el pastor remaba, y a duras penas subíamos a contracorriente hacia la confluencia con el río Lainio. El nivel del agua seguía bastante alto, por lo que los rápidos nos dieron algunos problemas, pero logramos que la barca de quilla plana se deslizara sobre las piedras entre un remanso y el siguiente. En los trechos más difíciles nos ayudaron los lugareños, mucho más duchos que yo manejando los botadores, gente que de buena gana se ponía al servicio del pastor. El río Lainio era más estrecho y menos profundo que el río Torne y en algunos lugares el párroco quiso bajar a tierra para examinar las plantas que habían echado raíces en las riberas después de haber sido arrastradas por la corriente desde lejanas tierras montañosas.

Las clases estivales en Kangosfors se impartían en un sencillo edificio de madera que a juzgar por el olor se usaba como establo durante el resto del año. Nos recibió el señor Mattsson, un caballero muy serio que tenía el cuello algo torcido a consecuencia de una caída, cosa que lo descartaba para los trabajos manuales más duros. El párroco lo había elegido como profesor de los niños más pequeños, pese a que el propio Mattsson tenía considerables dificultades para leer. El anterior profesor de la zona había sido Juhani Raattamaa, pero ahora enseñaba más al norte, en Lainio. De Juhani se decía que incluso superaba al pastor como profesor, se contaba que dominaba el arte de la retórica hasta tal punto que entre sus alumnos se había originado un

movimiento de avivamiento religioso y desde muy lejos acudían curiosos para ver a los alumnos «locos» retorcerse en el suelo presos del remordimiento o quedarse tan faltos de fuerzas que no se mantenían en pie, o dar vueltas por la sala saltando de alegría invadidos por una sensación de eufórica bienaventuranza. Se decía también que si alguno de los alumnos se portaba mal, Juhani simplemente lo acogía entre sus brazos y le hablaba de forma suave y tranquila, hasta que el niño dejaba de llorar, lo que ocurría enseguida. Nunca recurría a la vara, como tantos otros catequistas.

A Mattsson le faltaba esa capacidad para inspirar a los niños que poseía Raattamaa, pero a cambio estaba dotado de una memoria prodigiosa. Podía recitar casi palabra por palabra muchos de los textos y sermones que le había oído pronunciar al pastor.

—¿Y cómo va el trabajo en este joven viñedo? —lo saludó entrañable el párroco.

Mattsson hizo unas reverencias lo mejor que pudo con su rígido cuello antes de acompañarnos hasta el aula. Conté doce chicos pero sólo dos niñas.

—Las hermanas Waara guardan cama —explicó.

—¿Están muy enfermas?

—Puede ser la tisis. Les he pedido que se queden en casa para que no contagien a los demás.

Los niños se sentaban de dos en dos, cada uno provisto de una pizarra, e intentaban con mucho esfuerzo copiar las palabras que Mattsson escribía en la suya. Al vernos se pusieron de pie y saludaron con una inclinación. Ahora durante el verano la mayoría iban descalzos. Sus manos parecían muy bastas cuando agarraban la tiza para trazar unas líneas inseguras. El pastor no siempre conseguía interpretar la letra, pero les dedicaba entusiastas palabras de ánimo. En la pizarra de Mattsson ponía: «Santifikarás el Día de Deskanso».

—Estamos aprendiendo los diez mandamientos —explicó él ligeramente nervioso.

El pastor borró y cambió la k por la c.



—Es *santificar*. Y «día de descanso» se escribe así.

—Perdóneme, señor párroco.

—No se preocupe, no es fácil saberlo.

Ninguno de los alumnos se atrevió a reír. En silencio se escupieron en los pulgares para borrar y corregir las faltas de ortografía. Eran niños campesinos, de habla fina, al igual que Mattsson, y en sus hogares no había libro alguno a excepción de la Biblia y el catecismo. En las visitas regulares que hacía el pastor por las casas para controlar los conocimientos en el catecismo había podido tratar con los padres. Muchos de ellos apenas eran capaces de escribir su propio nombre, y cuando les pedía que leyeran unos versos de un salmo, seguían las líneas con el dedo fingiendo leer mientras los recitaban de memoria. Se notaba que se los habían aprendido antes de la visita, un aprendizaje que se realizaba a base de repetición e insistencia. Los diez mandamientos, las explicaciones de Lutero, el credo y el padrenuestro. Quizá se les había quedado algo desde la confirmación, quizá también algún fragmento de los sermones del pastor. Pero rara vez nada que se asemejara a la teología. *Ordo salutis*, el orden de la salvación, difícilmente era conocido fuera del círculo de los seguidores del despertar religioso, y la conversión no significaba más que el poder llamarse cristiano. Resultaba fácil pensar que la sirvienta o el criador de renos carecían de predisposición para los estudios académicos. Sin embargo, aunque no leían libros, sabían cómo se movían los animales durante cada época del año. Conocían de memoria centenares de marcas de reno, podían encontrar el camino hasta lagos de pesca, hasta viejos terrenos de pasto, lugares donde crecían bayas y arándanos, en todo el territorio desde las montañas hasta el litoral. Podían dar cuenta de todos sus antepasados hasta tres o cuatro generaciones, construirse casas con la única ayuda de un hacha y hacerse ropa de abrigo con hilo de tendones de animal. La memoria no les fallaba. En muchas áreas, los habitantes de esos pueblos poseían saberes más amplios y profundos que los de todos los catedráticos de Uppsala juntos.

Pero se avecinaban nuevos tiempos, decía el pastor. ¿Por qué los niños de las granjas tornedalianas no podían ser párrocos o profesores? El pastor y sus hermanos Carl Erik y Petrus lo habían conseguido, a pesar de la pobreza y de una infancia al pie de la montaña. Con estudios, la tierra norteña se encaminaría hacia un futuro más luminoso. Los campesinos podrían aprender mejores métodos de cultivo, adquirir conocimientos sobre nuevas cosechas, sobre la cría de ganado, el mejoramiento vegetal y la conservación de los alimentos. Se podrían combatir las enfermedades de una manera científica, crear nuevos medicamentos mediante la investigación, reducir la mortalidad infantil. Y con mayor formación, el abuso del alcohol disminuiría, de eso el pastor estaba convencido, un campesinado con cierta cultura compraría libros en lugar de aguardiente. Y todo empezaba con los niños, con estos torpes trazados en las pizarras.

—Las tizas casi se han acabado —susurró Mattsson.

—¿Ya?

—Quizá los niños aprietan demasiado al escribir.

—Bueno, me han prometido la donación de una herencia, voy a recordárselo a los familiares. Y el salario del maestro se pagará lo antes posible, lamento el retraso.

—Gracias, párroco.

—Agradéceselo a nuestro Señor.

Nos acercamos a uno de los niños. Era rubio y flaco, con cierto parecido a una musaraña. Subió los hombros y tensó todo el cuerpo, como si esperase una bofetada.

—¿Cómo te llamas?

—Feeto —susurró.

—Pero lo más seguro es que te bautizaran con el nombre de Fredrik, ¿verdad? ¿Qué quieres ser de mayor, Fredrik?

No respondió. Los demás niños lo miraron fijamente y con curiosidad, quizá esperaban que lo castigaran.

—Cuando seas adulto —intentó de nuevo el pastor—. ¿Alguna vez has pensado si te gustaría ser párroco?

Se oyeron risitas de varios de sus compañeros. El chico levantó la vista, tenía los ojos azul celeste y era tan rubio que apenas se le veían las cejas.

—En su momento yo también fui niño —explicó el pastor—. Un niño pequeño que no sabía leer. Y hoy entiendo tanto griego como latín. Di *Ordo salutis*.

—*Ordo sa... luti...*

—Es latín y significa el «orden de la salvación». El orden de la salvación es como una escalera que tenemos delante, una escalera muy alta y empinada. Y arriba del todo está Jesús. ¿Podéis imaginarlo? La luz es tan fuerte que cuesta mucho mirarlo, pero allí está Jesucristo con los brazos abiertos, esperándonos. Paso a paso podemos llegar hasta él.

—¿Hay comida allí? —murmuró alguien.

—Sí, en abundancia, y para todos los que tengan hambre.

—¿También mantequilla?

Mattsson estuvo a punto de propinarle un buen bofetón al chaval, uno de los mayores, que tenía un flequillo lacio y grasiento.

—Montañas de mantequilla —dijo el pastor—. Y hay asados de reno y lucios y salmones y urogallos grandes. Y pan recién hecho, y enormes quesos dorados.

A los niños se les hacía la boca agua. El párroco fingía olfatear el aire buscando el aroma de la comida como si saliera del techo.

—Y todos podemos alcanzar ese lugar —dijo.

—Eso es —asintió Mattsson.

—El que abra su corazón acabará a la derecha de Dios Padre.

Mattsson cerró los ojos como si se dispusiera a rezar.

—¿Sólo los sacerdotes pueden llegar hasta allí? —quiso saber el niño del flequillo.

—No, todo el mundo puede llegar —aseveró el pastor—. Todos los que

estáis sentados aquí.

—Pero primero hay que morir —se oyó decir a alguien.

El pastor contempló a un niño de pelo casi blanco. Éste le devolvió la mirada, pero sin rastro de desvergüenza o de burla, sólo se apreciaba seriedad y determinación. El niño se asemejaba a un ángel, daba la impresión de que era capaz de ver la realidad con mucha más claridad que el resto. Al párroco le invadió el deseo de hacerse cargo de él, de sentarse con él ante una pila de libros para enseñarle toda la belleza y la grandiosidad de este mundo. Las plantas y la tierra, el clima, la psicología, la filosofía y en especial el arte de la retórica que nos abría el camino hasta el corazón de las personas. Había que formar a los jóvenes para que pudieran tomar el relevo cuando los viejos llegaran al final del camino. La región necesitaba pioneros capaces de guiar el rebaño hacia delante con sabiduría y empeño.

—Antes de morir debemos vivir —respondió el pastor—. Y para poder vivir de la forma más rica e inteligente posible, debemos adquirir conocimientos. ¿Sabéis, por ejemplo, que se puede impulsar barcos con agua hirviendo? Eso se hace en América, y también en el sur de Suecia. Se introduce agua caliente en una máquina. Entonces la máquina se pone en marcha y con su fuerza puede impulsar un buque entero.

—¿Qué es una máquina?

—Algo que se mueve solo.

—¿Entonces las personas son máquinas también? —preguntó el niño.

—No, no lo somos.

—¿Por qué no?

Mattsson se estiró hacia la vara que colgaba en la pared y eso bastó para que el niño se callara. El pastor hizo un gesto con la mano señalando el mundo que había al otro lado de la ventana.

—Una máquina no puede sentir nada. La máquina no tiene conciencia. Un ser humano, en cambio, puede elegir hacer el bien, ayudar al prójimo. Sois vosotros, queridos niños, los que podéis sacar a nuestras tierras de la miseria.

La alimentación tiene que mejorar. Las viviendas también. El ganado debe dar el doble de leche, y hay que combatir las enfermedades y el abuso del alcohol. Sois vosotros los que podéis guiarnos a tiempos mejores.

—Amén —concluyó Mattsson.

Los niños se apresuraron a entrelazar los dedos y decir «amén» ellos también. El párroco parecía buscar en su interior una cita oportuna de las Escrituras pero sin encontrar ninguna. Se limitó a recorrer con la mirada el grupo de críos, los pies desnudos, las manos menudas pero fuertes, los altos pómulos y los tiñosos cueros cabelludos. Podían haberse quedado en casa para ayudar con los animales, pero estaban sentados en la escuela. El futuro de la región. Éste era el aspecto que tenía.

Durante nuestro viaje de regreso, corriente abajo, el párroco fue reflexionando sobre el futuro. Decía que el mundo en el fondo había cambiado. La Revolución francesa de 1789 había provocado graves dolores de parto en los pueblos: la impiedad y la depravación de las costumbres habían causado mucha violencia y represión. Cuando se despojaba al ser humano del cristianismo, no había clemencia, se volvía peor que un tigre.

—A una inicial euforia de libertad le siguen la tiranía y la barbarie —dijo—. Temo que nos esperen más revoluciones. Y a pesar de que se derrocan viejos y anticuados gobiernos, siempre aparece otro canalla ambicioso que logra hacerse con el poder. Nunca faltarán tiranos.

—¿Pero y el despertar religioso? —objeté—. ¿No es también una revolución?

—Sí, sin duda. Pero es una revolución interior. En lugar de derrocar a poderosos gobernantes, se lucha contra los tiranos interiores. Contra la arrogancia, la autosuficiencia, la soberbia, contra el deseo de ostentación y el placer de la carne. Hasta que los demonios interiores no sean derribados y vencidos, no podrá producirse un cambio duradero en la sociedad. Ya has oído a los niños, Jussi, has oído sus sueños. Hablaban de comida. Y

necesitamos comer, cierto, pero también necesitamos alimentar nuestro espíritu. Más allá del estómago tenemos un alma, Jussi. Y cuando el alma está hambrienta no basta con sentarse en el banco de la iglesia e inclinar la tozuda cabeza para pedir perdón según manda la liturgia. Es como ir a la tienda y comprar un cucurucho de caramelos. Puedes comértelos todos, pero no te saciarán.

Continuó hablando de la escuela, de cómo los campesinos y los samis iban a mandar a sus hijos a la escuela en el futuro, y cómo la familia más pobre iba a poder albergar en su seno un graduado universitario o, incluso, un catedrático. Yo me limité a mantener la barca en medio de la corriente y a murmurar alguna palabra de asentimiento de vez en cuando, pero tenía la cabeza en otro sitio. En mi interior estaba viendo a mi amada. Sus labios rojos contra los míos. Hambre.

En verano la savia asciende por los troncos de los árboles. Los huevos se convierten en pájaros que llenan el cielo, los insectos eclosionan y forman grandes nubes. En la cabeza del alce macho crecen las astas, los salmones remontan el río saltando con fuertes chapoteos. La luz fluye ininterrumpidamente a cualquier hora y convierte el verano en un día extendido, una luz continua que dura un par de meses. En esos momentos da gusto vivir en el norte.

El párroco estaba arrodillado en medio del musgo. Estudiaba un *Carex* y hacía anotaciones en un papel arrugado. De repente, un abejorro aterrizó en su lápiz. Quizá lo atrajeron los movimientos de éste, quizá quedaban restos de sal en los dedos del pastor. Barriendo el aire con la palma de la mano atrapó el insecto. Esperé la pequeña mueca de dolor cuando el abejorro lo picara, pero el pastor sonreía. Abrió el puño y sostuvo al pícaro y peludo bichejo entre el pulgar y el índice mientras me alcanzaba la lupa. Observé que las patas estaban cubiertas de pelillos que llevaban pelotitas amarillas pegadas.

—Polen —dijo el párroco—. De centenares de flores.

Le devolví la lupa. Quería darme el abejorro, pero yo negué con la cabeza.

—Pica.

—No —dijo el pastor—. Éste no, es un macho.

Desconfié, pensé que me tomaba el pelo. Aun así, cogí el insecto con los dedos. Era fuerte y pataleaba para soltarse. Las alas brillaban al sol. Y el pastor tenía razón, no me picó.

—Los machos son de color más claro. Y sólo las hembras tienen aguijón. Los tubos para poner huevos se transforman en un expulsor de veneno, lo

aprendí en Uppsala.

Solté los dedos despacio. Durante un instante el abejorro se quedó inmóvil, como sorprendido, antes de batir sus relampagueantes alas y regresar al verdor dando tumbos por el aire.

Descansamos unos segundos mientras el pastor encendía su pipa. El humo olía dulce y bien, y dispersaba a los tábanos que se sentían atraídos por nuestros cuellos desnudos.

—Siempre pienso en mi hijo cuando veo abejorros —dijo el pastor—. Mi pequeño Levi. Tendrías que haberlo visto corriendo de un lado a otro. Era ese tipo de niño que se ponía de pie debajo de la mesa de la cocina con tanto brío que acababa dándose un golpe en la cabeza que resonaba en toda la casa, y aunque se cayera llorando al suelo volvía a hacer lo mismo inmediatamente. Estaba tan lleno de energía..., tenía las mismas ganas de vivir que los abejorros.

—¿Qué le pasó?

—Levi y su gemela, Lisa, cogieron el sarampión. Fue terrible. Sus pequeñas y bonitas caras se hincharon y sus cuerpos quemaban entre mis brazos como hierro incandescente. Levi fue quien se puso peor, la fiebre le provocaba vómitos cada vez que intentábamos darle agua con una cuchara. Al final se limitó a quedarse quieto protegiéndose de la luz con su pequeño y rollizo brazo; yo le cubrí los ojos con una toalla. Respiraba muy rápido y tosía. Sonaba como si hubiera líquido allí dentro, como si su pecho estuviera lleno de agua. Brita Kajsa recogió nieve en un cuenco y se la frotamos por la piel para enfriar ese hirviente cuerpo.

Los ojos del pastor se humedecieron al recordar a su hijo. Tosió discretamente y el largo flequillo le cayó sobre el rostro.

—Lisa, gracias a Dios, mejoró, pero Levi se quedó tumbado exhausto en la cama entre Brita Kajsa y yo. La última noche pareció recuperarse algo y empezó a moverse un poco. De repente extendió los brazos y los giró de un lado a otro mientras los pies daban patadas contra la sábana. Fuera el frío no



daba tregua, la noche de enero estaba en su momento más oscuro, las estrellas se ocultaban tras una neblina negra. Y los pequeños brazos no paraban de agitarse. Así..., como las alas de un abejorro..., pero los ojos se dirigían hacia arriba como si hubiese descubierto los ángeles. Quizá quería echar a volar hasta ellos. Ya había empezado el viaje, ascendiendo, lanzándose al oscuro abismo. Intenté detenerlo, recuperarlo a la fuerza, pero sabía que se marchaba. Sus movimientos se volvieron cada vez más débiles. Le salía flema de la boca y de la nariz. Le limpiábamos una y otra vez, para mantener las vías respiratorias despejadas. La mañana siguiente envolví el cuerpo en la sábana. Brita Kajska quería cogerlo en brazos pero yo no era capaz de soltarlo. Nos peleamos por el niño, fue terrible... Pero el Señor se lo llevó. Me arrebató a la persona que más quería, me golpeó donde más dolía...

El pastor se calló. Sentí una vergüenza extraña. ¿Por eso se apiadó de mí aquel día en la cuneta del camino? ¿Porque le recordé a su hijo? ¿Para que me convirtiera en aquel Levi al que echaba tanto de menos?

Se tumbó pesadamente en el verdor, entre los abejorros que zumbaban. Yo hice lo mismo. Nos quedamos allí, uno al lado del otro, contemplando las nubes estivales que navegaban por el cielo.

—Deberíamos aprender de los abejorros —dijo de repente.

Lo miré de reojo, sin comprender del todo lo que quería decir.

—Te he enseñado las letras, Jussi. Ahora sabes leer y escribir. ¿Pero qué es más bonito que el agradable zumbido de los abejorros? Escucha su borboteo.

Chupaba de la pipa y chascaba la lengua, como si buscara consuelo en ello.

—Las palabras escritas son importantes, ¿pero qué ocurre cuando las llevamos a la boca? Hay que romperlas a mordiscos como cascajos de cerámica. Masticarlas hasta que sean tan suaves como la arcilla y luego formarlas con las cuerdas vocales y los labios. ¡Hasta ese momento no adquieren su verdadera fuerza!

Enfatizó su explicación con un gesto del brazo.

—Como los apóstoles. Ellos fueron los abejorros de Jesús. Volaron por el mundo con los granos de polen en sus velludos pelajes. Querían llegar a los estigmas de los pistilos en los anhelantes corazones de todas las personas. Y en las montañas y en los desiertos podían brotar las flores más maravillosas.

Asentí expectante.

—Bien es cierto que yo escribo mis sermones, Jussi. Pero hasta que no subo al púlpito no cobran vida, cuando las letras pasan por mi garganta y mi lengua. Es tu boca, Jussi, la que debe salvar al mundo. ¡La boca y la palabra viva!

Sí, sí, pensé. Sí, sí...

—Y luego pasa otra cosa con la palabra hablada, Jussi.

El pastor vació la pipa dando unos golpecitos.

—¿Cómo vas a encontrar esposa si no hablas nunca?

Me sonrojé. Naturalmente había advertido mis ansiosas ojeadas, mis patéticas miradas de soslayo al otro lado del pasillo de la iglesia. Me puse nervioso y le asesté tal manotazo a un tábano que sus tripas me salpicaron la camisa.

Una tarde vino de visita el afable Erkki Antti de Juhonpieti. Con su habitual consideración saludó a la gente de la casa deseando a todo el mundo, criados y niños incluidos, el mismo entrañable «la paz de Dios sea con vosotros». Tras secarse el ojo ciego que le lloraba desde un accidente que sufrió en su juventud, sacó de su equipaje un envoltorio de tela y lo abrió. Dentro había algo duro y blanco. Sirviéndose de un cuchillo que guardaba en una funda separó un trozo y me lo tendió. Lo mastiqué y enseguida sentí el sabor de la montaña y los fiordos.

—Pescado seco —dijo Erkki Antti sonriendo—. Directamente desde Noruega, unos amigos en la fe me lo dieron.

El pastor masticó entre muecas.

—Hay que tener dientes jóvenes para poder morder el pescado seco —opinó.

—Pero buenas fuerzas da durante largas caminatas.

—Sí, cuéntenos, querido Erkki Antti. ¿Cómo va el trabajo en los viñedos noruegos?

Se sentaron, y mientras conversaban un aroma dulce con un curioso toque condimentado salía de la cazuela que Brita Kajsa calentaba en el fuego. Con mano firme machacó el contenido tostado para luego echarlo a una cacerola con agua y dejarlo hervir. Después lo sirvió en las tazas de porcelana que se reservaban para los invitados más queridos. A mí también me echó un trago en mi *guksi*.

—Le he cogido gusto a este brebaje —dijo Brita Kajsa sin poder ocultar una sonrisa expectante—. A veces llega un envío a la tienda y aprovecho la

ocasión.

La bebida era negra, casi aceitosa. El sabor me hacía pensar en un troncón de brea, pesado y quemado, mientras que el olor me recordaba al té de labrador.

—Café —suspiró Erkki Antti con placer—. ¡Alabado sea Dios!

Brita Kajsa miró de reojo a su marido y sonrió.

—Al pastor no le agrada esta bebida tanto como a nosotros —dijo—. Pero él ya tiene su tabaco. Y a las mujeres también se nos debe permitir algún pequeño vicio, ¿no?

Mientras el café iba extendiendo su calidez entre los presentes, que lo tomaban a sorbetones, Erkki Antti hablaba de cómo el movimiento del despertar religioso progresaba en el lado noruego. Lamentablemente, traía noticias preocupantes de Kautokeino.

—Allí los samis reavivados en la fe siguen sembrando inquietud —explicó—. Varios de ellos interrumpieron el culto que oficiaba Andreas Qvale en Skjervøy.

—Sí, me han llegado noticias de eso por carta —asintió el pastor.

—El obispo Juell ha enviado a Kautokeino un nuevo párroco que domina la lengua sami, Nils Stockfleth.

—Bien hecho —opinó el pastor—. Si el párroco habla sami, llegará mucho más a la gente.

—Por desgracia, no parece que en este caso haya servido de mucho —dijo Erkki Antti—. Haetta, Somby, Spein y un par de samis más visitaron la casa parroquial para entrevistarse con él. Querían que les asegurara que compartía su fe en el despertar. Pero Stockfleth se negó. Entonces los samis empezaron a gritar que estaba endemoniado.

—¿Y eso sucedió en la casa parroquial?

—Sí, en el propio hogar del pastor. Los samis siguieron maldiciéndolo a gritos y se vio obligado a llamar al nuevo alguacil, Lars Johan Bucht. Juntos los echaron.

—¿Y esos samis dicen formar parte del movimiento?

—Sí, el mismo al que pertenecemos usted, señor párroco, y yo. Más tarde, unas mujeres reavivadas en la fe abroncaron a Stockfleth durante el servicio, con lo cual él se negó a administrarles la sagrada comunión, pues, según él, renegaban de Jesucristo. Todo acabó con la gente voceando y armando jaleo, tanto hombres como mujeres, de modo que resultó imposible escuchar la voz del párroco durante el sermón entero.

El pastor se quedó callado reflexionando. Brita Kajsa tomó un trago del caliente café mientras meneaba incrédula la cabeza.

—¿Cómo es posible que el movimiento haya llegado a algo así? —preguntó.

—Eso no es nuestro movimiento —objetó el pastor.

—No, claro que no. Entonces ¿de dónde viene todo esto? El alboroto, el escándalo y la discordia.

Erkki Antti bajó la mirada a la mesa con cara de preocupación.

—¿Y qué dice la gente allí arriba? —continuó Brita Kajsa—. ¿Qué piensa la gente sobre el despertar religioso?

—No sé si yo...

—Sí, dinos lo que piensan —lo exhortó—. Dinos lo que has oído.

Erkki Antti volvió a secarse el ojo ciego, que le lloraba otra vez.

—Muchos nos acusan de herejía —admitió Erkki Antti visiblemente incómodo—. Dicen que le hacemos el juego al diablo. Que somos falsos profetas y que lo que pretendemos es destruir la Iglesia.

—Esas habladurías salen de nuestros enemigos —exclamó el pastor.

—Lo sé, lo sé...

—No tenemos nada que temer —añadió el párroco.

—Pero ¿y si el enemigo está entre nosotros? —protestó Brita Kajsa—. ¿Y si el mal se instala entre nuestra propia gente? Y si es así, ¿cómo vamos a poder defendernos?

Con la misma discreción que mostró al llegar, Erkki Antti se despidió para regresar a su hogar en Juhonpieti. Por la noche, Brita Kajsa notó que el pastor se movía inquieto en la cama. Le puso la mano en el pecho, el corazón latía de forma débil e irregular.

—Debería ir a Kautokeino —dijo él.

—Cuando llegue el invierno, la cosa se tranquilizará —susurró ella.

—Todo el mundo parece estar en contra del movimiento.

—Pero hay miles de amigos que te apoyan.

—No lo siento así. Dentro de mí estoy solo ante el dragón.

—Pase lo que pase, saldremos victoriosos.

—¿Tú crees?

—¿Tú no?

El pastor inspiró hondo llenando el pecho de aire. Pero ahí dentro no había más que vacío y desolación. Se sentía como una casa con ventanas rotas donde hojas secas hacían remolinos en el suelo.

—Todo va a mejorar —dijo Brita Kajsa—. Ahora también los pobres pueden tener fe y esperanza.

—¿Pero en qué?

—Piensa en Jussi, por ejemplo. Ya lee y escribe mejor que los granjeros más ricos de Pajala.

—Hemos prendido la llama —respondió el pastor—. Y nuestra intención era que el fuego calentara e hiciese el bien. Pero también puede llevar a la destrucción.

—Venga, intenta dormir, querido esposo.

Él le agarró la mano, con una intensidad que apenas había usado desde el día en que se prometieron. La apretó durante mucho tiempo en la oscuridad.

## II

*El sol se pone.  
Los perros ladran.  
En soledad espero  
la llegada de la noche.  
Antes de que ella hable  
su boca callaré.  
Pronto se ahorcará  
la pobre pecadora.*

Una esposa, había dicho el párroco. Yo ya la había encontrado. Nada más verla lo supe. ¿Pero cómo podía llegar hasta ella, penetrar esa frialdad que me mostraba?

Por las conversaciones de los braceros en el mercado me había enterado de que iba a organizarse un baile. Era sólo para criados y gente sencilla, lejos de las miradas de los potentados. El sitio elegido eran unas cabañas de un apartado pasto veraniego en el bosque, donde nadie molestaría. Al acabar los quehaceres del sábado, la gente tomaba una sauna, se cambiaba de ropa para luego encaminarse a ese lugar.

Yo no quería ir. Pero al mismo tiempo sí. Los jóvenes de la zona se reunirían allí, pero a su lado me sentía viejo. O quizá fuera miedo. No lo sabía. Me sentía desconcertado, y mi ropa estaba sucia y olía a bosque quemado.

—¿Jussi?

El pastor entró en la sauna. Era capaz de moverse con el sigilo de un gato. Yo acababa de lavarme y estaba secándome con un trapo. Preso de la timidez, me tapé los genitales e intenté alisarme el pelo con la mano.

—Dicen que hay un baile esta noche.

—No sé nada de eso.

—¿Así que no tienes pensado ir?

Me ruboricé. El pastor me adivinaba las intenciones como nadie, ya me había pillado la primera mentira.

—El baile es al diablo lo que la carne al moscardón —balbuceé.

El párroco apartó discretamente la vista mientras me secaba la entrepierna



y me ponía con premura los pantalones.

—La chica fue asesinada —dijo serio—. Y tú y yo somos los únicos que lo sabemos. Hay una bestia que anda suelta por ahí.

—Puede estar muy lejos ahora.

—Me temo que no es el caso. Si se trata de alguien que conocemos, que se encuentra entre nosotros, entonces acudirá al baile esta noche.

—Pero el pastor..., el pastor puede hacer que el baile no se celebre.

—Podría. Probablemente podría hacerlo... Pero pensé que igual ibas.

—No, no pensaba ir.

—Pero si a pesar de todo te decidieras a ir, podrías intentar identificar al asesino. Sin duda será alto y fuerte. Las manos que estrangularon a la chica son más grandes que las mías. Ha estado en la montaña, acuérdate del brezo que encontramos. Y anda a la caza de mujeres.

Me quedé mirando fijamente al pastor, quien puso su mano en mi hombro desnudo. Noté cómo se extendía el calor.

—Quizá deba ir, a pesar de todo —murmuré.

—Ten cuidado, Jussi. En el nombre de Dios.

En la puerta de la sauna se dio la vuelta.

—Y si alguien pregunta, yo no estaba al tanto de ese festejo. O sea, del baile. Ignoraba por completo que fuera a celebrarse algo así.

A lo largo del sendero en dirección a Kenttä, donde se iba a celebrar el baile, se oía un murmullo de voces bajas. De todas partes acudían jóvenes campesinos y criados, llenos de entusiasmo y expectación. Gañanes y sirvientas miraban hacia atrás preocupados temiendo que los llamaran para algún quehacer nocturno. Al llegar a las cabañas, el bosque de abetos raleaba cediendo el paso a los prados donde la luz veraniega entraba a raudales desde el cielo nocturno. De un fuego hecho con madera grasienta se elevaba un ligero humo que flotaba sobre los prados y que sin duda no se había encendido para dar calor sino para crear un ambiente acogedor. Por todas partes se veían

pequeños grupos de hombres y mujeres que aún no se atrevían a acercarse unos a otros. Del establo surgían mugidos del ganado, encerrado allí para pasar la noche, pero era al granero hacia donde se dirigían todas las miradas. De allí salían golpes sordos, como si alguien estuviera trillando. De vez en cuando se oía un grito, una risa. Me sentí avergonzado al sentir las miradas de soslayo de las criadas; sus ojos me pinchaban la piel como agujas. Una chica me señaló con burla mientras susurraba algo que provocó una hilaridad general entre las amigas. Quería darme la vuelta y volver corriendo al bosque, pero me obligué a quedarme. Cuando un par de hombres recién llegados echaron a andar hacia el granero, fui detrás dejándoles que abrieran camino entre los cuchicheos. Olían a alcohol; uno de ellos se desabotonó el abrigo y sacó una botella de dentro de la pretina de los pantalones. Los dos tomaron un buen trago. Me quedé de piedra al reconocer al más corpulento. Era Roope, el hombre pelirrojo que trabajaba en la fundición y que me había gritado en el camino amenazándome con su cinto. Tenía los ojos brillantes al girarse hacia mí.

—¡Joder, pero si es el crío *noaide* del pastor! ¿Es verdad que te encontré debajo de una piedra? Debajo de una piedra, tumbado, un trol que ni siquiera sabía hablar.

Su amigo se mostró impaciente y abrió el desgastado portón gris del granero. Me agaché para esquivar los brazos de Roope, que se agitaban buscándome, y me colé por la baja puerta.

Una vez dentro, me abrí paso a empujones en una semioscuridad ondulante donde se respiraba un aire denso y húmedo, mucho más caliente que el del exterior. Olía fuerte a sudor y a otra cosa, algo peligroso, que se desprendía desde lo más profundo de los jóvenes cuerpos. Cuando los ojos se me fueron acostumbrando a la penumbra, vi a la gente moverse en una larga procesión, o más bien en círculo, un baile en corro. Las mujeres estaban colocadas mirando hacia el centro mientras los hombres circulaban a sus espaldas. Los dos corros se movían en direcciones contrarias, de modo que con cada desplazamiento el

hombre tenía una mujer nueva delante y después otra. La intimidad resultaba tan amenazadora que me mareé. Busqué refugio apoyándome en la pared entre otros jóvenes tímidos que tampoco se atrevían a adentrarse en el sudoroso círculo. En el rincón, subido a una caja de patatas, estaba el cantante. Se trataba de un joven de constitución esbelta y cara aniñada, llamativamente bajo y con una voz muy clara, entre la de un hombre y la de una mujer. Su canto sonaba muy extraño, nunca había oído nada semejante. Daba la impresión de estar riéndose, me resulta difícil compararlo con otra cosa, la voz subía y trinaba para luego descender en un largo bucle como si bajara por una empinada escalera. Apenas se le notaba tomar aire, la voz volvía a subir y llenaba la estancia con un ritmo estable: la-di-li-di, la-di-li-di-dam-dadidam-da. Era imposible entender cómo la lengua podía correr tan rápido de un tono a otro. No había ningún instrumento más; no conocía a nadie por la zona que pudiera permitirse un violín. En el bosque había oído a alguna muchacha tocar una flauta casera, un sonido que acompañaba y que ahuyentaba a los depredadores. Pero, al fin y al cabo, la voz humana era el mejor instrumento, porque uno siempre la llevaba consigo. El cantante de aspecto enjuto y frágil los tenía hechizados a todos, tarareaba bucle tras bucle mientras los movimientos mecedores acercaban cada vez más los cuerpos de los que bailaban.

Y de pronto se calló. Ocurrió de manera tan repentina que la gente se avergonzó, demasiado cerca unos de otros, inmersos en un silencio inquietante. Las criadas bajaron la mirada al suelo, a sus botas o a sus manos. Algunos intercambiaron susurros o se empujaron un poco. El cantante carraspeó larga y concienzudamente, limpiando la garganta de flema y mocos, y le pegó un trago a una botella que alguien le tendió. Lo observé fascinado; un hombre tan insignificante de hombros enclenques a quien nadie habría mirado en el camino del pueblo era aquí el indiscutible centro de atención. Desde la pista de baile lo miraron suplicantes, impacientes por volver a adentrarse en la música, en ese corazón palpitante y acogedor. Y el hombre esbozó una

sonrisa mientras con la mirada absorta buscaba en su colección de canciones, brillando en centenares de colores, hasta que de pronto agarró el extremo del hilo de uno y entonó la voz. Y luego llegó la letra. Era un triste vals finés, que hablaba de la soledad bajo un cielo estrellado cuando tu amada te ha dejado por otro. Algunas parejas dispersas empezaron a dar vueltas por el escaso espacio que había en la abarrotada estancia, pero la mayoría se retiraron tímidamente hacia las paredes y se limitaron a escuchar. Dos chicas acabaron a mi lado, una de ellas me dio sin querer con su cadera. Nada más advertirlo se apartó, pero a mí me invadió una felicidad secreta. Estaba tan cerca... Si estiraba mis brazos podía abrazarla. ¿Podía quizá fingir que tropezaba y apoyarme en su hombro? Aquí, en el caliente granero, nos hallábamos en otro mundo. No había amos que mandaran, ni viejos sentados en los rincones con ojos vigilantes. Muchos encontraban aquí una libertad que la gente trabajadora nunca podía experimentar de otra forma. El pesado aire tenía un sabor dulce, daban ganas de tomar más, de llenarse y marearse con él como un abejorro.

Y de pronto alguien me acercó una botella a la boca. Era Roope. Sus dientes parecían afilados bajo el bigote pelirrojo.

—Coñac para el niño *noaide*...

Cogí la botella sin pronunciar palabra. Estaba pringosa por el sudor de sus manos y la saliva, y me imaginé estrellándosela en la sien con un golpe rápido y fuerte que lo mandaría al suelo. Toda la escena se me volvió muy real: el cantante que dejaba de cantar, el escándalo y el alboroto y los gritos y la sangre y la gente intentando huir de allí. Resultaría de lo más liberador pegarle, darle su merecido al cabrón, atizarle tan fuerte que se desplomara. Pero me contuve en el momento justo antes de que sus ojos se abrieran de terror, y en lugar de golpear, bebí. Me acerqué el gollete a los labios y dejé que el veneno de serpiente entrara a chorros en mí. Tomé dos grandes tragos, o quizá fueran tres, antes de devolverle la botella. La sonrisa de Roope se amplió y me propinó una fuerte palmada en el hombro como si ahora fuéramos amigos. Tambaleante, se apoyó en mí y quiso hablar, acercándose demasiado,

como siempre hacen los borrachos, algo que yo detestaba. Pero de pronto no me importaba. Observé a Roope en la penumbra del local: su frente resplandeciente y sus labios mojados, los rígidos pelos rojizos de su bigote que temblaban tanto cuando tosía que parecía a punto de vomitar. Acto seguido, agarró a la chica más cercana y empezó a dar vueltas con ella entre el hervidero de gente.

Nunca antes había probado el alcohol. Era como tragar fuego, pero sólo durante un instante. Luego se convirtió en un huevo que palpitaba dolorosamente en el estómago y que se iba hinchando hasta transformarse en un corazón venenoso que batía y daba latigazos. Y el huevo se rompió. La cáscara negra se quebró y salieron unos pies provistos de garras con una piel escamosa y unas fauces que mordían y embestían salvajes en cualquier dirección. Ahora el dragón andaba suelto. Yo mismo me convertí en uno. Me fui alejando por la pared y atrás dejé trastabillando al amigo de Roope, que había intentado agarrarse a mí. Miradas fugaces se cruzaban con la mía, pero ya no eran malvadas, ahora se apartaban. La mujer que antes se había burlado de mí se quedó rígida al ver que me acercaba y me dio la espalda al tiempo que alzaba los hombros a modo de muro protector. Mi pecho creció y le salieron nuevas costillas, y el cuello se alargó con dos vértebras más. La sangre se calentó y comenzó a bramar, espumar y chorrear fuera de mi cuerpo, no dentro; una experiencia sumamente extraña. Y, sobre todo, no tenía miedo. No sabía si antes había sentido miedo o no, pero ahora me movía con más ligereza, como si me hubiese despojado de un escudo. Di una vuelta entera a la estancia, luego otra más. Después salí. Y volví a entrar. No necesitaba pedirle permiso a nadie. El mundo se me había abierto. En un rincón se quedaba el viejo Jussi, pero reducido a una sombra. Observaba lo que sucedía pensando: Jussi está borracho, Jussi ha probado el alcohol. Me vigilaba con la mirada de un pájaro, pero ya no presté atención a sus quejas. Me puse justo al lado del cantante, levanté los ojos y contemplé sin miedo a los que bailaban. A muchos de los jóvenes los reconocí del pueblo, me sabía los nombres de la mayoría de

ellos, pero otros eran nuevos para mí. Quizá venían de Finlandia, o de las montañas o del mar. Había una urgencia en el aire, como si todo tuviese que pasar esta noche. Dentro de unas horas, la celebración se acabaría, y sería domingo. Después empezarían las penalidades y fatigas de la semana laboral. Éste era el momento en el que todo tenía que ocurrir. Era como una fiebre.

Entendí que se trataba del dragón. Así tentaba a la gente. Se movía entre nosotros soplando oscuridad en nuestros ojos, una oscuridad cálida y placentera. Andaba por todas partes, allí en la mano que tanteaba, en la mirada llena de intención, en la extensión del tobillo, en el cuello de la blusa que se abría y dejaba entrever la piel desnuda. Sentí la amenaza. Algo malo estaba a punto de suceder, un peligro acechaba. Me giré hacia la puerta y vi que se abría. Mis ojos se entornaron ante la intensa luz nocturna.

Y allí estaba. Mi amada. Mi Maria.

Se había quitado el pañuelo que le cubría el pelo, sin duda porque tenía calor después de la caminata. A contraluz parecía que un resplandor dorado le rodeaba la cabeza cuando los rayos del sol vespertino caían sobre sus rizos y los hacía arder. Igual que en un retablo. Una aureola. Se detuvo en el umbral mirando a la danzante muchedumbre. Intercambió unas breves palabras con la amiga que la acompañaba. Luego entró. Aún no me había descubierto. Un cuchillo partió mi ebria euforia en dos, abriendo profundas grietas en la carne. Por un instante, los valles de mi alma se quedaron desiertos y escarpados. Pero de pronto, con un suave susurro, la sangre salió a chorros de las paredes rocosas y colmó las laderas. Una vieja batía la sangre que manaba mientras otra echaba harina de centeno en ella. Removían tan fuerte que puntos rojos salpicaban sus arrugados rostros al tiempo que se reían con fauces desdentadas, unas bocas flácidas con bigotes de mujer que se parecían al sexo de la hembra reno cuando el macho se cuelga en su lomo. Yo quería entrar, entrar en la oscuridad. ¡Demonios, qué ganas tenía de tocarla! De abrazar su hombro, posar mi mano sobre la fina tela, y sentir su calor. Me acerqué a ella, arrimándome a la pared. Mis pies no pesaban nada, flotaban encima de la

tierra cenagosa, apenas rozaban el musgo, se deslizaban como patines de trineo por los finos cristales que cubrían la costra de nieve, nada podía pararme ya. Y le rocé el hombro con las puntas de los dedos y ella se dio la vuelta, y pensé: ahora ocurre, ahora nos adentramos en la música, hasta Satanás, ahí en medio de la sudorosa muchedumbre. Pero era otra la persona a la que ella se dirigía, una de las criadas de Kenttä. Juntas salieron a la pista mientras el corro de mujeres se abría para hacerles sitio. El círculo masculino se movía en dirección contraria, y me metí en él a la fuerza. Agarré y separé las muñecas de dos hombres y entré en el corro, un cuerpo entre cuerpos. El cantante estaba en medio de un ciclo de canciones muy largo. Acompañaba el canto golpeando un tarugo de madera para marcar el ritmo, el mismo compás que las pisadas, dos pasos adelante y uno atrás, resultaba sorprendentemente fácil dar con el ritmo. Todo se convirtió en un corazón: bum-bum, bum-bum. Al principio los hombres se volvían hacia fuera y las mujeres hacia dentro, dándose la espalda unos a otros, y luego, eso era lo más excitante, nos giramos para mirarnos a la cara. Y cada vez había una nueva mujer enfrente, joven y radiante. Con el rabillo del ojo vi que mi amada se iba acercando. Dio un paso en la dirección contraria y, acto seguido, dos hacia mí, todo con el mismo pulso regular y acunador. Ahora nos volvimos de nuevo hacia fuera, espalda contra espalda, sentía sudorosas manos masculinas en las mías. Y otra vez hacia el interior. Y de repente allí estaba. La tenía justo enfrente. Cuando me descubrió, bajó la mirada al suelo, después la dirigió a mi pecho. Dimos un paso en la misma dirección. Durante un instante estuvo muy cerca, a sólo un brazo de distancia.

—Maria —dije.

Alzó los ojos. Nuestras miradas se encontraron y se dio cuenta de que yo no le deseaba nada malo. Estaba aquí, y la esperaba. Fue breve, demasiado breve, pronto dimos un paso a un lado y los corros se separaron, estirándose como en una cadena.

El cantante llegó al último verso y el lento movimiento en círculo fue

deteniéndose. Yo temblaba por dentro. Maria no se había enfadado conmigo, no había gritado. Debía de haberse sorprendido al encontrarme en el corro de hombres, en esa pared de músculos, de fuertes pechos, brazos y muslos. Yo era uno de muchos, era un hombre. No un trol.

La vi hablando con una amiga. Ladearon sus cabezas, apoyándose la una en la otra mientras se reían. Guardé la esperanza de que pensara en mí, de que quizá me dedicase una mirada rápida. Me limpié las manos en las perneras de los pantalones para que resultaran secas y agradables al tacto. El cantante, que se había tomado otro trago, irrumpió en una nueva melodía, de ritmo rápido e impetuoso, y el público reaccionó con visible entusiasmo, parecía que todo el edificio respirase más hondo. Un hombre se acercó a Maria dando traspiés y la agarró de la muñeca. Era Roope. Ella intentó soltarse, pero Roope no cedió y trató de atraerla hacia sí.

En ese mismo instante se abrió la puerta de par en par. Una silueta grande y corpulenta llenó el umbral, rodeada por una neblina de humo resplandeciente. Pronto se extendió por la sala un olor muy agradable, un aroma que identifiqué de inmediato. Venía del palito que llevaba en la mano, eso que llamaban *sikarro*. Nils Gustaf se quedó parado un momento como para acostumbrarse al pulso de la música, antes de colocarse el artilugio de tabaco entre los dientes y empezar a acompañar el ritmo de la música con unas palmadas tremendamente fuertes. Formaba una especie de hoyo con una mano mientras con la otra propinaba unos golpes tan potentes que el sonido rebotaba por la estancia como pelotas duras. Y después taconeó con la bota de cuero en las tablas del suelo, pero no al mismo compás que las palmadas sino en los intervalos entre éstas, dejando que los dos sonidos se respondieran en un eco. Y de una extraña manera armonizaban con el canto, y reforzaban el ritmo y aportaban más cuerpo a la música.

Ante la mirada de todos los presentes, Nils Gustaf procedió a entrar en el local. Las parejas del corro se echaron a un lado para dejarle pasar al centro. Apartó a Roope de un empujón, se bajó el sombrero a la frente y, con una



agilidad inesperada para alguien tan corpulento, pegó un repentino salto delante de Maria. Acto seguido, chocó los tacones uno contra otro a la vez que daba ruidosas palmadas en las cañas de sus botas produciendo un repiqueteo —cla-cla-cla—, todo a un ritmo tan vertiginoso que los movimientos apenas resultaban visibles. Era como si el hombre flotase, suspendido en el aire. Mientras daba una vuelta entera tuvo tiempo de ojear bajo el ala del sombrero no sólo a Maria, sino a todas y cada una de las mujeres de la estancia. Y ellas le devolvieron la mirada. Sí, ya lo creo que lo hicieron. Cómo lo miraban. Nunca habían visto nada semejante. Ni yo tampoco. ¿Quién podía haber sospechado que un hombre fuera capaz de moverse de esa manera? Resultaba indigno, provocativo y pecaminoso, y sin lugar a dudas era afeminado, *knapsu*. ¡Pero cómo se ponían las mujeres! Ni una de ellas era capaz de quitarle los ojos de encima. Se mojaban los labios y se chupaban los nudillos, a punto de gritar en cualquier momento. Era la fuerza de la música. Esas palmadas y esos saltos altos con taconazos penetraron en todos nosotros reforzando la música hasta convertirla en algo más grande, sagrado casi. El cantante se mostró entusiasmado y aceleró el tempo más y más. La melodía avanzaba tan rápido que se le hinchó la lengua. Se asomaba roja y luminosa por la boca como si sangrara mientras cantaba sonriendo cordialmente al recién llegado. De repente hacían música juntos. Y la música crecía, se elevaba hasta el bajo techo y se abría paso a través de las rendijas y continuaba fuera hasta alcanzar a todos los animales y pájaros del bosque.

Tras dar una alta patada en medio de un giro, Nils Gustaf aterrizó. Ocurrió en el preciso instante en que el cantante ponía punto final a su canción, como si fueran una sola persona. ¡Clonc! Cayó en el suelo con un golpe tan violento que las tablas se arquearon. Y el artista todavía conservaba el artefacto de tabaco entre los dientes.

Reinó un silencio total. Nils Gustaf se acercó al cantante y le revolvió el pelo como a un niño pequeño.

—¡En Hälsingland! ¡Allí sí que se pueden mover las piernas! —vociferó en

ese sueco suyo que resultaba tan extraño.

El cantante, después de un instante de duda, se echó a reír, y pronto la hilaridad se extendió entre el público. Al mismo tiempo la gente se sentía intimidada. Todos habían comprendido que el visitante venía de lejos, ¿pero qué quería? ¿Acaso representaba a las autoridades?

—¿Habéis bailado la cuadrilla? ¿Conocéis ese baile? Venid aquí todos y colocaos. Las damas por allí, muy bien. Y los caballeros en este otro lado. Yo os daré la melodía.

Me metió en la pista a empujones, con los demás hombres. Era como si una ola te arrastrara. Después empezó a cantar una veloz y alegre melodía en un dialecto muy raro. El cantante lo escuchaba y pronto pudo acompañarlo tarareando. Estrofa y estribillo, estrofa y estribillo. El artista iba delante enseñando los pasos. Los hombres primero hacia el centro, luego retirada, y las damas igual. Era un poco como un baile de corro, pero a la vez no, este baile resultaba más solemne, más señorial.

—Y ahora formáis parejas y giráis en el sentido de las agujas del reloj.

Muchos no lo entendieron por el sueco que hablaba, de modo que Nils Gustaf agarró a la persona que tenía más cerca, que por casualidad era yo, y después buscó a una mujer; se la arrebató a un obstinado hombre, le dio un sonoro beso en la mejilla y luego la colocó a mi lado. Era Maria. Nos dejó allí ante las miradas de todos. Me enseñó cómo debía cogerla y a ella, esta belleza, cómo debía rodearme con los brazos.

—Y ahora girad, y no deis pasos demasiado largos. Eso es. Muy bien.

Estaba bailando con mi amada. Maria me abrazaba. Había puesto sus manos sobre mi cuerpo. Y me miró sin desconfianza. Ya no tenía miedo. Y cuando giramos resultó de lo más natural, como si fuéramos un solo cuerpo. Las parejas a nuestro lado tropezaban y tenían que volver a empezar desde el principio, mientras que en nuestro caso era como si voláramos. Avanzamos flotando en la cresta de una ola, en la espuma que coronaba la cima. Sólo ahora entendía que bailar era esto.

—¡Y otra vez! —indicó Nils Gustaf.

Las parejas se separaron para crear nuevas formaciones, dieron pasos dobles y pasos de arrastre. Nils Gustaf iba delante indicando. Y me di cuenta de que pronto acabaría de nuevo al lado de Maria. Dentro de muy poco. Sentí una intensa felicidad y un cosquilleo en el estómago. Un calor que se hinchaba, a punto de estallar. Como si no cupiera en mi cuerpo.

El artista se quedó en el baile toda la noche. Lo vi intentando hablar con las chicas en sueco, ayudándose de amplios gestos con las manos, y ellas le respondían tímidamente en su finés de pueblo. Más tarde, cuando salió, lo seguí a distancia. Se acercó al lindero del bosque, donde se abrió la bragueta.

Por detrás se le acercaba dando grandes zancadas un hombre pelirrojo. Era Roope, y al principio pensé que él también tenía necesidad de orinar. Pero luego descubrí que llevaba un palo. Avanzaba con sigilo y determinación. Y vi que levantaba el palo, rápido, como si fuera un hacha. Antes de que me diera tiempo a gritar una advertencia, se lanzó para golpear con todas sus fuerzas a Nils Gustaf en la cabeza.

Parecía imposible que el artista hubiera podido percatarse del peligro. Aun así, con un paso rápido como de baile, se apartó evitando el palo, que pegó contra el suelo. Y con un agarrón del revés que jamás había visto cogió la muñeca de Roope y la giró hacia atrás, forzándolo a soltar el palo, que cayó rodando por la hierba. Acto seguido, lo asió por el cinturón bruscamente, abrió la hebilla y le arrebató un cuchillo metido en una funda. Tras sostenerlo un momento delante de las narices de Roope le espetó algo, pero el ruido del baile ahogó las palabras. Con un movimiento brioso arrojó el enfundado cuchillo al bosque. Luego, con toda la tranquilidad del mundo, se abotonó la bragueta y echó a andar de vuelta al granero.

Todo se había desarrollado como una extraña danza de cuadrilla. Roope se puso de pie haciendo muecas de dolor mientras se pasaba la mano por el dolorido brazo y entre maldiciones se dirigió al bosque para buscar su cuchillo.

Intenté comprender lo que había presenciado. El artista debía de tener ojos en la nuca. Era capaz de ver por detrás, a pesar de que estaba orinando. No podía ser humano.

Las letras eran muy pequeñas, y aun así estaban llenas de fuerza. Unas modestas y delgadas rayas. Gracias a esos pequeños garabatos en los libros de nacimientos, las almas recién nacidas pasaban de ser nada más que unos bultitos mojados a miembros de la congregación, bautizados y cristianos.

Cada una de las letras por sí sola era débil. Pero en cuanto el párroco le enseñó al crío sami a juntarlas, algo ocurrió. Era como cuando se hacía fuego: un único trozo de leña servía de bien poco, pero si se añadía otro enseguida ardía con más fuerza. Las letras se daban vida entre sí, en compañía empezaban a hablar. La *i* y la *s* y la *ä* se convertían en *isä*, que significaba «padre». Pero también podía significar «Dios», o sea, el padre que estaba por encima de nosotros. Las letras sabían bailar tanto el vals como las danzas de corro, cogerse de la mano en líneas cada vez más largas. En realidad, no se entendía cómo era posible. Mirabas las rayas y los arcos y no veías más que eso: rayas y arcos. Qué silenciosas eran las letras. Pero los labios podían insuflarles vida. Transformarlas en objetos, animales, nombres de personas. E igual de raro resultaba que siguiesen hablando a pesar de que cerraras la boca. Cuando mirabas las letras se transformaban en palabras dentro de la cabeza. No, palabras no, cuerpos. Los ojos miran a «Maria», son cinco letras, cinco formas una tras otra, pero dentro de mí veo a mi amada. Las mejillas, sus ojos brillantes, sus manos que agarran las mías.

Fue el pastor quien una vez enseñó al chico. El pastor que se sentaba a su lado y le daba alegres palmadas en la espalda animándolo a que lo repitiera.

—*I... sss... äää... isäää... Isä!*

—¡Ya sabes leer! —se rio el párroco.

—No, no sé.

—¡Mira aquí!

Anotó rápidamente unos nuevos signos.

—J... u... Jussi...

—¿Lo ves? —dijo—. La puerta está abierta, Jussi.

La puerta. ¿Qué puerta? Pensé en todas las parábolas que había oído en la iglesia.

—¿Al reino de los cielos?

La sonrisa del pastor se amplió aún más.

—Ya lo descubrirás, Jussi. Pero ahora debes practicar, lee todo lo que caiga en tus manos.

Y desde ese momento, el mundo se llenó de letras. Un trineo visto desde delante formaba una H. Un rastrillo con todos sus dientes se convertía en unas cuantas E en fila, al igual que un cercado consistía en una serie de N. Un cabo de cuerda podía ser una O y también una S dependiendo de cómo se enroscara. La gente también podía parecerse a letras: un hombre flaco con una gran cabeza se asemejaba a una P y una vieja gorda con falda ancha se convertía en una A. Cuando se cavaba una zanja, la pala se movía como una J, y limpiando los cristales de las ventanas se hacía una Z. Llegué a tal punto que podía quedarme delante de un abedul otoñal desprovisto de hojas, y en todas partes entre las ramitas negras descubría letras. *Novvu filit umnu...* Leía el lenguaje de los árboles, el lenguaje abedul, toda la copa de ramas nudosas me hablaba a gritos. Me asustaba y quería olvidarme de todo, volver a mi ignorancia, cuando un abedul no era más que un abedul. Pero resultaba imposible. Una puerta se había abierto, y al mismo tiempo otra se había cerrado. Ya no había vuelta atrás.

Intenté contarle mi inquietud al pastor, pero él, en lugar de hacerme caso, me buscó un libro. Sus hijas lo habían leído muchas veces, las páginas estaban sobadas y desgastadas. Lo recibí como si fuese un tesoro. La cubierta era un poco más rígida, un cartón marrón claro a punto de soltarse.

—Léelo. Está en sueco, pregúntame si las palabras te resultan demasiado difíciles.

Me senté en el suelo con la espalda contra la pared. Luego me incliné hacia delante y crucé las piernas formando una pequeña mesa. Apoyé allí el libro con cuidado antes de abrir la tapa. Debajo había una hoja blanca mucho más fina, que también pasé, y entonces comenzaba la historia: el dibujo de un hombre tumbado en el suelo con los ojos cerrados. Otro en cuclillas a su lado. ¿Había golpeado al hombre caído? No. Descubrí el cántaro, descubrí que el hombre en cuclillas le ofrecía agua al caído.

M-i-s-e-r-i-c-o-r-d-i-o-s-o. Eso era difícil. Mi-seri-cordi-oso.

—*Misericordioso* significa «bueno» —explicó el pastor—. El buen samaritano. Una historia muy bonita, habla de la importancia de ayudar.

A trompicones empecé a abrirme paso por el texto. Apenas me atrevía a pasar las hojas, tenía miedo de mancharlas aunque me había limpiado las manos a conciencia. Saqué una paja del relleno que llevaba en las botas y fui señalando cada letra, una tras otra, mientras la pronunciaba. Volvía atrás y repetía una y otra vez hasta que aquello sonaba como una palabra. Pero el libro estaba en sueco, de modo que tenía que preguntarles a los niños por el significado. Se rieron de mi pronunciación y me tomaron el pelo hasta que Brita Kajsa los reprendió. Tardé mucho tiempo en llegar al final de la primera página. En el libro había grandes dibujos que me afectaron profundamente. Estudié a los bandoleros durante mucho rato, cómo le robaron todas las cosas al hombre, incluso la ropa. Encima, le propinaron una paliza terrible. Más de una vez había visto esas cosas en los caminos, la maldad y las vilezas, cómo los fuertes se mofaban de los débiles y los golpeaban. Había visto a pobres caballos flacos sucumbir bajo infinitos latigazos, perros que se quedaban inmóviles en la cuneta después de que les hubieran roto las costillas a patadas, mendigos con manos tendidas que en lugar de un trozo de pan recibían escupitajos.

Pero en el momento de máxima necesidad apareció ese héroe de Samaria.

Se paró aunque nadie lo obligaba a hacerlo. Ayudó a ese hombre desconocido guiado sólo por la bondad. Podía imaginármelo. Se parecía al párroco. Y el golpeado, el que yacía allí entre el polvo y estaba a punto de morir, era yo mismo. Me imaginé lo que habría sido de mí si el pastor no me hubiera llevado con él aquel día. Si hubiera pasado sin más, abandonándome a mi suerte en el borde del camino. Entonces nunca me habría convertido en un ser humano.

Durante días aproveché cada momento libre que tenía para leer. Le quitaba la tela protectora al libro y lentamente iba señalando una palabra tras otra. Era como andar por un vasto bosque. Tras una larga caminata alcancé la última página, los árboles terminaron y la tapa se cerró. Me quedé contemplando el libro, lo sostuve en el aire sintiendo su peso entre mis dedos. El papel se había desgastado, el lomo estaba dañado y medio suelto. Si ponías la palma de la mano sobre las hojas blancas, resultaba extrañamente fresco, más frío que la madera. Recordaba a la corteza del abedul con su plateada lisura. Ahora que había acabado de leer, las páginas volvían a quedarse en silencio. Examiné el libro desde todos los ángulos, me lo acerqué al oído y escuché. Pero guardaba silencio. Aun así, yo sabía lo que había dentro, lo que pasaría si lo abría y me ponía a leerlo de nuevo. Resultaba incomprensible. ¿El libro estaba vivo? ¿Y, si no, entonces de dónde venían las imágenes y las voces? Es que yo había visto Palestina mientras leía, había estado allí. Y creía conocer a ese hombre de Samaria. ¿Pero dónde iba todo eso cuando las tapas se cerraban? ¿Quizá el libro se leía a sí mismo? ¿Con las palabras y las letras dando vueltas, zumbando como abejorros ahí dentro? ¿O quizá como semillas? Semillas que necesitaban tierra para crecer, que querían echar raíces en el húmedo mantillo que llenaba la cabeza del hombre.

En el estudio del pastor había grandes estanterías con libros. Lomos negros y marrones repletos de pequeñas letras, volúmenes con muchas más páginas que mi libro infantil. Cuando los contemplé, sentí mi corazón latir con fuerza. ¿Era realmente posible que el párroco los hubiese leído todos? ¿Cargaba con



todo ese peso dentro de sí, al igual que yo ahora llevaba mi única historia? ¿Había tanto espacio en un solo ser humano? A veces cuando escribía sus sermones estiraba el brazo, agarraba el lomo de un ejemplar en ese muro compacto para hojear entre las páginas tan finas como la seda hasta que encontraba lo que buscaba. Podía ver cómo una voz empezaba a resonar dentro de él y sus labios temblaban igual que durante una conversación. Imagínense tener semejante compañía. El que tenía libros no estaba nunca solo.

—Quiero leer —rogué—. Leer más.

Selma me dio otro libro. Lo envolví en mi camisa y lo llevé cerca del corazón como si sujetara un bebé. Aunque estaba cerrado, podía de vez en cuando sentir sus patadas.

El domingo había poca gente en los bancos de la iglesia. Los jóvenes que habíamos ido al baile intentábamos ocultar los bostezos mientras los mayores rezongaban entre sí sobre el pecado y la lascivia. El pastor advertía contra las tentaciones de la época estival, cómo debemos estar siempre alerta frente a los demonios que nos llevan por el ancho camino de la perdición. Otra vez más se refirió al abuso del alcohol como la principal raíz del mal, y condenó a todos los taberneros clandestinos que hacían su agosto por estos lares sin la menor consideración hacia la destrucción que causaban. No escuché más que a medias, pues me había dado cuenta de que Maria no estaba. Hasta el último momento esperé que simplemente se hubiera retrasado; me volvía en cuanto se oían pasos por el pasillo. Pero Maria no apareció. Hacia el final del culto se abrió la puerta, pero se trataba de un hombre mayor, basto y corpulento, que se sentó en la última fila. Cuando llegó la hora de leer las notificaciones oficiales, lo vi levantarse y acercarse al pastor para susurrarle algo. Daba la impresión de que estaba nervioso: giraba el sombrero sin parar, se secaba las manos en la pechera de la camisa y las botas pisaban como si todavía estuviera caminando. El pastor lo escuchó y, acto seguido, alzó la mirada y observó a los feligreses con semblante serio. Durante un largo rato permaneció en silencio; su mirada recorría los bancos de un lado a otro, como si nos mirara a todos profundamente a los ojos. Luego tosió e inspiró hondo.

—Se anuncia que la criada de diecinueve años Jolina Eliasdóttir Ylivainio se encuentra en paradero desconocido desde anoche. El que tenga alguna información al respecto puede comunicármelo a mí, o a su padre, Elias Ylivainio.

El párroco pareció dudar, como si hubiera esperado obtener directamente alguna información de los presentes. Al final le hizo un gesto con la cabeza a Elias, que regresó incómodo a su sitio.

El pastor lo llamó después del servicio. Conversaron en voz baja delante del altar.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien vio a Jolina? —quiso saber el párroco.

—Ayer por la noche, antes del tañido de las campanas.

—¿Iba de camino a algún sitio?

—No..., no lo sé.

—He oído que hubo un baile anoche —comentó el pastor.

—¿Ah, sí? Bueno... Bueno, quizá fuera al baile.

—¿Iba sola?

—No me dijo nada de que fuera a ir, supongo que no quería que lo supiera.

—¿Cómo iba vestida?

—Es que no la vi salir.

—Llevaba un vestido gris claro —intervine—. Delantal a rayas, botas negras. El pelo recogido en trenzas, enlazado con finas cintas rojas.

Miré de reojo al pastor. Parecía contento.

—¿De modo que Jussi la reconoció?

—Sé quién es Jolina. Bailó varias veces durante la noche.

—¿Con quién?

—Con diferentes chicos. Vi que Roope, uno de los trabajadores de la fundición, andaba detrás de ella. Un hombre grande y pelirrojo.

—Ése ya la ha rondado antes —terció Elias.

—Y luego bailó con Nils Gustaf, el pintor. Aunque eso lo hicieron casi todas las mujeres.

—¿Casi todas?

—Es que es muy ducho bailando. Puede saltar y girar a su antojo; nunca he visto a nadie moverse así.

—¿Y qué pasó después del baile?

—Eso... no lo sé.

El pastor me observó en silencio un momento, después murmuró algo y se volvió hacia Elias.

—Quizá se marchara con alguien. Si no aparece pronto, empezaremos a buscarla. Peinaremos los alrededores de Kenttä y el sendero que lleva a tu casa. En algún sitio estará.

—¿Cree el párroco que...?

Elias dudó antes de articular las últimas palabras de la frase.

—¿... que es el oso?

El pastor no respondió. Cuando Elias se hubo marchado, se limitó a decir:

—¿Roope?

—¿Sí?

—Me he dado cuenta de que tienes más cosas que contarme, Jussi, pero que no has querido decir nada con Elias delante.

Llevaba razón, como siempre. Me aclaré la voz.

—Bueno..., a ese Roope... se le veía con malas intenciones anoche. Había tomado mucho aguardiente y se comportó de una manera bastante molesta con las chicas.

—¿Molesta? ¿Qué quieres decir?

—No las dejaba en paz, no sólo a Jolina sino también a otras chicas.

—El aguardiente puede ofuscar el juicio.

Me vino a la mente el calor y la borrachera. Tragué saliva. ¿Sería el pastor capaz de ver que yo también había bebido?

—Roope atacó a Nils Gustaf. Creo que estaba celoso.

—¿Ah, sí?

—Roope intentó golpearle con un palo. Pero Nils Gustaf lo esquivó y luego lo derribó. Y al final tiró el cuchillo de Roope al bosque.

El pastor se quedó pensativo.

—A ese tal Roope —dijo— no lo he visto aquí hoy.

—Estará durmiendo la borrachera.

—¿Y Nils Gustaf se quedó en Kenttä toda la noche?

—Sí, se encontraba muy a gusto con las chicas. Bailaba con una agilidad increíble.

—¿De verdad?

—El mejor bailarín que he visto en mi vida. Puede saltar y girar como un gato.

—¿Y tú?

Dudé antes de responder.

—¿Bailar es pecado?

—¿Qué pensamientos tuviste al hacerlo? —replicó el pastor.

—Eso..., eso no se lo puedo contar al pastor.

—Bueno, ¿entonces a qué te llevaron esos pensamientos? ¿Y qué pasó después?

—Yo... quería decir que la gente también baila en la iglesia, ¿no? Cuando entran en trance, en *liikutuksia*, durante el sermón del párroco. ¿No es eso también un baile?

Me observó con severidad.

—La idea, Jussi, era que buscaras al agresor.

—Pasaron muchas cosas en Kenttä —dije evasivo—. Fue una noche extraña.

—De camino a casa me lo cuentas.

La búsqueda de Jolina Eliasdatter Ylivainio se inició durante la tarde del domingo. Una de las amigas contó que había visto a Jolina dirigirse a casa después del baile. No iba acompañada y parecía de buen humor. Eso fue lo último que se supo de ella. Después era como si se la hubiera tragado la tierra. Se peinó el terreno en torno a Kenttä y al sendero que conducía a su casa y por el que creían que había caminado. Uno de los braceros registró un almacén, un *aitta*, situado en uno de los prados, que no llegaba a verse bien desde el sendero. La puerta no se abría, así que en un principio pensó seguir su camino, pero al echar una ojeada por una de las rendijas que había entre las tablas descubrió que la puerta estaba bloqueada por un travesaño, algo que le pareció muy raro. Con su cuchillo logró levantarlo y abrir la puerta. Nadie contestó a su llamada. Empezó a registrar el sitio, y de repente se percató de unos apagados ruidos que venían del desván; unos suaves crujidos, como si un pequeño animal se moviera allí arriba. Subió por la escalera. Esperaba encontrarse con algún ratón, o quizá un armiño. En un rincón había unos sacos, y al apartarlos descubrió a Jolina Eliasdatter.

Tenía los ojos como platos. Durante un terrible instante la creyó muerta. Cuando el hombre acercó la mano para tomarle el pulso, un alarido aterrador salió de los labios de la chica, como el de una liebre atrapada por un zorro. Intentó tranquilizarla, pero no parecía oírlo. Los gritos atrajeron a otras personas que acudieron en su auxilio, y todos juntos intentaron la complicada tarea de bajarla por la escalera del desván. Jolina temblaba, y trató de soltarse, no respondía cuando le hablaban y era incapaz de mantenerse de pie. Hubo que atarle una cuerda alrededor de la cintura para sacarla del desván. La

llevaron a su casa en una camilla improvisada, hecha con troncos finos y sacos. Ante las preguntas de qué le había pasado, ella se limitó a cubrirse el magullado rostro con los brazos y se negó a contestar. El cuerpo tiritaba como si tuviera escalofríos, y al llegar a la seguridad del hogar la metieron enseguida en la cama y la taparon con gruesas mantas.

Se envió un mensajero a la casa parroquial con el anuncio de que se había encontrado a Jolina Eliasdóttir. Le pidieron al pastor que acudiera con lo necesario para administrar la extremaunción, ya que se temía por la vida de la joven. El pastor y yo nos apresuramos a ponernos en camino. Al llegar a la casa nos topamos con muchos de los que habían ayudado en la búsqueda. El pastor saludó brevemente y le indicaron que entrara. En torno a la mesa de la cocina reinaba un silencio opresor, allí estaba Elias con sus dos hijos ya adultos. Uno de ellos se puso de pie y le ofreció su silla al párroco; yo me senté en el suelo con las piernas cruzadas. Apenas nos había dado tiempo a ir más allá de las primeras frases de cortesía cuando la puerta se abrió de par en par y el alguacil Brahe irrumpió con Michelsson pisándole los talones. Brahe hizo un descuidado saludo militar antes de pasarse la palma de la mano por la acalorada y sudorosa cara.

—¿Dónde está la chica?

El cabeza de familia señaló el dormitorio. Al abrirse la puerta vimos que las cortinas estaban echadas y la habitación en penumbra. Junto a un banco-cama se hallaba Kristina, la esposa de Elias, una mujer enjuta de hombros huesudos, apretando un paño húmedo. Delante de ella, en el suelo, había un cubo de agua, y en la cama yacía Jolina, inmóvil. El alguacil se inclinó sobre ella y observó el rostro pálido, grisáceo y salpicado de heridas. El ayudante del alguacilazgo esperaba junto a la puerta.

—¿Está durmiendo? ¿Oiga?

Brahe sudaba por el calor y cogió el paño para secarse la cara.

—¿Oiga? —repitió—. Soy Brahe, el alguacil. ¿Qué le ha pasado?

No salió reacción alguna de la mujer que yacía bajo la manta. Brahe acercó

los dedos, pero parecía inseguro sobre la conveniencia de tocarla o no. Al final le puso la mano en el hombro y la sacudió.

Se oyó un grito ronco al tiempo que la joven intentaba zafarse moviendo los brazos, pero la manta se lo impedía. En cuanto logró liberarlos, empezó a golpear salvajemente al alguacil. Éste le agarró las muñecas para inmovilizarlas, pero los gritos no cesaron.

—Escúcheme bien... Soy el alguacil Brahe, deje de dar manotazos.

El cuerpo de Jolina se elevó formando un arco espasmódico. Brahe decidió soltarla y alejarse unos pasos. La chica dejó de dar alaridos pero mantuvo las manos en alto, cerradas en puños, preparada para golpear y sacarle los ojos a quien se acercara. Los suyos seguían extremadamente abiertos mirando fijos al vacío.

—Este comportamiento es inaceptable —la reprendió con dureza el alguacil.

Se limpió las gotas de saliva que le habían manchado las mangas del uniforme. Kristina se había levantado y parecía querer ayudarlo, pero Brahe la apartó.

—Jolina —dijo—. ¿Se llama usted Jolina?

La joven continuaba con la mirada clavada en el techo sin pronunciar palabra.

—¿Alguien le ha hecho daño, Jolina?

Ninguna respuesta.

—¿Fue el oso? ¿Fue el oso el que le hizo daño?

—Con nosotros tampoco habla —intervino Kristina a modo de disculpa.

—¿Por qué no dice nada, Jolina? No tenemos todo el día. Diga si fue el oso depredador. Al menos puede mover la cabeza, ¿no?

Se advirtió un leve movimiento.

—Ha asentido —dijo el alguacil.

La señora de la casa no se atrevió a llevarle la contraria. Yo tuve mis dudas, pero no las manifesté.



—Pensé que se había capturado al oso —objetó el pastor.

—Puede que haya sido otro animal. Tenemos que ofrecer una nueva recompensa. Tarde o temprano esa bestia morderá el polvo.

—Los brazos —apuntó el pastor.

—¿Cómo dice?

El párroco se inclinó despacio sobre la cama. Los ojos de la chica seguían rígidos y abiertos. El pastor murmuraba tranquilizador mientras se ponía de rodillas para poder examinarla de cerca. En la blanca piel de la chica se veían feos moratones de color púrpura.

—Alguien le ha inmovilizado los brazos —anunció el pastor—. Igual que acaba de hacer usted, señor alguacil. Aquí hay marcas de dedos.

—Pueden ser perfectamente las marcas de las garras de un oso —protestó Brahe.

—Jolina —dijo el párroco con voz cálida—. Querida Jolina, cuéntenos. ¿Quién la atacó en el bosque? ¿Puede contarnos algo? ¿Se acuerda de alguna cosa?

Quizá se debiera al suave tono de voz, pero ahora la chica apartó los puños un poco, sólo un poco, de sus labios.

—*Se oli mies*—pronunció.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el alguacil—. ¿Qué es lo que ha susurrado?

—Que fue un hombre —dijo el pastor.

El alguacil parecía escéptico, pero Kristina también lo había oído.

—Venga, cuéntenos algo más. ¿Qué aspecto tenía? —dijo Brahe para recuperar la iniciativa—. ¿Lo reconoció? ¿Le resultó familiar?

Esperó, y al ver que la chica no respondía, repitió la pregunta. La joven cerró los ojos y volvió la cabeza.

—¿Reconoció al hombre? ¿Era alto o bajo? ¿Cómo iba vestido?

Los labios de la joven murmuraron algo. El pastor se inclinó para oír mejor.

—*Se haisi konjakille*—repitió él—. Apeataba a coñac.

—Sí, ya imagino, joder —soltó Brahe—. ¿Pero cómo iba vestido?

Jolina permaneció quieta con los ojos cerrados. La palidez se había intensificado, parecía a punto de desmayarse. El pastor se incorporó y miró a su alrededor.

—Un hombre que olía a alcohol —repitió Brahe—. Un bracero que volvía del baile. Y que al ver a la chica sintió un deseo irrefrenable.

—Se asemeja a la anterior agresión —opinó el pastor—. A Hilda Fredriksdotter también la arrastraron a un granero y fue víctima de un estrangulamiento.

—Jolina no ha dicho nada de que la intentasen estrangular.

—Pero seguramente ha visto usted las marcas en el cuello.

—Pero a Hilda Fredriksdotter la mató un oso, ¿no? —objetó el ayudante Michelsson al tiempo que dirigía sus acuosos ojos hacia Brahe.

—En efecto, un oso —confirmó éste—. Las pruebas así lo indicaban con toda la claridad del mundo, creía que el párroco se acordaba de eso.

—Esta chica es la segunda víctima de este verano —protestó el pastor—. Un criminal anda suelto por nuestras tierras.

—Un bracero cabrón y borracho —zanjó el alguacil—. Que perdió la chaveta. Ella no debería haber ido sola después del baile.

—Temo que ese individuo ataque de nuevo.

—¡Déjenos hacer nuestro trabajo, y dedíquese al suyo, señor párroco!

Brahe y Michelsson se interpusieron como un muro entre el pastor y Jolina. Nos marchamos sin más protestas. Era difícil que nos dijese nada más mientras esos dos siguieran allí. Cuando salimos, me di cuenta de lo furioso que estaba el pastor.

—Ineptos —espetó.

La perra de la casa vino hacia nosotros correteando y dejamos que nos olfateara las rodillas. Era una spitz finlandesa, pequeña, de pelaje marrón claro y con unas patitas muy bonitas. El pastor sacó un trozo de carne seca de reno y cortó un pedacito para ella.

Un par de vecinos se acercaron, con curiosidad por saber lo que había sucedido en la casa. Pero el pastor no estaba de humor para hablar con nadie y les dio la espalda dejando claro que no quería que lo molestaran. Delante de nosotros estaba la sauna, el pastor abrió la puerta y entró. Nada más cruzar el umbral halló un bulto que toqueteó con el bastón. Parecía ropa de mujer. Quizá alguien la había depositado allí para lavarla más tarde.

El párroco se agachó para examinar de cerca el bulto. Una túnica, una camisa interior, una blusa sencilla.

—¿Lo ves, Jussi? —susurró.

—¿El qué?

—Debe de ser la ropa de Jolina. Lo que llevaba durante la agresión.

Se aseguró de cerrar bien la puerta. Acto seguido, levantó el bulto de ropa y empezó a examinarla minuciosamente a la luz que se filtraba por una de las lucernas.

La túnica estaba tejida con una lana bastante tosca. Unas pajas secas se habían pegado a las fibras. Le dio la vuelta a la tela y la estudió a contraluz. Se detectaba una mancha un poco más oscura, aún sin secar del todo. Olfateó la prenda con sus grandes narices.

—Simiente masculina, Jussi. ¿Debemos suponer que procede del perpetrador de la agresión?

Continuó examinando la ropa. Allí había polvo y suciedad del suelo del *aitta*, y en el dobladillo de la túnica el pastor encontró un trocito de excremento de ratón. En el interior señaló una zona un poco más oscura, algo que al principio creí que era sangre. Pero cuando me dejó que lo oliera percibí un olor bastante intenso, con un toque a humo.

—¿Lo notas, Jussi?

—Grasa... y alquitrán... y también alguna otra cosa. No aceite de alquitrán, sino algo más fino como...

—¿Qué diantres puede ser?

—De la iglesia —recordé—. Reconozco el olor de los bancos de la

iglesia.

El pastor inhaló hondo con su gruesa nariz y asintió con la cabeza.

—Tienes razón, Jussi. Creo que se trata de grasa para botas.

—Eso es.

—La grasa que se pone en los zapatos de domingo.

—Grasa de la que se compra.

—Exacto. Es difícil que ese tipo de grasa la use la gente pobre, y tampoco los samis en sus suaves botas de cuero de reno, que huelen a tuétano de reno y a perro mojado.

El pastor sacó de su abrigo un pañuelo con el que absorbió la mancha de grasa lo mejor que pudo.

—¿Pero cómo pudo la mancha acabar en el interior de la ropa? —pregunté.

—Le arrancó la túnica y se sentó a horcajadas encima de ella. Anota lo que hemos visto, Jussi.

Busqué un lápiz y un trozo de papel. Mientras tanto, el párroco procedió a examinar la blusa. Nueva había sido blanca, pero años de lavado y desgaste le habían dado un tono apagado, más bien gris claro. La tela estaba remendada en algunos sitios, viejos rotos se habían cosido y los botones eran de distinto tipo.

—El botón del cuello no está, apúntalo. Por los cabos de los hilos se nota que lo han arrancado. ¡Y fíjate en esto, Jussi!

Me incliné y vi unas manchas redondas de color pardo rojizo. Parecían frescas.

—Sangre.

—Presta atención a la forma, Jussi. Las gotas han salpicado la tela. Por lo tanto, deben de haber caído desde cierta altura. En la parte interior se perciben con menos intensidad y están más extendidas, lo que significa que no han penetrado del todo. ¿Eso qué nos dice?

—Que han venido de fuera.

—Continúa.

—Que no es suya. La sangre debe de ser de otra persona.

—O sea, de...

—¿Del agresor?

El pastor asintió con la cabeza mientras inspiraba lenta y profundamente.

—Por tanto, ese canalla miserable está herido.

La camisa interior de Jolina olía fuerte a su sudor. Reconocí los olores de angustia que segregaban los renos cuando se les acercaba un lobo. La chica había estado cara a cara con la bestia.

—*Kirkkoherra?*

La puerta de la sauna se había abierto de repente y allí estaba Kristina con expresión desconcertada. El pastor se apresuró a juntar las prendas de nuevo en un bulto.

—¿Es ésta la ropa de Jolina? ¿La que llevaba cuando la hallaron?

Kristina asintió nerviosa. El pastor amagó un gesto severo mientras dejaba el bulto en el banco de la sauna.

—Haga el favor de no lavarla hasta que el alguacil haya podido verla — pidió.

—Brahe y Michelsson ya se han marchado.

—Bueno, entonces haga lo que quiera. Seguramente no tiene importancia. ¿Pero podemos quizá volver a ver a Jolina?

En el dormitorio se respiraba un aire viciado. Jolina yacía inmóvil, con la sábana cubriéndole el rostro como si ya estuviera muerta. Pero se notaba el ligero movimiento de la tela que producía su respiración. Se podía percibir el terror de la chica en el cuarto, sin duda el alguacil le había hecho unas preguntas muy desagradables. Kristina se había sentado en un taburete, se abrazaba el enjuto cuerpo y parecía tiritar. Elias y los hijos aguardaban en el umbral con los dedos entrelazados.

Con su cálida y clara voz, el pastor entonó el salmo «Llevaste tu cruz, oh, dulce Jesucristo» y abrió el estuche que contenía el pequeño cáliz y la cajita con las hostias. Kristina también entrelazó los dedos y fingió unirse al canto, a pesar de que desconocía la letra. Después el párroco recitó de memoria del Salterio: Oración pidiendo amparo, guía y perdón.

—Alivia la congoja de mi corazón, y sácame de mis tribulaciones. Mira mi miseria y mi dolor, y perdona todos mis pecados.

La canción y las palabras sagradas parecían llegarle a Jolina. Su respiración se hizo más profunda al advertir que era el pastor y no el alguacil quien había vuelto. El párroco pasó a la confesión y más tarde a las palabras de perdón mientras la gente de la casa inclinaba la cabeza. Sin prisas siguió con ese ritual que había realizado tantas veces junto al lecho de enfermos y ancianos, y le dio la sensación de que la habitación se volvía más fresca y olía mejor, de que la pesada presencia de la muerte se alejaba. A una señal del párroco se acercó a la ventana y quitó la tela que habían colgado para taparla. La vivificadora luz vespertina entró a raudales, y la chica empezó a rebullirse bajo la sábana como si la claridad le hiciera daño. Como si los

demonios que había en ella se retiraran. El pastor leyó la oración de la eucaristía muy despacio para que cada palabra se asimilara bien, antes de continuar con el padrenuestro. Y ya al escuchar la primera frase, «Padre nuestro que estás en los cielos», Jolina bajó la sábana de su cara con dedos temblorosos y sus labios llenos de heridas murmuraron en silencio.

Cuando la chica recibió el cuerpo y la sangre de Jesucristo, el efecto fue palmario: un violento movimiento se apoderó de su cuerpo, y la habitación fue recorrida por una ola de calor de una fuerza inusitada, que obligó al párroco a permanecer arrodillado un buen rato antes de que lograra serenarse lo suficiente como para proceder a la oración final. Kristina, al advertir su vacilación, se inquietó y le tendió el paño húmedo. El pastor lo cogió y se humedeció agradecido la frente. Luego lo pasó delicadamente por las brillantes mejillas de la chica.

—Jolina —dijo en voz baja—. Jolina..., mi querida Jolina.

La tercera vez que oyó su nombre, abrió los ojos.

—El mal se aleja —continuó el párroco—. Los poderes de la oscuridad.

No lo miró a los ojos, pero se notaba que escuchaba.

—Tenemos que detener al agresor. No podemos dejar que vuelva a actuar.

Con un gesto indicó a la gente de la casa que abandonara la estancia. Resultaba evidente que querían quedarse a escuchar, pero el pastor inclinó la cabeza en señal de oración y no la levantó hasta que la puerta se cerró. Yo también me dispuse a salir del cuarto, pero me dio a entender que prefería que me quedara. Sacó una hoja de papel y un lápiz y me los tendió.

—¿Qué le ha pasado en la cabeza? —le preguntó a Jolina con una voz tan baja que era imposible que nadie fuera de la habitación lo oyera.

Ella no mostró intención alguna de responder.

—Veo una lesión aquí junto a la sien derecha. ¿Puedo retirar un poco el pelo?

Con mucha cautela apartó el mechón que se había pegado a la mejilla, dejando a la vista un feo moratón en el cuero cabelludo. El pastor me hizo

señas para que anotara la magulladura.

—¿Podría enseñarnos el cuello? —continuó, esforzándose por sonar amable.

La mirada de Jolina se cruzó con la del párroco, las pupilas grandes y negras.

—Sólo quiero echar un vistazo. No se preocupe.

El pastor no quería tocarla después de todo por lo que había pasado, pero Jolina permaneció petrificada, limitándose a jadear.

—Si me permite que doble un poco la sábana... Así, ahora lo veo mejor. Veo que tiene una marca en el cuello. ¿Le duele?

Jolina asintió con la cabeza al tiempo que inspiraba para recobrar el aliento.

—¿Cómo se hizo esa marca, se acuerda?

Jolina intentó decir algo, pero la voz no aguantó. En su lugar levantó las manos y flexionó los dedos formando unas garras.

—¿Él hizo eso? ¿Intentó estrangularla?

Los gestos de la chica se hicieron más precisos, enseñó cómo el hombre la había sacudido mientras le apretaba el cuello con las manos, y cómo ella poco a poco había dejado de moverse.

—¿Qué pasó, Jolina? ¿La soltó?

—No —susurró ella de repente.

—¿Pero entonces usted le hizo algo?

—Fuera..., en el sendero...

—De modo que la agresión se produjo fuera, al aire libre. Y el hombre presionó los dedos contra su cuello... ¿Y entonces ocurrió algo?

Ella asintió débilmente.

—¿Llegó alguien?

—No, fui..., fui yo...

Tenía la voz rota por culpa del intento de estrangulamiento, y forzarla le producía a todas luces mucho dolor. En vez de seguir hablando, levantó el



brazo y lo agitó delante de sí.

—¿Lo golpeó? ¿Lo golpeó fuerte?

Ella se señaló la cabeza, hacia la nuca. Y luego repitió el mismo gesto, como si asestara un golpe.

—No la entiendo, Jolina.

Ella ladeó la cabeza, se cogió el pelo y señaló.

—¿Le tiró del pelo? Cuénteme, Jolina.

—La horquilla... —susurró de modo apenas perceptible.

Y de pronto el pastor entendió.

—¿Se quitó la horquilla? ¿Y después se la clavó?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Me puede enseñar dónde le dio?

Con un dedo tembloroso apuntó hacia el hombro izquierdo del párroco. Lo anoté.

—¿Aquí en el hombro? Gracias, Jolina, eso ha sido una información muy importante. Y ¿podría ver la horquilla?

Ella negó de forma vaga con la cabeza.

—¿Reconoció al hombre? —preguntó el pastor—. ¿Sabe quién es?

Jolina empezó a decir algo, pero la voz se le quebró y se convirtió en un ronco graznido. Se subió la sábana para taparse la boca y la nariz.

—¿Llevaba el rostro cubierto? ¿Con un trapo?

Un nuevo asentimiento de cabeza.

—¿Reparó en alguna otra cosa? ¿Cómo iba vestido? ¿Era un vagabundo? ¿O quizá un bracero?

—*Hhhh...* —susurró ella antes de irrumpir en toses. Luego lo intentó una vez más—. *Hhherrras... mies...*

Asentí en silencio. *Herrasmies*. Un señor.

—Gracias, Jolina. Que Dios la bendiga.

Sus labios se retorcieron, la cara se contrajo. Durante varios segundos contuvo el aliento mientras su cuerpo se convulsionaba con tanta violencia que

la cama empezó a vibrar. El pastor se quedó sentado a su lado en silencio. Después le hizo la señal de la cruz en la frente. Repitió el gesto. Y luego una tercera vez. Bajó la voz hasta susurrar, sólo pude captar fragmentos. Que no era ella la que había cometido el pecado. Que había salvado la vida defendiéndose. Que Jesucristo la acompañaba, que podía tenderle la mano en cualquier momento y él la auxiliaría.

Al final oí cómo la puerta se abría con cautela. Kristina se asomó preocupada.

—Duerma a su lado esta noche —le pidió el pastor—. Hay sitio para las dos aquí en el banco-cama.

Kristina asintió con la cabeza.

—Y también me gustaría que me prestara esto. Se lo devolveré.

Cogió el paño húmedo con el que había humedecido la frente de la joven, lo dobló y se lo metió en el bolsillo.

El pasto veraniego de Kenttä estaba gris y silencioso. Ya no se oía música, sólo los mugidos de las vacas que rumiaban en el bosque. En la hierba había una botella vacía. El pastor la cogió, se echó la última gota en la palma de la mano y la olfateó con el ceño fruncido. A continuación se acercó al granero y se asomó. Dentro de mí todavía podía oír las pisadas del baile en corro y el tarareo del pequeño y flaco cantante. Veía los elegantes pasos que daba Nils Gustaf y cuando cerré los ojos aún sentía la cintura de Maria bajo mis manos.

El pastor rezongó al encontrar una cinta para el pelo que alguien debía de haber perdido en medio de la vorágine de la fiesta. Volvió a salir y anduvo un trecho hacia el lindero del bosque.

—O sea que fue aquí donde Roope atacó a Nils Gustaf, ¿no?

—Sí, justo aquí. ¿Pero cómo puede saberlo el párroco...?

En silencio, alzó un palo corto y grueso que halló en la hierba. Lo batió en el aire imitando lo que había hecho Roope. Miró a su alrededor y después empezó a seguir las huellas. Yo iba detrás de él viendo cómo barría el suelo

con la mirada igual que cuando buscaba plantas raras. Al cabo de un rato se detuvo y señaló unos mirtilos donde un par de tallos se habían roto hacía poco. Los apartó con cuidado, hundió la mano en el suave musgo y sacó un cuchillo guardado en su funda.

—Es el de Roope —confirmé.

—A la luz del día es más fácil encontrar lo que se busca —dijo el pastor secamente.

Se metió el cuchillo en el bolsillo del abrigo y paseó la mirada por el entorno.

—Debemos buscar en el sendero por el que regresó Jolina. Ve tú primero, Jussi. Avísame si encuentras algo interesante.

—De acuerdo.

Echamos a andar con paso parsimonioso por la vereda de Kenttä. De vez en cuando, el pastor se paraba para examinar algo que le había llamado la atención. Abundaban las huellas de pisadas, el sendero había estado muy transitado. Encontramos varias botellas, pequeños montones de ceniza allí donde la gente había vaciado sus pipas y un escupitajo marrón de tabaco que había acabado en la hoja de un *Trollius europaeus*, flor de san Pallari. De repente el párroco me llamó, y cuando me di la vuelta me miraba señalando bosque adentro con la mano.

—¿Qué piensas de eso, Jussi?

—¿De qué?

Unas nítidas pisadas se perfilaban en el musgo.

—Ahí..., ahí hay marcas de unos pies bastante grandes —dije—. Y otras más pequeñas al lado. Un hombre y una mujer deben de haber caminado por aquí.

—Y una tercera persona también, aunque a cierta distancia. Muy extraño.

El pastor se internó en el bosque siguiendo las pisadas. Estaba muy ansioso, me recordó a un perro rastreador. Más adelante, donde la tierra se

ablandaba, se detuvo y apuntó con el dedo a lo que claramente eran los contornos de una bota de mujer.

—Dibuja esto, Jussi. Espera, que te doy un papel. Dibuja la impresión de la huella lo mejor que puedas, intenta incluir todos los detalles.

Durante un buen rato me quedé allí sentado dibujando, defendiéndome lo mejor que pude de los mosquitos. Entretanto, el pastor continuó adelante.

—¿Lo ves, Jussi? El hombre y la mujer fueron juntos todo el camino, mientras que la tercera persona se mantenía a cierta distancia de ellos. Los pasos son cortos, como si hubiera andado de puntillas. ¡Mira cómo se ha puesto a cubierto detrás de arbustos y árboles!

Me apresuré para alcanzar al pastor y le di el dibujo.

—Y aquí se escondió el perseguidor.

El párroco señaló el musgo hollado detrás de las raíces de un árbol caído. Todavía se podían distinguir las pisadas. Se agachó para estudiar las ramitas de un té de labrador que crecía allí.

—El perseguidor ha permanecido aquí un buen rato, sin duda observando algo que debió de captar su interés. ¡Ajá! ¡Fíjate en esto!

Un poco más adelante se veía cómo las hojas y las ramitas de una zona de mirtilos estaban aplastadas.

—Han debido de echarse aquí. Supongo que se trataba de un hombre y una mujer. ¿No estás de acuerdo, Jussi? Se han acostado aquí, sin duda abrazados. Y alguien los observaba escondido ahí. ¿Pero de quiénes puede tratarse?

—¿De Jolina y el agresor?

—Quizá. Pero el *aitta* donde Jolina se encerró está bastante lejos de aquí. ¿Realmente puede haber recorrido tanta distancia después del ataque?

El pastor se arrodilló. Recogió un pequeño objeto oscuro.

—¡Y mira aquí! ¿Qué es, Jussi?

Al principio pensé que era una pequeña piña o excrementos de algún animal. Luego descubrí que estaba quemado en uno de los extremos.

—*Sikarro...*

Al pastor se le notaba sereno y pensativo mientras continuábamos en dirección al *aitta* donde habían hallado a Jolina. No paraba de preguntarme acerca de todo lo que había visto la noche del baile, sobre qué hombres habían bailado con la joven y si, además de Roope, alguno se me había antojado agresivo o se había comportado de forma extraña, y quiénes de ellos habían ido vestidos como un *herras mies*. Intenté contarle todo lo que recordaba, pero no conseguía librarme de la sensación de haberlo traicionado. Había visto a Jolina entre las otras chicas, pero para mí sólo había sido una más del montón. Todo palidecía y se desvanecía al lado del recuerdo de Maria.

Cuando habíamos andado un buen trecho del camino, un hombre vino a nuestro encuentro en el sendero. Era Elias, el padre de Jolina, y llevaba a su perro atado con correa. Elias recordaba a un buey con su ancho cuerpo y la postura inclinada, como si su cabeza careciera de cuello, como si le hubiese crecido directamente del tronco. Evitaba cruzar la mirada con el pastor, movía la cara de un lado a otro mientras hablaba.

Echó a andar delante de nosotros para guiarnos hasta el *aitta*. Al cabo de un rato se salió del sendero para adentrarse en el bosque. Detrás de un pequeño paúl se extendía un prado de siega con un *aitta* alto. Se había construido a la manera tradicional, con troncos, y contaba con un desván abuhardillado que sobresalía de la planta baja.

—¿Fue aquí donde encontraron a Jolina?

—Sí.

—¿Y el travesaño estaba puesto por dentro?

—Sí.

—¿Ha estado aquí el alguacil?

—Sí, el alguacil y su ayudante.

El pastor me dirigió una mirada cómplice. Difícilmente hallaríamos allí rastro alguno, aparte de los dejados por Brahe y Michelsson.

—¿Buscaron por los alrededores también?

—Bueno, dieron una vuelta.

—¿Se fueron muy lejos?

Elias no entendió adónde quería ir a parar el párroco y se limitó a rascarse el macizo mentón.

La puerta del *aitta* estaba abierta. El pastor entró y subió hasta el desván.

—¿De modo que fue aquí arriba donde se escondió?

—Sí, al fondo, junto a la pared. Debajo de los sacos.

El párroco se agachó para recoger unos excrementos de ratón.

—Se le pegaron a la túnica —me susurró—. Pero no veo rastro de sangre por aquí.

Bajamos. El pastor me pidió que cerrara la puerta desde dentro con el travesaño. Lo coloqué en los soportes, y escuché cómo el pastor tiraba de la puerta.

—Aquí estaba bien protegida —constató—. ¿Conocía Jolina el *aitta*?

—En el pueblo lo conocemos todos.

—Debió de haber venido corriendo hasta aquí para refugiarse. Pero la agresión se produjo en otro sitio.

—El alguacil cree que... —empezó Elias, pero se interrumpió.

—¿Qué?

—Que Jolina se había citado con el hombre aquí dentro. ¡Jolina nunca haría algo así!

La voz del hombre salió inesperadamente aguda. Daba la impresión de que quería golpear algo para desahogarse.

—Pronto lo sabremos —lo tranquilizó el pastor.

—¡Jolina no es ese tipo de chica!

El párroco se acercó a la perra, que estaba atada a un abedul. La perra se levantó y, zalamera, empezó a darse lengüetadas en el morro. El pastor sacó el paño con el olor de Jolina del bolsillo del abrigo y la perra enterró ansiosa su hocico en la tela. El pastor cogió la correa y condujo al animal de vuelta al sendero.

—¡Busca!

La perra tironeaba fuerte de la correa; fuimos medio corriendo por el desigual terreno. Tras haber cubierto un tramo del sendero se detuvo y se puso a olfatear en un lateral. A tan sólo unos pocos pasos, entre unos pequeños abedules, encontramos una superficie donde la hierba estaba aplanada. Se parecía al lugar de descanso de un alce, y al principio pensé que era el rastro de un alce lo que había percibido el animal. Pero enseguida bajó el hocico a ras de tierra mientras con las patas delanteras escarbaba con ahínco. El pastor le dio a Elias la correa y procedió a examinar el suelo. Entre la vegetación se escondía algo que brillaba. El pastor despejó el objeto con dedos cuidadosos y lo recogió. Se trataba de una horquilla larga y gruesa de latón.

—¿La reconoce?

—Es la horquilla de Jolina —confirmó Elias.

El párroco rascó en unas manchas de color óxido y rozó el polvillo con la lengua.

—¿Sangre? —pregunté.

El pastor asintió con la cabeza.

—Jolina le clavó la horquilla. Así consiguió quitárselo de encima. Después se fue corriendo al *aitta*, donde se atrincheró.

—Es suya —repitió Elias—, se la regalamos por su confirmación.

Tendió la mano para cogerla, pero el párroco la envolvió en un pañuelo.

—Vamos a dejar que el alguacil le eche un vistazo. Por cierto, ¿podría prestarme su camisa un momento?

—¿La camisa?

—Sí, es que tengo que limpiarme las gafas.

Elias, con gesto interrogante, se quitó la camisa para que el pastor pudiera limpiarse los cristales de las gafas. Yo advertí que el párroco observaba el cuerpo de Elias. El hombro estaba intacto, no había ninguna marca de la herida de una horquilla.

—Gracias —dijo el pastor, y le devolvió la camisa.

Con las gafas puestas volvió a examinar el suelo, ahora desde cerca.

—Tiene usted razón, Elias. Jolina no se había citado con nadie en el *aitta* —zanjó—. La agresión se produjo aquí.

El pastor empezó a estudiar las aplastadas hojas de hierba. Las dobló hacia un lado y las escudriñó desde todos los ángulos.

—Aquí está —constató al tiempo que levantaba en el aire un botón; en los agujeros todavía quedaba el resto de un hilo blanco.

—En su ropa descubrí que le habían arrancado un botón. El perpetrador le arrancó el cuello de la blusa para llegar al pescuezo.

Envolvió el botón en el pañuelo donde ya estaba la horquilla. Acto seguido, se puso en cuclillas y comenzó a olfatear a su alrededor. Me indicó con gestos que hiciera lo mismo, y de repente me pareció percibir ese olor que se había pegado a la túnica de la chica.

—La grasa para los zapatos —susurré.

—Jolina, por lo tanto, se dirigía a casa después del baile. ¿Y luego?

—El hombre la siguió.

—Sí, posiblemente. Quizá había bailado con ella, y ahora quería más.

El pastor se quedó pensativo.

—¿Te acuerdas de las huellas del que siguió al hombre y la mujer, las que hemos visto antes? El que probablemente fue testigo de cómo se tumbaron y empezaron a... abrazarse. Sin duda podemos suponer que esa visión resultaba excitante. Que despertó los deseos de la carne en ese hombre. ¿Tú qué piensas, Jussi?

Me puse colorado y murmuré un asentimiento.

—Después salió de allí sin ser visto, para acabar aquí.

—¿El mismo hombre?

—La escena que acababa de presenciar lo había excitado. Además había bebido, tenía el juicio enturbiado. Quizá se acordó de cómo había atacado a Hilda Fredriksdotter y le invadió el ansia de volver a hacerlo.

No respondí. El pastor hablaba en murmullos para sí mismo mientras



observaba los alrededores.

—El sendero del paúl tiene una recta larga justo aquí —dijo—. Por lo tanto, desde este punto se puede ver a una persona a bastante distancia. El perpetrador debió de haberse escondido entre la hierba. Aunque no en este mismo sitio, ya que habría corrido el riesgo de ser descubierto. Si tú hubieras querido esconderte, ¿qué lugar habrías elegido?

Mi mirada fue atraída por el lado opuesto del sendero. Allí crecían unos pequeños pero frondosos abetos. Señalé los árboles y me sentí algo mareado.

—Allí.

El pastor se mostró de acuerdo.

—Hay que intentar pensar como el agresor. Entrar en su cabeza. Vamos a comprobarlo, Jussi.

Elias se quedó con la perra mientras nosotros nos dirigíamos hacia los abetos. Detrás de éstos había un tocón grisáceo cubierto de líquenes. Delante de él se veían pisadas de una persona.

—Justo lo que sospechaba. Fue aquí donde el hombre esperó a su víctima. Y mira esto. Todavía fresca.

El pastor recogió del suelo una rama de abeto cortada.

—La cortó con un cuchillo para ver mejor —aventuré.

—No, estúdiala más detenidamente. Fíjate en que las ramitas están dañadas. Yo diría que se sentó aquí y que agitó la rama en el aire.

—Para ahuyentar a los insectos.

—Eso es, Jussi. Por tanto, el hombre llevaba un buen rato sentado aquí cuando apareció Jolina. ¿Qué puede significar eso?

—Esperaba que ella fuera de camino a casa.

—¿Pero por qué Jolina? Sabía que había un baile en Kenttä, quizá no importaba la mujer. Cuando pasaron varias chicas en grupo, las dejó estar. Esperaba a una que estuviera sola.

El pastor se agachó. Algo junto al tocón le había llamado la atención.

—¿Y esto qué es?

Cogió una cosa muy pequeña pinzando con los dedos. Al principio pensé que era una paja de cárex, pero luego descubrí que se trataba de una viruta de madera.

—Ayúdame. Recógelas todas.

Empezamos a buscar entre los líquenes y las matas de arándanos, y encontramos más.

—¿Qué es? —pregunté.

—Las has visto en mi estudio.

Giré la minúscula viruta, parecía cortada con un cuchillo. En ella también había restos de algo más oscuro, de un gris grafito. Y de repente caí en la cuenta.

—¡Lápiz!

—O sea, el hombre estaba aquí y..., y sacó punta a un lápiz —murmuró el pastor—. Estaba aquí escribiendo. Ese monstruo estaba aquí escribiendo algo mientras esperaba a su presa.

—O... —murmuré—. O estaba dibujando.

El párroco metió las virutas en un pliego de papel y lo dobló antes de hacerle un gesto con la mano a Elias para que se acercara.

—No deje que ningún desconocido vea a Jolina —le advirtió—. Un criminal campa a sus anchas por nuestras tierras.

Mientras regresábamos a la casa parroquial, el pastor se acordó de una cosa.

—Esa contusión que tenía Jolina en la sien derecha, ¿qué piensas de eso, Jussi?

—El hombre debe de haberla golpeado ahí.

—Sí, ¿y?

—Con la mano. Con el puño.

—Jussi, qué te parece si intento golpearte en el mismo sitio —propuso.

Me quedé mirándolo sin entender nada.

—¿Va a pegarme?

Movió tranquilamente la cabeza en señal de afirmación. Luego levantó la mano derecha y amagó un golpe que se detuvo justo antes de llegar a mi sien.

—Resulta raro golpear así, Jussi.

—Sería más fácil si usara la otra mano.

—Justo lo que estaba pensando. Como seguramente recordarás, a Hilda Fredriksdotter le habían arrancado pelo de ese mismo lado de la cabeza. Del derecho.

—Así que cree que el asesino... ¿es zurdo?

El pastor daba caladas a su pipa con un aire de satisfacción.

—Muy bien, Jussi —constató—. Muy bien deducido.

*La gente le tiene un gran miedo al diablo. En especial cuando aparece en forma de lobo o de serpiente. Pero es mucho más peligroso cuando adopta apariencia humana. Y aún más cuando se presenta como si fuera un ángel. Porque cuando el mismísimo Satanás se transforma en el ángel de la luz, entonces resulta muy difícil escapar de él.*

La niebla se dispersó despacio. Brita Kajsa le acariciaba cariñosamente la mejilla al pastor.

—Dormías muy inquieto —susurró—. Toda la cama se sacudía cuando te dabas la vuelta.

—Estaba soñando con un oso.

Las mejillas del párroco brillaban húmedas a la luz nocturna.

—¿Un oso?

—Sí, había un oso gigantesco bajo nuestra cama, salvaje y furioso. Zarandeaba el lecho de un lado a otro cuando trataba de salir de allí, y yo resistía peleando con todas mis fuerzas.

—Estás empapado en sudor.

El pastor respiraba pesadamente como si acabara de correr.

—Creo que he luchado contra el príncipe de las tinieblas. Siento su presencia todos los días. Quiere destruir todo lo bueno que hemos logrado. Destruir nuestra fe aquí en el norte.

—Pero resistiremos.

—Cada domingo pienso que el diablo se ha colado en la iglesia, entre las ovejas. Que está sentado en los bancos como un feligrés más mirando hacia la

cruz en silencio y con la cabeza descubierta. ¿Pueden mis palabras detenerlo? ¿Puedo predicar algo que penetre en las escamas de dragón, que alcance el endurecido corazón de la bestia? ¿Qué palabras lograrían detener el mal entre nosotros?

Brita Kajsa permaneció callada un rato.

—Tenemos a Jolina —dijo al fin—. El malhechor la asaltó, pero consiguió engañarlo. Creo que ella lo reconocería.

—Pero el hombre iba enmascarado.

—Su olor. Su forma de moverse, su respiración cuando estaba alterado, cómo sentía sus manos contra el cuerpo. Las mujeres nos acordamos de ese tipo de cosas.

—Está paralizada por el miedo —objetó el pastor.

—Jolina es fuerte. Dale algo de tiempo y lo superará.

—De hecho, logró herir al hombre.

—¿Cómo?

—Le clavó la horquilla en el hombro y le hizo sangrar. Creo que gracias a eso consiguió huir de allí y sobrevivir.

—¡Pero no va a ser fácil encontrar a un hombre con una herida así!

—Bueno, eso es cosa del alguacil.

—Habría que contarle a todo el mundo que andamos detrás de ese hombre. Difundirlo por el pueblo, así quizá se asuste y pare.

El pastor asintió pensativo.

—Sí, quizá así pare. Quizá lo haga.

El pastor me pidió que lo acompañara a la tienda de Pajala. Al igual que durante los días del mercado callejero de Kengis, era en la tienda donde te enterabas de los cotilleos del pueblo. Por ese establecimiento siempre merodeaban los curiosos, con la esperanza de informarse de alguna jugosa noticia de la zona: de fornicación y peleas, de robos, conflictos familiares, enfermedades y muertes violentas. Naturalmente, allí se comentaba el tema de la pobre Jolina, que había sido atacada por un desconocido. ¿Y qué se le había perdido a esa chica en un baile? ¿Por qué no se había quedado en casa como las mujeres decentes? ¿O es que en realidad se había visto esa noche con su amado, y éste se había hartado al final de sus burlones rechazos?

El párroco pidió que le enseñaran los lápices. En el surtido de la tienda había dos modelos; compró los dos. Después se interesó por la grasa para botas. El tendero Henriksson abrió un barril con un apestoso mejunje y elogió su resistencia al agua. El pastor mojó la punta del dedo en la grasa para luego acercársela a la nariz. A continuación, me dejó también olerla a mí antes de limpiarse en un pañuelo que metió discretamente en el bolsillo de su abrigo.

—El precio me parece un poco alto —objetó.

—Pero es que la calidad es inmejorable. Esta grasa nunca se enrancia, no me cabe duda de que el párroco puede permitírsela —dijo adulator el tendero.

—¿De modo que quien la compra es gente con posibles?

—El mismísimo patrono de la fundición es uno de los clientes. Y también el campanero; puede preguntarle y le contará con qué engrasa las botas de los domingos. ¡Pero mire usted por dónde! ¡El alguacil en persona!

Por la puerta entró Brahe y al ver al pastor lo saludó con un frío movimiento de cabeza.

—El párroco está mirando grasa para botas —informó Henriksson con una sonrisa—. Quizá el alguacil pueda recomendarle este engrasado.

—¿Cómo va la búsqueda del malhechor? —preguntó el pastor lo suficientemente alto como para que todos los presentes en la tienda lo oyeran.

—Vamos tras él.

—¿Hay alguna información concreta que convendría que la gente supiera?

—Todo indica que ha sido un vagabundo que andaba merodeando por el pueblo. Se ha visto a algunos por estos lares.

—¿Pero alguien tan pobre podría permitirse esta excelente grasa para botas? Había rastros de ella en la ropa de Jolina.

Brahe no supo qué decir.

—Porque supongo que el alguacil habrá inspeccionado la ropa... —continuó el pastor implacable.

—Claro que sí.

—Entonces también sabrá que el atacante resultó herido.

—¿Herido?

—Sí, de un pinchazo. Jolina logró clavarle una horquilla en el hombro izquierdo, de forma que la sangre del hombre manchó la ropa de la chica. Sin duda es buena idea que la gente de estas tierras esté al tanto de ese dato.

—Naturalmente...

—Porque entonces quizá se puede ver si alguien tiene una herida fresca. Es imposible que se haya curado ya.

—De modo que registró las prendas de la chica.

—Sí, pero usted también lo hizo, ¿no? Se podría, por ejemplo, examinar a todos los hombres del pueblo. Tal vez uno de ellos tenga una herida en el hombro izquierdo. ¿O el alguacil cuenta con pruebas concretas que apunten a un vagabundo?

Advertí que el pastor hallaba un gran placer en mostrar la incompetencia

del alguacil, así como que los espectadores absorbían con ansia cada una de sus palabras. Pronto la información se difundiría por toda la zona.

—Además, creo que Jolina será capaz de señalar al culpable en cuanto se haya recuperado.

—Pero el hombre iba enmascarado —objetó Brahe.

—Hay otras maneras de identificar a alguien —dijo el pastor mirándolo desafiante—. Las mujeres son hábiles percatándose de detalles que a menudo los hombres pasamos por alto.

El alguacil dio un paso hacia nosotros, parecía a punto de agredir al párroco. Me apresuré a tirarle del brazo y sacarlo de la tienda.

—No sé si eso ha sido muy inteligente —susurré.

—Ahora la gente sabe que no buscamos a ningún vagabundo.

—Pero quizá hemos puesto a Jolina en peligro.

—Cuando esto se difunda, el criminal sabrá que andamos pisándole los talones. No creo que se atreva a atacar a nadie más.

Salimos a la explanada que había delante de la tienda con nuestras compras. Al fondo, al lado de la verja, había una mujer vestida de negro, y con los hombros subidos como si estuviera pasando frío. Daba la impresión de que llevaba un buen rato esperando, y nada más ver al pastor, se acercó a él. Por su chal se asomaba la punta afilada de una nariz, donde una gota de mocos se balanceaba. El párroco cogió la mano garruda de la anciana y la saludó con amabilidad:

—*Jumalan terve*, la paz de Dios sea contigo.

La mujer intentó responder pero estaba demasiado emocionada. Las palabras se perdieron entre el exceso de burbujeante saliva. Balbuceando le tendió un trozo de tela. Estaba doblado, pero cuando el pastor empezó a abrirlo la mujer se lo arrebató y lo apretó contra su pecho.

—¿Se encuentra bien?

—Es..., es mi hijo.

—¿Su hijo?



Se dio la vuelta y se marchó a toda prisa bamboleándose al andar. El pastor fue detrás de ella y la alcanzó.

—Cuénteme qué es lo que le preocupa.

—Mi hijo está enfermo. Muy enfermo.

—Párese un momento. Recemos por él, ¿cómo se llama?

La vieja no aminoró el paso.

—Haga el favor de parar —repitió el pastor en un tono más severo.

Entonces la vieja se detuvo, con los labios blancos de lo fuerte que los apretaba. El pastor le quitó el trozo de tela de las gélidas manos y lo abrió con cuidado. Vimos que se trataba de la camisa de un niño, tan pequeña que debía de pertenecer a un bebé.

—¿Por qué quería darme la camisa?

—Es que... —susurró ella.

—Primero me la ha dado, y luego la ha vuelto a coger.

—El niño debe... Debe ponérsela.

El pastor comprendió. Apareció un brillo en el rabillo de sus ojos.

—Sólo Jesucristo puede sanar —murmuró esforzándose en mantener la calma.

—Jesucristo —repitió la vieja—. *Jeesuksen Kristuksen...*

Agarró el brazo del pastor con desesperación, como si quisiera atraerlo y absorberlo. El párroco se soltó al tiempo que la vieja se inclinaba en una profunda reverencia y apretaba su húmeda y grasienta frente contra el dorso de la mano del pastor.

—Recemos —consiguió decir el párroco no sin esfuerzo—. ¿Qué le pasa al pequeño?

—Sarampión.

Le vino a la memoria el rostro hinchado del pequeño Levi, todavía podía oír su rápida y febril respiración. Había rezado miles de oraciones para salvar el alma del niño, miles y miles.

—Querido Jesús —murmuró el párroco—. Querido Jesús, escucha nuestra

oración.

La mujer empezó a mecerse. La afilada punta de su nariz se asemejaba a un pico. Un pájaro que sacaba semillas picando en el lodo.

El pastor permaneció quieto con los ojos cerrados mientras un buen número de feligreses reavivados así como otros curiosos se iban uniendo a nosotros, formando a nuestro alrededor un círculo cada vez más cerrado. *Jeesuksen Kristuksen...* Se estaba produciendo un milagro. Un niño iba a ser salvado. Después, numerosos testigos contarían que habían sentido una suave ráfaga de viento, un viento que soplaba desde arriba y que olía a miel.

El párroco sintió la presión de la gente desde todas las direcciones. Todos querían calentarse. Y es que, al fin y al cabo, era él mismo quien había encendido ese fuego que se extendía por las tierras norteñas, quien lo alimentaba añadiendo leño tras leño a la hoguera hasta que la región entera de Finnmark estuviera en llamas. Pero ¿y si el movimiento del despertar sólo fuese como el fuego de las matas, que llameaba violentamente al principio pero se apagaba muy pronto? ¿Y si detrás de sí sólo dejaba tierra chamuscada?

¿Los había engañado a todos? ¿Quizá era mejor llevar una vida tibia? ¿Tibia pero constante? Arder lentamente sin llama, como un hongo yesquero, casi sin calor, desprender un fino bucle de humo que nunca cesa. No hacer tanto, pero hacer algo todo el tiempo. Él que siempre había despreciado a los reverendos que no buscan más que ganarse el pan con sus desapasionadas frases bíblicas pronunciadas sólo para cumplir ante feligreses saturados de comida y bebida, unas pesadas letanías que nunca cambiaban nada de nada. Esos que subían pausada y esforzadamente la montaña, paso a paso, cuando en realidad uno debería correr. Esto era lo que el pastor pensaba.

El movimiento del despertar religioso era bullicio y alboroto. Los parroquianos parecían estar más a gusto cuando se armaba un buen jaleo; cuando los corazones de los pecadores palpitaban, las mejillas se arrugaban por la emoción y toda la congregación saltaba en *liikutuksia* y producía un

sonoro repiqueteo con las botas. Y cuando las mujeres y los hombres se acercaban al pastor no veían a un simple párroco de pueblo, sino a Jesucristo.

¿Y si lo único que había conseguido era idolatría?

En el camino de la tienda a casa, el pastor andaba un par de pasos por delante de mí. Me di cuenta de que iba desanimado. Cuando estaba de buen humor, le gustaba razonar, entonces levantaba los codos y formaba las palabras con las manos, como si sostuviera sus pensamientos con los brazos cual masa de pan deforme, una masa en fermentación que había que juntar y amasar continuamente para que no cayese al suelo. Pero ahora llevaba los brazos caídos a lo largo de los costados.

La mayoría de la gente se comporta como los renos. Quieren unirse a otros, avanzar en rebaño. Si la hembra gruñe, los demás también. Si el macho grita una advertencia, todos salen corriendo, aunque no hayan visto el peligro por sí mismos. Al reno lo gobierna el miedo. Sus enemigos son el glotón y el lobo, el oso y el lince. El ser humano también tiene miedo, así fue creado en su día por nuestro Señor. Debemos amar y temer a Dios, explicó Lutero. Pero nos amamos y nos tememos unos a otros con la misma intensidad. Y lo que más nos aterra es perdernos entre nosotros. Quedarnos solos, aparte del rebaño protector.

Pero con el párroco era diferente. Daba la impresión de pertenecer a una especie extraña. Si todos a su alrededor gritaban, él callaba. Si todos apuntaban hacia delante, él se desviaba hacia un lado. Si se burlaban de él o lo amenazaban, parecía simplemente afirmarse aún más en su convicción. Él veía lo que veía, tomaba nota y lo almacenaba en su interior. No le asustaba llevarles la contraria a las autoridades. El aguardiente era un buen ejemplo, pues a todo el mundo le gustaba. Los campesinos no se saciaban nunca y los taberneros llenaban de buen grado los vasos mientras el tintineo de la plata

resonara en los monederos. ¿Cómo podía el aguardiente ser malo? El primer trago calentaba y difundía alegría, el segundo te ponía de buen humor y te daba ganas de charlar, ¿qué había de malo en eso? Si incluso Jesús bebía vino.

Pero el pastor veía aquello que de niño yo había vivido de cerca. Cuerpos ebrios tirados en el fango con los pantalones llenos de excrementos y el vómito como una viscosa papilla manchando la piel de reno. Despertares horribles con los ojos inyectados en sangre y una lengua que serpenteaba en torno al cuello de la botella para exprimir las últimas gotas del veneno. El rebaño de renos continuaba avanzando mientras el párroco se desviaba. Yo no había visto mayor coraje en mi vida.

Y yo también caminaba solo. Pero en mi caso no se trataba de coraje, sino de una carencia. No era capaz de otra cosa. Mis labios infantiles, allí donde los bofetones los habían alcanzado, estaban llenos de heridas; y mis delgados brazos, salpicados de moratones por culpa de unos pellizcos inmisericordes. Y el peor de todos los castigos que me imponía la bruja era su costumbre de tirarme del pelo, agarrándome cerca de la nuca, donde más dolía. Era como si sacara de cuajo un nabo de la tierra, daba repelones hasta que me salía sangre, como si quisiera arrancarme todo el cuero cabelludo, convertirlo en un pringoso trozo de piel.

Con mi hermana no se ensañaba tanto como conmigo. No era mala como yo. Ella nunca protestaba, se limitaba a observarme con sus ojos demasiado grandes. Nunca aprendió a gatear del modo normal. Se arrastraba sobre el culo, empujando con sus pequeñas manos, como dando unos curiosos botes. Fue entonces cuando la bruja empezó a llamarla lebroncilla. Me acuerdo de que tenía todo el culo rojo y lleno de heridas. Astillas y ramitas le causaban rozaduras; los mosquitos y las hormigas le chupaban la sangre y se meaban sobre ella hasta que la piel entre sus piernas parecía una gran llaga. Se rascaba tanto que acababa arrancándose unas costras de color rojo púrpura entre alaridos de dolor. Yo solía ponerla boca abajo y escupirle mi flema, grandes bolas viscosas que le aplicaba en la piel como si fueran una pomada.

Cuando creció un poco le dieron un viejo y desgastado *gákti*, pero nunca nada que le curara la piel del culo. Al sentarse a orinar quedaba al descubierto la herida, una llaga roja y agrietada como un hachazo. Le enseñé a ponerse de vez en cuando a horcajadas encima de la hoguera para dejar que el humo subiera y le cubriera las úlceras con una fina capa de alquitrán. Entonces al menos los insectos se alejarían. Pero aun así, seguía rascándose día y noche de tal manera que trozos de ella se desprendían y caían al suelo entre las agujas de abeto.

—Lebroncilla —graznaba la bruja—, ven aquí, lebroncilla.

Y mi hermana se acercaba a los pestilentes brazos botando y recibía algo masticado de la boca de la vieja, quizá un nabo, algún tendón de una paletilla de reno, o sólo harina. Saliva y harina de la boca de la malvada, ése era el único pan que estaba a su disposición.

Mi hermana tenía dos nombres, los más bonitos de todos los nombres: Anne Maaret. Pero la bruja nunca los usaba. Sólo la llamaba lebroncilla. Mira la lebroncilla, mira lo que está haciendo. Pero yo solía utilizar su verdadero nombre. Cuando estábamos solos se lo susurraba quedamente bajo los abedules árticos. Aquí, Anne Maaret, musitaba todo lo suave que podía en su oído ulcerado. Te he guardado un poco de pan, Anne Maaret.

Cuando decidí huir, intenté llevarme a mi hermana. Di voces y la asusté, le tiré tan fuerte del brazo que casi se lo disloqué. Pero era demasiado pequeña. No pude salvarla. Nunca olvidaré su llantina desesperada cuando se aferró a la bruja, agarrándose al *gákti* de ese roncador montón de grasa rancia y pelo piojoso que yo nunca había sido capaz de llamar madre. Abandoné a mi hermana, la única persona que me quería. Desde entonces he caminado solo por la vida. No me asusta que me abandonen. Cogí mi cuchillo y con un corte me separé del cuerpo humano porque tenía que hacerlo.

En ese tipo de cosas pensaba cuando el párroco y yo caminábamos de regreso a casa. Dos renos salvajes a los que ningún lazo podría atrapar. El pastor me pidió que lo acompañara a su estudio. En silencio sacó su navaja y

empezó a sacar punta a los dos lápices que había comprado. Comparamos las virutas con las que habíamos encontrado en el lugar del crimen. Resultaba fácil ver que eran diferentes. El lápiz del perpetrador no venía de la tienda de Pajala. La grasa para zapatos, sin embargo, olía igual que la que había manchado la túnica de la chica.

Los enemigos del párroco seguían haciéndole la vida imposible. Lo denunciaron al sínodo diocesano acusándolo de haberse negado a celebrar el retorno a la iglesia de una puérpera. La denuncia era anónima, pero el pastor sospechaba que el tabernero estaba detrás. En la ceremonia de bendición de la mujer tras el parto se solían organizar fiestas con cerveza en honor a las madres y sus hijos recién nacidos, y eso significaba grandes ingresos para los taberneros. Pero desde la llegada del párroco, los ingresos por la venta de alcohol se habían reducido drásticamente, y de ahí que fueran a por él. Pese a que recurrió la sentencia, el sínodo diocesano lo sentenció a pagar trescientos *riksdaler*<sup>1</sup> a la mujer como compensación, una suma considerable que le obligaron a abonar de su propio bolsillo.

En lugar de comprar aguardiente a cambio de sus objetos de plata, los samis y campesinos empezaron a donarlos para la enseñanza escolar o para la ayuda a los pobres. Eso también provocó celos y envidia en muchos sitios. ¿No se embolsaba el pastor la plata? ¿No acabaron bastantes fondos en manos de sus hijos y familiares? Se presentaron nuevas denuncias al sínodo diocesano sobre las cuentas del párroco. Intentaban cansarlo, mancharlo de mugre con la esperanza de que algo al final se le quedara pegado.

Al final el sínodo diocesano se vio forzado a tomar cartas en el asunto y se decidió realizar una inspección en la iglesia de Kengis. El obispo de Härnösand, Israel Bergman, subió a bordo de un barco para emprender el largo viaje hacia el norte. Tras varios días de navegación por el golfo de Botnia, llegó a Haparanda, donde bajó a tierra en la desembocadura del río Torne. Allí se subió a una de las alargadas y estrechas barcas fluviales tan



típicas de la región, y con la ayuda de unos nervudos barqueros de habla fina, al mando de los botadores, emprendió el viaje contracorriente hacia el norte. Los hombres conocían a fondo cada tramo del largo río; no había rápido, remanso ni curva que no tuviera nombre propio. Esquivaron piedras que no se veían, conocían lugares para descansar donde se encargaron de que la madera grasienta enseguida chisporroteara y calentase. El río era como un ser independiente, incomprensiblemente largo y vivo cuya cabeza descansaba entre las montañas y las puntas de los dedos del pie se mojaban en el golfo de Botnia. Con la red de arrastre pescaron timalos, el obispo en persona se encargó de vaciarla, una carne tierna y sabrosa que recién cocida y humeante se tomaba con los dedos en los descansos. El obispo se vio obligado a tragar más rápido de lo que acostumbraba, ya que los hombres devoraban la comida enseguida. Tenían las manos correosas como el cuero del buey, nunca llevaban guantes, y manipulaban los mangos de los botadores y los remos con tanta fuerza que la madera, tras miles de millas de desgaste, mostraba surcos hechos por sus dedos.

Cuanto más al norte viajaba el obispo, más luminosas se volvían las noches veraniegas. Aprovechó la que pasó en Övertorneå para visitar la iglesia con su ornamentado órgano barroco traído de Estocolmo. Pudo sostener en sus manos el bastón con el que los cosacos mataron al pastor Johannes Tornberg. Esa noche no logró conciliar el sueño, toda la cama parecía mecerse como el río bajo su espalda. Permaneció tumbado despierto escuchando el insistente zumbido de un mosquito que se movía por el techo y pensando en ese curioso señor al que pronto iba a ver en Kengis.

El obispo Israel Bergman y el párroco se habían conocido durante los años de estudio del pastor en Härnösand. Bergman era matemático de formación, y había impresionado a sus estudiantes con su agudo intelecto. Al mismo tiempo, se mostraba considerado con los jóvenes. En especial cuidaba de los que provenían de pequeños pueblos del norte, como él, que había nacido en la parroquia de Attmar, a las afueras de Sundsvall. Al ser profesor universitario

de astronomía, sentía una profunda fascinación por el cielo estrellado, y una noche inolvidable congregó a los estudiantes en el jardín de su casa. Allí había montado un largo artificio que recordaba al tubo de un cañón, pero que era, explicó, un telescopio. Por turnos, los jóvenes se sentaron en el taburete de observación y dirigieron su mirada al vasto universo. Nunca olvidarían el momento en el que contemplaron Saturno con su extraño sistema de anillos. Se contagiaron del entusiasmo con el que Bergman explicó que los pequeños puntos de luz que había al lado no eran estrellas, sino las propias lunas del planeta, que orbitaban a su alrededor. Pero la mayor impresión la causó otra cosa. Cuando el futuro párroco iba a observar el planeta, el ocular estaba completamente oscuro. Supuso que alguien había movido el tubo y le pidió a Bergman que lo ayudara a enfocar de nuevo el objetivo. Con tono solemne el profesor explicó que no era el telescopio lo que se había movido, sino lo que tenían bajo los pies. Como una gigantesca bola avanzaba rodando por el espacio ese cuerpo celeste llamado Tierra. Durante un vertiginoso instante, el joven estudiante se mareó y tuvo que apoyarse en el hombro del profesor, y Bergman sonrió.

En el aula, Bergman daba muestras de un sentido del humor seco que con toda probabilidad había adoptado en los círculos académicos en Uppsala. Le disgustaba sobremanera que los alumnos llegaran tarde, y el culpable se arriesgaba a recibir el apodo de mediamisa. Por su parte, estaba en constante movimiento, siempre había algo que debía escribir, tesis que leer, reuniones a las que asistir. Decía que por eso nunca se había casado, simplemente no le había dado tiempo.

Ahora, muchos años más tarde, al entrar en la iglesia de Kengis, mostraba todavía esa sonrisa un poco torcida. Tenía cinco años más que el pastor, y la edad había dejado huella en los dos. Las entradas se habían hecho aún más profundas en la cabeza del obispo, y los finos mechones que le quedaban habían encanecido. La nariz era gruesa y la boca, delgada y delicada. La mirada, sin embargo, seguía siendo aguda y escrutadora. En un instante, como

el experimentado profesor que era, Bergman se formó una idea del lugar y de todos los presentes; partiendo de dónde se sentaban extrajo conclusiones sobre estructuras de poder y alianzas, así como de potenciales instigadores de problemas.

No era muy habitual que un obispo pasase por Kengis, por lo que muchos curiosos habían acudido a la iglesia. En los bancos delanteros se reunían los enemigos del pastor: el patrón de la fundición, Sohlberg, el tendero Forsström, el agente judicial Hackzell y el alguacil Brahe, todos acompañados por sus esposas. Un poco más atrás se situaban los feligreses amigos. Eran muchos más, pero gente pobre e inculta en general. El obispo se sentó en un impresionante sillón de cojines mullidos y reposabrazos ornamentados mientras que el párroco ocupó una sencilla silla de cocina. Bergman se puso las gafas, y sacó los documentos y escritos que traía y los dejó encima de una mesa plegable que en honor del ilustre visitante se había cubierto con un mantel blanco de fiesta. Abrió la reunión, deseoso de crear un ambiente agradable. No obstante, pronto quedó patente que a una parte de la congregación le costaba entender su sueco lleno de cultos giros léxicos. Con voz tranquila, explicó los motivos de su inspección, y presentó todas las denuncias que había recibido y en las que se criticaba al pastor.

—Para empezar, se han recibido acusaciones de que el párroco no ha rendido cuentas honestamente de las donaciones destinadas a las actividades escolares y a los pobres. Desde que he llegado me he dedicado a revisar los libros con detenimiento y no he podido encontrar ninguna irregularidad. Las cuentas se han presentado de manera correcta.

Entonces uno de los taberneros alzó la voz:

—El pastor dijo aquí en la iglesia que aquellos que tuvieran oro, plata o vestimenta valiosa debían dárselo todo a él.

—¿Es eso verdad? —preguntó el obispo.

El párroco estaba preparado y buscó el escrito que había leído durante aquel servicio religioso:

—«Si alguien desea realizar una donación para la escuela y los pobres, ésta será recibida por el abajo firmante, aunque fuera oro, plata o vestimenta. Y si eso se transforma en dinero para la escuela y los pobres...» —leyó.

Naturalmente, no ignoraba que el propio obispo había organizado recolectas para estudiantes sin medios en Härnösand. Y Bergman no tuvo nada que objetar.

Tras recibir un codazo, Brahe se levantó y dijo:

—¡El pastor no sigue la doctrina luterana! Ha empezado a usar su propio Yo confieso.

—¿Y de qué manera esa oración contradice el credo luterano?

Brahe miró de reojo a los demás antes de repetir que la oración no era luterana. Pero de qué manera era hereje, eso no podía explicarlo teológicamente hablando, y el pastor no pudo contener una sonrisa.

Luego se llegó al apartado de la falta de orden durante el culto. El señor Sohlberg y otros afirmaban en su denuncia que a los despertados se les permitía, en especial a las mujeres, interrumpir el servicio con gritos y exclamaciones, y que también se habían producido bailes en parejas junto al altar y en el pasillo. Todo eso impedía escuchar el sermón. Además, el pastor había animado sobre todo a los jóvenes a abroncar y juzgar y provocar a los feligreses que llamaban no despertados, y tanto en sermones como en conversaciones se empleaba un lenguaje impuro e indignante.

Le explicaron más en detalle el contenido de la denuncia. El desorden al que se referían los denunciantes era toda aquella *liikutuksia* que a veces surgía durante el culto. En esas ocasiones, los feligreses eran presos de una intensa emoción que recordaba en cierto sentido al éxtasis. Ocurría que las personas más ancianas y achacosas se ponían de puntillas y realizaban saltos salvajes mientras batían los brazos como si quisieran volar. Hoscos campesinos se venían abajo con el llanto más desgarrador y mecían sus cuerpos como árboles bajo una tormenta. El pastor sostenía que nunca había animado ese comportamiento, y que su esposa, Brita Kajsa, nunca se había

dejado llevar de esa manera. Pero también era verdad que no lo había prohibido ni intentado impedirlo. Esas manifestaciones surgían de una poderosa fuerza espiritual y mostraban que la conversión y el arrepentimiento de estos feligreses no eran impostados, sino algo que brotaba desde lo más hondo del corazón. Incluso podía entenderse como una señal de la presencia del Espíritu Santo, consideraba el párroco.

El tendero Forsström tuvo la palabra y describió cuán desagradable era el servicio religioso así. A menudo la gente gritaba y aullaba tanto que resultaba imposible enterarse del sermón. Sentado tranquilamente en su sitio, a uno podían caerle tanto empujones como salpicaduras de saliva de aquellas almas en pena que deambulaban por el pasillo. ¿Acaso no tenían todos los ciudadanos el derecho a asistir al culto con la misma serenidad que en el resto del reino?

El obispo se dirigió a los reavivados en la fe y les preguntó si aquellas expresiones les causaban algún tipo de molestia. Respondieron al unísono que no. Todo lo contrario, la *liikutuksia* reforzaba su devoción. El intercambio de opiniones continuó durante un rato, pero Bergman lo interrumpió cuando el desacuerdo se tornó demasiado grave. Sopesó los pros y los contras, anotó algo y tomó su decisión.

—Puesto que estas manifestaciones parecen ser de naturaleza espiritual, no podemos reprimirlas con violencia. Pero para evitar el disgusto que provocan, estas personas deberán abandonar la iglesia cuando sean presas de dichas emociones.

Entre los despertados se oyeron susurros de decepción. Los burgueses de Pajala, en cambio, manifestaron su satisfacción.

—Sin embargo —continuó el obispo—, no hay nada que impida que el párroco, después del servicio ordinario, celebre otro servicio especial para los despertados.

Y así fue. A partir de ese día, el pastor se vio obligado a oficiar dos servicios religiosos los domingos. Primero uno para la frívola burguesía, y

luego otro para los reavivados en la fe.

Hacia el final de la inspección, Bergman quiso saber si había tabernas clandestinas. Ninguno de los presentes quería responder, de modo que el párroco pidió la palabra:

—Puesto que a menudo se ven personas ebrias, evidentemente deben de existir.

El obispo se volvió hacia el uniformado Brahe:

—¿Acaso el señor alguacil sabe dónde se encuentran esos lugares?

El alguacil se retorció incómodo en su sitio, ya que uno de los taberneros estaba a su lado.

—Bueno..., yo es que...

Entonces el obispo pasó a pronunciar un discurso a favor de la abstinencia en el que advertía de las consecuencias que acarrearía el abuso del alcohol.

—¡Quien se sienta aludido que tome conciencia!

Al término de la reunión, varios de los despertados se acercaron hasta el obispo Bergman para elogiar su coraje y sabiduría. Una de las ancianas lo abrazó intensamente mientras ríos de lágrimas le humedecían el pecho. El obispo no entendía el finés que hablaba la anciana, y aunque parecía sorprendido ante todo ese entusiasmo, se sintió muy contento con su gestión del asunto.

Tras cierta reflexión, el pastor decidió acceder a que pintaran su retrato. Unos días después de que tomara esa decisión apareció el artista Nils Gustaf con gran pompa, acompañado por un par de jóvenes campesinos, a los que había contratado como porteadores, cargadísimos de maletas y cajas y curiosos caballetes. Nils Gustaf fue agasajado con una copiosa comida durante la que se intercambiaron cortesías en medio de cierto nerviosismo. El párroco explicó que en realidad se avergonzaba de darse importancia de esa manera, pero que quizá los feligreses se alegraran de verlo preservado para el futuro. Nils Gustaf comentó que ese tipo de timidez sólo se encontraba entre las grandes personalidades del país, y que era de suma importancia que esta documentación pictórica se realizara. El retrato del pastor podía colgarse en la pared de la sacristía, y así constituir un apoyo y una inspiración para los futuros párrocos. Podría incluso suponer el comienzo de una tradición en la que todos los pastores se dejaran retratar al óleo, de tal forma que se convertiría en el primero de una larga e impresionante sucesión de párrocos.

Acto seguido, se entregaron los honorarios del encargo. Se trataba de una suma considerable. El artista contó el dinero concienzudamente para luego introducirlo en un monedero de piel. Ahora ya podía iniciarse el trabajo con los bocetos preliminares.

Se mandó a uno de los porteadores a recoger un cofre de madera del tamaño del tablero de una mesa pequeña. Dentro había folios grandes y finos, y un estuche con delgados palitos de carboncillo. Se instó al pastor a que se colocara en una postura de su agrado en el jardín. Yo advertí su rigidez, toda la situación le resultaba incómoda. Aun así, aguantó, estiró el pie un poco,

bajó un hombro e hinchó su tenso pecho. El artista lo observaba desde diferentes ángulos, entornaba los ojos levantando la mirada al cielo para evaluar la luz y le pidió que se girara un octavo de vuelta mientras circulaba a su alrededor. De vez en cuando se acercaba a él para ajustar algo, como si el pastor fuera un muñeco; le levantó una mano, le apartó un mechón de pelo de la frente, estiró una punta del cuello de la camisa. Todo eso se prolongó durante un buen rato. Después el artista se dirigió al caballete, con las yemas de los dedos cogió uno de los folios del cofre de madera y lo fijó bajo un listón. Acto seguido, agarró el carboncillo y cerró ora el ojo izquierdo ora el derecho mientras movía la cabeza de un lado a otro. Luego, con unos explosivos movimientos de muñeca por parte del artista, el carboncillo voló en el aire trazando unos cortes bruscos antes de caer en picado sobre el papel. Se pudo oír un chisporroteo. Sonaba como si se estrujara un gato y éste escupiera sobre el papel. Al cabo de unos segundos, con el sudor chorreándole por las mejillas se alejó unos pasos para cambiar de folio. El pastor adoptó otra posición, se probó otro abrigo, y Brita Kajsa le colocó la cruz de caballero de la Legión de Honor de Francia que había recibido tras la expedición Recherche. Se le puso una silla en la que se sentó en distintas posiciones. Al final entraron en la casa y se fueron al estudio, donde la luz era más suave y donde se apreciaban mejor los matices de los colores. Aquí, de un estuche de hojalata se sacaron pinturas al pastel: pinturas aceitosas y pastosas en amarillo y lila, azul hielo y rojo sangre. Tras otros tantos bocetos, el artista cogió un pañuelo grande con el que se limpió el sudor del cuello y las mejillas, para terminar sonándose ruidosamente en la misma tela.

—Creo que ya está —anunció.

Con aire solemne fue depositando un folio tras otro en el suelo. Algunos representaban al pastor de cuerpo entero, en otros sólo se veía algún pequeño detalle. Un bosquejo, por ejemplo, se había dedicado a la nariz: grande y abombada de un modo peculiar, era muy importante para la similitud del



retrato. El pastor, Brita Kajsa y los niños que se encontraban en casa pudieron juzgar los esbozos mientras Nils Gustaf los señalaba con su bastón.

—Me imagino un retrato sentado de medio cuerpo. El rostro de medio perfil para hacerle justicia a la nariz, y la mirada dirigida hacia nosotros. Vemos una persona que va en camino, sólo se ha tomado un descanso temporal. Se imaginan sin duda el juego de luces al fondo, podríamos plantearnos un *berceau*.

—¿Un qué? —dijo Brita Kajsa con suspicacia.

—Una sección del bello jardín de la señora —se apresuró a aclarar el artista—. Usted ve cómo la vegetación forma una especie de abertura luminosa donde se puede atisbar el cielo. ¿Entiende la simbología?

Tras esos inesperados elogios, el artista se había ganado a Brita Kajsa, quien empezó a comportarse con una dulzura muy poco habitual en ella. El pastor señaló el tablero de la mesa y dijo:

—De modo que voy a estar sentado fuera, ¿y el escritorio se colocará en el jardín?

—Es simbólico. En una mano sostendrá una lupa, en la otra una de las bellas creaciones de Dios que acaba de examinar, una planta montañosa. Y en lugar de una copa de coñac, vamos a poner su *guksi* junto al herbario, lleno de agua fresca de un burbujeante arroyo de montaña.

—Algo también simbólico —asintió el pastor pensativo.

—Al igual que el pan partido en la mesa, ¡que no va a ser una hostia sino una robusta y nutritiva torta de *rieska*!<sup>1</sup> Y dos peces en un plato. Y la escopeta la apoyaremos contra el abedul del fondo. ¿Ve la rama del árbol? ¿La línea que forma con el acero de la escopeta?

—¡Una cruz! —susurré.

La cruz de Cristo en el jardín de Brita Kajsa. ¡Qué genialidad! Nos exaltó a todos. El artista giraba los bocetos de un lado a otro, enseñando cómo las partes se unirían en una visión global nunca antes contemplada. Iba a ser una

narración completa. Un cuadro singular, tan profundo y tan complejo como la propia vida del párroco.

—¿Va a llevar mucho tiempo? —reflexionó el pastor.

—Naturalmente, necesitaremos varias sesiones. Vamos a tener muchas oportunidades de intercambiar ideas y opiniones. Además, tengo unas pinturas del campesinado que quiero terminar primero, unos sencillos motivos locales sin mayores pretensiones.

—¿Motivos de baile, quizá?

—Sí, efectivamente, el baile que se organizó supuso una gran inspiración. Un ambiente tan popular y entrañable...

—Que terminó en desgracia.

—Sí, eso fue terrible. Quién podría haberse imaginado que un malhechor rondara por ahí en espera de una víctima apropiada.

—¿Y usted no reparó en nada extraño?

—¿En qué? No, no reparé en nada, gracias a Dios.

El artista se despidió con elegancia y el pastor lo acompañó un trecho del camino. Los porteadores se doblaban bajo la carga mientras se alejaban hacia la fundición de Kengis, pues el artista se alojaba en una de las cabañas del patrono.

—¿Has visto cómo hacía los esbozos? —preguntó el pastor en voz baja.

—Sí, va a ser extraordinario —dije—. El cuadro del párroco.

—Estaba pensando en otra cosa. ¿Has visto cómo agarraba el carboncillo, Jussi?

—Con la mano izquierda.

El pastor se deshizo la lazada del cuellecillo mientras seguíamos con la mirada a los caminantes, hasta que fueron devorados por el verdor veraniego.

Me contrataron como jornalero durante la siega que se desarrollaba por toda la parroquia. El tiempo era propicio, no se esperaba lluvia alguna, y la paja se secaba de un día para otro. Me mandaron a uno de los humedales que desde hacía generaciones estaban repartidos entre las aldeas. El patrón era un viejo hosco e introvertido que se comunicaba con su irascible esposa únicamente con gestos y miradas de soslayo. No paraban de discutir, o mejor dicho, la mujer iba de un lado a otro refunfuñando y blandiendo su rastrillo de un modo sumamente peligroso mientras el viejo contraía los músculos del hombro, tanto, que acababa asemejándose a la letra te. Sus hijos ya adultos se habían marchado de casa, sólo quedaba la hija, igual de colérica que su madre. Pasaban las noches en el granero de la siega mientras yo me enrollaba en una manta en el suelo fuera, desde donde los escuchaba continuar riñendo. Nunca se llamaban por su nombre, sino que echaban mano de una gran variedad de insultos que se escupían entre sí, tales como cerdo, baboso, guarra sudorosa. A mí me pusieron Mocos. Entendí por qué a esta familia le costaba tanto encontrar braceros que se veía obligada a contratar a un extraño.

Durante el descanso para comer, nos reunimos delante del granero. Dentro había un tonel que se había transportado hasta allí con trineo a finales del invierno. La tapa se había hinchado de tal manera que se había quedado totalmente pegada, por lo que el amo tuvo que golpear el borde con el hacha repetidas veces para lograr abrirla. La levantó con una de sus raras sonrisas, burlona y llena de expectación. En el interior, la superficie estaba cubierta por una peluda alfombra de moho. Con sus sucios dedos manchados de tabaco quitó la gruesa capa de moho dejando así al descubierto un mejunje

amarillento y grasoso. La mujer y la hija esperaban con ánimo suspenso. Fue una de las pocas veces en que se mostraron amables entre ellos. La mujer cogió su *guksi* y lo sumergió del todo hasta llenarlo, y acto seguido empezó a sorber ruidosamente.

Lo llamaban *piimää*, leche fermentada, aunque esto era algo muy diferente a la leche que se servía en la casa parroquial. En mi vida había probado una cosa tan asquerosa, tenía un sabor acre y rancio. Durante los meses en el granero, el mejunje se había fermentado y podrido hasta morir para luego resucitar y empezar a fermentar de nuevo. Al final todo se pudrió tanto que las toxinas se anulaban unas a otras dejando tras de sí un intenso sabor a cementerio. Era la única comida que había, de modo que me obligué a tragarlo intentando controlar las arcadas. Pero lo raro era que te acostumbrabas. Ya el segundo día resultó más fácil comerlo, y el tercero, cuando se abrió de nuevo el tonel con la ayuda del hacha y el hedor llegó a mi nariz, se me hizo la boca agua. Entonces me di cuenta de que me habían conquistado. Temblando les tendí mi *guksi* y me lo devolvieron colmado hasta el borde con la pastosa sustancia, y cuando dejé que llenara mi paladar, un canto surgió ahí dentro, un poema, una sensación de que toda la cabeza se me pudría e inmediatamente quería más.

El trabajo era pesado y se sudaba a mares. Los insectos no daban tregua, sobre todo los moscardones, así que no me quitaba la camisa pese a que estaba empapada de sudor. Naturalmente, me habían dado una guadaña muy mala, que costaba afilar y que se torcía al utilizarla; era imposible conseguir ese silbido como si las pajas se cortaran con sólo soplarlas. Aun así, terminé hilera tras hilera, aplicándome resina en las ampollas y bebiendo agua a cubos. Puesto que era el más ligero de todos, pesaba incluso menos que la hija, fui yo quien se puso las raquetas en los pies para aventurarme con mucha prudencia hasta la zona más anegada del pantano. A pesar de las raquetas, el agua me llegaba muy por encima de los empeines y la ondeante superficie se mecía como olas

en un gran lago. Si me caía, sería incapaz de levantarme. O si daba un paso en falso. Tenía la sensación de que debajo, en las negras profundidades, los helados dedos del reino de la muerte me buscaban a tientas, seres que querían atraer mi sudoroso cuerpo hasta el reino del frío. Pensé en Hilda Fredriksdotter tirada en la ciénaga boca abajo y me imaginaba los horrores que habían llenado sus ojos.

Antes de dormirme solía sacar mi cuévano, desenvolver cautelosamente la cubierta de piel y abrir un libro. Me lo había prestado Selma y nunca lo tocaba sin antes haberme lavado las manos en el arroyo. Se llamaba *El apóstol de las tierras salvajes*. Trataba de un hombre joven, como yo, que se adentró en los grandes bosques y se construyó una casa allí. Pescaba y mataba animales salvajes. Y al cabo de algún tiempo conoció a una mujer que lo convirtió a la fe cristiana.

Cuanto más leía, más a menudo desaparecían las letras. Al abrir las tapas del libro se abrían las puertas a un mundo en el que podía entrar. Me apoderé del cuerpo del hombre, se llamaba Aron, y me convertí en él. Sentí la emoción cuando llegaron los lobos, cuando ya no quedaban más flechas y lo único que lo separaba de los salvajes animales era una flameante antorcha que portaba en la mano. Y las palabras de Dios. La antorcha y las palabras divinas que lo guiaban a través de los peligros.

Las primeras páginas habían sido casi impenetrables. Las letras eran muy pequeñas y, además, en sueco, de modo que tenía que rumiar cada frase eternamente. Pero después todo fue más fácil, y ya en el segundo capítulo me sentí atrapado. Movía los labios para que la boca pudiera notar el sentido de las palabras, así resultaba más sencillo. Pero ni un solo ruido salía de ellos, todo ocurría detrás de mis ojos. Un mundo desconocido. Durante el día, el libro me aguardaba en el cuévano, como un amigo fiel. Alguien con quien podía conversar por la noche, a quien podía escuchar, tomar de la mano y acompañar. Era la mejor historia que había leído en mi vida.

De repente, sin que lo hubiera notado, apareció la vieja. Supongo que tenía

que salir a hacer pis antes de acostarse. Había estado tan inmerso en la lectura que no me percaté de sus pasos. Ahora me miraba con fijeza allí donde yacía, entre las ramas de abeto con los mosquitos de la noche zumbando alrededor de mi cabeza, con sus ojos clavados en las tapas, en el papel demasiado blanco que yo, avergonzado, intentaba ocultar. Esto era algo inesperado. Esto no lo había visto nunca. Dejó que los labios farfullaran un rato, que se mojaran y se untaran de saliva mientras su cerebro pensaba intensamente.

—Te volverás loco —zanjó al cabo de un rato—. Maldito crío *noaide*. Loco. Si uno lee se vuelve loco.

Al principio pensé esconder el libro. Pero luego algo me pasó, me convertí en Aron. Blandí la antorcha contra los animales salvajes. Decidido, volví la mirada hacia la página y entré de nuevo en la historia. Éste era mi tiempo de descanso, la jornada laboral se había terminado, así que era sólo asunto mío, esa bruja del demonio no tenía nada que decir.

Y Aron me esperaba con los músculos en tensión. Estaba delante de un oso. En la mano sostenía su jabalina de caza. Imposible saber qué iba a pasar.

Al cabo de unos días, cuando volví a la casa parroquial por la tarde, el pastor estaba en la sauna. Asomó su pelambreira humeante y me hizo señas con la mano.

—¡Las piedras siguen calientes, Jussi!

Dudé, porque normalmente entraba el último en la sauna, después de que los señores, los visitantes y los criados terminaran. Pero el pastor parecía impaciente y de buen ánimo, así que dejé mi cuévano y entré. Nunca lo había visto desnudo antes. No me lo esperaba tan peludo, no era tan lampiño como solemos ser los lapones y los tornedalianos. El sexo tenía un tamaño considerable y se le escoraba un poco. Extendió la tela de un saco encima del banco para que no me manchara de hollín y echó pequeños cucharones de agua al montón de piedras.

—De verdad, de verdad —gimió con placer—. ¿No te parece que la sauna es el mayor regalo que les ha hecho Dios a los seres humanos?

No pude menos de mostrarme de acuerdo. Me dolía todo: los hombros, los muslos, los brazos, las manos llenas de ampollas, hasta los pequeños músculos de los dedos de los pies me dolían. Pero poco a poco sentí cómo los poros de la piel se abrían y eran atravesados por pequeñas gotas de sudor, preparándome para que las maravillosas fuerzas curativas del vapor de *löyly*<sup>1</sup> penetraran mi cuerpo. Empezaron a zumbarme los oídos y palpitarme las sienes cuando los vasos sanguíneos se ensancharon a fin de dejar paso al chorro de sangre. Esa sangre tan cargada de fuerza y sales.

El pastor ya llevaba un buen rato en la sauna e irradiaba un sosiego poco habitual en él. Me tendió su *vihta* y pidió que le diera en la espalda con los

haces de ramas, en especial debajo de los omóplatos donde ya no llegaba por culpa de la edad. Gemía de placer mientras lo azotaba tan fuerte que salía humo. El aroma de abedul llenaba la estancia con su especiado estival, los haces de ramas bailaban sobre los muslos y el pecho. Después el párroco me dispensó el mismo tratamiento, pegó fuerte como un catequista, justo como a mí me gustaba, latigazo tras latigazo para que la suciedad del humedal se soltara y se desvaneciera entre las tablas del banco.

Luego nos quedamos sentados en silencio. El punto álgido del ardor había pasado, ahora las piedras, como un gran animal acurrucado, desprendían su calor secundario, prolongado y duradero.

—He estado en el paraíso —dijo el pastor al cabo de un rato.

—¿Ah, sí? —dije.

—En el paraíso. No sabía que estuviera aquí en estas tierras norteñas. Se llama Poronmaanjätkkä. Bajo la montaña Jupukka. No creía que semejante grandiosidad floral fuera posible aquí arriba.

Entornó sus pesados párpados como acostumbraba a hacer cuando se abstraía. Parecía que las imágenes, iluminadas por una fuente de luz interior, manaran desde dentro del hombre y se fijaran en las oscuras paredes de la sauna.

—Orquídeas —exclamó—. ¡Por toda la turbera! De color violeta oscuro, rosa claro y también vino. Como si el Creador hubiese salpicado el lienzo con colores de toda la paleta. ¡Aquello era un mar de orquídeas, Jussi!

—¿Un mar?

—Había pensado quedarme sólo un rato, pero no fui capaz de marcharme del lugar tan pronto. La comida se acabó, los mosquitos me estaban matando, aun así apenas pude arrancarme de allí.

—El pastor debe de estar agotado, ¿no?

—No tanto como tú, muchacho. ¿Sacaste algún dinerillo?, ¿mantuvo su palabra el viejo?

—Algunas monedas me dio. Y también pude leer.



—¿Leer?

—Un libro que me prestó Selma. *El apóstol de las tierras salvajes*.

—Ah, bien, bien. ¿Y qué piensas del libro, Jussi?

—Era..., era...

—¿Sí?

—Nunca he leído algo tan bueno.

—¿Aparte de la palabra de Dios?

—Sí, claro. Pero es que este libro era..., era...

El pastor acompañó mi balbuceo con pensativos asentimientos de cabeza. Juntó las puntas de los dedos y apoyó los codos en las rodillas.

—Se llaman novelas, esos libros. Yo les tengo un poco de miedo.

—Pero hablaba de la fe, ¿no?

—Sí, ya lo sé. Pero toda esa fuerza, Jussi, la fuerza unida de las palabras cuando se van amontonando así, ¿crees que esa fuerza es sólo buena?

—Aron lucha contra los animales salvajes y alcanza la fe. Empieza a predicar la palabra de Dios.

—Eso es. Imagínate esas palabras al servicio del diablo. Una novela surgida del mal. Una historia sobre hechos malvados, sobre la muerte y el corrompimiento.

—Ese tipo de libros no se escribirán nunca.

—Me temo que vendrán tiempos en los que sí se hará. Incluso tiempos en los que ese tipo de libros será común.

—¿Libros sobre el mal?

—Sí. Sobre asesinatos y muertes, sobre las consecuencias del mal.

—Pero...

Los pensamientos revoloteaban como un torbellino dentro de mi cabeza. ¿Peligrosos los libros? Intenté calmarme.

—Pero si... Si se describe el mal, y luego cómo se vence... Entonces a través del libro podrá seguirse la lucha contra el diablo y cómo es finalmente derribado.

—¿Por quién?

—¡Por todos nosotros! Por los buenos, los justos. El pastor podría escribir un libro así.

—¿Una novela?

—Al servicio del bien. La gente lo leería. Quizá sería provechoso para la salvación.

El párroco me lanzó una severa mirada. Durante un momento pensé que se había enfadado. Pero su voz sonó reflexiva.

—La verdad es que ya lo he sopesado, Jussi. Llevo un tiempo pensando en ello. En escribir un libro en el que se vea cómo se vence el mal.

—A diferencia de lo que sucede en la vida real.

—Quizá justo por eso a la gente le gustaría leerlas. Novelas sobre crímenes. ¿Quizá deberías escribir una tú mismo?

Le mostré una amplia sonrisa y esperé encontrarme con una sonrisa burlona de su parte. Pero no fue así. En su lugar, apoyó su brazo ligeramente en mi hombro.

—Y también tienes que aprender a hablar —continuó.

—Sé hablar.

—No, tú charlas, Jussi. Hablar es algo bien diferente. Es ablandar con las palabras el corazón reacio. Roer hasta meterse ahí dentro incluso cuando el oyente se defiende y no quiere.

—¿El párroco se refiere a predicar?

—Esta semana vamos a tener visita. Vienen los hermanos Juhani y Pekka Raattamaa y el predicador Per Nutti. Asegúrate de estar con nosotros para escuchar. Algo aprenderás.

Echó agua con el cucharón y de nuevo nos envolvió el calor largo del que uno no quería salir. Y añadió, sin darle la menor importancia:

—Vienes a la entrevista de esta tarde, ¿no?

—¿En la iglesia? ¿Una examinación del catecismo?

—No, una examinación así, no. Espero visita, viene una joven dama. Se

Ilama Maria.

Aguardé sentado en un taburete de tres patas, vestido con ropa limpia, sudando, quizá se debía a que la sauna seguía ejerciendo su efecto en mí, pues no hacía más que pasarme el brazo por la mojada frente. Estábamos esperando en el estudio. El pastor llevaba puestas sus gafas, esos extraños prismas de cristal sujetos a largas varillas de un metal reluciente. Se le resbalaban por la gran nariz mientras estudiaba nuestros apuntes. De vez en cuando miraba por la ventana.

Cuando llamaron a la puerta, contuve el aliento.

—El pastor tiene visita.

Y allí estaba. Mi amada. Había como un halo de luz en torno a ella, un nimbo, sus pies apenas rozaban el suelo, tuve que toserme en los puños, temía que ella saliera volando con un soplo de viento, que se desvaneciera igual que una imagen hecha de humo. Me miró, me dolió, era como si me observara desde un cuadro. Yo tenía tanto miedo que no podía sentir su olor, quizá no lo había, quizá estaba en otro mundo. Quería volver a tocar su cintura con mis manos, agarrarme a su dulzura, aspirarla para luego nunca exhalar. Una vez más tuve que toser para que se abriera un agujero en el mundo por donde el aire pudiese penetrar. Ella se quedó parada en el umbral haciendo reverencias al tiempo que sus ojos erraban entre el párroco y yo.

—Pasa, pasa —la animó el pastor, y señaló la silla de visitas que la esperaba.

Me apresuré a levantarme, empapado en sudor. Y cuando ella se sentó, yo también lo hice buscando con manos temblorosas el lápiz y el papel. El

párroco me había dado instrucciones estrictas de guardar silencio a no ser que se dirigiera a mí, y de anotar con detalle todo lo que oyese.

—¿Tiene usted un buen empleo como criada? —empezó el pastor.

—Sí —musitó Maria en voz tan queda que apenas se oía.

Para la visita se había puesto su mejor ropa de domingo, como si fuese a ir a la iglesia. El cuello lucía rojo, sin duda se lo había frotado durante un buen rato al lavarse. Por el pañuelo de la cabeza asomaban pequeños mechones dorados; quería enroscarlos en mis dedos. Y metérmelos entre los labios. Pensé en escribir algo sobre eso, sobre su dulzura, pero no salieron más que garabatos. Lo taché y escribí «criada» con una letra rígida y desigual.

—Maria es un nombre muy bonito —dijo el pastor.

—Mi madre también se llama así.

—Y tengo entendido que a Maria le gusta mucho bailar.

Me lanzó una mirada furtiva con el rabillo del ojo mientras le brotaba un fuerte rubor en el cuello, unas manchas rojas como de picaduras de mosquito. Me sentí rabioso. Ahora pensaría que me había chivado al pastor.

Maria permaneció en silencio con las mejillas encendidas. El párroco la observaba fijamente, la estaba atormentando, dejando que sintiera todos los remordimientos del pecado.

—No hay nada malo en bailar —dijo al cabo de un rato—. ¿Creía usted que pensaba que sí? En fin, sé que tengo fama de severo, pero de joven eso a mí también me divertía, de hecho.

Lo miré boquiabierto, no podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Ese cuerpo encorvado sería capaz de moverse al ritmo del vals? ¡No, estaba mintiendo!

—Sin embargo, hay que prestar atención a los peligros —añadió—. El baile puede despertar los deseos de la carne. Uno se calienta igual que en una sauna. Y entonces quizá le entren a uno ganas de darse un paseo para refrescarse.

La chica intentó asentir con la cabeza, pero tenía el cuello tan tenso que

apenas lo movió. De nuevo, el pastor se quedó esperando un rato con el ceño fruncido. Yo anoté torpemente «sauna».

—¿Y después del baile? ¿Cuando todos se marcharon a casa?

—¿Sí?

—¿Estaba sola entonces?

—Sí, sí.

La respuesta llegó demasiado pronto. El párroco juntó las yemas de los dedos y los estiró ejerciendo una ligera presión. Quizá imitaba a alguno de sus antiguos profesores de Uppsala.

—¿De modo que ningún caballero la acompañó a casa por el sendero?

—No... No, ninguno.

«Ninguno», apunté con dedos temblorosos.

—¿Tampoco ninguna de las criadas?

—No.

—¿Está usted completamente segura, Maria?

Ella tragó saliva y asintió con un brusco movimiento de cabeza. Quería gritarle al pastor que se callara, que dejase de martirizarla.

—Volví..., volví a casa sola.

—¿Advirtió si quizá alguien la seguía?

—¿Y quién habría querido seguirme?

—Un hombre.

—No...

—¿Vio a Roope, el bracero, durante esa noche?

—Sí, estaba allí. Pero no fue nada agradable.

—¿En qué sentido?

—Había..., había bebido.

—Entiendo —dijo el pastor—. ¿De modo que él no la siguió?

—No, que yo sepa.

—¿Y Jolina? ¿Advirtió si algún hombre la acompañó después del baile?

—No, a ella no la vi.

—¿En ningún momento?

—Sí, antes, durante la noche. Pero luego desapareció.

—¿Y no le dio miedo atravesar el bosque sola por la noche? ¿Quiero decir, teniendo en cuenta lo que le pasó a Hilda Fredriksdotter?

Maria miró al párroco con los labios apretados, luego a mí. Después negó con la cabeza. Manchas rojas ardían en sus mejillas. El pastor sonrió y se levantó.

—Entonces le doy las gracias por la conversación. Por cierto, ¿puedo enseñarle algo antes de que se vaya? He sembrado unas patatas, y han crecido que es una bendición. Acompañeme y se las muestro.

La chica salió con él al jardín. Los vi dar vueltas por el huerto de Brita Kajsa. Se inclinaron y el pastor le enseñó unas plantas removiendo un poco la tierra para descubrir las raíces blancas. Parecía relajado y bromeaba con ella, mientras que ella daba claras muestras de querer irse de allí cuanto antes. Yo, por mi parte, no era capaz de apartar los ojos de mi amada. Se despidió haciendo una descuidada reverencia antes de marcharse apresuradamente. No podía dejar de mirar el movimiento de sus caderas, el cuello desnudo con algún mechón de pelo suelto, las delicadas pero fuertes manos que alisaban la tela del vestido.

Cuando se hubo ido, me acerqué al pastor, que se limpiaba las manos en la hierba.

—¿Y bien, Jussi?

Me aclaré la voz. Intenté poner en orden las palabras antes de responder.

—Parecía un poco preocupada.

—¿Te lo ha parecido? ¿Preocupada?

El pastor me lanzó una mirada burlona.

—Quizá tenía motivos para ello.

—¿Y por qué quería el pastor enseñarle las patatas?

—¿Las patatas? Bueno, veo que a Jussi le cuesta un poco pensar hoy. Sólo tiene ojos para la bella figura de la joven.

Me sonrojé y a punto estuve de dar un paso para atravesar el patatal, cuando el párroco pegó un grito y me apartó. Me pilló desprevenido, así que me tambaleé hacia un lado antes de caer al suelo cuan largo era.

—¡Qué demon...!

Todo magullado vi cómo sacaba un papel del bolsillo interior del abrigo al tiempo que señalaba la tierra justo donde yo había pensado pisar. En el blando mantillo se divisaba una perfecta huella de la bota de Maria. Al desdoblar el papel advertí que era el dibujo que yo había hecho de la huella del zapato en Kenttä, la que encontramos en el barro.

—Mira aquí, Jussi. Esta estría en la suela es igual. Y el dibujo del desgaste en el tacón es idéntico. Yo diría que las huellas provienen del mismo zapato.

No podía hacer más que asentir. Me acordaba del musgo aplastado donde los amantes se habían tumbado. El trocito del *sikarro* del hombre.

—Te ha parecido que Maria estaba nerviosa —siguió el párroco con cara ceñuda—. Tampoco es de extrañar, ya que nos ha mentado descaradamente. Ella y Nils Gustaf yacieron en el bosque. Al mismo tiempo, alguien que los había seguido los espiaba escondido.

—¿Cree el pastor que..., que era el malhechor?

No contestó. Pasó la mano con delicadeza por la planta de patata, cerrando los dedos en el gordo tallo lleno de líquido.

—La patata —dijo—. Creo que puede llegar a tener una importancia considerable para el futuro del valle de Torne. Con que pueda madurar a tiempo...

Señalé una de las flores blancas que se había cerrado y había empezado a transformarse en una baya.

—Ésta ya está a punto.

—No, no, locuelo —exclamó el pastor—. Las bayas son tóxicas. Nunca hay que fiarse de la belleza exterior, Jussi. Lo que se come de esta planta es una cosa muy diferente. Ya te lo enseñaré a su debido tiempo.

Mientras regresábamos a la casa, el párroco habló de manera desenfadada



sobre sus estudios del clima y de cómo la misma especie de planta podía adoptar formas muy distintas según las condiciones de su lugar de crecimiento, cosa que llevaba a algunos botánicos ambiciosos a inventar nuevas especies a las que querían dar su nombre. El pastor los llamó con sarcasmo «hacedores de especies». Cuando en realidad lo esencial era examinar siempre las conclusiones de uno con ojo crítico.

—¿Y el alguacil? ¿No debería saberlo?

De golpe todo su buen humor se desvaneció. Se detuvo y se puso a dar patadas en la hierba como si fuera un caballo.

—¿Qué tenemos? —exclamó—. Unos apuntes y un par de bocetos.

—Y nuestras conclusiones —señalé—. Lo que hemos pensado.

—Pensamientos —murmuró—. Pensamientos complejos parece ser lo último que le interesa a la justicia.

Se hizo una limpieza general en toda la casa parroquial barriendo y fregando. Se sacó fuera la ropa de cama para orearla y se sacudieron los edredones. El párroco decoró la casa con las bellas flores estivales, y de la cocina salían unos deliciosos aromas a pan recién horneado.

Por la tarde llegaron los invitados. Los había visto en una ocasión cuando vivíamos en Karesuando, por lo que los reconocí ya desde lejos. Juhani Raattamaa era rubio y tenía una barba bien recortada en el mentón y las mejillas, una nariz recta y gruesa y una boca que recordaba a una fina ranura. Su mirada resultó cálida y juguetona cuando el pastor salió a su encuentro con los brazos abiertos. Lo seguía con pasos pesados su hermano, Pekka Raattamaa. Lampiño, de cabeza angulosa y gesto más precavido. Los hermanos no sólo diferían en el físico: Pekka era varios años mayor y a veces se notaba que quería frenar el entusiasmo del impaciente Juhani. Tjalmo rodeó a los invitados dando alegres ladridos mientras los hermanos abrazaban al pastor e intercambiaban saludos corteses. El día había salido fresco con fríos vientos del norte, pero los hombres llegaban sudando después de la larga caminata. Juhani jadeaba y se limpiaba la larga punta de la nariz, que goteaba sin parar. Los dos hombres iban muy bien vestidos, bastante mejor que el pastor; los tejidos de sus abrigos eran de buena calidad y las botas finlandesas parecían nuevas. Contentos de haber llegado a su destino, dejaron sus mochilas en el suelo y se masajearon los doloridos hombros.

Algo más tarde llegó Per Nutti, otro de los bien conocidos predicadores del párroco. Vestía su *gákti* y no parecía afectado por la caminata, pese a que había recorrido a pie todo el camino desde el litoral noruego cruzando las

altas montañas en el norte. El pastor fue a su encuentro acompañado por Juhani y Pekka, y todos intercambiaron saludos. También Brita Kajsa salió de la casa parroquial con sus hijos; al más pequeño, Daniel, lo llevaba en brazos. Las niñas hicieron reverencias y los niños se inclinaron mientras el pastor y Per Nutti empezaban a dar caladas a sus humeantes pipas. Juhani le tendió un cucharón con agua al sediento Nutti recitando:

—El que cree en mí, ríos de agua viva correrán de su seno.

—San Juan 7:38 —respondió Nutti antes de beber con gusto y a grandes tragos.

—La sauna está encendida —añadió Juhani—, de modo que el cielo, en verdad, está cerca.

—Basta ya de predicar —intervino Brita Kajsa, y los condujo a todos hacia la casa—. Primero vamos a llenar los estómagos.

Acompañé a los hombres a la cocina, ansioso por escuchar a estos renombrados señores. Desde los inicios del movimiento del despertar religioso habían sido las voces del pastor clamando en las áridas tierras nortañas. No siempre les había resultado fácil. La palabra de Dios no sólo se había recibido con burlas y amenazas sino incluso con peleas a puñetazo limpio. Los había oído predicar en Karesuando tanto en finés como en lapón y los había visto llegar al corazón de la gente. Juhani era uno de los primeros catequistas del párroco, montaba escuelas misioneras para los niños en cada pueblo por el que pasaba y por las noches predicaba la palabra de Dios a los adultos. Pero raramente había reparado en mí allí donde me acurrucaba en el rincón más apartado de la casa. Percibí el olor que desprendía su húmeda ropa tras la caminata, a sudor y aceite de alquitrán, y me di cuenta de que tanto ellos como el pastor se hallaban de buen ánimo y esperanzados, casi como ante un encuentro amoroso. Una vez en la cocina, Juhani se dio la vuelta con celeridad para sacar algo de su equipaje. El movimiento fue tan inesperado que no me dio tiempo a reaccionar. Nuestras cabezas chocaron tan fuerte que salieron chispas, hueso frontal contra hueso frontal, el ruido fue como el que hace una

vasija de cerámica al romperse. Me miró en silencio antes de empezar a frotarse la pobre cabeza. Los demás no advirtieron nada mientras se sentaban en torno a la mesa.

—*Anna antheeksi* —susurré—. Perdóneme.

Juhani parecía mareado por el golpe y sacudía la cabeza. Lo tenía tan cerca que podía verle los pelos de la barba apuntando ya en su mejilla bronceada desde el afeitado de la mañana. Me di cuenta de que buscaba algo ingenioso que decirme, algo gracioso, sabio o sagaz que aliviara la tensión entre nosotros.

—¡Cabeza de leño! ¡Menuda cabeza de leño tienes! *Puupää*.

—Perdone —repetí.

—Con una cabeza así al menos no vas a morir ahogado si te caes al lago —dijo.

Me froté el chichón y fui consciente de que me había invitado a un duelo. Frenéticamente intenté inventar una buena respuesta. Si hubiera sido un orador, podría haberlo logrado, ojalá hubiera tenido el don de la palabra...

—No tengo el don de la palabra —dije mientras un ligero rubor asomaba a mis mejillas.

Me agarró la funda del cuchillo que colgaba del cinturón con un rápido movimiento. Luego sacó el acero y pasó el pulgar sobre el filo.

—La lengua no es ningún don —dijo—. La lengua no pesa nada, la llevas siempre contigo. Pero nadie más que tú puede mantenerla bien afilada.

Con un gesto elegante de la mano, que debía de haber aprendido en Kuttainen, le dio la vuelta al cuchillo para que yo pudiera cogerlo por el mango y volver a meterlo en su funda. Ya íbamos dos a cero. Nunca ganaría este duelo.

Pekka ayudó a calentar la sauna. Agarró el hacha forjada a mano del pastor, la sopesó y alabó el delicado equilibrio de la herramienta; esos herreros de Kengis sabían lo que hacían. Con unos golpes diestros partió la leña y la llevó

dentro. Mientras el fuego llameaba y la sauna lentamente se acercaba a su punto álgido, me quedé sentado escuchando la conversación de los invitados. Mi cabeza palpitaba tras el golpe, pero de una manera buena, como si el choque con Juhani hubiese abierto algo en mí, un agujero por el que el mundo podía entrar. Los hombres estaban inclinados sobre sus biblias, llenas de marcapáginas, para buscar con dedos raudos los versos que querían citar. Las conversaciones giraban en torno al movimiento del despertar, ese terremoto que había comenzado en Karesuando, en el norte, y que ahora se propagaba por el casquete nórdico tanto hacia el este como hacia el oeste. Sin embargo, no todo eran buenas noticias. Todavía reinaba una grave discordia en Kautokeino. Per Nutti contaba que Ole Somby, Aslak Haetta, Rasmus Spein y muchos otros de los recién reavivados en la fe habían sido encarcelados en Tromsø y Alta. En el juicio, se había condenado a una veintena de samis por alteración del orden público y blasfemias.

—¿Blasfemias? —preguntó el pastor.

—Tanto Haetta como Somby gritaron en la iglesia que eran Jesucristo y Dios.

—¡No puede ser verdad!

—Al parecer, así fue, según varios testigos.

—¡Dios bendito! —exclamó Juhani escandalizado—. Deberíamos ir a Kautokeino para hacerlos entrar en razón.

Pasaron a hablar del trabajo en el viñedo, tal y como llamaban a su labor de predicación a favor del despertar, y repasaron pueblo por pueblo lo acontecido, tanto en el lado sueco como en el noruego y el finés. Pude escuchar no sólo varias historias del milagro de la salvación sino también sus opiniones sobre diferentes asuntos teológicos. No siempre comprendía lo que decían, pero advertía su profunda seriedad. ¿Cuánta severidad de la Ley hacía falta antes de poder pasar a proclamar la dulzura de la miel del Evangelio? ¿Ocurría la salvación siempre de la misma manera en todas las personas? ¿Cuáles eran en realidad los signos de gracia?

Resultaba obvio que les preocupaba la situación en Pajala. Juhani quiso saber si la siembra había empezado a dar fruto, a lo que el pastor respondió amargamente que la tierra de la región de Kengis era más dura que la roca. La denuncia de los ciudadanos pudientes de Pajala al sínodo diocesano había conllevado que ahora tuviera que celebrar dos servicios religiosos, uno en el que el orden y la tranquilidad debían imperar, y otro para los despertados en el que se permitía la presencia del Espíritu Santo. Y en las columnas de los periódicos no cesaban los ataques, lo que lo obligaba a dedicar mucho tiempo a escribir alegatos en su defensa. La única ventaja de Pajala frente a Karesuando parecía ser que la patata crecía mejor por aquí.

—Vaya, o sea que los señores de Pajala prefieren seguir dormidos —comentó Pekka con sarcasmo.

—Bueno, también muchos de los trabajadores —puntualizó el pastor—. Con que haya buenas provisiones de aguardiente ya están contentos.

—Quizá sea en los niños de Pajala en los que debemos depositar nuestras esperanzas —intervino Juhani—. ¿Existe algo más grande que ver cuando un crío, por primera vez, puede leer el nombre del Señor?

Juhani habló de su enseñanza, de cómo solía juntar a los niños durante unas semanas, turnándose entre los pueblos, para organizar una escuela misionera. Muchos de los padres de estos chavales tampoco sabían escribir, a veces no podían más que garabatear su emblema familiar. Aun así, dejaban a sus hijos aprender las letras y cada vez que un pequeño aprendía a leer ocurría un milagro. El último día de la escuela acostumbraba a reunir a todos los estudiantes con sus padres en un acto de oración durante el cual alguno de los niños leía en voz alta unas palabras de Dios. Entonces a los espectadores se les llenaban los ojos de lágrimas, y ocurría que los adultos preguntaban si también ellos podían aprender a leer.

Brita Kajsa se sentó a la mesa y se mostró de acuerdo. Sería la educación la que daría a la gente de estas tierras su libertad. Una persona pobre ya no lo era si sabía leer y escribir. Con conocimientos también los finlandeses y los

laponés podrían estudiar para llegar a ser profesores, científicos o médicos, y decidir ellos mismos sobre su futuro. Así se forjaría un futuro floreciente en Lainio, Kangos y Tärendö, bueno, en todas las tierras norteñas. Personas libres, temerosas de Dios, que no entregaban sus últimas monedas a los comerciantes de aguardiente.

—En su lugar las donarán a la actividad escolar —confirmó el pastor—. Nuestros enemigos intentan utilizarlo en nuestra contra, dicen que nos embolsamos el dinero. Pero el obispo Bergman en persona ha aprobado nuestras cuentas.

Pekka estaba de acuerdo en que la enseñanza era algo positivo, pero que debía realizarse con cierto rigor. Había advertido que algunos niños querían coger el lápiz con la mano izquierda en vez de con la derecha. Y como la izquierda era la mano del diablo, había que reprenderlos y enseñarles a escribir con la mano correcta. Juhani asintió, la derecha era la preferible, y era de la opinión de que, si los niños aprendían a utilizar la derecha desde el principio, continuarían escribiendo así toda la vida. Él siempre instaba a esos alumnos a mantener la mano izquierda cerrada a la espalda mientras hacían ejercicios de escritura.

—Pasemos ahora a otro asunto —empezó Juhani con semblante serio—. Tengo que hablaros de un acto de oración que celebramos en Kitkiöjärvi. Hasta allí llegaron unas mujeres presas de una gran inquietud y ansiedad. Me preguntaron si yo podía decidir si profesaban la fe correcta. Yo respondí lo que siempre solemos decir, que eso es algo que sólo uno mismo puede sentir dentro de su corazón. Una de ellas en particular estaba profundamente conmovida, una mujer que acababa de enviudar. Era presa de grandes remordimientos de pecado y me pedía una y otra vez que acudiera en su ayuda. Lloraba a lágrima viva. Me acuerdo de cómo me imploraba que la liberara del mal.

—Si uno se muestra ante Dios con total sinceridad, eso es lo que se siente —intervino el pastor—. Entonces uno lo siente en todo el cuerpo.

—Quizá se necesite algo más —dijo Juhani—. Después de marcharme de allí me enteré de algo sobrecogedor. Al acabar las oraciones esas mujeres se habían reunido en secreto, y una de ellas le había dado la absolución de los pecados a la viuda.

Los hombres se miraron boquiabiertos.

—¿Una de las mujeres? —preguntó Per Nutti al final.

—Sí.

—¿Dio la absolución de los pecados en nombre de nuestro Señor? —exclamó el pastor.

—Tenemos que hablar con ella —terció Pekka—. Debemos hacerle una seria advertencia.

Juhani parecía dudar. Resultaba evidente que su hermano y él ya habían hablado del asunto en numerosas ocasiones.

—He reflexionado sobre esto —empezó despacio—. ¿Y si lo que hizo la mujer fuese lo correcto? ¿Y si nuestro movimiento de despertar aún no hubiera llegado más que a mitad de camino?

—¿Estás diciendo que debemos empezar a administrar el perdón? —dijo Per Nutti escéptico.

—¿Y si esa mujer nos hubiera mostrado la senda que hay que seguir? ¿Y si ya tuviéramos en nuestras manos la llave para abrir el cielo?

El pastor permaneció un buen rato sin pronunciar palabra. El rumor del rápido del Kengis aumentaba y menguaba, y desde los prados se oían los balidos de las ovejas.

Después de la sauna, a la caída de la tarde, los hombres se sentaron en el porche. El párroco me pidió que trajera la trenza de tabaco, y fui cortando trozos de las correosas hojas para que llenaran sus pipas. Pronto aparecieron nubes humeantes que mantuvieron alejados a los mosquitos. Juhani preguntó si había novedades en ese terrible caso de la chica muerta, que era tema de conversación en toda la región de Kengis.



—Al parecer han matado a un oso depredador, ¿no? —dijo Pekka Raattamaa.

—Me temo que es peor que eso —comentó el pastor.

En voz baja empezó a hablarles de las atroces agresiones, de cómo una mujer joven había perdido la vida y otra estaba grave. Habló de nuestra investigación, de las huellas que encontramos de la moza pastora Hilda Fredriksdotter en uno de los graneros de la turbera y que indicaban que la mujer había sido violada. Un hombre le había arrancado pelo de la cabeza mientras abusaba de ella entre el heno.

—¿Y por qué un oso iba a atacar a una pastora? ¿Por qué no atacar a una de las vacas?

—Cierto, suena muy raro —asintió Per Nutti—. Pero si fuera una hembra, quizá estuviera defendiendo a sus crías.

—La chica tenía marcas de estrangulamiento en el cuello —objetó el párroco—. Y a la otra chica también intentaron estrangularla.

—¿De modo que un desalmado anda suelto por estos bosques?

—Me temo que sí.

—¿Y el pastor tiene alguna idea de quién podría ser?

—Encontramos una planta rara entre el heno. Creemos que puede proceder de la ropa del asesino. Se trata de una pequeña planta montañosa que no crece por estos lares. ¿Quién viaja entre las montañas y Kengis?

—Nosotros los samis —respondió Nutti.

—Y nosotros los predicadores —dijo Juhani.

—Comerciantes y vendedores ambulantes —añadió Pekka—. Recaudadores de impuestos. Todo tipo de funcionarios.

—Un hombre que está de paso —reflexionó el párroco—. Que es incapaz de controlar sus impulsos. Que sigue a las mujeres a escondidas para luego silenciarlas.

—Tengo entendido que la última agresión se llevó a cabo durante la noche del baile —dijo Juhani—. La música despierta los deseos de la carne. Por lo

que a mí respecta al menos, siempre he temido las embaucadoras fuerzas del baile.

—Quizá no tanto el baile —objetó el pastor— como el aguardiente.

—La danza y el alcohol van de la mano —zanjó Pekka Raattamaa—. Yo mismo he visto llevarse a cabo los actos más violentos bajo la ebriedad del baile. Un empujón sin querer, una palabra imprudente. Quizá algún viejo agravio que se reaviva en la memoria. El aguardiente puede despertar la furia más salvaje.

—Cierto, cierto —asintió el pastor.

—Pero ¿y si ya ha terminado todo? ¿Y si el criminal se ha marchado a otras tierras? —dijo Juhani.

El párroco se mostró escéptico.

—No sé... Durante los últimos tiempos he sentido cómo la oscuridad se va cerrando en torno a mí. Como si alguien me vigilara. Alguien que sólo espera una oportunidad para destrozarme.

—Que Dios le proteja —dijo Pekka mientras se santiguaba y lanzaba una rápida mirada sobre el hombro.

—Yo entiendo por qué el malvado viene hasta aquí —intervino Per Nutti—. ¿No es precisamente en tierras como las nuestras donde quiere obrar?

Los hombres lo observaron inquisitivos.

—Pues es aquí, en el norte, donde se libra la batalla —señaló Nutti—. Estamos en la época de visita del Espíritu Santo; es aquí arriba donde la presencia del Señor es más fuerte que en cualquier otro lugar del mundo.

—Es cierto —convino Juhani—. El frente se extiende aquí en el norte, aquí la lucha se lleva a cabo de forma más intensa. Es el movimiento del despertar lo que atrae al diablo y su corte.

Sentí cómo de repente el frío se intensificó. Se me antojó que la oscuridad se cerraba en torno a nosotros. Demonios invisibles volaron por el cielo y se juntaron bajo el tejado.

—Me temo que esto sólo es el principio —dijo Pekka—. Quieren destrozarnos

el movimiento.

—¿Quiénes?

—Nuestros enemigos. Todos aquellos que tienen miedo a la verdad.

—Nuestros enemigos... —reflexionó el pastor—. ¿Los de ahí fuera o los que llevamos dentro?

La puerta de la casa parroquial se abrió de golpe y Brita Kajsa pasó con un cubo de agua en la mano por delante de los hombres medio desnudos.

—¡Es la hora de la sauna de las mujeres! —exclamó con impaciencia.

También las hijas y la criada de la casa querían tomar una sauna y entraron en el ardiente templo cubierto de hollín. Nosotros nos trasladamos al estudio del pastor para no molestar el sueño de los niños más pequeños. Yo me senté en un rincón en el suelo con el mentón en las rodillas. Me quedé allí como una sombra mientras Per Nutti tomaba la palabra:

—Fue en Noruega donde me contaron esta historia. Hace cuatro años, en 1848, Antin Pieti y Mattis Siikavuopio recorrieron el país para predicar el despertar a los samis noruegos. Durante el mercado de invierno en Skibotn se colocaron entre la muchedumbre y empezaron a hablar. Difundieron la palabra de Dios a pleno pulmón en medio de tintineantes monederos y botellas llenas de aguardiente. La gente los recibió con burlas e indiferencia. Desanimados, se adentraron en el fiordo de Storfjorden, donde fueron acogidos por un par de pescadores, Mons Monsen y Hans Heiskala. Conversaron largo y tendido con ellos y fue allí, en la franja entre la grandeza del mar y los precipicios de las montañas, donde los dos pescadores encontraron la fe, los primeros en esa región que fueron conquistados por el despertar. Aquello los llevó, sin embargo, a sufrir las mofas y el distanciamiento tanto de amigos como de vecinos. Nadie estuvo dispuesto a escucharlos.

»Un día, cuando los pescadores habían salido con su barco, se desató una terrible tormenta. Monsen y Heiskala tuvieron que abandonar sus aparejos para intentar llegar a tierra, pero el viento y las olas amenazaban con destrozarse la embarcación. Temieron morir en el gélido mar. Aterrados, rezaron a Dios

mientras se agarraban donde podían hasta que se les durmieron las manos. Lucharon por su vida durante mucho tiempo y finalmente, como por obra de un milagro, consiguieron llegar a tierra cerca del monte Polfjellet. Empapados y ateridos de frío, hallaron refugio en casa de una amable familia. Y allí, junto a la cálida chimenea, contaron que lo que los había salvado era su ferviente fe. El testimonio de estos hombres y su convicción religiosa causó un profundo impacto en los oyentes. Pese a haberse hallado tan cerca de la muerte irradiaban tranquilidad y confianza. Allí y entonces, toda la familia se convirtió a la fe, y eso fue el comienzo del gran movimiento del despertar en la región de Lyngen.

—Alabado sea Dios —murmuró el pastor.

—Sí, Antin Pieti es verdaderamente un gran predicador.

Se advirtió un brillo en la mirada del pastor cuando continuó:

—Habrán escuchado a Antin Pieti, ¿no? ¿Saben cómo conduce a la gente a la fe viva? ¡Hablando con lentitud!

—Vaya si habla despacio —asintió Nutti.

—Sus sermones duran horas —dijo el pastor con una sonrisa—. Y quiero decir horas, literalmente; habla tan despacio que podría convertir a las rocas del monte.

Los hombres se echaron a reír ahora que el pastor se permitía bromear acerca de uno de los suyos.

—Yo, sin embargo, hablo demasiado rápido —se rio Juhani—, así que supongo que tendré que predicar para los pájaros y las moscas.

—Y yo a menudo he reflexionado sobre una cosa —dijo Per Nutti—. Cuando Jesucristo viene a nuestras tierras, ¿también a él le picarán los mosquitos?

Resultaba liberador escuchar a estas célebres personas hablar en broma. Sólo Pekka permanecía rígido. Bien es cierto que sonreía, pero sin que la cara en ningún momento dejara de asemejarse a un trozo de chapa martilleada.

La tarde se convirtió en noche. Parecía que los hombres no querían dejar de

conversar nunca. La habitación se fue llenando de sus voces quedas y del humo de sus pipas; hablaron de gente que conocían, de conocidos que habían hallado la fe, y de cómo había que responder a las disputas y desavenencias que amenazaban con romper el movimiento. Yo permanecí en mi rincón sonriendo soñoliento, se habían olvidado por completo de que estaba allí. Me sentí como un niño escuchando esas tranquilizadoras voces paternas. En su compañía me invadió una calma absoluta. Y de esa manera me dormí, apoyado en la enorme librería del pastor, respaldado y reforzado por las palabras, y con un chichón sagrado en mi frente.

Era maravilloso ver cómo el ánimo del párroco cambiaba. La tristeza de los últimos tiempos se iba desvaneciendo, y una nueva vitalidad, a ratos incluso alegría, ocupaba su lugar. O quizá la palabra precisa sería *confianza*. A pesar de que el pastor era el más fuerte de todos nosotros, había sido testigo de su desgaste, de cómo su espalda se encorvaba como si una carga demasiado pesada lo doblara. Pero ahora se le notaba aliviado, gracias a los amigos. Se reforzaban unos a otros, igual que cuatro trozos de leña humeantes que al juntarse en el lecho de ascuas volvían a llamear.

Cuatro apóstoles, pensé. Cuatro evangelistas. Cuatro jinetes en la guerra santa.

—Tú siempre estás ahí en el rincón escuchando —me dijo el pastor una mañana en la ribera del río.

—Aprendo todo el tiempo —respondí.

—Aprendes todo lo que te enseño —continuó—. ¿Cómo vas con la letra gótica?

—Bueno, creo que también puedo leerla ya.

—¿Lo ves, lo ves? Pero el habla, Jussi, el habla es probablemente lo más difícil.

—Sí.

—Se me ocurre que quizá las dificultades tengan que ver con la voz en sí. Con la naturaleza de la voz. Proviene de nuestro interior, surge en las profundidades del corazón. Luego, por la presión de los pulmones, sube por la garganta, pasa por las cuerdas vocales y sale exprimida como una nube de invisibles gotas de saliva.

Movió su mano en torno a su nube de saliva, dibujando su forma en el aire, indicando cómo se elevaba y se disipaba.

—Todo aquello que abandona nuestro cuerpo nos avergüenza —explicó—. Todos tenemos que hacer de vientre, pero en esos momentos nos apartamos. En el retrete queremos que nos dejen en paz. En Härnösand, sabes, incluso se cerraba la puerta con un gancho de metal, como si los movimientos de vientre de los profesores fueran un secreto vergonzoso. Pero hablar sí sabían. A veces pienso que ése debe ser el verdadero objetivo de la enseñanza escolar: superar el miedo a hablar ante los demás.

—Es peor cuando son muchos los que escuchan —dije.

—Y por eso debes practicar cuando estás solo. Ponte aquí y mira el río. ¿Qué quieres decirle?

¿Me estaba tomando el pelo? Dirigí la mirada hacia la ancha superficie acuática que se deslizaba tranquilamente reflejando el cielo. Más abajo se oía el fragor del rápido.

—¿Decirle?

—Sí, no basta con pensar. Las palabras que sólo se piensan no se quedan más que en migajas; quizá satisfacen en el momento, pero se olvidan con la misma celeridad. No es hasta que las pronunciamos con la boca que se pone a prueba su valor.

—Pero uno puede anotar las palabras.

—Entonces primero hace falta que todo el mundo sepa leer. Venga, el río te escucha. Está a la espera de lo que pienses contarle.

Sin más, se dio la vuelta y se marchó. Me quedé allí solo. Cuando estaba seguro de que ya no alcanzaba a oírme, y nadie más tampoco, me volví hacia el agua.

—*Väylä*—dije—. Río...

Resultó raro. Miré en todas las direcciones para asegurarme de que nadie estuviera escuchando a escondidas.

—El mayor pecado —continué—. El mayor pecado que una persona puede

cometer es no amar a sus hijos.

El río burbujeó discretamente a modo de respuesta.

—No amar a sus hijos —repetí—. Tener hijos y luego hacerles daño. Querer herirlos, no consolarlos cuando sufren.

Se me apareció la enrojecida cara de la bruja. Su sonrisa burlona me silenció y me hizo sentir miedo. Si le llevaba la contraria, me pegaría fuerte. Me tiraría del pelo, me infligiría todo el dolor que pudiera.

—¿Qué has hecho con Anne Maaret? —dije—. Maldita bruja. Si le has hecho daño, te mataré.

Me pregunto cómo estará. Mi hermana. Me pregunto si todavía seguirá con vida.



A la mañana siguiente, temprano, llegó una visita a la casa parroquial. Estaba todavía acostado en mi saco de heno en el suelo cuando oí golpes en la puerta. Me puse rápidamente los pantalones y salí a abrir. Allí había una mujer a la que al principio no reconocí, su cara estaba desencajada y empapada como un trapo de fregar. Luego vi que se trataba de Kristina, la madre de Jolina. No paraba de dar pequeños y espasmódicos pisotones. Me invadieron malos augurios.

—El párroco tiene que venir..., tiene que venir...

—Está todavía durmiendo. ¿Ha pasado algo?

Kristina intentó explicármelo, pero sollozaba con tanta vehemencia que no logré entender lo que decía. Entré a buscar al pastor, a quien nuestro alboroto ya había sacado de sus sueños. Estaba sentado en el borde de la cama, en camión, frotándose los ojos. Empezó a vestirse, pero por sus pausados movimientos vi que aún no se había despertado del todo.

Salimos con Kristina, que tiró del abrigo del pastor hasta que éste, con gesto suave pero firme, desprendió las manos de la mujer y se soltó. Entonces ella apretó la marcha avanzando por el camino con pasitos menudos y tan rápidos que el dobladillo de su desgastada falda le golpeaba rítmicamente los tobillos. De vez en cuando se daba la vuelta y esperaba a que la hubiéramos alcanzado antes de echar a andar de nuevo.

El frío nocturno aún flotaba en el aire, la hierba y las hojas brillaban cubiertas de rocío. Se podía sentir que el verano se había ido. Las hojas de los abedules pronto cambiarían a un tono amarillento para luego caer, y la época de las hierbas ya había pasado. Como siempre, me causó mucha melancolía.

Dentro de poco el silencio del invierno tomaría el relevo. Los tallos y las hojas se ennegrecerían y se doblarían y el viento los sacudiría esparciendo sus duras semillas por la tierra. Los tallos crujirían ligeramente al apretarse contra el suelo como letras bajo el folio blanco de la nieve, y allí permanecerían durante todo el largo invierno.

Llegamos a la casa de Kristina. Cuando Elias nos vio, salió a recibirnos al porche acompañado de sus hijos adultos, y nos indicó el camino agitando nervioso los brazos. Pasamos por delante del establo y el retrete hasta que llegamos al lindero del bosque. En el suelo, encima de una alfombra de tiras, encontramos un bulto alargado, cubierto por una manta. Vi que tenía forma humana y empecé a sospechar lo peor. Se oía el zumbido de las moscas; por lo demás, todo estaba en calma.

El pastor se puso de rodillas, agarró despacio una de las puntas de la manta y la levantó. Acto seguido, la soltó pegando un grito de terror antes de taparse la boca con la mano y echarse hacia atrás. La visión resultaba tan espeluznante que no logró articular palabra alguna.

El rostro de Jolina, una vez tan bello, estaba salpicado por manchas negroazuladas. Por los labios entreabiertos asomaba la lengua, tan hinchada que apenas cabía en la boca. Elias había cubierto los ojos con monedas pesadas, pero cuando el pastor levantó una de ellas, el ojo se hallaba medio abierto e inyectado en sangre como si hubiese visto al mismísimo diablo. Que la chica estaba muerta resultaba dolorosamente obvio.

—La he bajado de allí —dijo Elias.

Señaló con el dedo el robusto pino que había cerca. No fue hasta ese momento cuando me di cuenta de que la punta de una cuerda colgaba de una de las ramas más fuertes. El otro extremo lo habían sujetado con varias vueltas alrededor del tronco. El párroco se quedó observando el suelo que rodeaba el árbol.

—¿Había algún taburete aquí cuando la encontrasteis?

—No... Debe de haber subido trepando al árbol para luego saltar desde

allí.

—Que Dios se apiade de ella —murmuró el pastor.

Examinó la gruesa rama del pino y luego se puso en cuclillas. Pensativo, recogió unos trocitos de corteza.

—Mi mujer se despertó pronto —continuó Elias—. Como si intuyera que algo había ocurrido.

—¿Sí?

El párroco se giró hacia Kristina, que se tapaba la boca con el delantal y que a continuación se dio la vuelta, incapaz de continuar viendo el cuerpo de su hija.

—Sí, pensé en echarle un vistazo. Pero descubrí que el dormitorio estaba vacío. Jolina debió de salir mientras dormíamos.

El pastor apartó la manta un poco más dejando al descubierto el tronco de la joven. Jolina llevaba un camisón grisáceo y raído que le llegaba hasta los tobillos.

—¿Solía dormir así?

—Sí.

—¿Y los pies? No lleva zapatos.

Elias negó con la cabeza. El párroco miró a su alrededor y descubrió un trozo de cuerda tirado entre las matas de arándanos. Estaba anudado en lazo y lo habían cortado con cuchillo.

—¿Ha sido ésa con la que...?

—La he cortado —dijo Elias con voz ahogada—. Esperaba que todavía estuviera viva.

La voz se le quebró. El corpulento hombre luchó contra el llanto convirtiéndolo en una serie de ruidosos tosidos.

—¿Reconoce la cuerda?

—No es nuestra. Debe de haberla tomado prestada.

—*Voi tyärparka*, pobre hija —se lamentó Kristina entre lágrimas.

—Sí, pobre Jolina —repitió el pastor.

—¿Irá al infierno?

El párroco fue incapaz de contestar. Con semblante grave y concentrado entrelazó los dedos y comenzó a rezar el padrenuestro tal y como había hecho al administrarle la eucaristía a la chica. Elias y Kristina inclinaron las cabezas, pero a mí no me quedaban fuerzas para acompañarlos en la oración. Palabras. Nada más que palabras. No habían podido protegerla.

—Un cristiano no puede hacerse esto a sí mismo, ¿verdad? —dijo el hombre.

—No, no puede.

—Ni siquiera aunque esté pasando por malos momentos. Hay que intentar seguir adelante.

Sonaba como si se dirigiera esas palabras a sí mismo. El pastor se acercó a la esposa y, vacilante, le puso la mano en el hombro. Ella se sobresaltó, poco acostumbrada al contacto.

—Cuénteme cómo la encontró.

—Bueno... La llamé mientras la buscaba. Miré en el establo y en la leñera. Y entonces vi que había algo colgando de un árbol en el lindero del bosque, y enseguida supe que era ella.

—¿Y luego?

—Entré corriendo en casa y llamé a gritos a Elias y los chicos.

Los hermanos de Jolina asintieron en silencio.

—¿Y después qué pasó?

—Mi padre cortó la cuerda y la bajó —explicó en voz baja el hijo mayor.

—La pusimos aquí sobre la alfombra —continuó Elias—. Pensé que..., que quizá no se puede tener a personas así en casa.

—Yo creo que se puede.

—A personas que se han quitado la vida.

—Llevemos el cuerpo a la sauna mientras tanto. Para que el alguacil tenga la oportunidad de examinarlo.

—No le hemos informado.

—Creo que es mejor que lo hagan. Vamos a meter el cuerpo ahora mismo. Empiezan a venir las moscas.

Elias se inclinó sobre el cadáver mientras alejaba a los insectos a manotazos. Lo cubrió torpemente con la manta y, ayudado por sus hijos, levantó el cuerpo sin vida. Los miembros se habían quedado rígidos, el brazo con los dedos tiesos sobresalía destapado cuando entraban con ella en la sauna. Después de que los hombres depositaran el cuerpo de Jolina con mucha delicadeza en el banco, el pastor se dejó caer de rodillas y empezó a rezar. Sus ojos se entornaron y la espalda se veía más encorvada de lo habitual en él mientras se sumía en el recogimiento más profundo. Me volví hacia Elias y los hijos y les susurré:

—Creo que debemos dejar en paz al párroco. Mande a alguien a por el alguacil, yo me quedo aquí acompañándolo. Y tráigannos, por favor, una vela de sebo.

Kristina nos acercó la vela y la encendimos para iluminar la oscura sauna. Luego, entre inclinaciones y reverencias, abandonaron la estancia. En cuanto salieron, cerré bien la puerta. El pastor se levantó sin demora, se quitó el abrigo y se arremangó la camisa. Entretanto, yo saqué papel y lápiz y me preparé para tomar notas.

—Debemos darnos prisa —susurró el pastor—. Pobre chica.

Apartó la manta que cubría el cuerpo y acercó la vela.

—El cuello —empezó—. Tiene lesiones en el cuello por la cuerda. Pero presta atención también a las manchas.

—Sí.

Acercó las manos a las manchas para compararlas con las puntas de los dedos. Correspondían en tamaño con los moratones de un modo espeluznante.

—Exactamente igual que con Hilda Fredriksdotter. Ese animal la estranguló. Lo más probable es que ya estuviera muerta cuando la subió al árbol.

—Así que..., ¿así que no es una suicida?

—Éstas son lesiones que ya conocemos, Jussi. Cortes en la piel del cuello en forma de media luna.

—De las uñas del asesino.

Procedió a quitar las monedas y abrió los párpados. Las pupilas vacías de Jolina resultaban aterradoras. A la luz de la vela de sebo, el pastor empezó a estudiar los globos oculares inyectados en sangre.

—Los pequeños vasos sanguíneos se han roto. Cosa que también indica estrangulamiento. Anota, Jussi.

—¿Pero cómo puede saber...?

—Conocimientos científicos básicos. En Uppsala tuve un amigo que estudiaba medicina. Anota que tiene moratones en la parte inferior de los brazos, lesiones típicas de una agresión.

—¿El asesino la sujetó?

—Jolina era fuerte, intentó defenderse. Pero lamentablemente en esta ocasión no llevaba horquillas. ¿Me ayudas?

Metí las manos debajo de los muslos de la chica y levanté el cuerpo tal y como indicaba el pastor. Pareció dudar durante un instante. Después asió el camisón y lo subió despacio.

—Mira las piernas. ¿Qué podemos decir de ellas?

—Parecen relativamente intactas.

—Exacto, ni arañazos ni otras marcas. ¿Y qué piensas de eso, Jussi?

—¿Qué quiere decir?

—Que eso también contradice la teoría del suicidio. La piel debería haber sufrido algún tipo de rasguño o herida leve si la chica trepó por el tronco de un robusto pino sólo vestida con camisón y luego avanzó hasta el extremo de una rama.

Levantó uno de los pies de la joven. La pierna estaba ya tan rígida que tuvo que agacharse para poder ver la planta.

—Los talones, sin embargo, tienen rasguños en la parte de atrás. Los dos. ¿Lo ves?

—La han arrastrado por el suelo —dije.

—Muy bien, Jussi. El hombre la estranguló tras haberla derribado. Después la agarró por debajo de las axilas y arrastró el cuerpo hasta el árbol. De ahí las marcas en los talones. La cuerda la tenía preparada de antemano, así que la lanzó por encima de la rama y le puso la soga al cuello. Luego subió a Jolina tirando del otro extremo hasta que ya no tocaba el suelo. Encontré trocitos frescos de corteza en la tierra, se habrán soltado por el roce cuando él la izó.

El pastor me dijo que lo anotara mientras él alejaba a las moscas que zumbaban alrededor. Con delicadeza le cerró los ojos a la mujer y volvió a colocar las monedas allí, antes de tapar el cadáver con la manta.

—Vamos a examinar el entorno.

Salimos y lo acompañé hasta la pared más alejada del establo. Allí estaba el retrete, una construcción gris y sencilla.

—Creo que Jolina vino aquí para hacer sus necesidades. Era de noche, nadie se dio cuenta de que había salido. El criminal estaba escondido y preparado. Quizá llevaba varias noches vigilando el lugar, esperando pacientemente el momento oportuno.

El pastor miró a su alrededor y reparó en un bosquecillo de álamos temblones que había en el lindero del bosque. Se acercó y asintió con la cabeza.

—Aquí estuvo.

Se acuclilló y olfateó el suelo. Algo en el musgo había atraído su atención.

—Y qué tenemos aquí...

Entre el dedo pulgar y el índice agarró algo delgado y pequeño. Yo me acerqué.

—¿Virutas de lápiz?

—No, esta vez no. Esto es algo diferente.

Levanté la mirada y enseguida lo descubrí. En la corteza del álamo se veían unos cortes frescos. Juntos dibujaban una forma muy familiar.

—Una cruz —murmuró el pastor—. El tipo estaba aquí haciendo una cruz

en la corteza mientras esperaba.

—¿Por qué una cruz? —me pregunté.

—Quizá esté dirigida a mí.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que le envié una advertencia cuando estuvimos en la tienda.

Imagínate que él estuviera allí escuchando mis palabras.

—¿De modo que la cruz...?

—Es quizá una amenaza. Quiere pagarme con la misma moneda.

—¿Pero quién podría tener tanta sangre fría?

—La serpiente, Jussi. La serpiente escupe su veneno sobre Pajala.



Nos lavamos las manos y entramos en la casa. Kristina había preparado un poco de desayuno que aceptamos agradecidos, no nos había dado tiempo a comer nada antes de venir. Yo me tomé unas cucharadas de papilla de pescado mientras el pastor hacía sus preguntas.

—He estado pensando en su perra. ¿Oyeron si ladró anoche?

—No, la perra se ha ido —dijo Kristina.

—¿Qué quiere decir con que se ha ido?

—Cuando está en celo suele escaparse.

—Entiendo. ¿Cuándo fue la última vez que la vieron?

—Anteayer, creo —respondió Elias en voz baja—. Desde que Jolina se puso mala la hemos notado muy inquieta, no ha parado de ladrar y armar jaleo por las noches.

—Creo que ha estado vigilando —explicó Kristina—. Incluso yo misma, en una ocasión, creí ver que alguien rondaba por ahí fuera.

—Durante las últimas noches ha gruñido varias veces en la puerta —convino Elias—. Solíamos dejarla salir para que protegiera la granja, pensamos que quizá fuera un zorro.

—¿Pero en la última ocasión no regresó?

—Seguro que vuelve —contestó esperanzada Kristina—. Siempre acaba apareciendo al cabo de un tiempo.

—Quizá deberíamos buscarla a pesar de todo —dijo el pastor—. Se llama Siiri, ¿verdad?

—Sí.

—Un nombre muy bonito. Siiri.

Mientras dábamos cuenta del desayuno, se oyó el ruido de un carruaje que se acercaba por el camino. Al poco tiempo se paró delante de la casa y se apearon unos hombres. Con pasos ruidosos entraron en la casa el alguacil Brahe, acompañado de su ayudante Michelsson y el médico del distrito, Sederin, que casualmente se hallaba en la zona. El trío olía a ponche pese a lo temprano de la hora. El alguacil asumió el mando al momento, mientras Kristina correteaba de un lado a otro para asistirlo. El médico era un hombre voluminoso que se apoyaba en un bastón ya que parecía tener molestias en la espalda. Las gafas de montura redonda se le resbalaban constantemente hasta la punta de su roja e hinchada nariz, por lo que de vez en cuando, con gesto torpe, se recolocaba las patillas. Sederin saludó con frialdad al párroco sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su animadversión. Como el viejo bebedor que era, detestaba las campañas de abstinencia del pastor que amenazaban con secar las tierras laponas y así quitarle la única medicina que ayudaba contra el tedio ártico.

Tras haber sido informados de la situación, los hombres entraron en la sauna a fin de examinar el cadáver. Había tan poco espacio que el pastor se quedó en la puerta. El alguacil Brahe mostró su repugnancia al ver el cuerpo y se limpió las manos con un pañuelo.

—Maldita sea, qué azules se ponen cuando se ahorcan —murmuró—. Qué feas e hinchadas. Una pena en una niña tan bonita.

—Mire más de cerca el cuello —propuso el pastor—. Y usted, Michelsson, puede ayudar al doctor a examinarle los pies.

—Vaya, pero si el párroco todavía anda por aquí. Acaso, si no es mucha molestia, puede dejarnos desempeñar nuestro oficio en paz.

El doctor Sederin necesitaba algo en lo que sentarse, por lo que le acercaron el taburete de la sauna. No era la visión del cadáver lo que lo mareaba, había visto cosas peores, pero después de la juerga de la noche anterior con Brahe lo que más ansiaba era tumbarse en el sofá.

—La lengua está azul. La cara, hinchada. Y el cuello, deformado por la soga. La chica, a todas luces, se ha ahorcado —constató el alguacil.

Sederin no pudo mostrarse más de acuerdo. Haciendo un gran esfuerzo sacó un pequeño cuaderno para anotar el hecho en su latín médico.

—Las marcas del cuello no se corresponden con la soga —protestó el pastor.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Hay moratones causados por las yemas de unos dedos. No pueden ser de la cuerda.

—Pueden ser de la agresión anterior.

—No, estas marcas son frescas. La piel también tiene lesiones nuevas que parecen provenir de unas uñas, varios cortes pequeños.

El alguacil se acercó al pastor, lo agarró del cuello del abrigo y casi lo levantó en volandas.

—¡Parrocucho de mierda! —espetó—. ¡Jodido sacerdote! ¡Me está dejando en ridículo ante los habitantes de toda la parroquia!

Sacudió al pequeño pastor. Los jadeos del alguacil apestaban al coñac que se habría tomado con el desayuno. El párroco se acordó de las borracheras de su padre, de esa rabia irracional suya que afectaba a cualquiera que se cruzara en su camino.

—El alguacil no me asusta —murmuró.

En ese instante todo estalló en una niebla roja. El pastor fue arrojado contra la pared, el codo impactando en los troncos hollinosos de la sauna. También Sederin se dio un morrazo, el taburete donde estaba sentado volcó y acabó tirado en el suelo. El alguacil había apuntado a los dientes del párroco, pero éste pudo volver la cabeza a tiempo, por lo que el golpe se lo llevó en el hueso malar. Aturdido, el pastor se fue resbalando hasta caer de culo mientras levantaba los brazos para protegerse. Intenté interponerme entre los dos, pero el alguacil me apartó de un empujón y con las piernas abiertas se colocó delante del pastor, al parecer dispuesto a propinarle una patada. Al mismo

tiempo, Michelsson advirtió que el cadáver había empezado a escurrirse del banco. Se estiró y logró sujetarlo en el último momento.

—¡Y ahora a callar, parrocucho de mierda! ¡Cállese la boca!

Brahe se quitó la gorra del uniforme mientras se frotaba el tembloroso bigote. Después se sacudió como un perro enorme.

Ayudé al pastor a ponerse de pie. Su mirada erraba y escupía algo que quizá fuera sangre. Atontados y tambaleantes, salimos de la sauna. La gente de la casa y algunos vecinos aguardaban con gesto interrogante.

—No es nada —farfulló el párroco—. Nada.

Lo conduje a la escalera del porche, donde pudo sentarse a recuperar fuerzas. Estaba atontado y durante un largo rato permaneció sentado con las manos sobre el rostro. Tal era mi indignación que apenas podía estarme quieto. Al final busqué la biblia de viaje del párroco y metí el dedo pulgar al azar entre las páginas. Acabé en Lucas 15. El hijo pródigo. El que se marchó a tierras lejanas pero que volvió a su padre. «Y el padre le dio la vestimenta más bonita y sacrificó el novillo cebado para celebrar una fiesta. Porque este hijo mío estaba muerto pero ha vuelto a la vida, se había perdido, y ha sido hallado.»

Del bosque llegó un hombre corriendo. Al acercarse vi que era el más joven de los hijos de Elias.

—*Kirkkoherra... Kirkkoherra...*

El pastor no parecía haberlo oído. Le di unos ligeros golpes en el codo hasta que levantó la vista medio dormido.

—¿Señor párroco?

—¿Sí?

—Hemos encontrado a la perra.

La perra yacía enrollada sobre sí misma con las cuatro patas estiradas, agarrotadas. Del hocico salía un hilo de sangre. Los labios estaban vueltos hacia arriba de modo que los colmillos se asomaban manchados de sangre y

saliva. El animal se hallaba oculto bajo un tupido abeto, prácticamente invisible. Fueron los enjambres de moscas los que alertaron al chico y le hicieron levantar las ramas. Me mantuve en un discreto segundo plano mientras el pastor pasaba la mano por el áspero pelaje, tocando con las puntas de los dedos los arcos de las costillas. El cuerpo estaba rígido y ya había empezado a oler, al menos debía de llevar un par de días allí.

—Siiri —se quejó el hijo intentando controlar su tristeza.

El párroco se levantó y se dirigió a Elias y Kristina.

—¿Cazan zorros?

Elias miró de reojo a su esposa.

—Bueno, a veces.

—¿Cómo lo hacen?

—Tenemos una trampa tijera.

—¿Utilizan quizá alguna vez veneno?

—No, pero quizá los vecinos lo hacen. ¿Cree que Siiri ha podido comer algo?

—He visto zorros muertos por la estricnina. Aunque suelen dar muestras más claras de convulsiones. Una pena en una perra tan bonita.

—Sí, sí —sollozó el hijo más joven tapándose la boca con los puños.

—Tendremos que quemarla —murmuró Elias—. Para que ningún animal esté tentado de comérsela.

—¿Han tenido alguna visita durante los últimos días? ¿Quién los ha visitado?

—¿Qué quiere decir?

—Creo que el asesino ha intentado llegar hasta Jolina desde el mismo día de la agresión. Ha envenenado a la perra para que no ladrara.

—¿Pero quién..., quién puede haber...?

—Puede ser alguien que conocen bien. Alguien que ven todos los días.

Los labios de Elias temblaron. Cerraba y abría el puño una y otra vez en señal de impotencia.

—Recemos una oración por la perra —propuso el pastor en tono tranquilo.

—¿Rezar por un perro?

—Una oración de agradecimiento. Por toda la alegría que les ha regalado durante su inocente vida. Un agradecimiento al Señor por haberla creado.

En ese instante el hijo se dejó caer de rodillas e irrumpió en un ataque de llanto descontrolado. No conseguía tomar aire, sonaba como si estuviera a punto de ahogarse. Elias levantó la mano derecha, los gordos dedos cerrados en un martillo, a todas luces dispuesto a pegarle a su hijo.

—Juntemos las manos para rezar —se apresuró a decir el pastor—. Junten las manos y levanten los corazones a Dios. Señor, Te damos gracias...

Todos se calmaron en profunda devoción. El párroco, Elias y Kristina, sus dos hijos y yo. Nadie tocaba a nadie. Así era el aspecto que tenía el duelo en estas tierras norteañas.

Pero en medio de esta acción de gracias y oración me percaté de que la voz del pastor temblaba. Los dos fuimos conscientes de la terrible verdad. Él había difundido la noticia de que Jolina podía señalar al malhechor. Y por eso la habían silenciado para siempre. Si el pastor se hubiese callado, quizá Jolina seguiría con vida.

El funeral de la desgraciada Jolina Eliasdatter fue espeluznante. La mayoría de la gente del pueblo coincidía con el alguacil en que la chica se había ahorcado. La brutal agresión durante la noche del baile había hecho que ya no tuviera fuerzas para seguir viviendo. Y según los rumores, tampoco había muerto sola. No, el desalmado le había engendrado un hijo. Y por eso la pobre chica no sólo se había matado a sí misma, sino también a un pequeño no nacido. Había acabado como una asesina de niños abriendo así de par en par las puertas a las llamas torturadoras del infierno. Ese tipo de historias eran muy gratificantes de contar en torno a las mesas de la cocina a la par que muy instructivas para los jóvenes, sobre todo para esas niñas interesadas en el baile y los juegos de corro donde con demasiada facilidad una cosa podía llevar a otra.

Cuanto más veces se contaba la historia, más abundaban los detalles macabros. Se decía que la chica había tomado veneno antes de ahorcarse, pues quería asegurarse de que el bebé también muriera. Y se decía que había parido al feto muerto mientras colgaba de la soga; el bulto envenenado le había salido de entre las piernas, y cuando la perra percibió el olor, se acercó y se comió al bebé, ingiriendo así el veneno ella también. Sí, a la perra la habían encontrado muerta. Tuvieron que quemarla después, ya que no podían tirarla al bosque sin más con lo que llevaba en el estómago. Y el bebé se había convertido en uno de los habitantes del inframundo; un alma en pena que rondaba por los senderos del bosque durante las noches lamentándose a gritos. Nunca encontraría la paz; un niño no bautizado, no cristiano. Eso era lo que

pasaba con la prole de las putas. Penas eternas, que Dios se apiade de esos dos pobres desgraciados.

El pastor hizo todo lo que estuvo en su mano para que Jolina Eliasdóttir descansara en paz. Tanto él como yo conocíamos la verdad: había sido víctima de un despiadado criminal. El párroco predicó consuelo para los más allegados, habló de las oscuras fuerzas que nos rodean, de que necesitamos la ayuda del Señor para poder resistir y hacerles frente. Sin embargo, en los bancos de la iglesia hervía la desconfianza. Para la plebe, la que yacía en el ataúd no era más que una asesina de niños, una pecadora que se había quitado la vida. El alguacil Brahe y su ayudante Michelsson susurraban con las cabezas muy juntas. Elias y Kristina apenas eran capaces de moverse; parecían unos tocones vestidos de negro, expuestos a las miradas de todos. No se los vio llorar ni una sola vez. Dentro de ellos debían de sentir una creciente presión, un grito interior que tarde o temprano se abriría camino en el pecho como un pico. Dentro de ellos roían las preguntas: y si la hubieran educado de diferente manera, y si hubieran conseguido inculcarle otros gustos mientras todavía había tiempo. Si nunca hubiera ido al baile esa noche, entonces todavía estaría viva.

Acompañé en el recitado de Yo confieso, pero mi lengua era un pez muerto parado en medio de la boca con el pesado vientre apoyado en el fondo. Eran sólo mis labios los que fingían formar las palabras, pero dentro de mí me sentía mudo. Con el rabillo del ojo miré a los bancos delanteros y me crucé con los ojos de Michelsson. Lo vi apuntar algo en un papel y enseñárselo a Brahe, quien no tardó en asentir con la cabeza y lanzar una mirada de soslayo en mi dirección. Me dio la impresión de que hablaban de mí. De repente se levantó una fría ráfaga de aire, una gélida corriente que atravesó la iglesia. A pesar de que todas las puertas y ventanas estaban cerradas. El pastor perdió el hilo en mitad de una frase, los hombros tensos debajo de la estola, parecía haberlo percibido también, pues paseó con inquietud su mirada por la sala. No fue más que un instante, luego se aclaró la voz y continuó por donde se había



interrumpido. Pero de repente la voz sonó inestable y desprovista de su fuerza habitual. Creí intuir movimientos a lo largo de las paredes. Extrañas sombras que invadían el espacio religioso, seres invisibles que querían hacernos daño. Como si el pastor hubiese oído mis pensamientos, agarró de repente el gran crucifijo del altar y se lo llevó a los labios. Vi que su boca murmuraba algo.

Justo en ese momento, un grito brotó de los bancos de la iglesia.

—¡Uuhuuuu uhuu!

Y, acto seguido, otra voz se unió:

—*Herra Jeesuksen Kristuksen, aaiiaaiia...*

De mangas negras se levantaron manos con dedos descoyuntados que arañaron el aire como si desgarraran una tela.

—Uuh uhuu —repitió la primera voz, como un búho, al tiempo que una tercera señora empezó a mecerse y logró que los que estaban sentados a su lado la siguieran hasta que la fila entera acabó moviéndose igual, como si remaran.

Ante el creciente alboroto, el pastor abrazó el crucifijo. Cerró los ojos y respiró en suspiros breves e intermitentes, pero sin perder los estribos. El lado de las mujeres se hallaba en pleno bullicio, e incluso algunos de los viejos y arrugados hombres empezaron a soltar ruidosos gemidos mientras daban vueltas a sus gorras en las rodillas. Un niño se asustó y estalló en llanto, sin que ninguno de los adultos reaccionara. El pequeño alzó sus bracitos y los cruzó encima de la cabeza rapada como si temiera que lo fueran a golpear. Por todas partes, cuerpos vestidos de negro se movían cual árboles en medio de una inmensa tormenta, amenazando con caerse al suelo. De espaldas a la congregación, solo en la proa de ese bamboleante buque, el pastor dejó el crucifijo en el altar. Y en ese mismo instante se oyó un chirrido prolongado. Venía del tablón donde los números de los salmos estaban colgados: uno de los clavos se había soltado, el que sostenía el número seis. Una lluvia de latón cayó con tintineante estrépito al suelo. Los feligreses saltantes llenaban ahora el pasillo de la iglesia, abrazándose unos a otros mientras las lágrimas del

arrepentimiento salpicaban a su alrededor. En el suelo junto a la pila bautismal yacían algunos de los números. Mostraban la cifra 666. Sentí el aliento de un hombre gordo en mi nuca, apestaba a grasa agria y azufre. Otro me cogió del codo y se agarró a mí como si estuviéramos subidos en un carruaje avanzando en medio de un fuerte traqueteo. Dando un giro me solté del hombre, un bracero bizco con los mocos colgándole de las aletas de la nariz. Sollozó de forma ahogada, levantaba los brazos al aire como si nadara y gritaba *äiti, äiti...*, mamá, mamá... Me sujeté bien en el banco con los dos brazos para aguantar la arreciante tormenta. El párroco continuaba quieto frente al crucifijo de madera del altar, su inmovilidad congelada y rígida no hacía más que aumentar la excitación de los feligreses. El Espíritu Santo estaba presente, llenando cada rincón de la iglesia; se percibía una suerte de ligera neblina y un aroma a pan recién horneado. Olía dulce, era la Gracia. Ahora la gente empezó a gritar también; estridentes chillidos se elevaron como lenguas de fuego en un horno de pan. El hombre a mi lado jadeaba y apretaba como si estuviera en el retrete intentando expulsar algo demasiado duro. ¿Se trataba quizá de un parto?, ¿quizá la cabeza de un niño quería salir por allí abajo? Luchó para retener a la criatura, pero era demasiado fuerte, demasiado salvaje, pronto saldría reventándole la pelvis.

Me agarré tan fuerte que los nudillos se emblanquecieron mientras paseaba la mirada a mi alrededor. Michelsson y Brahe me observaban, rígidos como piedras, como aves marinas en un mar de tormenta. Intenté devolverles la mirada con la misma fijeza, pero no fui capaz. Me volví hacia delante con un nudo de miedo en el estómago. Me dolía la cabeza, un dolor como si alguien me zurrara, me golpeará desde arriba con los puños, un trozo de leña, un barrilete de aguardiente. Valiéndose de todo lo que tenían a mano en la *goahti*. Pum, pum, como un trueno martilleante, pum, pum, pum...

Permanezco escondido entre los arbustos. Transcurre una hora, dos. Cuando alguien pasa por el sendero me aprieto contra el suelo hasta que los pasos se alejan. Los mosquitos me pican. Un camino de hormigas me causa muchas molestias, los pequeños soldados se me suben a los tobillos y me muerden hasta dejarme lleno de manchas rojas. Tengo que verla pronto. ¿Por qué no viene? ¿No va a acercarse al establo? Dentro de un rato me rendiré, ya no aguantaré más. Pero quizá, a pesar de todo, esté a punto de llegar. Rodeo la ágil cintura con el brazo, bailamos perfectamente acoplados, mi piel se estremece de placer cada vez que nos rozamos. La tela del vestido. Su muñeca. La sensibilidad de las yemas de los dedos.

Y de repente aparece. Allí está. Mi amor. La puerta de la casa se cierra tras ella. Porta un cuévano. ¿Adónde se dirige? La sigo a distancia, va descalza y tiene prisa. ¿Se dirige al bosque? ¿Les llevará provisiones a las pastoras? No, sigue por el camino de la ciénaga. ¿Podría alcanzarla corriendo? ¿Pedirle que me deje llevarle el cuévano? Pero quizá se burlaría de mí; mi coraje flaquea. Y de un momento a otro ya no la veo. Ha desaparecido, avanzo corriendo y miro en la siguiente curva. ¿Se ha desviado hacia la fundición? Sí, gracias a Dios, ahí está. Se ha parado detrás de un granero. Y siento una punzada en mi corazón, me invade una fiebre que me deja aturdido. Se está desnudando. Durante un instante veo sus hombros al aire, completamente blancos. Y después se pone algo rojo, un vestido rojo. Y se suelta el pelo, deshace las trenzas revelando un pelo rizado. Es tan bella... ¿Hay alguien en el granero, alguien que la espera? Me quedo quieto, en silencio, con la boca seca. Luego la veo seguir. Pasa el granero y continúa hacia la mansión. Atraviesa la

explanada y se desvía hacia una cabaña. Llama a la puerta. Alguien abre. Ella se cuela dentro con pies ligeros.

Durante un rato me quedo inmóvil, preso del desconcierto, dudando. Mi amor. Espero, pero ella no sale. Un perro guardián me ladra desde la casa principal; ladra con una voz bronca, fatigada, hasta que se cansa y se tumba apoyando el hocico en las patas. La mansión se me antoja un gigante descansando, los grandes ojos acristalados de las ventanas no me quitan el ojo de encima. Descubro un cubo esmaltado junto a un montón de leña y eso me da una idea. Abandono mi escondite y voy a por él. El rumor de la corriente del río llega desde abajo. Me bajo la visera para ocultar los ojos y me acerco al torrente para llenar el cubo. Con la ropa que llevo paso por un bracero, y ahora que tengo una excusa puedo atravesar la explanada. Ando despacio, finjo dirigirme al huerto, como si fuera a regar allí, pero en realidad es a la cabaña adonde me encamino. El perro se vuelve a animar y ladra con sus toses desabridas y toscas. Dejo el cubo en el suelo para limpiarme el sudor de la frente. Es sólo teatro, por si alguien me descubre y se pregunta qué hago allí. Llego a la cabaña. Al pasar miro las ventanas con el rabillo del ojo, pero no la veo. Escondo mi rostro en el pañuelo, finjo que me limpio la frente mientras echo un vistazo por la ventana de atrás.

Y la descubro. El sol de la tarde ilumina la estancia, y veo el revoloteo del vestido rojo. Es Maria que baila, que da vueltas sola en el centro de la habitación. El pelo suelto. De pronto se para, da la impresión de que escucha instrucciones de alguien. Ahora vuelve a moverse de la misma manera, pero un poco más despacio. Una corpulenta figura se le acerca. Sostiene el pincel en una mano y con la otra le toca la ondeante melena, dándole forma. Y ella se deja hacer. El hombre le endereza un poco la espalda y ella esboza una sonrisa. Acto seguido, le estira los pliegues del vestido y le pasa los largos dedos por la cintura y el pecho. Ella parece disfrutar con el roce. Me entran náuseas, pero soy incapaz de marcharme de allí. En cualquier momento me van a descubrir. Limpio una y otra vez mi inquisitivo rostro, saco brillo a los

globos oculares como si fueran de cristal. Una de las criadas de la finca se acerca. Raudó, me encamino al huerto y echo el agua del cubo sobre los colinabos. Luego me marchó antes de que a la criada le dé tiempo a examinarme más de cerca.

—¡Oye, tú! —grita—. ¡Ven aquí!

Dejo el cubo y me voy sin darme la vuelta. La criada vocea, quiere que la ayude con algo. Pero yo ya estoy lejos.

—De modo que está pintando a Maria —constata el párroco.

—Con un vestido rojo.

—¿Y el pelo suelto?

—El pastor tiene que poner fin a eso.

—¿Y cómo quieres que lo haga exactamente, Jussi?

—Debe hablar con ella para que entre en razón. Hacer que no vuelva allí.

—¿Y el cuadro? ¿Saldrá bonito?

—No podía verlo desde donde estaba.

El pastor reflexionó. Sopló haciendo vibrar los labios, quizá se le hubiera pegado una hebra de tabaco.

—O sea que Nils Gustaf estuvo en el baile en Kenttä y allí reparó en una chica muy bella. Le propuso posar para un cuadro en su tiempo libre. ¿Qué es lo que te preocupa, Jussi?

—Nils Gustaf es zurdo —le recuerdo.

—Correcto.

—Es un *herras mies*, un señor.

—¿Y?

—Igual lleva lápices para hacer bocetos cuando está solo en el bosque a la espera de que pase alguien.

El pastor me observó pensativo. Se pasó la mano despacio por el desgreñado pelo, como si quisiera despejar la vista.

De todas las artes que el pastor intentaba enseñarme, el habla resultó ser la más difícil. Si la lectura y la escritura eran una aventura para mí, una subida a las cumbres de las montañas entre las que el panorama se hacía cada vez más grandioso, el habla era como drenar una turbera. Cuantas más paladas se echaban fuera, más lodo brotaba. Cada palabra se convertía en una palada fangosa. Zas. Zas. Y pese a que la zanja se extendía más y más, pese a que las palabras se alineaban en largas hileras a lo largo de los bordes, no por ello dejaban de ser turba y barro.

Algo faltaba en mi voz. Como era habitual entre los samis, no sólo tenía un tono bastante alto sino también algo ronco. Nunca se oía hablar a un sami con ese tono profundo que salía desde el ombligo y que se percibía en la voz del alguacil o de Nils Gustaf. En nosotros el timbre se hallaba más bien arriba, en la cabeza y en la garganta, algo que quedaba especialmente claro al escuchar el *yoik*. Entre nosotros en el norte, el sentimiento era lo más importante. Entre los suecos, en cambio, era el volumen. El pastor me contó que había tenido problemas para hacerse oír cuando empezó sus estudios, su voz apenas podía llenar un aula, menos una iglesia, y que sus profesores se lo advirtieron.

En gran parte, evidentemente, se trataba de timidez. Si querías ser un orador tenías que superar los miedos, algo que exigía mucha práctica. El párroco me dio el consejo de imaginarme a los oyentes como un rebaño de renos. Un truco al que él mismo recurría a veces. El reno era grande y podía parecer peligroso con sus astas, pero lo único que de verdad le preocupaba era pastar, por lo que si tu voz era demasiado baja, seguía pastando sin prestar atención a nada más. Si gritabas y gesticulabas mucho, el rebaño se dispersaba

aterrado, corriendo en todas las direcciones. Pero si hablabas tranquilamente, los animales levantaban los hocicos y aguzaban los oídos, y entonces podías poco a poco aumentar la intensidad y variar los sonidos. Su curiosidad se había despertado, algunos de ellos daban un paso hacia delante. Y pronto otros los seguían. Si lograbas que el fuego prendiera, sería sólo cuestión de añadir una rama tras otra. Durante algunos sermones, el pastor había experimentado un éxtasis recíproco entre él y la congregación, los feligreses le habían respondido sin palabras, y había sentido que se convertía en su lengua y sus pulmones.

—Es en momentos así que uno percibe la presencia del Espíritu Santo — dijo el pastor.

—¿De modo que todo el llanto, todos los saltos y gritos...?

—Proceden de Dios.

También los canes eran un buen público, al igual que las vacas y las ovejas. ¿Quién sentía vergüenza ante un animal? Un ejercicio útil era ponerse frente a un perro guardián que ladraba furioso. Y luego tranquilizarlo. Si gritabas, lo único que conseguías era que su rabia se intensificara. Pero si hacías lo contrario, si empezabas a susurrar la más queda de las oraciones, aquella furia se tornaba en curiosidad. Varias veces el pastor había hablado ante un can hasta que éste se dormía con el hocico entre las patas, algo que solía recordarse a sí mismo cuando predicaba para indignados taberneros o burlonas señoras burguesas.

Intenté seguir sus consejos. Me dirigí a urracas y arañas. A un timalo recién pescado. A cochinillos y libélulas y cacareantes gallinas. Cuando encontré a un bebé llorando en un cuévano me senté a su lado y le hablé hasta que se quedó dormido. La madre se mostró suspicaz al verme, pero también la tranquilicé conversando. Era difícil y requería toda mi concentración. Busqué palabras bonitas, piedras limadas por el agua, formas bellas y lisas a las que nerviosamente iba poniendo en fila. Ella bufó y se marchó con el bebé rebotando en su espalda, pero varias veces se giró y me miró, como si quisiera

quedarse. Había conseguido algo con las palabras. Fue la primera vez que lo logré. Le había llegado al corazón. Era como aprender a andar; tropezaba y caía, moviéndome con torpeza en un terreno accidentado.

Obviamente, ya sabía hablar antes, si es que nos referimos a los sonidos de los animales. Dámelo. Muévete. Mira. Vámonos.

La mayor parte de lo que decía la gente eran frases de ese tipo sencillo. Expresar pensamientos y hacerlos crecer hasta convertirlos en razonamientos era harina de otro costal. El camino a la salvación, por ejemplo. El párroco llevaba toda la vida predicando sobre ello y aun así había siempre más cosas que contar. Y lo raro era que las palabras resultaran diferentes al ser escritas. Era la misma palabra, pero en un caso en letras y en el otro en sonidos. ¿Qué las diferenciaba? La Biblia estaba escrita, pero había que masticar el texto para que entrara mejor. Tenía que pasar por la boca y convertirse en expresiones vivas. ¿En qué consistía esa transformación? Al parecer, sólo en saliva y movimientos musculares. Un poco de aire caliente exhalado. Y al mismo tiempo algo sucedía que no se dejaba explicar pero que reforzaba la experiencia. Escuchar a un buen orador se asemejaba a comer, a recibir alimentos directamente de una boca.

Juhani Raattamaa volvió a visitar Kengis tras haber viajado entre reuniones de oración por los pueblos meridionales del valle. Durante el servicio religioso del párroco permaneció con la cabeza inclinada como si reuniera fuerzas, y a la hora del sermón, el pastor hizo algo sorprendente. Con un gesto llamó a Juhani Raattamaa a su lado y después explicó que éste iba a hablar en su lugar. Se escucharon susurros en los bancos de la iglesia, sobre todo entre la gente acomodada. ¿Se podía hacer eso? ¿Dejar que un laico predicara en la iglesia? ¿No infringía eso el real decreto contra los conventículos?

El pastor había previsto las objeciones. Tranquilamente le tendió un folio a Juhani mientras explicaba que él mismo había redactado el sermón. Sólo quería que pasara por la boca de Juhani. Éste cogió el papel y levantó la vista con aire precavido, como si esperara protestas. Pero cuando no las hubo, se



humedeció los labios, abrió la boca, tensó las cuerdas vocales y dejó que toda la iglesia se llenara de su sonoro finés:

—El mundo nunca ha sabido amar a los cristianos, sino que en cada lugar donde ha surgido el verdadero cristianismo, se lo ha expuesto a la rabia y la persecución.

Ni una sola vez bajó Juhani la mirada al papel. El párroco estaba a su lado. Era como si hablara a través de él, como si Juhani Raattamaa constituyera su boca. Las palabras se elevaron como cuerpos alados hacia el techo de la iglesia y desde allí descendieron planeando sobre los hombres y las mujeres, los viejos y los niños, sobre los recién avivados en la fe con sus mejillas empapadas de lágrimas y sobre los más endurecidos, los de la petaca de aguardiente en el bolsillo.

—Y el Señor llamó a los apóstoles y después los envió fuera, de dos en dos, y les dio poder sobre las almas impuras.

Era bíblico. Y me invadió la esperanza, pensé que este malvado verano ya había terminado. Que el diablo por fin podría ser expulsado de nuestras tierras por los paladines del pastor, que nos llegaría la paz.

Mi amada no había venido hoy. El lado de las mujeres estaba lleno de mozas y sirvientas, y a la salida pregunté a algunas de ellas si habían visto a Maria. Pero se limitaron a negar con la cabeza mientras apresuraban el paso como si les hubiese preguntado algo inapropiado. Y cuando pasé a comentar el sermón del pastor, el que Juhani había pronunciado, para saber si las había conmovido, se callaron aún más. Entonces dejé que se marcharan. Hablaban en susurros echando tímidas miradas por encima del hombro para ver si las seguía. Pensé en ellas como perdices. Blancas perdices de las nieves con risas duras. ¿Cómo hablarle a ese tipo de personas? ¿Con qué voz, qué entonación? Todavía me quedaba tanto que aprender...

Según avanzaba el verano, Nils Gustaf continuó su trabajo con el retrato del párroco. El pastor se las agenciaba de vez en cuando para sacar un rato libre entre todos sus deberes, el flujo permanente de visitas y sus urgentes trabajos de escritura y marcharse hasta la cabaña del artista en la fundición de Kengis. El pintor sacaba sus herramientas con movimientos elegantes, y su voluminoso cuerpo se mecía de un lado a otro delante del caballete en una refinada danza; el pincel, una finísima caña en sus robustas manos. Resultaba extraño ver cómo era capaz de formar las líneas más delicadas con esos enormes dedos. La paleta reposaba la mayor parte del tiempo en una mesa, pero a veces la acercaba a la ventana a fin de mezclar colores y sacar el matiz exacto. Era como si quisiera reunir luz en el óleo, dejar que el sol entrara gota a gota como la mantequilla derretida. Antes de empezar solía encender un puro que dejaba humeando sobre un platillo de porcelana durante toda la sesión. El leve humo captaba y reforzaba la luz, avivaba el ambiente. Por su parte, el pastor daba alguna que otra calada a su pipa, y estudiaba las manos de Nils Gustaf. La uña del pulgar brillaba, recordaba a una luna menguante. Intentó imaginarse cómo ese pulgar se apretaba contra el cuello de una mujer, cómo ella se retorció intentando liberarse.

¿Era posible que las mismas manos pudieran captar el más suave de los brillos de la luz y al instante siguiente lacerar y estrangular? ¿Cabían esos dos extremos dentro de una misma psique? Inmerso en ese tipo de reflexiones, el pastor oyó la puerta de la cabaña abrirse y una de las criadas del patrón de la fundición entró llevando una bandeja de plata. Encima había pequeños pasteles exquisitamente fritos.

—*Klenäter* —sonrió el artista—. He pedido a la cocina que nos preparen *Klenäter*. La receta proviene al parecer de la cocina de Gustavo Vasa.

Le dio una moneda de cobre a la sirvienta, quien murmuró tímida su agradecimiento en finés. Por su aspecto quedaba claro que descendía de los valones de la fundición, tenía los ojos marrones y la trenza del pelo oscura y gruesa. Cuando la muchacha cogió la moneda, el artista la asió por la muñeca y le dio un beso en el cuello. El pastor se dio cuenta de que ese gesto no había sido del agrado de la chica. La criada se marchó a toda prisa con la cara sonrojada mientras Nils Gustaf ofrecía los pasteles aún calientes.

—Canela —comentó el párroco—. Pero también llevan coñac, ¿no?

—Sólo unas gotas, para darles más sabor.

El pastor dudó y paró de masticar. En silencio dejó a un lado el pastel.

—Una delicia —se rio Nils Gustaf—. O sea, la muchacha. Llevo tiempo intentando pintar su retrato, aunque se resiste.

—¿Pero cree que va a poder convencerla?

—Tengo mis métodos para ablandar a las mujeres.

—¿Y si no se ablanda?

—Lo hará.

—Las fuerzas de la mujer no deben subestimarse —señaló el pastor—. Hay incluso quienes afirman que la mujer es superior al hombre.

—¿Y usted lo cree?

—Sí, en ciertos aspectos sí.

—¿Se refiere usted a su astucia? ¿A la habilidad para tender trampas, al hábito de ofrecer la fruta prohibida al hombre?

—Me refiero al hecho de que sin mi madre yo no estaría aquí.

La cara de Nils Gustaf se torció en una mueca involuntaria.

—Es verdad, claro. Una mujer tiene que parirnos.

—En la casa de mi infancia en Jäkkvik, era mi madre la que mantenía el hogar. Sin sus sacrificios, Petrus y yo nunca habríamos sobrevivido. Mi padre pasaba largas temporadas fuera. Se dedicaba a negocios de diferentes tipos.

—¿Y quizá se dedicaba también a otras damas?

—¿Usted cree?

—Un hombre necesita mujeres, eso lo entenderá sin duda incluso un reverendo.

—¿Y si no las consigue?

—Siempre hay alguna flor que recoger.

—¿Y si ella se niega? ¿Si ofrece resistencia?

—Lo que al principio puede parecer desgana suele convertirse en deseo una vez metidos en faena.

—¿Y si el hombre quiere pero la mujer no, entonces se puede hacer uso de la fuerza?

Nils Gustaf le dio una calada al puro mientras su mirada vagaba en la lejanía.

—El párroco piensa en su madre con amor. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Exhaló el humo con un pequeño escupitajo al final y se quedó observando cómo los bucles de humo se elevaban hacia el techo.

—Yo fui un niño no deseado. Aún hoy en día desconozco quién era mi padre. Fue el hermano de mi madre quien tuvo que encargarse de mí. Era teniente de caballería, siempre cenaba de uniforme. Esperaba que yo siguiera sus pasos. Ahora, a mi edad, lo entiendo mejor, pero entonces me resultaba difícil. Él quería convertir al niño bastardo de su hermana en un hombre.

—¿Fue duro con usted?

—Me acuerdo de mi cajita de pinturas. Era mi bien máspreciado, y cuando se percató de eso me la confiscó como castigo. Cada pequeña falta que cometía acababa en la prohibición de usarla. Hasta que no empecé a pintar caballos no se ablandó.

—¿Caballos?

—Caballos al paso o saltando obstáculos, ataques de caballería, escenas de caza y de desfiles, carruajes tirados por cuatro caballos en los que el

cochero tenía sus rasgos. Y gracias a eso me dejó pintar por fin. Es que, sabe usted, quería más a esos animales que a las personas.

—¿Y su madrastra?

—Ella ya tenía suficiente con sus propios hijos. Viví toda mi infancia con la sensación de ser un intruso en la casa, de ocupar un lugar que no me correspondía.

—¿Nunca le mostró sentimientos maternales?

—Nunca recibí cariño. En cambio cuidaron mucho mi apariencia; es que, al fin y al cabo, representaba a la familia de puertas afuera. A veces me daba la sensación de que ella me tenía miedo.

—¿Miedo de un niño?

—Era grande para alguien de mi edad. No solía dejar que sus hijos estuvieran conmigo, como si creyera que yo quería hacerles daño.

—¿Y era verdad?

—Yo no me relacionaba demasiado con ellos. Fue peor cuando empecé la escuela, cuando me enteré de lo que significaba la palabra *bastardo*. Aunque entonces pude sacar provecho de mi tamaño.

—¿Aprendió a pelear?

—Niñatos, hijos de ricachones o lo que cojones fueran, les partí la boca a todos. Aunque fuesen mayores, aunque fuesen más de uno, me pasé la etapa escolar peleando.

—¿Y de adulto?

—Pues cuando no me queda otra. ¿No lo hace el párroco también? ¿O siempre pone la otra mejilla?

El pastor agarró la pipa y fingió limpiarla en la manga.

—Tengo ese temperamento —reconoció al final—. Pero hago todo lo posible por no recurrir a la fuerza. No quiero acabar como mi padre.

—Entiendo. Aun así, es preferible tener un padre que te pega que no tenerlo.

—¿Su madre nunca le dijo quién era? —quiso saber el pastor.

—Venía a verme de vez en cuando. Siempre vestida muy elegante, con trajes de telas bonitas, una gruesa capa de polvos cubriéndole el rictus de la boca. Cuando se marchaba, intentaba dibujarla de memoria.

—¿Fueron sus primeros retratos?

—Nunca recuerdo que me tocara. Mi padrastro insinuaba que estaba enferma.

—¿De algo grave?

—Eso decían. Pero no lo sé. Quizá sólo necesitaba una excusa para no tener que abrazarme.

—¿Y nunca le contó quién era su padre?

Nils Gustaf mostró una sonrisa sardónica.

—Ésa es una idea excelente. Porque la bruja todavía vive, ¿sabe? ¿Debería quizá buscarla y amenazar con estrangularla si no me lo dice? Apretar su cuello cada vez más fuerte hasta que la maldita arpía se dé cuenta de que me lo tiene que decir. ¿O qué propone usted?

El pastor no contestó.

—Bien —dijo Nils Gustaf—. Mantenga ese gesto. Justo ese gesto...

En una de las sesiones, Nils Gustaf hizo un descanso para ir al retrete y el pastor se quedó solo en la cabaña. Durante unos instantes luchó con su conciencia antes de levantarse y acercarse a un gran baúl de madera que había en un rincón. Estaba cerrado. Bajo un creciente nerviosismo, el párroco buscó la llave y al final la halló en el bolsillo de un chaleco que colgaba en la pared. Abrió el baúl y se quedó perplejo. El interior estaba dividido en un buen número de compartimentos llenos de líquidos y polvos en diferentes frascos y botes lacrados. Varios llevaban etiquetas con calaveras que mostraban muecas siniestras. Había cajitas metálicas, vasijas de cristal y tubos de medición, una balanza graduada con pesas; en definitiva, todo el equipamiento posible que se podría necesitar en un laboratorio químico.

Encima del escritorio halló correspondencia sobre material artístico y

sobre encargos de retratos. Una carta contenía la oferta de una exposición en Estocolmo en invierno. Al parecer era bien recibido en los salones de postín. En el portalápices había unos cuantos lápices. El pastor los examinó y se metió uno de ellos en el bolsillo.

—¿Ha encontrado algo interesante?

El párroco se dio la vuelta. La puerta se llenó con el enorme cuerpo de Nils Gustaf. Se puso al lado del pastor, que fingía observar unos lienzos.

—¡Motivos de la montaña!

—Sí, estuve un tiempo arriba en Torne Träsk antes de venir hacia estos lares. ¿Le gustan?

—Debe de haber caminado muy lejos para encontrar unas vistas así, ¿no?

—Me prestaron una tienda. ¡Fue fantástico experimentar la luz nocturna sobre los páramos montañosos!

El pastor asintió con la cabeza. El artista se acercó a una pintura que se había dejado a un lado para que se secase y le dio la vuelta.

—¿Qué piensa el párroco de éste?

—¡Es..., es magnífico!

El pastor se quedó mudo ante el cuadro que Nils Gustaf sostenía en la luz. El lienzo estaba clavado a un sencillo marco de madera. Le faltaban los últimos retoques para terminarlo.

—¿Sabe quién es?

La mujer del cuadro resultaba deslumbrante. El cuerpo ligero parecía flotar en el aire. El pelo dorado daba vueltas igual que nubes en el cielo, el vestido era rojo como la sangre, la cara brillaba en la penumbra del granero. Una belleza impresionante.

—Maria —murmuró el pastor.

—Llevó su tiempo que se soltara el cabello. Pero al final lo logré.

El pastor adoptó un gesto serio.

—Una pintura así difícilmente se le puede mostrar a la gente.

—En Estocolmo se puede.

—¿Pero se debe?

—La chica es bella, pastor. Es la mujer más bella que he visto nunca. Mi pintura sólo capta un vago reflejo de la verdadera Maria.

El párroco permaneció durante un buen rato con la mirada clavada en el cuadro, como si intentara guardarlo en su interior. Luego se volvió hacia Nils Gustaf:

—¿Usted no ha experimentado el despertar de la fe?

—No, en el sentido del pastor, no.

—¿Lo desea? ¿Quiere que le hable de la gracia que yo mismo hallé durante una etapa de gran sufrimiento?

Nils Gustaf mostró una ligera sonrisa.

—No —dijo.

Pero luego, cuando mezclaba colores, añadió:

—Pensándolo bien, sí. Podría pintarlo mientras tanto, reflejarlo en el cuadro.

Durante un segundo, el pastor tuvo que cerrar los ojos a fin de mirar hacia dentro de sí mismo, adentrarse bien en sus extensos bosques interiores.

—También aquella mujer se llamaba Maria —empezó.

Eso ya era una mentira. La mujer que se hallaba en lo más profundo de su ser se llamaba Milla Clementsdotter. Pero si el artista se enteraba de su nombre, quizá querría encontrarla. Intentar que se soltara el cabello.

—Ocurrió durante el invierno después de mi examinación pastoral. Me hallaba en un largo viaje de inspecciones, y una noche de enero llegué al pueblo de Åsele. El viaje había sido arduo y estaba muy cansado. La oscuridad del invierno pesaba sobre el paisaje, y una oscuridad parecida reinaba en mi interior.

—Sí, es en momentos así cuando uno anhela compañía femenina.

—En momentos así —dijo el pastor—. En momentos así, bajo el resplandeciente cielo estrellado, puede aparecer la gracia.



Las noches se tornaron notablemente más frías. Los animales correteaban de un lado a otro preparándose para el largo invierno polar. También las personas se apuraban a cosechar y recoger para aprovisionarse y llenar los almacenes. Se revisaban los tejados y las ventanas, se metía musgo entre los troncos de las casas a fin de aislarlas del rigor invernal. Se vaciaban las letrinas para que los excrementos congelados no se alzarán como torres en los agujeros con la llegada de la gelidez.

Aunque sólo era finales de agosto, el pastor descubrió en sus plantas de patatas los primeros daños causados por las heladas. Las puntas de las hojas se habían arrugado y oscurecido. Agarró con preocupación la pequeña pala para plantar y empezó a hurgar entre las raíces. Enseguida vislumbró algo amarillo entre la arcillosa tierra marrón. Delicadamente recogió el bulto duro y siguió cavando en medio del huerto. No tardó mucho en dar con más frutos, en total seis grandes y dos tan pequeños como guisantes y que seguían pegados a los brotes de las raíces. Los recogió todos y los contempló con curiosidad. Al quitarles la tierra frotando con el pulgar comprobó que tenían una fina piel, debajo de la cual había una pulpa clara de un blanco amarillento. Le dio un mordisco esperando encontrarse con un sabor a manzana, ya que la consistencia recordaba a frutas recién caídas de un manzano, pero no sabía más que a agua. Con la cosecha en los huecos de las manos se acercó al pozo para limpiarla.

—Ven aquí, Jeana —llamó a su hija, que jugaba con la perra.

Cortó un trocito y se lo dio. La niña lo masticó un momento y luego lo escupió en la hierba. La perra se acercó y lo olfateó, pero tampoco quiso

comérselo.

—¡Padre, no me engañe!

—Se llama patata —explicó él—. Un amigo de estudios en Uppsala me dio las semillas.

Ahora que los bultos estaban limpios, se veían pequeñas cavidades en ellos. También en los que había plantado al principio del verano, y de aquellas cavidades habían salido unos tallos pequeños y violetas. ¿Debería tal vez echárselo todo al cerdo?

Entró en la cocina con las patatas y las estudió con una lupa de gran aumento. Partió uno de los bultos dejando al descubierto una estructura interior, que consistía en una pulpa dura blanca amarillenta que brillaba húmeda. En la chimenea había una olla de hierro en la que todavía quedaba algo de agua caliente en el fondo. Metió las patatas en la olla, una tras otra, y las puso a hervir. No pasó nada. El color no cambió, no se contrajeron ni la piel se arrugó. En cambio, surgió un olor muy agradable, que recordaba al pan húmedo. Con un palito controló de vez en cuando si la consistencia había cambiado, y tras unos minutos los bultos empezaron a ablandarse. Pronto pudo atravesarlos sin problema. Expectante, los sirvió en un plato que puso encima de la mesa. Justo entonces entró Brita Kajsa. Olía a establo y tenía la frente sudorosa después de la faena.

—Siéntate —la exhortó el pastor mientras buscaba una cuchara—. Vamos a probar la cosecha.

Ella frunció el ceño cuando su marido le mostró los redondos y humeantes bultos.

—¿Son nabos?

—No, no son nabos. Son nuestras recién cultivadas *solanum*.

—¿Ya las has cosechado?

—Sólo la primera de las plantas. La perra se negó a comerlas. Pero ahora las he cocido.

Brita Kajsa partió la patata con cuidado, tomó un pedacito y se lo llevó a la

lengua. El pastor siguió su ejemplo. Una pequeña sonrisa se dibujó en las mejillas de la esposa.

—No está mal —dijo—. Quizá necesiten un poquito de sal.

Echó unos granos del salero. El párroco se estiró a por la cajita de la mantequilla que estaba sobre la mesa, metió la cuchara y extrajo un buen trozo que dejó caer entre las patatas. El calor derritió la mantequilla, que se mezcló con la sal. El pastor mojó el trozo de patata en aquella salsa y luego se lo llevó todo a la lengua. Una deliciosa suavidad le estalló en la boca, le hizo cerrar los ojos al tiempo que chasqueaba con gran fruición.

—No hay que derrochar la mantequilla —objetó Brita Kajsa.

—Vale, pero pruébalo. Mezcla la patata con mantequilla y sal.

Brita Kajsa le hizo caso. El pastor vio cómo sus labios se cerraban, cómo empezaba a masticar tentativamente para, de pronto, detenerse. Inmóvil, observó a su marido.

—Uy —exclamó.

Al principio él creyó que se había quemado, idea que descartó al ver la mirada de incredulidad que le lanzó su esposa, como para buscar una confirmación de que aquella sensación realmente era verdad.

—¿Patata? —preguntó.

—Esos bulbos que planté en el huerto. De una sola planta han salido seis.

—Sabe a gloria.

—¿A que sí?

—Está tan bueno que lo más probable es que sea venenoso.

—Entonces quizá nos muramos pronto.

El pastor partió otra patata. Ella también. Comían del mismo plato.

—¿Seis de una sola planta?

—Sí, y hay más fuera.

—Patata —dijo de nuevo—. ¿De la planta *solanum*?

—Al principio pensé en dárselo todo al cerdo.

—¿Estás loco?

—Pero había oído que se podían hervir. Y cuando las tomas con mantequilla y sal...

—Bueno, la mantequilla tampoco es del todo necesaria.

—De un solo bulbo han salido seis frutos. ¡Imagínate si obtenemos la misma cosecha de los otros! Tenemos que difundir este conocimiento. ¡Voy a contárselo a todos desde el púlpito!

—Creo que la gente prefiere los nabos.

—¿No te parece que, a pesar de todo, estaría bien animarlos a plantar unas matas?

—Como una planta suplementaria quizá —meditó ella.

—Este sabor —dijo el pastor exaltado—. Patatas nuevas recién cocidas. La verdad es que creo que no se me va a olvidar nunca.

—¡Espero que no nos pongamos malos!

—Entonces moriremos bienaventurados.

—¿Has dicho que hay más fuera?

—Desde luego que hay más. Podemos preparar unas para los niños también.

—Siento algo moviéndose en el estómago. Quizá sea como con la oronja falsa, que el veneno empieza a avanzar sigilosamente poco a poco...

—Vamos a acostarnos un rato a descansar, Brita Kajsa. Será sólo de tener el estómago lleno.

—¡Sí, que Dios me ayude!

—Patata —repitió el párroco—. ¿Quién podría haber sospechado esto? ¡La creación está llena de los milagros más deliciosos!

En cuanto se acostaron, se le pasó el dolor de estómago a Brita Kajsa. Nunca solía hallar la suficiente tranquilidad como para descansar, pero en esta ocasión cerró los ojos y se adormiló. Pronto el pastor escuchó sus pesadas respiraciones mientras los venosos y violetas párpados temblaban ligeramente. Él también se quedó traspuesto y soñó con un futuro en el que cada granja en las tierras norteñas tendría grandes y frondosos patatales.

¿Sería de verdad posible que una patata de siembra multiplicara por seis este manjar? Con un resultado así, expulsarían el hambre de una vez por todas del valle de lágrimas tornedaliano.

Me hallaba junto al pozo limpiando unos salmones otoñales que le habían dado al pastor como diezmo. Las entrañas de los peces se las tiré a Tjalmo, que las olisqueó con suspicacia antes de probarlas. El diezmo había aumentado desde que el pastor se mudara a Pajala. Antes, en Karesuando, a los pobres campesinos les costaba pagar el impuesto que les correspondía, y el párroco nunca quiso exigirles nada. Pero en la zona de Pajala había fincas con buenos ingresos, aunque los habitantes de todas formas daban menos de lo que debían. Y el porqué estaba muy claro. Desde que el movimiento del despertar se había puesto en marcha, el pastor había dejado de servir aguardiente a los que acudían con su mantequilla, sus quesos y sus nabos, y así se redujo notablemente la voluntad de pagar. Si no recibías el trago de aguardiente al pagar el diezmo, te olvidabas con mayor facilidad de tus obligaciones.

Los peces mostraban feas heridas. Por estas fechas, hacia el otoño, cuando las tardes se iban acortando poco a poco, se pescaba el salmón con fisga. En la proa de los barcos se montaba un soporte de hierro en el que se encendía leña seca para que las llamas iluminasen la corriente. La luz atraía a los peces, los bancos podían llegar a ser tan densos que el agua parecía hervir. Luego se pescaban alcanzándolos en los brillantes lomos con grandes fisgas.

Mientras yo los limpiaba, Tjalmo de repente se levantó de un salto y salió a la carrera ladrando. Era Nils Gustaf quien se acercaba.

—¿Está el reverendo en casa?

Me limpié las pringosas manos antes de entrar en la casa parroquial. El pastor interrumpió su escritura y me acompañó a recibir al artista. Nils Gustaf

mostraba una amplia sonrisa y abrió los brazos invitándonos a disfrutar del entorno.

—¿Qué me dice de la luz?

—¿La luz?

—Sí, ¿qué me dice un hombre de iglesia de la luz?

—Que es la creación de Dios.

La sonrisa de Nils Gustaf se amplió aún más. Resultaba obvio que tramaba algo.

—¿Se puede sostener la luz en la mano? ¿Tocarla, atraparla?

—No sé si le entiendo muy bien. ¿Se refiere al cuadro?, ¿está terminado?

—No, me refiero a la luz del mundo. ¡Venga conmigo y se lo enseño!

Nils Gustaf echó a andar por el sendero sin demora, el pastor y yo lo seguimos. Con un amplio movimiento de brazo, el artista dibujó la curvatura del cielo.

—Miren allí arriba, todas las nubes que avanzan por el cielo. ¿Existen las nubes? No podemos tocarlas, ni acercarnos a ellas. Aun así, afirmamos que están ahí.

—Están formadas por vapor de agua —dijo el párroco.

—Y piensen en el arcoíris, ¿existe? ¿O la luna llena? ¿Crees que existen, Jussi?

—Sí.

—¿Crees que existen aunque no puedas tocarlos?

—Sí.

—Entonces ¿por qué podemos verlos?

No se me ocurrió respuesta alguna. Nils Gustaf chasqueó contento con la lengua.

—¡Porque tenemos la luz! Si la luna fuera oscura, nunca nos habríamos dado cuenta de su existencia. Es la luz la que la hace visible.

Habíamos llegado a la iglesia de Kengis. Nils Gustaf señaló la fachada.

—¿Y la iglesia? ¿Cree el párroco que está aquí ahora mismo?

El edificio alzaba su familiar perfil en la colina.

—Ya lo creo, aquí está sin duda —confirmó el pastor.

—Lo creemos porque nuestros ojos pueden verla. La iglesia entra en el ojo por medio de la luz, ¿no es eso lo que piensa usted?

—Sí, supongo que es una forma de expresarlo.

—Yo, por mi parte, podría sacar mi cuaderno y dibujar una representación de ella: me dedico un rato a esbozarla y pronto la contemplamos en la hoja, y aunque no sale exactamente igual, se aprecia que el boceto representa la iglesia. Y si yo ahora le pido al párroco que observe su iglesia...

—¿Sí?

—Allí está. ¿La ve?

—La veo.

Nils Gustaf aguardaba con semblante pícaro. Durante un instante pensé que estaba bebido, que todo esto no era más que desvaríos. Introdujo la mano bajo el abrigo y sacó una carpeta de cartón. La abrió despacio. Allí había un pequeño trozo cuadrado de cristal que sostuvo en el aire delante de nuestros ojos. El pastor se puso las gafas con gesto interrogante antes de examinar el vidrio más de cerca.

—¡Es la iglesia! —exclamó.

Nils Gustaf asintió entusiasta con la cabeza.

—Dibujada de un modo exquisito —continuó impresionado el párroco.

El artista levantó la mano.

—No está dibujada.

—Pintada, quería decir. La ha pintado.

Yo también me acerqué para ver mejor. La pintura era más pequeña que la palma de la mano del artista. Aun así, todos los detalles estaban perfectamente representados con una precisión asombrosa: la situación de las ventanas, la inclinación de las tablas de las fachadas laterales, la cruz de madera que decoraba el tejado. Nils Gustaf bajó la voz como si quisiera revelar un secreto.



—No soy yo quien ha hecho esta pintura.

—¿No?

—No, la verdad es que no ha sido obra de ningún ser humano. ¿Puede, el párroco, explicarme cómo ha sucedido?

El pastor le dio la vuelta al trozo de cristal. Allí no había ninguna inscripción, nada que diera una pista.

—La luz —dijo Nils Gustaf.

—¿La luz?

—Lo que sostiene ahora mismo en su mano —dijo con solemnidad— es luz congelada.

El pastor rozó la placa de cristal con un dedo. La superficie era lisa y dura.

—¿De modo que esto es una especie de brujería? —preguntó el párroco.

—Se puede decir que sí. Ya lo creo que se puede decir que sí. Y ahora, acompáñenme, por favor.

El artista subió por la escalera que llevaba a la entrada de la iglesia. La puerta no estaba cerrada con llave, y nos invitó a pasar a la antesala. Junto a la pared había montado una tienda con mantas oscuras. Se metió dentro durante un rato, escuchamos el tintineo de vasijas de cristal y percibimos un fuerte olor a vapores químicos. Luego salió de la tienda agachado y me enseñó una especie de soporte de madera con patas torneadas y elementos de apoyo.

—¿Me puedes ayudar con el trípode, Jussi?

Lo levanté mientras el artista abría un baúl de cuero marrón con herrajes de latón. De allí sacó una caja cuadrada y negra.

—¿Quizá el pastor nos podría buscar una silla? Preferentemente una con respaldo alto.

El artista salió y yo lo seguí. Tras andar unos cincuenta pasos se detuvo. Le di aquello que él llamaba trípode. Desplegó las patas de apoyo y lo estabilizó con tornillos y riostras hasta que estuvo bien firme. Después abrió la extraña caja negra y fijó ese artilugio en el trípode con unas roscas.

El pastor apareció cargando con un pesado mueble de la sacristía. Me

apresuré a ayudarlo. Nils Gustaf nos indicó que pusiéramos la silla delante de la iglesia pero un poco alejada de la entrada.

—Ahora quiero que el párroco se siente. Apoye la cabeza en el respaldo. Y luego se trata de permanecer perfectamente quieto, no puede haber el más mínimo movimiento.

—¿Sólo quiere que esté sentado, nada más?

—Espere un momento, que termino de prepararlo todo.

Nils Gustaf levantó un trozo de tela negra y lo pasó por encima de su cabeza y del trípode. Todo lo que sobresalía era un pequeño tubo con un ojo de cristal. Levantó el brazo derecho.

—¿Está completamente quieto?

—Sí.

—No se mueva mientras mi mano esté levantada. Míreme todo el tiempo. ¡Atención!

Escuché unos ruidos metálicos procedentes de debajo de la tela, como de algún artilugio mecánico. La mano derecha levantada indicaba que el proceso todavía continuaba. El sol brillaba caliente sobre nosotros. Una vaca mugía desde alguna de las granjas cercanas. Vi un pájaro pasar raudo por el cielo, su sombra cruzó un instante el rostro del párroco, pero éste permanecía como petrificado. Por fin se oyó el ruido metálico de nuevo y el brazo del artista bajó.

Nils Gustaf salió jadeando de debajo de la tela, parecía haber estado conteniendo el aliento. Sin más explicaciones procedió a desmontar la caja, aún envuelta en la tela negra, antes de ir con el bulto hacia la antesala de la iglesia.

—¿Quiere que lleve el trípode?

No contestó. Levanté el soporte de madera del suelo revelando así las marcas de las tres patas. No lo plegué sino que lo cargué apoyándomelo en el hombro tal y como estaba hasta la escalera de la iglesia. Luego ayudé al pastor a llevar la pesada silla. Los dos estábamos igual de confundidos acerca de lo

que estaba sucediendo. Desde el interior de la tienda en la antesala se oía que se desarrollaba una intensa actividad. Vimos la manta ondearse mientras Nils Gustaf trajinaba dentro. Tintineos de cristal y de metal se mezclaban con sonidos de tapas que se desenroscaban y líquidos que se vertían. Al parecer se trataba de un proceso complicado. Pronto se percibió un olor a humo de algo que el artista calentaba. Al final sus gruesas botas se hicieron visibles cuando salió encorvado caminando de espaldas. Vislumbré cuencos, frascos y largas pinzas allí dentro. El artista sostenía algo cerca del cuerpo, como si protegiera un delicado nido de pájaros. Entusiasmado, se incorporó y extendió el brazo enseñando la palma de la mano. Allí yacía una placa de vidrio, todavía resplandeciente de humedad. Al principio sólo vi el fulgor y, en la parte de abajo, una gota brillante que se hinchaba antes de caer como la plata. Pero cuando cambié de posición descubrí que había algo, un dibujo, una imagen.

El artista salió a la escalera y levantó la placa a la luz. Y ahora lo vimos. Allí estaba la iglesia de Kengis, al igual que en la primera placa, pero delante de ésta se perfilaba una silueta con vestimenta oscura, una figura embutida en un abrigo largo y con el descuidado cabello echado hacia atrás. Los labios eran grandes y marcados; la nariz, huesuda. Y encima, dos oscuros agujeros que debían de ser los ojos. Los contemplé, me devolvieron la mirada sin parpadear.

—Está sentado delante de su iglesia, párroco. Y así seguirá, ahora su retrato quedará para siempre.

El pastor temblaba de entusiasmo, apenas podía mantenerse quieto.

—¡Leí sobre esto en Uppsala! —exclamó—. Esto debe ser una *camera obscura*.

—Aún mejor, párroco. Es algo completamente nuevo, un amigo mío lo ha pedido de Francia. La técnica se llama daguerrotipo.

—Una máquina que capta la luz...

—Aquí, tenga. Le dejo las placas de vidrio como recuerdo de este día en el que usted fue la primera persona retratada de esta manera en Pajala. Guarde

bien la imagen. Consérvela para siempre.

—Lo haré —murmuró el pastor mientras sujetaba el cristal con cuidado como si lo que tenía entre las yemas de los dedos fuera una costra de hielo—. Gracias. Lo haré, de verdad.

Del bolsillo sacó un pañuelo para protegerlo.

—¿Y la imagen no desaparecerá con el paso del tiempo? —añadió.

—Al parecer perdura.

—¿Más tiempo que una vida humana?

—Sí, quizá. ¿No sería eso extraño? En un futuro desconocido, cuando los dos llevemos mucho tiempo sin estar, se podrá contemplar al párroco, verlo como si estuviese vivo. Casi como en un herbario.

El pastor todavía no lograba apartar la mirada de la imagen.

—¿Y si el arte del daguerrotipo se extendiera más? —comentó—. ¿Si cualquier persona pudiera aprender a usarlo? ¿Qué sería de ustedes entonces?

—¿Qué quiere decir?

—¿Necesitaría entonces el mundo a pintores de retratos?

La idea pareció incomodar a Nils Gustaf.

—Sin duda ese día tardará todavía mucho en llegar.

—Pero un día quizá ocurra. Cuando todo el mundo tenga sus propios aparatos, cuando todo el mundo sea capaz de producir sus propias imágenes y enseñárselas unos a otros, ¿supondrá eso el fin del arte de la pintura?

—¿Sabe qué? Creo que el párroco puede llevar razón. Puede que llegue ese día.

—¿Y qué tipo de época será?

—La de la luz —dijo—. La época de la luz.

El pastor asintió con la cabeza, todavía visiblemente aturdido.

—¿Me podría enseñar el proceso? —pidió—. Antes de que guarde todo el equipo... Me ha parecido percibir olor a plomo.

—Vapores de mercurio —lo corrigió Nils Gustaf—. Venga, que se lo muestro.

Dejé a los dos hombres en la antesala de la iglesia inmersos en una intensa conversación. En mi cuerpo brotó una inquietud, una sensación de peligro.

La época de la luz. Lucifer.

¿Era eso lo que le esperaba a la humanidad?

Sentí que había llegado el momento. Llevaba ya mucho tiempo escuchando a la voz cantar dentro de mí: la del *matkamies*, el caminante. Debía dirigirme hacia el norte. En el borde de los caminos, el *Epilobium angustifolium*, la hierba de la leche, soltaba sus remolnantes bolitas de semillas. Se pegaban a la ropa y vistas bajo una cierta luz se asemejaban a la nieve. Los pájaros se preparaban para partir agrupándose en bandadas. Las avispas se enfadaban ante su inminente muerte y tenían ganas de mordisquear carne. Por las noches se abría el mar aéreo como un brillante tubo al cosmos y sobre los prados caía el frío del espacio. Al principio el otoño no era más que una pequeña pendiente. Pero con el tiempo se empinaba cada vez más hasta transformarse en un precipicio que caía a una blanca oscuridad. Una urgencia se percibía en todo lo vivo, una añoranza por alejarse. Busqué el cuévano en el que guardaba los trozos de pan. No le había dicho nada a nadie. La última noche el pastor me pasó el brazo por los hombros como si quisiera darme un consejo. Desvió la mirada, parecía que buscaba una palabra apropiada. Intuía mi estado de ánimo, comprendió que una vez más había llegado la hora. Pero nunca habíamos podido hablar de eso. Y por la noche, cuando todos ya dormían, me escabullí, como si sólo pensara vaciar la vejiga. Después ya no me vieron más.

El pastor se sentó en la escalera del porche de la casa parroquial y se entretuvo preparando su pipa matinal. En cuanto el humo se elevó, los mosquitos, el tormento del mes de agosto, se dispersaron. Se abrió la puerta y Brita Kajsa se sentó a su lado. Su cuerpo, al igual que el del párroco, se había anquilosado con la edad, aquella agilidad felina de cuando se prometieron había ido desapareciendo poco a poco. Pero en el pensamiento seguía tan aguda como antes. Ahora, una vez terminados los quehaceres matinales, podía permitirse por fin una pequeña pausa.

—Jussi se marchó anoche —dijo.

—Ajá.

—¿No te comentó nada?

—Entendí que había llegado el momento. He advertido su inquietud.

—¿Qué será lo que tira de él de esa terrible manera?

—Volverá.

—¿Tú crees?

—Suele hacerlo.

El pastor miró al nublado cielo de agosto.

—Los años pasan —murmuró entre largas caladas.

—¿Cómo está el estómago?

—Mejor.

—¿No te duele?

—No, no me duele. ¿Y tú cómo estás?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, tirando —dijo—. Pero los años se meten en las articulaciones.

—Ya.

—¿Por qué el Señor le creó unas articulaciones tan malas al ser humano? Podrías predicar sobre eso alguna vez.

—En las Escrituras no se dice gran cosa sobre las molestias articulares.

—Un montón sobre la lepra y la ceguera y los tullidos y lisiados y las langostas y los diluvios, pero nada sobre las viejas achacosas con dolores en las articulaciones. ¿No te parece que al Señor se le pasó un capítulo ahí?

—¿Tal vez Brita Kajsa misma debería predicar sobre eso?

—¿Pero las mujeres no debemos callar en la congregación?

—No soy yo quien ha decidido que sea así.

—Los predicadores del pastor son todos hombres. Pekka y Juhani, Erkki Antti, Ies-Pieti y todos los demás. Si no nombras pronto a una predicadora, el movimiento lo dirigirán hombres durante mucho tiempo.

El párroco reflexionó sobre las palabras de su esposa.

—Un problema —dijo pensativo— es que las mujeres a menudo carecen de la cultura necesaria.

—Pues entonces proporcionádsela. Dejad que entren en los seminarios y en las universidades, y ya veremos si no aprenden a pensar.

—Luego está el tema de la acústica. Una voz femenina es de naturaleza más débil y no se oye igual de bien en la iglesia.

—Pues tendremos que levantar nuestras voces —adujo ella—. Para que nos oigan.

—Me temo que tendrá que pasar mucho tiempo antes de que llegue ese día.

—¿No fueron las palabras de una mujer las que alumbraron el movimiento del despertar? —señaló ella—. Esa muchacha en Åsele que siempre nombras dio muestras de una comprensión más profunda del orden de la salvación que todos los pastores y catedráticos de teología bíblica juntos. Fue una sencilla chica lapona sin formación la que consiguió despertar tu fuego espiritual.

—Sí, es verdad. Nunca olvidaré a Maria...

—Se llamaba Milla. Milla Clementsdotter.

—Sí, eso es, ése era su nombre de pila.

—Milla Clementsdotter sería una predicadora excelente.

—Sí, seguramente —asintió el párroco—. Sin duda sería una predicadora muy buena.

—¿O por qué no alguna de nuestras hijas? ¿Nora o Sophia?

—¿Crees que debería dejarlas subir al púlpito?

—Al menos podrías enseñarles a hablar. Como enseñas a los hombres. Has entrenado a Jussi.

—Con Jussi es diferente.

—Porque lo encontraste en una cuneta.

—Porque Jussi me..., me recuerda a Levi.

Al pastor se le vino a la mente el pelo rizado de Levi, se acordó de cómo su hijo se desternillaba de risa cuando le hundías la nariz en la barriga. De los niños que habían perdido, Levi era al que más echaba de menos.

Brita Kajsa empezó a masajearse con el pulgar los tensos tendones de la nuca.

—¿Y cómo ha evolucionado el tema de Kautokeino? —quiso saber—. He oído que encarcelaron a los samis que interrumpieron el culto.

—Sí, pero ya han soltado a la mayoría. Me gustaría creer que todo se tranquilizará pronto.

—Querido pastor mío, ¿suenas escéptico?

—El alguacil sigue sin dar con Ellen Skum. Ella evita su condena a prisión, y sus familiares allí fuera en las montañas la protegen. Además, los samis deben hacerse cargo de las costas del juicio. Quizá tengan que vender todos sus renos para poder pagarlas.

—¿Pero entonces de qué van a vivir?

—Hay una preocupación y una amargura enormes ahí arriba. Creyeron que luchaban por el bien.

—¿Siguen interrumpiendo los servicios religiosos?

—He oído que Stockfleth se ha mudado. El nuevo se llama Fredrik



Waldemar Hvoslef, otro pastor que no busca más que ganarse el pan.

Titubeante, Brita Kajsa cogió la mano de su marido. Desde dentro de la casa se oían gritos de las niñas, que habían empezado a pelearse por algo.

—Estoy preocupada.

—Yo también.

—Hay fuerzas siniestras en movimiento —siguió Brita Kajsa en voz baja—. Temo que estén preparando una batalla.

—¿Contra nosotros?

—Contra los samis. Contra el movimiento del despertar. Contra todo lo que nos es sagrado.

El párroco la contempló, se enfrentó a su rostro serio. Los años habían cavado profundos surcos en las comisuras de los labios, la piel en torno a los ojos era flácida y gris. Aun así, parecía brillar como por un fervor interior. Si el pastor era la corteza del abedul que se inflamaba rápidamente, Brita Kajsa era el tocón de brea que podía arder sin llama durante horas en la noche invernal y salvar la vida del encorvado caminante que tiritaba de frío.

—Debo ir a Kautokeino —decidió el pastor—. En cuanto tenga tiempo, viajaré. Sin embargo, primero debemos encontrar al criminal. Hay que detenerlo, ahora que ha cogido el gusto por la violencia. Existe un riesgo muy alto de que vuelva a actuar.

—Que Dios nos ampare —murmuró ella.

Desde la casa se oían gritos cada vez más altos y golpes sordos. Brita Kajsa se levantó, se alisó la falda y entró. En cuanto abrió la puerta, las niñas se callaron.

### III

*Las mujeres más hermosas  
tu pincel atrapa.*

*Los tesoros los escondes  
en lo más profundo de tu morral.*

*Brindemos y bebamos  
por el arte.*

*El más fuerte  
aguantará el trago.*

La lluvia otoñal caía a cántaros, copiosa y fría, convertida a ratos en nieve. Estaba medio tumbado en el rincón mientras Tjalmo dormitaba con el lomo apoyado en mis muslos. Había llegado por la noche y mientras todo el mundo dormía entré sigiloso para acostarme en mi sitio de siempre. Ahora el pastor me observaba.

—*Sieki täälä* —dijo al final—. De modo que has vuelto, Jussi.

Ni una palabra acerca de dónde había ido ni qué había hecho. Pero me di cuenta de que se alegraba.

Estábamos todos contentos de librarnos del mal tiempo, sentados tranquilamente en torno a la mesa de la cocina. Era un buen día para trabajar dentro de casa. Brita Kajsa me sirvió un cucharón extra de gachas a pesar de que le había dicho que no hacía falta. Era su manera de darme la bienvenida. Las hijas murmuraban entre risitas que hablaba diferente, casi como un noruego. Les di mi último trozo de pescado seco y me quedé contemplándolas mientras masticaban y sentían el mar en sus bocas. Entretanto, el pastor desayunaba distraído hojeando viejos periódicos que le habían mandado desde Estocolmo. *Aftonbladet*, ponía en la portada de uno. Quizá buscaba material para el sermón del domingo.

De repente, Tjalmo se levantó de un salto. A continuación se oyeron pasos en la escalera del porche seguidos por fuertes golpes en la puerta. Nora abrió y en el umbral apareció un hombre empapado, tan bañado en lluvia que parecía haber nadado en el río. No lo reconocí hasta que se quitó el sombrero. Era Heino, uno de los peones de la fundición. Nora lo invitó a pasar.

—Pasa y caliéntate, Heino —lo animó el pastor con calma—. Hay gachas

con mantequilla.

—El párroco tiene que venir —jadeó el hombre, cansado después de su apresurada caminata bajo la tormenta.

—¿Qué es lo que urge tanto?

—Creo que es mejor que...

—¡Venga, dílo ya, hombre!

—Es que sabemos que el párroco lo conoce. El artista que vive al lado de la fundición. Se ha encerrado en su cabaña. Hemos llamado a la puerta y por la ventana, pero no quiere abrir.

—Voy ahora mismo.

Heino asintió aliviado con la cabeza. La cara se veía congelada, la frente y las mejillas brillaban mojadas por la lluvia. Miró fuera, donde el agua azotaba los cristales de las ventanas. El pastor dejó su plato de gachas a medio terminar y se fue a buscar su abrigo. Yo me levanté de un salto y cogí su bolsa, que envolví en una manta para protegerla de la humedad. A continuación, salimos.

A los pocos minutos íbamos calados hasta los tuétanos. Pese a que mi *gákti* de piel estaba impregnado de grasa para aguantar la lluvia, la humedad se filtraba por las costuras. El fuerte viento nos echaba gotas de agua en la cara como si estuviéramos dentro del río. Las ráfagas de aguanieve nublaban la vista y a veces, envueltos en una espesa niebla, la visibilidad desaparecía del todo. El pastor intentó averiguar más detalles de lo ocurrido, pero sólo recibía respuestas vagas de Heino, que además aceleró el paso hasta que a duras penas mantuvimos su ritmo. El agua resbalaba por las perneras y se me metía en las botas, con cada pisada se oía un chapoteo. Hice lo que pude para proteger la bolsa del párroco, aunque tenía los dedos congelados y doloridos. Sudaba y pasaba frío a la vez. Me recordaba a las penalidades vividas durante mi infancia en la montaña cuando nos mudábamos con la tela de la *goahiti* en un trineo. Mi padre tiraba de él entre juramentos y maldiciones mientras yo hacía lo que podía para seguir el rastro que dejaban sus esquís. Ahora me

limpié con la mano la mezcla de sudor y lluvia que me cubría la cara. Heino miró hacia atrás, preocupado por nuestra lentitud. Por fortuna, la fundición no estaba demasiado lejos de la casa parroquial, de modo que pronto pudimos ver la gran mansión alzarse sobre los prados.

Nos acercamos corriendo a la cabaña donde se alojaba Nils Gustaf. Arrimada a la pared en el lado que se hallaba al abrigo del viento y la lluvia, se veía una figura; era la criada morena que el pastor había conocido. Al descubrirnos nos hizo una reverencia. El párroco saludó rápido con la cabeza antes de dirigirse a la ventana y ponerse de puntillas para echar un vistazo.

—Mira tú también, Jussi —me pidió.

Dejé la bolsa y seguí su ejemplo. La estancia tenía el aspecto que recordaba de mi anterior visita. Allí estaba el caballete y había lienzos colgados por todas partes secándose. En un rincón se hallaba la cama de Nils Gustaf. Dos perneras asomaban un poco, como si el hombre allí tumbado fuera a incorporarse en cualquier momento. Pero pese a los golpes que dábamos en la ventana no se advertía movimiento alguno.

El pastor fue hasta la puerta y bajó la manija. La puerta no se podía abrir. Examinó la cerradura forjada a mano.

—¿Suele echar el cerrojo?

—Sí, pero cuando sale de casa —dijo Heino.

—¿Y por la noche?

—Por la noche también.

—Hay una botella de coñac ahí dentro —continuó el párroco—. ¿Y si simplemente está borracho?

—Es lo que creímos al principio. Pero no se mueve. Al final debería despertarse, ¿no le parece?

El pastor se esforzó por pensar en algo.

—Vete a avisar al patrono de la fundición —pidió.

—Ha partido hacia Matarengi.

—Vaya, así que se ha marchado...

—Y como la llave está puesta por dentro, la puerta no se puede abrir desde aquí.

El párroco miró por el ojo de la cerradura y constató que así era. Una vez más golpeó la puerta, sin reacción alguna.

—Si no se puede abrir sin llave, no nos queda más remedio que forzarla.

—Pero...

—Es posible que Nils Gustaf se haya puesto enfermo. Temo que sea algo grave.

Se mandó a la criada a la leñera que estaba cerca. Enseguida volvió con un hacha de mango corto. Se la tendió a Heino, pero el hombre vaciló.

—Bajo mi responsabilidad —dijo el párroco.

Heino apuntó y lanzó un hachazo contra el marco, la puerta en sí era demasiado valiosa como para dañarla. El marco no tardó en romperse en pedazos, de modo que se pudo arrancar la cerradura haciendo palanca. La puerta se abrió deslizándose. Un olor ácido a trementina y lana vieja nos golpeó en la cara.

—Ahí quietos —ordenó el pastor—. Tú también, Jussi.

Se descalzó y se limpió minuciosamente los pies de la mojada paja de relleno que llevaban las botas antes de acercarse despacio y con solemnidad a la cama. Prestando en todo momento atención a donde pisaba. Recorrió la estancia con la mirada igual que hacía mientras buscaba hierbas y plantas. Al llegar al cuerpo se detuvo, se inclinó y palpó la muñeca de Nils Gustaf. Durante un instante se quedó inmóvil buscando el pulso. Después se incorporó y meneó la cabeza.

—Que Dios lo tenga en Su gloria...

Me entraron escalofríos. El peón y la criada se miraron de reojo mientras asimilaban las palabras.

—¿Nils Gustaf está...?

El pastor sacó un pañuelo del bolsillo y tosió dentro. A continuación, se limpió los labios y devolvió el pañuelo a su sitio.

—Lo lamento —dijo esforzándose por mantener la voz estable—. Los miembros ya están rígidos. Alguien debe mandar recado a Michelsson y Brahe. Los demás nos quedamos aquí vigilando.

La criada se dio la vuelta y salió corriendo hacia la mansión con la falda revoloteándole entre las piernas.

—Jussi, dame la bolsa. Y tú, Heino, no te muevas de la puerta. Y no dejes entrar a nadie pase lo que pase.

Le di la bolsa a través del vano. El párroco sacó papel y lápiz mientras yo me quitaba las botas. Cuando entré me indicó que pisara sobre sus huellas. Fuimos hasta la cama en silencio.

Nils Gustaf yacía de lado con el rostro vuelto hacia la pared. La cara mostraba un aspecto atroz: los labios abiertos y torcidos como en un grito prolongado, y las mejillas y el mentón descoloridos por la lividez cadavérica. Estaba vestido y calzaba unas sencillas pantuflas de piel. Las piernas, completamente rígidas, sobresalían por el borde de la cama. Tenía parte de la mano izquierda metida en la boca, como si hubiera intentado arrancarse la lengua, y la derecha agarraba la colcha. Sin duda había fallecido entre fuertes dolores. El pastor le desabotonó la camisa y apoyó su mano en el pecho para averiguar si quedaba algo de vida. Luego tiró un poco de una de las piernas, y tras mirar de reojo a Heino, que seguía atentamente nuestras actividades, cambió del finés a un sami en voz baja.

—Frío y rígido, Jussi. Debió de fallecer ayer.

—Ajá.

El párroco pasó la yema de los dedos por las suelas de las pantuflas.

—Empezó a llover por la tarde. A eso de las seis, si mal no recuerdo.

—Sí, exacto.

—Sus pantuflas tienen la suela mojada. Y el abrigo está húmedo, así que debió de salir después de que comenzara a llover.

—¿Para dar un paseo?

—En ese caso llevaría otro calzado —objetó el pastor—. Además, el

abrigo no está bien abotonado. Sin duda fue una salida muy breve. Quizá para vaciar la vejiga. Y cuando volvió a entrar...

—Debió de ponerse enfermo de repente —lancé—. Se sintió mal y se tumbó en la cama.

—Sigue, Jussi.

—Una apoplejía quizá. ¿O el corazón?

El pastor se pasó la mano por su barba de dos días.

—¿Por qué hay dos copas en la mesa? —preguntó el párroco.

—¿Dos?

—Apúntalo, Jussi. Por lo visto, ayer tuvo visita.

—¿Pero de quién?

—El caballete está montado. ¿Quizá alguien que quería que le pintara un retrato?

En el caballete había una hoja cubierta de trazados a carboncillo. Se podía ver un esbozo vago de la parte superior de un cuerpo.

—Parece una silueta masculina —comenté.

El párroco pasó a examinar las copas vacías y las olfateó como un perro. En una estantería al lado de la cama estaba el soporte en el que el artista colocaba los lienzos para que se secaran. El pastor sacó uno tras otro y los estudió. Se quedó observando uno de ellos durante un buen rato. No pude resistir la tentación de mirar de soslayo por encima de su hombro.

La pintura representaba al párroco sentado en su jardín junto a su herbario, examinando una pequeña planta que sostenía entre los dedos. La luz caía en diagonal desde atrás y proporcionaba un brillo en torno a su figura, casi como un halo. Me di cuenta de que se trataba del humo de la pipa, que el artista había captado con asombrosa destreza. Pero lo que más me atrapó fue el inesperado semblante del pastor. Allí había una hondísima añoranza, una cosa frágil y triste. Nils Gustaf había dejado a la vista una faceta de la naturaleza más íntima del pastor. Lo que salía a nuestro encuentro en esa mirada no era un



predicador salvaje y colérico espoleando a los fieles con amenazas de fuego y azufre, sino un ser humano lleno de dudas.

—No le dio tiempo a terminarlo —murmuró el párroco.

Se me antojó más bien avergonzado.

—¿De qué hablaron durante las sesiones?

Permaneció un rato en silencio, absorto en sus pensamientos.

—De las mujeres —dijo al cabo de un momento—. De las mujeres que conocimos.

—Es fantástico —dije.

—No está acabado —insistió el pastor.

—Un cuadro así nunca puede terminarse —objeté—. Debe seguir pintándose a lo largo de la vida. Y después también. Pinceladas añadidas por todas las personas que creen conocer al párroco. Una capa tras otra a través de los tiempos.

—Que Dios me ampare —murmuró.

—Pero este..., si me permite decirlo..., Este cuadro de Nils Gustaf será para siempre el mejor.

—No se puede colgar en la sacristía —dijo—. No está acabado.

Quería oponerme, pero guardé silencio. Los demás lienzos eran más convencionales; representaban al patrono de la fundición, Sohlberg, al tendero Forsström y a Hackzell, el agente judicial. Todos daban la impresión de estar concluidos. Quizá quedara por aplicar otra capa de barniz. El pastor miró a su alrededor y me indicó que me preparase para anotar.

—Apunta que la puerta estaba cerrada con llave por dentro. Y que todas las ventanas tenían la aldabilla echada.

Cambió del sami al finés al dirigirse a Heino.

—¿Hay alguna trampilla a un sótano por la que alguien podría haber salido?

Heino negó con la cabeza.

—¿Y una que lleve al desván?

—Sí, fuera, en el lateral de la casa.

—Pero no veo ninguna en el techo. ¿Se puede entrar en la casa desde el desván?

—No.

Al fondo, en un rincón, encontramos el aparato de daguerrotipos, montado en su trípode y cubierto por una manta oscura. El baúl con todos los utensilios y compuestos químicos se hallaba abierto, y dentro reinaba el desorden, todas las vasijas y placas de vidrio se habían sacado de su sitio. El pastor se puso a examinar pensativo uno de los compartimentos laterales. Daba la impresión de que estaba algo torcido. Al tirar un poco a modo de prueba, descubrió que se podía correr hacia un lado, y debajo se abrió un espacio oculto. Pero cuando tocó con las puntas de los dedos lo encontró vacío.

—¿Qué crees, Jussi, que había aquí dentro?

—No lo sé...

—Resulta fácil abrirlo y el cerrojo está desgastado. Al parecer, se ha abierto y cerrado muchas veces. Y el fondo se ve ligeramente descolorido.

Metió su prominente nariz e inhaló hondo. Me indicó que hiciera lo mismo.

—Un olor metálico —dije.

—Estoy de acuerdo —convino el pastor—. Creo que esta capa verdosa es cardenillo. ¿Pero por qué sólo está en el fondo, y no en los laterales más arriba?

Me miró de reojo, pero por muchas vueltas que le di no conseguí dar con la respuesta.

—¿Por qué?

—Porque las piezas de cobre estaban al fondo moviéndose, y encima había billetes.

—¡Claro! —exclamé impresionado por su perspicacia.

—Era en este compartimento secreto donde Nils Gustaf guardaba el dinero. Supongo que se trataba de una suma considerable. Por eso, sin duda, se cuidaba tanto de cerrar con llave la cabaña.

—¿Y dónde estará el dinero ahora? —me pregunté.

El pastor palpó el exterior de los bolsillos del abrigo del fallecido, pero no halló nada.

—En todo caso, no lo lleva encima.

—¿Puede haberlo escondido en otro sitio?

—Habrás advertido que el compartimento secreto no estaba del todo cerrado. El mecanismo de cierre se ha dañado, alguien debe de haberlo forzado. Y no creo que el propio Nils Gustaf tuviera interés en estropearlo. De modo que sólo queda una posibilidad.

—¿El pastor cree que..., que fue un ladrón?

—Un ladrón. Y quizá aún peor.

El pastor juntó las yemas de los dedos igual que hacía a veces durante el sermón.

—Creo que el dinero lo robó la misma persona que asesinó a Nils Gustaf.

—¡Asesinó! —exclamé.

A pesar de que hablábamos en sami, Heino advirtió mi reacción. Bajé la voz y murmuré desconcertado:

—Pero..., pero la puerta estaba cerrada con llave. Por dentro. Y la llave seguía en la cerradura.

—Indudablemente.

—Pero ningún ser humano puede robar dinero y asesinar... y después marcharse con las puertas y ventanas cerradas por dentro, ¿no?

—Continúa, Jussi.

—Y si esto no lo ha hecho un ser humano, tiene que haber sido..., tiene que haber sido otra cosa...

No quería mencionar su nombre, por lo que hice el signo sami del Maligno con los dedos. El pastor me observó pensativo, luego dirigió la mirada a la ventana y la luz que entraba contrajo sus pupilas hasta convertirlas en pequeñas puntas de lápices. Sentí que intensos escalofríos me recorrían la espalda. *Beargalat*. Eran fuerzas de ese orden a las que nos enfrentábamos.

Pronto oímos que un carruaje se aproximaba a la cabaña, y comprendí que había llegado el alguacil. Entró montando el mismo barullo de siempre, seguido de cerca por su ayudante Michelsson. Se notaba enseguida que les había molestado tener que salir bajo la lluvia y que tampoco les alegraba en absoluto encontrarnos allí al pastor y a mí.

—¿Qué diablos hacéis aquí? —espetó el alguacil antes de pasar por delante de nosotros sin ni siquiera saludar.

Sentí el olor a coñac agrio y noté en sus ojos inyectados en sangre que andaba resacoso. Empapados y con las botas llenas de barro, los hombres dieron vueltas por la casa pisando por todas partes sin ningún cuidado y toqueteando a su antojo el rígido cadáver.

—¡Joder, menuda peste! —exclamó Brahe.

Desenganchó la aldabilla y abrió la ventana de par en par. Luego se asomó apoyándose en el alféizar mientras respiraba pesadamente.

—¿Por qué nos habéis hecho venir? —gritó con una mirada acusatoria, y se dejó caer en una silla—. Es obvio que el pobre diablo ha muerto mientras dormía.

Heino miró con el rabillo del ojo al párroco, quien vaciló un instante, pero al final dijo tranquilo:

—Creo que Nils Gustaf no ha fallecido de muerte natural.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Hay signos que...

—¿Pero la habitación no estaba cerrada con llave por dentro y todas las ventanas tenían la aldabilla echada? ¿O me han informado mal?

—No, eso es correcto.

—Bueno, pues el hombre se habrá puesto enfermo mientras dormía. Podemos suponer que le ha dado una apoplejía, ¿no?

Brahe le lanzó una mirada exhortativa a Michelsson, que asintió con la cabeza.

—Habrá que enterrar rápido al desgraciado, no vaya a ser que el cuerpo transmita alguna enfermedad —continuó Brahe.

—¿Pero y si ha sido asesinado?

—Sin embargo, la casa estaba vacía cuando entraron, ¿no?

—Cierto, pero por lo visto Nils Gustaf tuvo una visita anoche.

El alguacil se ahuecó el cuello de la camisa, durante un segundo dio la impresión de que estaba a punto de vomitar. Con no poca repugnancia empezó a desabotonar la vestimenta del fallecido.

—Que yo vea, aquí no hay lesiones. Ni sangre ni otros indicios de lucha. ¿Cómo se supone que lo asesinaron? Un ser capaz de atravesar las paredes de una casa cerrada con llave y matar a un hombre sin que haya nada que así lo indique, ¿es eso lo que piensa?

Brahe miró a su alrededor con una sonrisa burlona.

—Je, je, je —rió Michelsson por lo bajini para mostrar su apoyo al alguacil.

Junto a la puerta, Heino echó una mirada de curiosidad al pastor seguramente pensando que éste respondería con algún comentario mordaz. Entretanto, Brahe ojeaba los lienzos aún sin montar que se secaban en el soporte. Levantó uno de ellos.

—¡Hay que ver qué gran maestro era!

La furibunda osa rugía, levantada sobre las patas traseras. Delante de la bestia, un hombre vestido con uniforme de alguacil blandía su sable con valentía. El cuerpo ursino parecía a punto de saltar fuera del cuadro; sangre y saliva goteaban de las enormes fauces abiertas. El sable brillaba cual relámpago.

—¡Qué pintor más diestro!

Michelsson estuvo de acuerdo. De repente, el alguacil descubrió la botella de coñac que había sobre la mesa, estiró la mano para asirla y se echó un buen trago. El pastor le clavó una indignada mirada y durante un instante pareció

que iba a arrancarle la botella de las manos. Brahe, no obstante, no se dejó intimidar y saboreó el coñac con aire satisfecho.

—Este cuadro lo vamos a colgar en nuestro despacho, ¿a que sí, Michelsson?

—Sí, señor alguacil.

—Y ahora quiero que todo el mundo salga de aquí inmediatamente. ¡Tú también, párroco! Michelsson y yo vamos a investigar las circunstancias que rodean este fallecimiento y no queremos que nadie nos moleste.

—¿Puedo llevarme las copas? —preguntó el pastor.

—¿Las copas?

—¿O tal vez el alguacil quiere examinarlas antes?

Brahe negó con la mano y el párroco alzó las dos copas con un pañuelo a fin de protegerlas de sus dedos. Las introdujo con cuidado en su bolsa para que no se volcaran. A todos nos quedó muy claro que Brahe quería que lo dejaran en paz para así poder vaciar la botella de coñac sin que nadie lo importunara.

—¿Qué es lo que ese crío lapón está escribiendo? —exclamó de pronto.

Intenté ocultar la hoja de papel. Con desesperación miré de reojo al párroco, pero era demasiado tarde. Brahe me arrancó el papel de las manos y se puso a leerlo; noté cómo profundos surcos iban apareciendo en su frente a medida que avanzaba en la lectura.

—¡Pero esto no son más que majaderías! ¿De qué sirve esto?

—Jussi está practicando caligrafía —dijo el pastor sin alterarse.

—Pero estas palabras no significan nada. No son más que garabatos. Ese crío no sabe escribir una mierda.

Hizo un gurrño con el papel y lo tiró a un rincón. Yo lo recogí con cara sumisa, casi avergonzada, mientras el alguacil nos espantaba con un gesto irritado de las manos, igual que a las moscas.

Estiré la bolita de papel y guardé la hoja en mi bolsillo. El alguacil Brahe no sabía leer sami.

Una vez de vuelta en la casa parroquial, el pastor me pidió que lo acompañara a su estudio. Cerró la puerta y me indicó con un gesto que me acercase al escritorio. Me senté en un taburete tan bajo que la mesa me quedaba a la altura del pecho. Él cogió un papel doblado y lo abrió. Allí había pequeñas virutas de madera, tan ligeras que podían dispersarse con mi aliento.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

Las miré de cerca. Y entonces las reconocí.

—Son de un lápiz al que han sacado punta con un cuchillo. ¿Son las virutas que encontramos del agresor de Jolina?

—Eso es, Jussi. Las que estaban entre los álamos donde creemos que se escondió el agresor. Y fijate en esto.

Sacó un lapicero de su bolsillo y lo afiló con su navaja encima de otra hoja de papel.

—Se parecen.

—Mira bien.

Me tendió una lupa. Contuve el aliento mientras intentaba enfocar la mirada.

—Pueden venir del mismo lápiz. Estoy de acuerdo, Jussi. Las virutas tienen que proceder del mismo tipo de lápiz. Y como recordarás, no había ninguno de este modelo en la tienda de Henriksson.

—No.

—Éste lo cogí del portalápices del artista en una de las ocasiones en las que posé para él.

—¿El pastor lo robó?

—Digamos que lo tomé prestado para examinarlo.

—¿Pero entonces eso significa... que es Nils Gustaf el que ha atacado a las mujeres?

—Llevo mucho tiempo sospechándolo. Las botas que calzaba estaban impregnadas con el mismo tipo de grasa que hallamos en el vestido de la chica. Poseía venenos que podrían haber matado al perro de Jolina. Aun así, dudé.

—¿Por qué?

—La psicología de Nils Gustaf. Le gustaba mucho hablar de mujeres durante nuestras sesiones. Las adoraba tanto como las despreciaba y no era de los que aceptaría un no. Sin embargo, ¿se escondería realmente en el bosque para atacarlas?

—Pero, si no, ¿quién estaría al aire libre dibujando? ¿Quizá ocultaba un asesino dentro de sí?

—Sí, quizá fue así, Jussi. Quizá todos llevamos en nuestro interior abismos de ese tipo. El caso es que cuando estuvimos allí aproveché para examinar el cuerpo de Nils Gustaf. Y no tenía ninguna cicatriz de un pinchazo. El hombre al que Jolina hirió tuvo que ser otro. Saca tus notas, Jussi, y cuéntame lo que había sobre la mesa del artista.

Busqué los apuntes y leí:

—Dos copas vacías con rastros de coñac. La botella de coñac estaba al lado y aún quedaba un tercio. Cuaderno, una libreta de resguardos...

—¿Qué tipo de cuaderno?

—Con encargos de cuadros. El nombre de quien los había pedido y las sumas acordadas.

—Ahórrame las obviedades —interrumpió el pastor—. Sólo quiero saber si reparaste en que la última página del cuaderno había sido arrancada.

—¿Arrancada?

—Recuerdas el esbozo del caballete, ¿no? Imaginemos que una persona fue a casa de Nils Gustaf y le dijo que quería un retrato. El artista anotó el encargo



en el cuaderno y los dos lo firmaron. Se pagaron unos honorarios, dinero que se introdujo en el compartimento secreto, y después se celebró el trato con una botella de coñac.

—¿De modo que la página arrancada...?

—Nils Gustaf apuntó el nombre del cliente en esa página. El visitante tiene que haberla arrancado antes de marcharse.

—¿Por qué?

—¿Pero no lo entiendes, Jussi? Esa persona ya sabía que el asesinato iba a producirse.

—¿Pero por qué no se lo ha contado al alguacil?

—Lo intenté. ¿No te diste cuenta, Jussi, de que lo intenté? Ahora me gustaría examinar más de cerca el cuaderno y la libreta de los resguardos.

—¿Por qué?

—Porque la impresión que deja un lápiz se queda en el papel de abajo. Te lo voy a enseñar.

El pastor tomó dos hojas y las puso una encima de la otra. Sin que yo viera nada, apuntó algo en la de arriba. Luego me pasó la de abajo.

—Sombrea con el lápiz, Jussi. Sombrea la superficie del papel con mucho cuidado.

Seguí sus instrucciones y poco a poco, de un modo casi mágico, empezó a aparecer lo que había escrito.

—Creo que se podrá leer el nombre del criminal en el cuaderno —dijo.

—Pero la puerta estaba cerrada con llave.

—¿Qué pone en el papel, Jussi? ¿Qué he escrito?

La robusta nariz del pastor vibraba, en los orificios nasales brillaba la humedad. Recordaba a un viejo perro a la hora de la comida. La mirada parecía turbia, las tupidas cejas contraídas y con algún que otro pelo despuntando, tal y como suele pasarles a los hombres de cierta edad. Tuve la impresión de que se hallaba envuelto en oscuridad, en un bosque donde acechaban grandes peligros. Sentí un impulso repentino de salvarlo antes de

que fuera demasiado tarde. Mi mano quería agarrarlo de su viejo abrigo, no soltarlo, traerlo de vuelta a la luz, aquí, al estudio. Pronto las cosas se torcerían. Había fuerzas que deberíamos dejar en paz. Todo eso cruzó por mi mente mientras leía sus palabras:

«Ahora cogemos al oso.»

El pastor volvió su rostro hacia mí. Se transformó en un rostro tan suave y amable que me invadió la vergüenza. Me pasó la mano por la cabeza; me acarició como a un hijo.

A menudo tomo prestado del pastor un libro que he leído muchas veces. Habla de Carl, un hombre que vive en pecado, bebedor y ladrón. Un hombre abominable cuya madre llora e intenta que entre en razón. El hermano le deja dinero, pero él nunca se lo devuelve, sino que se lo gasta en aguardiente y en juegos de azar. Carl se halla ante el abismo, ya ha sobrepasado el borde. Y al final ocurre lo inevitable. Una noche recibe una paliza por no pagar sus deudas de juego, unos hombres le quitan la ropa, lo abandonan en la calle desnudo y sangrando. Siente cómo las últimas gotas de vida se le escapan por las heridas.

Entonces, de repente, aparece una niña mendiga. Ella echa mano de lo único que posee, un saco de yute que ha llenado con paja, para abrigar a Carl y así protegerlo del frío. Luego se arrodilla y reza en voz baja, invocando al Señor para que le cure las heridas. En ese momento, la pérdida de sangre cesa. Enseguida un policía pasa por el camino y los ayuda. Llevan a Carl a un asilo de pobres, donde lo meten en una cama y le proporcionan cuidados médicos.

Cuando al cabo de mucho tiempo se recupera, empieza a preguntar por la niña que lo salvó. Pero nadie sabe nada, nadie la ha visto. De modo que sale a la ciudad en su busca. Pregunta a todo aquel con el que se cruza, la describe, pero no la encuentra por ningún lado. Y en ese momento, cuando se da cuenta de que nunca tendrá la oportunidad de darle las gracias a quien le salvó la vida, es derribado como por un rayo. Así le llega la salvación. Y a partir de ese momento Carl dedica su vida a los pobres.

Al final del libro se habla de sus buenas acciones, del hogar para huérfanos que funda y de sus discursos que llevan la salvación a miles de espectadores,

y de cómo, orgulloso, le estrecha la mano al presidente. El libro termina asegurando que todo es verdad y que son hechos reales sucedidos en la ciudad americana de Filadelfia.

Me gusta mucho esa historia. Me sé de memoria varios de los pasajes. Veo los acontecimientos dentro de mí con la misma nitidez que si los hubiese presenciado. Abro una página hacia el final y veo a Carl en su lecho de muerte cuando su hermano lo perdona. La luz se filtra por la ventana y lo último que Carl siente en vida es el aroma a ramitas de abedul y leche. Después voy al principio del libro, y allí el joven Carl le propina una paliza al bracero Bob Holley con una pala cuando éste intenta impedirle que robe algo en el almacén.

A pesar de que nunca deja de buscar, jamás averiguará la identidad de la niña pobre. La que le salvó la vida. Nunca logrará olvidarla.

Pero lo raro de la historia es que se puede leer al revés, de atrás adelante. Entonces, Carl primero es bueno y luego se transforma en alguien malvado. Además, es posible saltar de un lado a otro; entonces Carl, en un cambio constante, es bueno-malo-bueno-malo. Dentro de las tapas de ese libro se halla la vida entera de un ser humano. Y pienso que es el tiempo en sí mismo lo que tengo entre mis manos. Un tiempo que puede comenzar, saltar hasta el final, retroceder, volver al inicio. En la vida real, el tiempo siempre va en la misma dirección, pero en un libro puede ser de otra manera. Resulta casi espeluznante. En la estantería del pastor veo los lomos de los libros alinearse unos junto a otros, y todos están llenos de diferentes tipos de tiempo. El tiempo que se ha tardado en escribirlo, el tiempo que se narra en él, y también el tiempo que lleva leerlo. Y con una sensación vertiginosa me doy cuenta de que al ser una librería de un determinado tamaño, los ejemplares que hay en ella deberán tener más tiempo del que puede caber en una vida humana. Las experiencias de los libros serán más amplias que todo lo que una persona puede llegar a experimentar jamás, y los pensamientos, más numerosos de los que nadie llegará a pensar durante una vida entera. Sí, aunque te pases toda la

vida leyendo uno tras otro, hay un límite para cuántos te dará tiempo a leer. Da vértigo imaginarse casas grandes repletas de más libros de los que puedas llegar a leer jamás.

—Casas así existen —dijo el párroco—. Se llaman bibliotecas.

—No, imposible —repliqué.

—He estado en ellas.

—No puede ser.

—En Härnösand. En Uppsala. Hay bibliotecas en muchos sitios.

—Tiene que ser terrible.

El pastor me observó con gesto interrogante. No me entendía.

—Tanto tiempo —tartamudeé—. A nadie le dará nunca tiempo a leerlos todos.

—No, eso sería muy difícil.

—Sólo... a Dios.

—Sí, eso sí, claro. A Dios sí. Quizá ése sea el sentido de las bibliotecas, que experimentemos allí la grandeza de Dios.

—Pero si existen las bibliotecas, ¿necesitamos las iglesias?

El párroco permaneció en silencio. Temí haberlo enfadado. Pero cuando me miró había otra cosa en sus ojos. Algo incierto, vago. Me recordaba al miedo.

El día después de que encontráramos a Nils Gustaf muerto, el pastor invitó al ayudante del alguacil, Michelsson, a la casa parroquial. Le dijo que acudiera solo, sin Brahe. Me pidió que yo estuviera presente, y nos hizo pasar a los dos a su estudio. En cuanto entró, Michelsson se quitó educadamente la gorra y se pasó la mano por la rala cabeza con movimientos enérgicos como si quisiera peinar el pelo que no tenía.

—Siéntense, por favor —exhortó el pastor.

Nos sentamos cada uno en una silla, mientras el párroco se acomodaba en la suya detrás del escritorio.

—Menos mal que el tiempo ha mejorado un poco —dijo el pastor para aligerar la tensión—. ¿Qué tal la cosecha de heno?

—Bueno, no ha ido mal, mis padres han podido llenar los graneros.

—¿Viven lejos de aquí?

—Sí, en Pello. Y mis hermanos siguen en la granja con ellos.

—¿De modo que usted es el más joven?

—El pequeño de ocho hermanos.

—¿Y todavía soltero?

—Tengo... novia en el pueblo. Mi madre la ha elegido para mí, es una chica muy piadosa de buena familia.

—Una elección muy acertada.

—Tanto mi novia como yo fuimos alumnos de Juhani Raattamaa. Fue él quien nos enseñó a leer y escribir.

—Juhani, lo que son las cosas.

—Un hombre muy amable y sabio.

—Me alegra oír eso —dijo el pastor sonriendo—. Y ahora, Michelsson, es usted el ayudante del alguacilazgo en el municipio. Supongo que eso implica bastante trabajo de escritura, ¿no?

—Sí, asisto al municipio en la redacción de actas relacionadas con diferentes diligencias.

—He oído que su bonita caligrafía es muy apreciada.

—¿Ah, sí?

—Sí, eso es lo que se dice por estos lares.

El párroco sacó una hoja en blanco.

—¿Podría enseñarnos su letra, por favor? Escribir unas líneas sólo por complacerme.

El ayudante se mostró reacio y de pronto pareció muy incómodo.

—Pero no creo que yo...

—La mía es difícil leerla —se lamentó el pastor—. A Jussi suele costarle mucho esfuerzo interpretar mis garabatos, ¿verdad? ¡Venga, unas pocas palabras nada más!

Michelsson se rebulló en la silla, pero al final se acercó al escritorio y buscó en sus bolsillos. Sacó un lápiz y se inclinó sobre el papel.

—Un momento —dijo el párroco—, que le saco punta.

Nada más acabar la frase cogió el lapicero y lo afiló con su navaja. Las virutas cayeron sobre el escritorio e hizo con ellas un pequeño montón. Luego le devolvió el lápiz a Michelsson, que anotó unas palabras. Se veía que se trataba de un hombre ducho, la mano se movía en elegantes arcos. Entendí lo que el pastor quería confirmar, pero los dos pudimos ver que escribía con la mano derecha. El párroco levantó la hoja y leyó:

—«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre.» Bueno, debo decir que estoy de acuerdo con lo que se dice, rara vez he visto una letra tan fácil de leer a la par que tan elegante. Pero además el lápiz también es de máxima calidad, por lo que veo. ¿Dónde los consigues?

Michelsson, claramente abrumado por los elogios, se guardó el lapicero en

el bolsillo interior.

—Los encarga el señor alguacil.

—¡Ah, el señor Brahe!

—Tiene una caja entera. Creo que los compra en Haparanda.

El pastor echó las virutas en una hoja y la dobló mientras me lanzaba una mirada. Advertí su excitación, aunque intentaba ocultarla.

—Y nuestro alguacil, ¿cómo es trabajar con él?

—Es un hombre de mucha experiencia —respondió Michelsson prudente.

—Pero echa mano de la botella a menudo.

—Sé que al párroco no le gusta que se beba.

—El veneno del alcohol enturbia tanto la mirada como el pensamiento. Pero me alegra que usted, Michelsson, sea una persona comedida. Me lo imagino como un alguacil muy competente en el futuro.

—Ah..., gracias, párroco.

—A su debido tiempo, claro. Pero tengo buen ojo para el carácter emprendedor de la gente, a mí el interior de una persona me impresiona más que los títulos y los uniformes. Y eso siempre suelo decírselo a las personas influyentes con las que me cruzo.

Lo miré de reojo asombrado. Nunca le había oído halagar a nadie de esa manera. Los elogios parecían producir en Michelsson una mezcla de orgullo y embarazo.

—Ahora díganos qué piensa de la trágica muerte de Nils Gustaf —le pidió el párroco.

—Bueno, pues... Es que la casa estaba cerrada con llave, de modo que el alguacil Brahe consideró que...

—No me refiero a las consideraciones del alguacil, éstas puedo deducirlas fácilmente. Nos gustaría conocer sus propias observaciones, señor Michelsson.

—Bueno..., el hombre estaba en la cama, vestido. La muerte debió de llegarle de repente.



—¿Y qué más?

—Había lienzos secándose. Un esbozo a medias en el caballete. Y en la mesa, una botella de coñac y copas.

—¿Cuántas copas?

—Una, creo.

—¿Una?

—No lo recuerdo muy bien.

—Había dos copas —dijo el pastor—. ¿A que sí, Jussi?

Eché un vistazo a mis anotaciones.

—Es correcto, dos copas.

—¿No suele tomar apuntes durante sus investigaciones policiales?

—Sí, después, sí... —balbuceó Michelsson—. Después, sentado a mi mesa, intento recordar lo más importante.

—El recuerdo puede ser muy traicionero —objetó el párroco—. Le sugiero que de aquí en adelante anote todas sus observaciones en el mismo lugar de los hechos. Todos los detalles posibles. Incluso lo que a primera vista se antoja irrelevante puede llegar a resultar de máxima importancia más tarde. Sigue leyendo, Jussi.

—En la mesa también había una libreta de resguardos y un cuaderno —continuó—. En el caballete había una hoja con el esbozo de un retrato.

—Eso sí lo apunté —remarcó Michelsson.

—Ahora que sabe que había dos copas, ¿qué piensa?

—Que allí..., que allí quizá hubo un visitante.

—Un visitante que hace que el artista realice un esbozo y saque la libreta de resguardos. Quizá estaba allí para encargarse de un cuadro.

—¿Quién podría ser?

Michelsson mostraba un semblante inquisitivo. El pastor se rascó la barbilla.

—Déjeme que cambie de tema un momento. ¿No viajó el alguacil a las montañas a principios de verano?

—A Kvikkjokk —confirmó Michelsson.

—Un lugar muy bonito —dijo el párroco—. Petrus y yo vivimos allí durante varios años con nuestro hermano mayor, Carl Erik. ¿Se puede preguntar qué lo llevó a visitar esos lares?

—Investigaba un caso de robos de renos.

—O sea, ¿el trabajo implicaba caminatas atravesando páramos?

—Naturalmente.

El pastor sacó una brizna seca y la sostuvo en el aire.

—¿Sabe quizá qué es esto? Por favor, no lo toque.

Michelsson se inclinó para ver mejor.

—Hierba —dijo.

El pastor sonrió.

—No, hierba no es, eso está claro. No, esto es una brizna de brezo, campanilla ártica, *Cassiope tetragona*. Una planta de lo más común en la montaña, se encuentra a menudo en los páramos.

—No soy tan entendido en botánica como el párroco.

—No, y tampoco se lo pido. Pero lo curioso es que esta planta no existe en nuestras tierras.

—¿Ah, no?

—Por eso quiero que me explique cómo es posible que se hallara entre el heno del granero donde atacaron a Hilda Fredriksdotter Alatalo.

—Fue un oso depredador el que la mató.

—No, Jussi y yo creemos que así no fue. Encontramos sangre entre la paja del granero, así como pelos arrancados. A la pobre chica debieron de engañarla para que entrase allí, donde la agredieron y donde tuvo que luchar por su vida antes de que la estrangularan.

—Pero el alguacil entregó la recompensa a los cazadores del oso.

—¿Puedo pedirle que tenga en consideración esto? —interrumpió el pastor enseñándole otro sobre—. Éstas son las virutas de un lápiz al que se sacó

punta con un cuchillo. Las encontramos en el lugar donde asesinaron a Jolina Eliasdötter.

—¿Cómo que «asesinaron»? Pero si se ahorcó —objetó Michelsson.

Miró fijamente al párroco y se levantó a medias. El pastor no le quitó el ojo de encima.

—Compárelas con estas que acabo de recoger de su lápiz.

Michelsson tomó con dedos temblorosos algunas de las virutas y las observó.

—¿Del lápiz que me dio el alguacil?

La habitación se sumió en un silencio absoluto. El aire se hizo tan espeso que uno apenas podía moverse.

—O sea, el párroco insinúa que... —murmuró Michelsson.

—El alguacil Brahe visitó en junio una zona de las montañas donde crece la campanilla ártica, eso lo ha dicho usted mismo. Posee lapiceros del mismo tipo que aquellos que han dejado rastros en el lugar del crimen. También muestra, algo en lo que usted sin duda habrá reparado, un cierto interés por las mujeres jóvenes.

—Nunca me entraría en la cabeza que Brahe...

—El vestido de Jolina estaba manchado con una grasa para zapatos que el alguacil utiliza en sus botas. Y ella dijo que la había atacado un *herras mies*, un señor.

—Pero si se negó a hablar.

—Sólo mientras Brahe estuvo presente. Probablemente lo reconoció, pese a que llevaba la cara tapada durante la agresión. Quizá fue por eso por lo que se vio obligado a estrangularla más tarde e intentar que pareciese un suicidio.

—¡No, es imposible!

—¿Notó si Brahe se mostraba nervioso y tenso esos días? ¿Adquirió quizá una cuerda, del mismo tipo que aquella con la que Jolina fue ahorcada? Además, Jolina dijo que había herido al atacante con una horquilla en el

hombro izquierdo. Quizá Michelsson pueda comprobarlo... ¿Tal vez cuando tomen una sauna puede ver si Brahe tiene una herida en el hombro?

Michelsson se levantó dando la impresión de encontrarse indispuerto. Se apoyó en la mesa respirando pesadamente.

—El párroco es quien debería trabajar de alguacil —logró pronunciar.

—Examinar pistas en el lugar de un crimen no se diferencia mucho de la búsqueda de plantas —respondió el pastor—. Hay que tener ojo para lo que se sale de lo normal. Además, Jussi me ha sido de gran ayuda.

Michelsson me lanzó una mirada aviesa. El párroco se puso de pie y le tendió la mano. El ayudante del alguacil murmuró una apresurada frase de despedida antes de marcharse.

El pastor dobló con gran esmero los sobres y los metió en un cajón.

—Bueno, ¿qué piensas, Jussi?

—¿Por qué ha hecho esto? —quise saber.

—¿Hacer qué?

—Es que se lo ha contado... ¡todo!

—Si el zorro se esconde en su madriguera, puede que haya que sacarlo con humo.

—¿Y cuando salga?

—Entonces lo atrapamos.

—¿A un alguacil? —dije escéptico—. ¿Cómo se arresta a un alguacil?

El párroco encendió la pipa y dio unas ávidas caladas.

—Al menos se asustará cuando se entere de nuestras sospechas. Quizá podamos impedir que más mujeres sufran.

Las aletas de la nariz se le hincharon de placer. Pronto salieron de ellas dos espirales de humo que acabaron fusionándose en una nube aromática. Resultaba obvio que estaba de buen humor. Pidió que le hiciese una infusión. Salí a la cocina para preparar una humeante tisana de *Epilobium*, y cuando se la llevé, el pastor se había puesto un peculiar gorro con alas y se había subido

el cuello del abrigo como si tuviera frío. Su afilado perfil expresaba una profunda concentración. Dejé la taza y me alejé en silencio.

Mi amada. ¿Dónde estaba? Por la noche, acostado en mi saco de paja, me la imaginaba flotando en el aire con su vestido rojo puesto. Sentí crecer la preocupación. ¿Le había pasado algo? Al tiempo que la casa parroquial se preparaba para el descanso nocturno, salí a escondidas y me acerqué a su casa. Me refugié en el lindero del bosque. El crepúsculo de los últimos días estivales llegó con una lentitud extrema, como si la luz nocturna se vertiera por una pequeña desembocadura junto al horizonte. Pensé en el reloj del púlpito, lleno de arena blanca, en el pequeño chorro que caía hasta las profundidades mientras el brillo del fanal de arriba se oscurecía cada vez más.

Me acomodé como un gato entre los altos matojos que había junto al prado; mis orejas puntiagudas y mi hocico como un botón rosa. Las pequeñas moscas negras me atormentaban, me subí el cuello cuando me quemaban la nuca. Aplasté las flores amarillas del tanaceto y me las restregué en los brazos y el cuello. El especiado aroma protegía igual de bien que el té de labrador, pero aun así algunos de los pequeños bichos se colaron por mis oídos o se pegaron en la mucosidad del ojo. Al llegar el final del día todo se sosegaba, los perros interrumpían sus constantes ladridos y el mugido de las vacas recién ordeñadas se apagaba. Percibí los breves y ruidosos correteos de un ratón en la hierba. Se detenía de vez en cuando con los bigotes vibrando, siempre asustado, amenazado por los colmillos del zorro y las garras del búho. Al fondo resonaba sin cesar el eterno rumor del río, como el susurro de la sangre en el oído cuando se apoya la mejilla contra una piel de reno. Miles de pequeños pelos que vibraban, así podía ronronear el agua. No existía un sonido más bello.

Y de repente Maria salió de la casa. Pasos rápidos de mujer, la falda levantada para que el dobladillo no se le mojara con el rocío nocturno, un fugaz vislumbre de sus empeines. Y supe que tenía que hablar con ella. Atravesé el prado corriendo y saludando con la mano. Se paró en seco, sus ojos se abrieron, negros de miedo, como si estuviera a punto de gritar. Aun así, era más bella que todos los ángeles del cielo. Vi la lisura de las mejillas, las cejas arqueadas, los suaves labios que se tensaban, la rosa punta de la lengua. Y de pronto me reconoció, y el miedo cedió. Sentí que algo había cambiado, sus colores parecían más intensos, o quizá se tratara de la manera de moverse, como si le hubiesen crecido los pies.

—Maria... —susurré.

—Vete —dijo ella bruscamente.

Extendí mi brazo, tenía que tocarla. Pero ella se echó hacia atrás, apenas llegué a rozar la aspereza de la tela.

—Maria, ¿no te acuerdas de cuando bailamos? Podemos pasear un poco por el bosque, quizá sentarnos un rato en el musgo. Nadie nos verá.

Aunque ella no quería, le agarré la muñeca. Era tan indescriptiblemente suave y lisa, la piel del brazo tan fina que relucía. Desvió la mirada. Sus labios se tensaron.

—Ha muerto —susurró ella apenas audible.

—Sí...

De las plantas de los pies me salía un calor tal que tuve que dar unos pisotones, y acabé agarrándola más fuerte de lo que pretendía en realidad.

—Maria, eres más bella que todos los ángeles del cielo...

—¡No lo entiendes, Jussi! —me cortó.

Intenté abrazarla, pero se soltó. El tirón llegó de forma tan inesperada que tropecé. Salió corriendo hacia el retrete, pero antes de llegar se dobló hacia delante como una vieja lapona, dio un par de pasos tambaleantes al tiempo que se apartaba las trenzas de la boca. Acto seguido, una flema caliente y amarilla le brotó, directa a la hierba, en varios chorros. Los ácidos humeaban. Escupió

con fuerza, carraspeó y tosió para limpiarse la boca, se pasó la mano por los labios. Luego se serenó y advirtió que yo continuaba allí.

—¡Vete!

Me quedé.

—Vete a casa, Jussi. Ha salido así, y ya está.

Seguí sin moverme. Ella abrió la tapa del pozo, sacó un cubo de agua helada del subsuelo y se lavó la cara. Reparé en sus manos, intensamente blancas en medio de la creciente oscuridad, como vientres de peces. Lucios lisos y suaves.



El corazón me palpitaba tan fuerte que me costaba respirar. Los pensamientos revoloteaban en mi cabeza sin parar mientras avanzaba por el abrupto sendero cruzando el anochecer. Quería marcharme lejos, muy lejos. Dejarlo todo y echarme a los caminos del gran mundo, desaparecer al norte, más allá del horizonte del océano Ártico.

No lo entiendes, Jussi.

Se oyó un traqueteo y el ruido de cascos de caballo. Un carruaje se aproximaba, dos hombres vociferaban borrachos. Me retiré entre la maleza para dejar que pasaran sin que me viesan. El eje de la rueda chirriaba, el caballo resoplaba, y cuando llegaron a mi altura, un olor a establo me invadió la nariz. Los hombres discutían acerca de dinero, de cartas y deudas; iban tan bebidos que casi se cayeron del pescante. Permanecí inmóvil bajo la media luna, pues no quería hablar con nadie, ni saludar.

De pronto un perro ladró. Estaba tumbado en el carruaje, una bestia grande como un lobo que se levantó volando con un aullido. Saltó al suelo con sus patas lobunas y echó a correr tras mi rastro. Hui todo lo rápido que pude, pero tropecé con la maleza. Aterrado, intenté encaramarme a un pino, pero era demasiado tarde. Las fauces del perro se cerraron en torno a mi pierna, sentí los colmillos adentrarse en la tibia. Traté de soltarme a patadas mientras el animal se balanceaba colgando de mí como un grillete gruñidor.

—*Mikä saatana!* —gritaron los borrachos del pescante.

—*Olen ihminen* —respondí todo lo alto que pude—. Soy un hombre.

Pararon el caballo, que empezó a pisotear nerviosamente el suelo, y se adentraron en el bosque. Oí el ruido de sus pasos abriéndose camino entre la

maleza.

—¡Quédate quieto o te mato! —rugió el cochero—. ¡Por todos los demonios, que te mato!

—¡Coge al perro! —chillé.

El animal mascaba para encontrar una mordida mejor, y entonces logré soltarme. La sangre me chorreaba por la espinilla. El cochero blandía su cuchillo en el aire mientras el perro no paraba de saltar entre los árboles.

—¡Cógelo! ¡Sácalo de aquí!

Sentí que alguien me agarraba del cinturón, el cochero me arrancó del tronco de un tirón y caí al suelo. La bestia se abalanzó hacia mi cara, levanté el brazo justo antes de que sus colmillos me taladraran el antebrazo.

—¡Suelta, Seppo, suelta!

Y ahora descubrí que quien hablaba era Roope. El animal se negaba a soltarme a pesar de que el hombre le tiraba de las patas traseras. Hasta que no se bamboleó en el aire no relajó finalmente sus fauces. Roope arrojó lejos de sí al can, que acabó rodando en el suelo entre gañidos. Yo me quedé tumbado sin moverme, gimiendo.

—¿Quién diablos es?

Roope me cogió del cuello de la camisa, iba tan ebrio que babeaba.

—Joder, pero si es el crío *noaide*. ¿Qué haces tú por aquí en plena noche?

—Tienes que pagarme —jadeé—. Me ha destrozado la ropa.

—Anda, así que tengo que pagarte —dijo entre risas ahogadas—. Date con un canto en los dientes que no te haya destripado.

—¿Quién es? —gritó el otro hombre.

—El maldito crío *noaide*, el cabrón se había metido entre la maleza.

—¿Y por qué coño estaba escondido ahí?

Roope se volvió hacia mí de nuevo.

—Eso, ¿por qué coño te has escondido, cabrón de mierda? ¿Por qué estabas aquí tirado como un ladrón?

—¿Pero no te das cuenta? ¡Es él!

—¿Quién?

—El que atacó a Jolina. ¡Tiene que ser él!

—¡El muy hijo de puta!

—Joder, claro, estaba aquí esperando a que pasara alguna mujer. ¡Ahora lo tenemos!

Roope me observó con los ojos entornados.

—¿Sabes lo que se hace con gente como tú? ¿Lo sabes?

Después llegó el puño. Mi cara estalló, el golpe me alcanzó en la boca, oí el crujido de mis dientes y sentí cómo la sangre me llenaba el paladar. Levanté la bota y con todas mis fuerzas le di una patada a Roope en la entrepierna. Gruñó como un buey, y luego me pegó otra vez, aún más fuerte, y mi cabeza rebotó en el suelo. Roope cogió algo, una piedra grande y pesada, la levantó y apuntó, pensaba destrozarme la... Conseguí girarme a un lado, la piedra me cayó encima de la oreja con un fuerte crujido, los ojos casi se me salían de las órbitas, y de nuevo tenía el perro encima de mí intentando despellejarme vivo. Al recibir el segundo golpe se me encendió todo un cielo de colores, y ya no fui capaz de moverme.

—¡Capemos al hijoputa, joder! Vamos a machacarle la polla al muy cerdo.

Miraron con el rabillo del ojo hacia el camino. Otra figura se acercaba. Una bufanda le tapaba la cara, debía de ir con ellos en el carruaje. Sacó algo afilado. Clavó la punta en mi hombro izquierdo y, mientras el cielo caía sobre mí, la hundió girando.

Luego no recuerdo nada más.

Me lleva el rugiente rápido del río. El dolor gime y grita. Me doy cuenta de que tengo la cara llena de moscas, un enjambre zumbador que se cuele por todas partes. Cuando levanto la cabeza, se elevan como una lustrosa manta. Me cuesta respirar, algo me cubre la garganta, hay grumos allí. Escupo, pero se pegan. Me dejo caer a un lado entre hipidos. Los brazos no me sujetan. Al principio creo que me los han roto, después veo que los músculos están llenos de moratones, molidos a palos, y las marcas de colmillos de perro.

Me han bajado los pantalones hasta la rodilla. Y entre las piernas, no, no quiero saberlo. Vuelvo a tumbarme boca arriba, jadeando mientras las moscas aterrizan de nuevo sobre la sangre coagulada. Me quedo así un buen rato, incapaz de moverme. Entiendo que está mal. Muy mal. Algo se ha roto y ha chorreado entre los muslos. Es una carnicería. Una zanja. Pero aun así, allí sigue, todavía está. Me levanto con mucho esfuerzo y me obligo a mirar. Han hecho algo ahí abajo. Hay un vacío. Me han destrozado, aplastado. ¿Han dejado que me mordiera el perro? Me subo los pantalones, pero la arrugada tela se pega. El mundo se llena de relámpagos, una llameante oscuridad blanca.

La segunda vez que me despierto necesito orinar. Permanezco inmóvil aguantándome todo el tiempo que puedo, intentando detener lo que tiene que salir. Al final no hay más remedio que dejarlo ir. Un chorro de veneno me corroe la carne y las membranas, grito mientras mis muslos se separan del resto del cuerpo y se quedan allí como dos trozos de asado podrido que pronto se llevarán los depredadores.

La tercera vez que recupero la consciencia es por la sed. Un ardiente deseo de beber que abrasa el cuerpo entero donde todo se ha convertido en costras. El sol ha pasado su punto más alto en el cielo, el día se ha sentado a descansar en su silla. Sueño con la lluvia. Una lluvia chorreante que me llena la boca como un río cuya corriente no cesa jamás. Y trago el agua del río y trago y trago, pero nada logra aliviar el dolor. La sed es el peor tormento, el último sufrimiento antes de que caiga la oscuridad, y a distancia vuelvo a oír el rumor del río. El rápido ruge a lo lejos, agua que pasa sobre las rocas, masas de agua que espumean al darme en la cara, puedo sentirla. Una vez más en la vida tengo que ir al encuentro del agua. Consigo ponerme a cuatro patas, me incorporo bufando como una vaca. Agarro un pino joven, hago fuerza con las rodillas, me tambaleo de un lado a otro. No veo el camino, no sé dónde estoy. Pero oigo el rumor de la corriente. Con una mano me apoyo en el tronco, y con la otra me sostengo los pantalones. Me obligo a caminar, despacio.

Pero no puedo. Las rodillas se me doblan y caigo de bruces entre las matas. No sé cuánto tiempo paso ahí tumbado. Se hace de noche. Entonces veo una silueta perfilarse contra el cielo nocturno. Y oigo su voz.

—¿Jussi? Jussi, ¿eres realmente tú?

Es el pastor. Ay, tú, buen samaritano.

Me desperté entre sábanas blancas. Al principio no sabía dónde estaba, pero luego vi las estanterías. Me habían acostado en una cama, en el estudio del pastor. Me asaltaron imágenes difusas: una camilla que se bamboleaba, una botella de agua que se acercaba a mis labios, manos cuidadosas que me despojaban de los harapos y limpiaban la sangre, vinagre en las heridas que escocía como el fuego.

—Jussi...

El párroco fue a por una palangana y un paño. Con mucho cuidado humedeció los jirones de piel antes de cubrirlos con trozos limpios de lino y vendarlos.

—Aaay... Oooh...

Un atronador tambor resonaba en mi cuerpo martilleándome hasta que poco me faltó para estallar.

—¿Tienes hambre, Jussi? Espera, te traigo alguna cosa.

No, no tenía hambre. Aun así, el pastor fue a la cocina, encontró un cuenco, aplastó algo y lo mezcló con mantequilla.

—Come, Jussi. Son patatas nuevas. ¿Puedes masticar?

La raíz abierta del diente irradió un dolor tan agudo que me estremecí. Era como si mi boca fuera una herradura de caballo a la que atravesaban con clavos. Pero cuando logré aguantar un rato llegó la suavidad. La mantequilla, la sagrada mantequilla, junto con esa delicia que llamamos patata. Absorbí la mezcla haciendo sitio al fondo de la boca donde el dolor era menor, la lengua, más ancha, y donde la cavidad bucal estaba más caliente. Allí, entre gemidos, formé una masa, la aplané y le di una vuelta tras otra, y en cada pulsación

llegó la luz. Mis laceradas mejillas brillaban rojas desde dentro, desvelando venas y coronas dentales. Intenté detener el tiempo. Pero el cuerpo quería tragar y el cuerpo consiguió absorber esa bendita mezcla dándome ganas de cantar. El pecho se hinchó y el estómago cerró su puño en torno a esa pequeña perla de nutrición, pero sentí que pronto la vomitaría. Entonces la segunda cucharada vino a acompañar a la primera. Al principio también me dolió. Al mismo tiempo quería llorar de alivio. Y al tercer bocado el cuerpo comprendió que iba a vivir. Resucitaría una vez más de entre los muertos.

Estaban sentadas alrededor de mi cama rezando. Brita Kajsa, Nora, Selma. Una mano me acarició la frente, la sentí tan fresca... Dijeron que tenía fiebre. Rezumaba sudor, o quizá se trataba de secreciones de las heridas. Cuando necesité orinar, me levantaron las caderas y metieron un orinal debajo. Aligeré la vejiga gritando, dolía tanto que quería morirme. Sentí la devastación allí abajo pero lo aparté de mi mente. No quería pensar en eso. No quería pensar... Me retorcí sollozando, seguramente apestaba a podredumbre. Con gran delicadeza me cambiaron la empapada camisola por otra limpia, nunca antes había llevado una prenda así. Después me dejaron en paz. Cerré los ojos y volví la cabeza a un lado. Lo que quedaba de mí se desvanecía en el cielo sangriento, elevándose a la luz de sangre.

Al día siguiente me desperté tan temprano que resultaba irreal. El día aún no había recibido ningún nombre. A mi vientre le urgía, me levanté con mucho esfuerzo. Las piernas se negaban a sostenerme, pero tenía que salir. Encorvado como un viejo arrastré los pies hasta el retrete. Mis tripas se vaciaron entre chorros violentos. Tjalmo se acobardó y retrocedió con las patas rígidas, mi olor la asustó. En el pozo llené un cubo con oscuridad helada antes de entrar tambaleándome en la fría sauna. Tiritando de frío me eché agua en los forúnculos y moratones; cada vez que respiraba, las costillas me provocaban un terrible dolor. Me agaché con las piernas abiertas estremeciéndome, todo el cuerpo me temblaba. Luego me sequé con las manos, me sacudí las gotas y las

fui restregando hacia el pelo y el final de la espalda. No me atreví a tocarme entre las piernas. Levanté los brazos en forma de uve por encima de la cabeza, una llamada. Me quedé así, temblando, durante un buen rato. Ven a buscarme, pensé. Ven, estoy preparado. Como un niño. Un cordero sacrificial.

Mientras el pueblo despertaba, aguardé sentado en las escaleras. Las vacas mugían deseando ser ordeñadas. Un perro ladraba, otros le respondían. Un zorro atravesó el prado, deslizándose cual perla roja por la hierba. La gente empezaba a despertarse y dar señales de vida. Salía humo de las chimeneas, las puertas chirriaban, los cubos de hojalata se movían ruidosamente en las manos de las ordeñadoras. No tardé en oír voces en la casa parroquial, Brita Kajsa salió a la escalera para cepillarse el pelo; al terminar, arrojó un mechón gris al suelo.

—Otro día más —dijo.

—Sí.

Me tocó la frente para ver si tenía fiebre.

—¿Te encuentras mejor, Jussi?

—Es el estómago...

—Nos queda un poco de sopa de anoche. Caldo frío. ¿Podrás?

La seguí hasta la cocina, donde me sirvió un tazón. Anillos de grasa flotaban sólidos en la superficie. Bebí con el labio superior, tratando de sorber una pizca de caldo cada vez. Aun así, la raíz del diente me dolía tanto que me mareé. Brita Kajsa me dio un trozo de pan. Lo mojé y me lo puse en un lateral de la boca para chuparlo poco a poco, eso estaba mejor. Mojé y chupé, intentando que el ruido no resultara demasiado molesto. Las hijas evitaban mirarme, mi rostro no parecía el de un ser humano. Pese a todo, se mostraban misericordes, me preguntaban si quería más, si necesitaba que me llenaran el *guksi* con agua. Bebí por un lado de la boca, pero de repente me dio un calambre y el agua salió y me salpicó la camisola. El pastor estaba allí, lo advirtió y cogió el *guksi* antes de que cayera al suelo.

—¿Quién te dio la paliza, Jussi?



La náusea creció dentro de mí. El pastor me agarró del brazo.

—¿Podría matar a esa bestia! —exclamó—. ¡Despellejarlo vivo! ¿Fue alguno de los braceros? Lo habrás reconocido, ¿no?

—No..., no me acuerdo.

—Claro que te acuerdas, Jussi. ¡Dime quién fue!

Me señalé la boca con el dedo. El ensangrentado cascajo porcelanoso de uno de los incisivos.

—Déjame verlo —me pidió.

Salimos y nos colocamos bajo un rayo de sol matinal. Pidió que abriese la boca. Con una brizna de hierba apartó los coágulos de sangre hasta despejar el diente, y cuando rozó el nervio desnudo pegué un grito desgarrador.

—Tenemos que ir al médico —constató.

Negué con la cabeza. Me acerqué trastabillando a la leñera, hasta el banco carpintero que había en un rincón. En la pared colgaban unas tenazas de hierro con hojas delgadas. Se las di al pastor, las apreté entre sus manos, pero rehusó.

—No puedo hacerlo —dijo.

No quedaba más remedio. No me di por vencido. Lo seguí de camino a la casa. Al final suspiró y agarró las tenazas. Me senté en el suelo y abrí la boca, pero al momento cambié de opinión y me tumbé. El pastor volvió a suspirar y se puso a horcajadas encima de mí.

—¿Estás seguro?

Asentí con la cabeza y cerré los ojos. Abrí la boca todo lo que pude y alcé la barbilla hacia el cielo. Sentí el crujido del acero cuando encontró un punto de agarre. El contacto hizo que me estremeciese y arqueara la espalda. El párroco intentó tirar, pero no tenía fuerzas. El trozo de diente estaba demasiado incrustado, se le escaparon las tenazas y me golpeó en los labios sin querer.

—Lo siento, Jussi. Es imposible.

Cerré los ojos y abrí la boca aún más. La sangre bajaba chorreando por la

garganta, tosió, la sangre lo salpicó todo. El pastor cambió de método; en lugar de tirar, empezó a moverlo, lo zarandeó de un lado a otro. Cada vez que lo hacía era como si me dieran con el badajo de la campana de la iglesia, un golpe mortal del pesado péndulo una y otra vez. Metal, sangre y hierro oxidado. Algo me goteaba en la cara. Eran las lágrimas del párroco. Lloraba sin dejar de menear el diente, y al final, con un crujido mojado, las largas raíces cedieron. Perdí el conocimiento, durante un segundo todo se volvió negro. Luego me quedé tumbado de lado tosiendo sin parar, mientras veía cómo la hierba se llenaba de los puntitos rojos de mi sangre. El pastor dejó algo puntiagudo en mi mano. Después se marchó limpiándose la cara con la manga de la camisa. Oí el chapoteo del pozo mientras enjuagaba las tenazas, seguido del golpe de la puerta de la leñera cuando las devolvió a su sitio. Levanté el diente. Lucía blanco a la luz del sol, pasé el dedo por encima de los filos del esmalte. Tenía la boca vacía como un viejo zapato, vacío y desgastado. Como si no quedase nada. Sólo un alivio atronador, como dentro de una campana de iglesia. Y la campana me absorbió, desaparecí en ella...

*Y en aquel lugar se alzaba un edificio enorme. La puerta se abrió y de ella salió una multitud de personas. Se dirigieron a una casa cercana donde una figura que llevaba cuernos en las rodillas danzaba. Todos se unieron al baile. De repente interrumpieron el baile y formaron una larga cadena. La figura los condujo hasta un abismo de donde ascendía fuego y humo. Y todos se precipitaron a las profundidades, padres, madres con niños en los brazos. Yo también fui arrastrado hasta el borde del abismo. Entonces apareció un hermoso joven y me preguntó cómo me llamaba.*

*—Jussi —contesté.*

*—Yo soy Jehová —dijo él.*

*El joven sacó un libro.*

*—Voy a anotar tu nombre en este libro. Y luego debes comerte esto.*

*Me tendió una pequeña caja con comida.*

*—Y ahora vete y habla a las personas del peligro de un mar en tormenta —dijo—. Si no, acabarán allí abajo donde los martirios no terminan nunca...*

Cuando volví en mí estaba tumbado en la paja del establo. La boca como un hocico de cerdo lleno de sangre coagulada. Hice un agujero en la costra e intenté escupir. Con la punta de la lengua rocé el hoyo donde había estado el diente. Quemaba, pero ya no era tan inaguantable como antes.

Bajé a la orilla del río dando pequeños pasos. Mientras no apoyara los talones con demasiada fuerza, podía hacerlo. Me agaché junto a una piedra, sumergí las manos en la corriente y no las saqué hasta que se limpiaron del todo y el agua ya no se teñía de rojo. Los hilos de sangre salieron serpenteando y conforme se alejaban se diluían, pronto no se vio más que agua. Me quedé allí un buen rato dejando que la salmodia del rápido colmara mis oídos. Reverberaba como un murmullo de innumerables voces. Pensé que eran oraciones. Toda la queja y la impotencia de la humanidad unidas. Así quizá sonara ante Dios, un ruido distorsionado que no cesaba jamás. A veces nuestro Señor metía el dedo en el agua de los rápidos para atrapar una gota con la yema, y la examinaba meticulosamente antes de colocársela en la punta de la lengua. Y en ese instante sucedía un milagro en algún sitio sobre la Tierra. Entonces, una persona recibía consuelo.

Regresé a la casa parroquial andando con pasos vacilantes y las piernas separadas. Una niñita de una granja vecina venía por el sendero en mi dirección. Al ver mi cara destrozada cerró los ojos aterrada y abrió mucho la boca. Acto seguido, dio media vuelta y se alejó a la carrera con los pies desnudos tamboreando en el suelo. En el jardín me acerqué a Tjalmo, que reculó agachada, entre ladridos de advertencia.

—Pero si soy yo... Soy Jussi...

Dentro no había nadie. Encima de la mesa de la cocina todavía estaba la caja de arena para escribir con la que alguna de las hijas se había entretenido. Me senté junto a la lisa superficie arenosa y me invadió una extraña inquietud. Con mano temblorosa agarré el puntiagudo palito y escribí lo primero que se me ocurrió. *Piru*. Es el nombre del diablo en finés. Lo borré y escribí *saatana*. También eso lo borré y escribí *vittu*. Y *kulli*. Coño y polla. *Perkele Helveti*.<sup>1</sup> Todas esas palabras prohibidas que no se deben mencionar las escribí para después borrarlas. Escribí y borré, escribí y alisé la arena. Después me quedé contemplándola. Estaba lisa y amarilla como los rayos del sol. Ni rastro de suciedad. Ninguna maldad, ni fealdad, sólo una luminosa arena de escritura.

Ojalá la vida fuera así. Te arrastrabas por tu fango, la boca calumniando y maldiciendo, el corazón lleno de mentiras, el culo cagando y tirándose pedos, la polla eyaculando en el coño mojado de alguna fulana su semen adúltero. Y luego Dios pasaba sobre la Tierra su tabla para alisar, allanando todos los cortes y todo lo grabado hasta que no quedaba más que una arena fina y lisa. ¿Qué nos decía eso del mundo? ¿Que al fondo, en el fundamento, debajo de todas las guerras y crueldades, el mundo era bueno a pesar de todo?

Observé la alisada arena durante mucho rato. Sentí crecer dentro de mí una inquietud, un malestar. ¿Qué sentido tenía si todo con el tiempo se desvanecería? ¿Si mi paso por la Tierra se olvidaría en el momento en que mi cuerpo se enterrara? Y lo mismo les ocurriría a todas esas personas que me rodeaban, a toda la gente honrada y trabajadora del pueblo, a la mujer a la que amaba, sí, incluso a mi venerado pastor. Si a todos nos iban a borrar y hacernos desaparecer, entonces ¿qué sentido tenía estar aquí sentado en un taburete bastamente tallado con una boca dolorida que sabía a sangre? ¿Por qué no bajar ya al rápido de Kengis y dejarse arrastrar por la corriente?

Cogí el palito para escribir e inspiré hondo. La punta penetró los granos de arriba, formó un pequeño valle, un surco.

«Yo», decía. Y a continuación «soy». Sobre las siguientes palabras tuve

que reflexionar mucho, pero al final escribí «un ser humano».

*Yo soy un ser humano.*

Y enseguida llegaron más:

*Vengo de las montañas.*

*Tengo una hermana.*

*Se llama Anne Maaret.*

La caja de escritura se llenaba con cada frase, ya no cabía nada más. Me quedé unos instantes mirando fijamente las letras, cerré los ojos y noté que permanecían dentro de mí. Entonces las borré y empecé de nuevo:

*Nuestra madre no quiso tenernos.*

Resultaba terrible escribir eso, pero sabía que era verdad. Ella nunca quiso tenernos. Ni a la lebroncilla. Ni al maldito crío.

Escribí, y pasé la tabla de alisar. Pero me di cuenta de que las palabras se guardaban en mi interior a pesar de haberlas borrado. Así de raras eran las letras. De modo que continué. Una página tras otra. El comienzo del relato de mi vida, la vida que llevaba con mi cuerpo. La vida tal y como era y como la sentía. Y pensé en lo que estaba haciendo, todas esas palabras. Que un día se convertirían en un libro.

Lo de escribir es muy extraño, pues encuentra la manera de llegar hasta el alma. Es como cuando estás delante de una olla con una sopa de superficie turbia y metes un cucharón para empezar a remover: le das vueltas, lo subes y bajas una y otra vez. De pronto, desde la oscuridad brota algo más luminoso, quizá sea un nabo. O un trozo correoso de carne con hueso, un hueso afilado y

nudoso. O quizá alguna hoja, como las de la hierba que cultiva Brita Kajsa y que llama apio de monte y que sabe a cuero y resina. ¿De dónde viene toda la comida? ¿Quién la ha puesto? ¿Yo mismo?

Con la escritura te entra inquietud, casi hasta mareo. Aun así, sigues removiendo y buscando entre los posos. Allí hay un rostro infantil con labios negros, los pequeños dientes han hecho cortes profundos al morderse. Y ahí, una pequeña perra lapona, toda oscura excepto por las manchas blancas de la frente, como si tuviera otro par más de ojos. Es flaca y carece casi de vida, son cosas que pueden pasar si eres el más pequeño de la camada. Pero si haces lo que tiene por costumbre la bruja y escupes cosas en la boca de la perra, entonces se lo traga todo: restos de comida, tendones llenos de hollín, grasa de la olla que cuelga encima del fuego. Traga y traga y se va espabilando. La pequeña cola se menea y golpea de alegría cuando vuelves a casa y te acercas a la cesta de ramitas de abeto en la que descansa. Le preparas la cama con musgo para que esté blandita y la abrigue, dejas que pase la noche junto a ti respirándote en el sobaco cuando la bruja no te ve.

Pero un día cuando llegas, la pata trasera cuelga torcida. La arrastra de una manera extraña, y al intentar enderezarla, la cachorra suelta pequeños chillidos de ratón. Algo ha sucedido. Anne Maaret dice que ha sido la bruja. Que le ha tirado algo, un trozo de leña quizá. Esperas que se cure y le vendas la pequeña pata, pero entonces adviertes que también le ocurre algo en el pecho. Pasan varios días antes de que se muera, casi una semana. La última noche, le sube la fiebre y respira muy rápido, muy rápido, pero hacia el amanecer su respiración se torna más lenta. ¿Por qué no me la llevé? ¿Por qué la dejé allí sola? La había bautizado *Lihkku*. Significa «felicidad».

Ahora escribo su nombre en la arena. Es la primera vez que se convierte en letras, nadie ha contado nunca nada de Lihkku y de cómo murió. Pero ahora existe. Al igual que yo existo en el libro parroquial del pastor. Si alguien ha escrito tu nombre, no te pueden olvidar jamás.

Y ahora aplano la arena hasta que se asemeja a una hoja de papel, lisa y

clara. La escritura ya no está. Quizá también el libro parroquial desaparezca un día. Al igual que todos los textos se descompondrán y se desgastarán hasta desvanecerse. Pero aun así, lo que ha sido escrito quedará. Lo sé, puedo sentirlo. Todo lo que alguien alguna vez ha escrito permanecerá para siempre. Así de prodigiosa es la fuerza de las letras.

Se abrió la puerta, era Selma que volvía. Me preguntó qué estaba haciendo, pero fingí no oírla. Entonces se inclinó y agarró el palito, que todavía debía de llevar el calor de mis manos. Sus trenzas se balanceaban cuando garabateó un saludo para chingar a su padre. Un comentario sobre lo despacio que andaba, sobre que ella ya llevaba mucho rato en casa.

—No mires —dijo, y me apartó de un empujón.

Pero no eran sus palabras las que intentaba leer. Eran las mías, las que acababa de escribir en la misma arena. Y todavía estaban allí, todas.



Brita Kajsa me inclinó la cabeza hacia la mesa mientras yo abría la boca. Puso la olla al lado y removió el contenido con una espátula.

—Abre más —dijo.

Abrí la boca hasta que la cabeza se me partió en dos. Introdujo un palito de madera con un algodón en el extremo y lo presionó contra el hueco que había dejado el diente. Quemaba, y me entraron náuseas por el fuerte olor a resina con apio de monte, alcanfor, llantén, herrumbre, suelda coloradilla, y fueran lo que fueran las cosas indescriptibles que había encontrado en sus estantes.

—Quieto —me exhortó mientras yo mordisqueaba sin tregua el palito.

Mojó el algodón en la olla y repitió el procedimiento. Hubo que limpiar la herida tres veces. Se me nubló la vista. A las hijas les resultó tan repugnante que se marcharon. Sabían que a veces gritaba, que no podía controlarme, que mi grito era lo peor, como alguien que vomita en una campana de iglesia.

Luego me bajó los pantalones. Aparté la vista. Intentó hacerme el menor daño posible cuando empezó a quitarme las vendas, humedeciéndolas primero, pues se habían quedado pegadas. Me mordí el brazo a fin de aguantar el dolor.

—Imagínate que eres un pez —dijo ella tranquilizadora—. Un pez en el fondo del río, te mantienes perfectamente quieto mientras el agua corre a tu alrededor..., quieto..., así...

Las encías se ennegrecieron, quizá por el alquitrán. Entre las piernas parecía que me hubieran cavado una vagina; un agujero bucal profundo y ensangrentado. Me dejé caer en un rincón, donde permanecí inmóvil como si mi espina dorsal se balanceara sobre un punzón afilado. Flotaba un poco por encima del suelo igual que un crucificado. El punzón tenía que mantenerse en

el punto exacto de la vértebra central, el lugar del cuerpo donde somos más duros. Solamente en ese punto era capaz de resistir.

A la mañana siguiente, el sol brillaba sobre el pueblo de Kengis. Había optado por dormir en el cobertizo para no perturbar el sueño de la familia con mis gemidos. Los dolores hacían que me resultara imposible quedarme quieto, me retorcía como un gusano en mi saco lleno de paja. Hacia media mañana me obligué a levantarme, aturdido tras no haber pegado ojo en toda la noche. Con pasos cortos y renqueantes fui hasta la casa y entré. Por el olor percibí que había visita. Un tufo a sudor masculino mezclado con alquitrán me golpeó la cara, y resonó una familiar voz bronca.

Junto a la mesa de la cocina estaba sentado el alguacil Brahe, con las piernas bien abiertas, zampándose la sopa que Brita Kajsa le había calentado. Michelsson lo acompañaba en uno de los extremos cortos del tablero. Los hombres me echaron una ojeada sin saludarme, para enseguida volver a su comida. El pastor parecía incómodo, deambulaba de un lado a otro con las manos a la espalda mirando de vez en cuando por la ventana.

—¿Cuánto... había pagado? —consiguió pronunciar el alguacil entre cucharada y cucharada.

—Lamentablemente, se trata de una suma considerable —admitió el párroco tras un momento de duda.

—¿De su propio dinero?

—Sí, al principio le pagué unos honorarios por el encargo, y en una ocasión posterior una cantidad más grande mientras ya estaba pintando. El último pago lo hice poco antes de que falleciera.

Los policías intercambiaron miradas escépticas. Brahe carraspeó.

—Sólo para que no haya malentendidos, ¿se trataba del dinero de la

iglesia?

—No, se trataba de mis ahorros —aseguró el pastor con voz temblorosa.

Brita Kajsa presenciaba la conversación con las mandíbulas fuertemente apretadas; las manos parecían a punto de pegarle a alguien. Al percatarse de mi presencia se dio la vuelta enseguida y fingió ocuparse de algo en la estantería de la cocina. Sus dedos se movieron entre las cosas hasta hallar algún utensilio que necesitaba una buena limpieza con el trapo.

—No sólo usted ha gastado su dinero. El artista debe de haber recibido un dineral teniendo en cuenta todas las pinturas en las que estaba trabajando.

—Sí, seguramente.

—¿Y dónde está ese dinero? —se preguntó el alguacil—. Hemos registrado su vivienda y no hemos encontrado nada.

—¿Lo habrá escondido?

—Sí, ¿pero dónde?

El pastor me lanzó una mirada con el rabillo del ojo y aire dubitativo.

—En el baúl —respondió—. Donde también guardaba sus compuestos químicos para el daguerrotipo. Como sin duda ya sabrá, allí había un compartimento secreto.

—¿Un compartimento secreto? —repitió Brahe.

—Con toda probabilidad, era allí donde guardaba el dinero. Pero cuando entramos en la casa, el compartimento estaba abierto y vacío.

—¿Por qué no me lo ha contado antes?

—Usted nos echó antes de que me diera tiempo a mostrárselo.

Brahe contuvo el aliento un instante, le subieron los colores a la cara.

—O sea, que llega el primero a la casa, entra y se queda un buen rato. ¿Qué hizo allí en realidad?

—Recé por el alma del muerto.

—Y después se puso a rebuscar entre sus cosas, ¿no? Supongamos que registró el baúl y por casualidad encontró un compartimento secreto con los ahorros del artista.

—¿Insinúa usted que...?

Brahe no respondió enseguida. Con la uña del dedo índice se escarbó en los dientes para sacarse algún resto y se lo tragó haciendo un ruidoso chasquido con la lengua. Tenía la mirada de un pez, negra e inexpresiva.

—No insinúo nada, me limito a pensar en voz alta. Y además iba acompañado por... ése, ¿verdad?

El alguacil se levantó y se me acercó. Michelsson también abandonó la mesa enseguida y siguió a su jefe dos pasos por detrás. Sentí el terror apoderarse de mí, un lucio helado que se movía en mi estómago.

—Joder, ¿te han dado una paliza? —preguntó, y me agarró con su enorme puño—. ¿Te has cruzado con el oso depredador?

De repente, Michelsson me inmovilizó envolviéndome el cuello con su brazo. Acto seguido, el alguacil abrió mi camisa con un violento tirón, de modo que mis hombros quedaron al descubierto. Luego apretó su dedo contra la herida roja y purulenta que había en mi hombro izquierdo.

—Pero mire lo que hay aquí, pastor. El chico tiene una llaga. ¿No me dijo que Jolina Eliasdatter Ylivainio había herido al agresor en el hombro?

—Sí, con una horquilla. Esa herida parece más gruesa.

—Hay horquillas de muchos tamaños.

—Cierto, pero esta herida es reciente, se la han tenido que infligir hace muy poco.

—¿De modo que lo defiende? ¿Defiende al muy cabrón?

El alguacil me dio un empujón al mismo tiempo que Michelsson me soltaba. En mi débil estado no pude mantener el equilibrio, sino que me tambaleé y caí descontroladamente. Mi entrepierna estalló cuando di contra el suelo; me puse de lado escupiendo saliva sobre las tablas de madera. Los hombres observaron mi lamentable gaseo; el alguacil amagó una patada.

—¿Dónde has escondido el dinero?

El párroco trató de interponerse entre nosotros, pero los hombres lo apartaron a empujones.

—Bueno, tendremos que registrar la casa —decidió Brahe—. ¿Dónde guarda el joven sus pertenencias?

—¡Dejen en paz al chico! —gritó Brita Kajsa.

El pastor luchó por mantener la serenidad mientras le lanzaba una dura mirada al alguacil.

—Claro que lo ayudaremos. El cuévano de Jussi está allí. Pero quiero una orden escrita de registro.

Brahe rebuscó en el bolsillo interior y sacó un lápiz. El pastor le tendió su navaja, con la que Brahe afiló la punta. Entretanto, Michelsson había buscado un papel entre los documentos de su cartera, y el alguacil anotó sin pensárselo un par de líneas. Mientras Michelsson le daba el papel al párroco, el alguacil vaciaba mi cuévano tirando todas mis pertenencias al suelo. Resultaba fácil constatar que no había dinero. De ahí pasó a cachearme; sin la menor consideración registró mis bolsillos y pasó la mano por el forro de la camisa para comprobar si había billetes cosidos por dentro. Cuando tampoco encontró nada allí, miró a su alrededor con suspicacia.

—Mi estudio no se toca —anunció el pastor con voz firme.

Sin grandes aspavientos agarró su bastón de caminar por el monte y lo sostuvo amenazadoramente delante de sí. Los policías podrían haber reducido a ese hombre de baja estatura sin ninguna dificultad, pero la expresión de su rostro los hizo desistir. En su lugar salieron y se dirigieron al establo. Podía oír cómo se afanaban revolviéndolo todo, apartando vasijas y cubos ruidosamente, y cómo montaban una escalera para subir al altillo. Brita Kajsa y el párroco me ayudaron a sentarme en el banco de la cocina. Se me nubló la vista, las piernas no me sostenían.

—No he... robado... —logré pronunciar.

—Lo sabemos, Jussi.

—Me pincharon cuando me atacaron... Me pincharon con un clavo...

—Vamos a dejarlos hacer —murmuró el pastor—. No van a encontrar nada. Brita Kajsa miró llena de escepticismo a su marido. Hizo ademán de quitar

la mesa, pero el párroco la detuvo. Con gesto interrogante, vimos que el pastor examinaba la vajilla fina y los restos de comida. Introdujo los dedos en los dos vasos de los que Brahe y Michelsson habían bebido, y de esa extraña manera, sin tocar la parte exterior, los levantó. Los llevó al fuego del hogar, donde los dejó. Luego barrió con el rascador las cenizas más finas, se las colocó en la palma de la mano y sopló ligeramente. El ceniciento polvo flotó hacia los vasos para más tarde dispersarse entre las ascuas. Volvió a levantar los vasos de esa peculiar manera suya y nos los mostró.

—¿Ves, Jussi?

Me acercó las superficies abombadas de los dos vasos. El polvo ceniciento se había pegado a las grasientas huellas de los dedos de modo que éstas se veían con absoluta claridad.

—Se pueden ver sus dedos.

—Fíjate bien, Jussi.

—Hay líneas en las yemas. Dibujos redondos.

—Exactamente. Y si los estudias, todos son diferentes. Se diferencian unos de otros. La huella del dedo pulgar del alguacil tiene un aspecto muy diferente a la de su ayudante, ¿lo ves?

—Sí... Sí, lo veo...

El pastor reflexionó un momento. Luego arrancó dos tiras de papel, en una de ellas escribió «Brahe» y en la otra «Michelsson» y las introdujo en su vaso correspondiente. Acto seguido, se fue al estudio y regresó con dos copas envueltas en pañuelos y las colocó al lado. Las reconocí.

—¿Son las copas de la casa de Nils Gustaf?

—Efectivamente.

—¡Pero una de ellas se ha vuelto azul!

El párroco asintió con la cabeza. Un azul muy claro lucía en los restos de coñac que había en una de las copas.

—El color se llama azul de Prusia —explicó—. He llevado a cabo una pequeña investigación. No obstante, es demasiado pronto para decir nada.

Brita Kajsa abrió el armario de la cocina y se puso a buscar entre sus hierbas.

—Intenta descansar ahora, Jussi. Te voy a preparar una infusión de corteza de aliso. Es amarga, pero ayuda.

Mientras Brita Kajsa se ocupaba de la infusión, unos extraños jadeos salieron del suelo. Me di la vuelta fatigosamente para ver mejor. El pastor se había arrodillado en medio del suelo de la cocina. Al principio creí que rezaba. Después vi que recogía algo. Con pequeños pellizcos parecía cosechar unas raras flores entre las tablas del suelo. Me fijé bien. Lo que juntaba el pastor en la palma de la mano eran las virutas que habían caído del lapicero del alguacil cuando le había sacado punta.



Poco a poco el cuerpo se cura. Las heridas se cierran. Al cabo de un tiempo, las costras caen dejando tras de sí cicatrices blancas. Cuando paso la punta de los dedos por encima noto que la piel está más dura y apenas tiene sensibilidad. Mis costillas tardan mucho en curarse, noche tras noche me despierto por los fuertes pinchazos que me dan al girarme imprudentemente en sueños. Pero según pasa el tiempo consigo hacer inspiraciones profundas sin que me duela. Lo peor es la boca. Los cráteres se llenan; los bordes, en cambio, siguen negros. Y aunque el sabor a sangre desaparece, algo agrio permanece.

El pastor se aparta cuando respiro en su dirección, entiendo que mi aliento apesta, así que intento mantener la boca cerrada. Al pedir en la tienda, me cubro con la mano. Sin dientes delanteros, pienso, debo de parecer un viejo. Las mujeres me dan la espalda si me olvido y les enseño mis fauces, asumo que nunca voy a poder acercarme a ellas. Me veo obligado a masticar los duros trozos de pan por el lateral, con las muelas, a roerlos como un gato. La s me resulta prácticamente imposible de pronunciar, suena como fff hasta que se me ocurre que puedo mover la lengua más cerca de las muelas. Entonces me sale más claro, pero no acaba de sonar bien. Nunca podré ponerme al lado del pastor en la iglesia para leer su sermón, como hizo Raattamaa. Los feligreses se burlarían de mí. Practico mi dicción tozudamente para que se oiga más nítida. Para que la gente al menos me entienda. Intento hablar con los labios casi cerrados, así no hace falta que me tape la boca.

A menudo me invade esta idea: incluso después de la muerte quiero seguir en el mundo. No sé de dónde viene ese anhelo. Quizá tenga que ver con las

letras. Mis antepasados no sabían escribir. Vivieron cuando vivieron, se dedicaron a sus quehaceres y desaparecieron. Sé que mi abuela se llamaba Anne Maaret, el mismo nombre que le pusieron a mi hermana. Y mi bisabuela, Stina Inghilda. Pero eso es todo. Guardo un vago recuerdo de mi abuela, nos vimos en Kvikkjokk. Dormíamos al aire libre, era verano, me acuerdo de que el humo del fuego ahuyentaba los mosquitos. Tenía tantas arrugas que parecía una tabla en la que se llevaba muchos años cortando carne. Sus manos eran frías y secas, como dos pedazos de leña al tocarlas. Yo tendría unos cuatro años quizá. Ella comió algo, masticando durante mucho rato con su desdentada boca, y luego se volvió hacia mí. Abrí la mía y me escupió dentro un viscoso mejunje. Tenía un sabor dulzón a saliva, y también había algo marrón, como de corteza. No se podía comer, aquello estaba muerto. Largos hilos se me pegaban en la garganta. Intenté tragarlo desesperado, pero los hilos sólo se hacían más largos. Al final quería morir. Ellos se reían a mandíbula batiente, todos aquellos que estaban sentados encima de la piel de reno, carcajeándose mientras bebían un trago tras otro hasta que cayeron y se quedaron ahí tirados en sus sucias prendas de cuero, como restos de una matanza.

Creo que ella murió al poco tiempo. Mi madre no me lo quiso contar, pero nunca más volvimos a visitarla. De modo que supongo que la vieja murió. Mi abuela Anne Maaret. Y ya no queda nada de ella en este mundo. Bueno, sí, quizá haya todavía un par de botas de piel de reno que ella cosió dando vueltas por ahí. O alguna bonita cinta para usar con ellas. Pero ya nadie sabrá que esas cintas eran suyas. Que fue ella y nadie más quien las tejió con sus fríos dedos de madera. Pero no se preocupaba por eso, no sentía ninguna necesidad de perdurar en el recuerdo de nadie. Tampoco sus antepasados, ninguna de todas esas sombras que se adentraron en la oscuridad. Vivieron y desaparecieron, vivieron y desaparecieron, como olas en un lago montañoso agitado por el viento que se estrellaban contra el banco de arena filtrándose entre la gravilla. Se ve la capa de agua, resplandeciente y turbia. Durante un

segundo refleja el cielo. Después todo se esfuma con la próxima ola espumosa.

El malestar se apodera de mí cuando pienso en esto. Que yo también un día me desvaneceré como el agua, sin dejar la más mínima huella. ¿Quizá sea yo el primero de entre mi pueblo que se siente así, quizá ese pensamiento sea nuevo para nosotros? El deseo de persistir. No en el reino de los cielos, sino sobre la Tierra, en la posteridad. Estar, como el pastor, en un óleo en el Salón de París. Fundar un movimiento de despertar religioso que cambie la forma de pensar de la gente. Ponerle nombre a una planta recién descubierta. Escribir un libro.

Todo eso lo ha conseguido mi maestro. Yo, en cambio, no he logrado nada. He vivido como mis antepasados, eso es todo. He seguido su rastro. Como un reno he ido tras otro reno que caminaba delante de mí en la nieve. Pero ahora eso ya no me basta. Algo ha sucedido con el mundo, ya no es igual que antes. De ahora en adelante, un hombre debe vivir no a través de otros, sino a través de sí mismo.

Por esos derroteros discurrían mis pensamientos. Me atormentaban, fui consciente de mi propia incapacidad. No podía ni siquiera llegar a la mujer que amaba. ¿Cómo iba entonces a poder alterar los sentidos de una persona desconocida con mis palabras?

Intenté hablar de ello con el pastor.

—¿Mi anhelo será recordado por el diablo? —pregunté.

Me miró con semblante serio.

—Tus pecados son perdonados. En el nombre y la sangre de Jesucristo.

—No es suficiente —dije.

Durante un instante creí que iba a abofetearme.

—¿O hay que ser como todos los demás? —continué con voz débil.

—¿Y qué crees tú, Jussi?

No contesté.

—¿Quién te dio la paliza, Jussi? —preguntó el pastor—. ¿Quién te golpeó tanto que llegaste a estar más muerto que vivo?

—Roope —dije—. Roope y otro hombre.

—¿De modo que eran dos?

—Y más tarde llegó un tercero, que llevaba la cara tapada. No quería que lo reconociera. Fue él quien me pinchó en el hombro.

—Daba la impresión de que el alguacil Brahe y Michelsson sabían que tenías una herida allí, ¿no?

—Sí —dije—. También he pensado en eso.

—¿Tenemos que denunciar a Roope!

—Eso puede esperar —dije.

—No está bien que le tengas miedo.

—Es igual, de todos modos voy a desaparecer pronto.

—¿Qué?

—No, nada. No importa.

Una vez que la siega se había acabado, era hora de revisar las herramientas. Como sólo tenía fuerzas para los quehaceres más ligeros, me dijeron que me dedicara a arreglar los rastrillos de heno. El dolor hacía que no pudiera sentarme de manera normal, que me viera obligado a apoyarme en las rodillas y apoyar con tiento mi trasero en los talones. Con el cuchillo tallaba palitos de rastrillo que encajaba en los agujeros tras haber sacado aquellos que estaban desgastados y quebrados. Era una labor de viejos, de los que ya no aguantaban el trabajo físico diario, y noté las miradas de lástima que me dirigían la criada y las hijas. Pese a mi juventud me había convertido en un anciano, mi espalda estaba encorvada, mis pasos se acortaban y me costaba mantener el equilibrio. Me parecía al párroco. Pero mientras él podía mirar atrás a una vida grandiosa de batallas, victorias y fama, la mía ya había pasado antes de empezar siquiera. No había hecho nada importante. Pensé en mi hermana, la que se había quedado en el norte para cuidar de los viejos. Una y otra vez le había pedido a Anne Maaret que me acompañase, que escapara de la apestosa inmundicia que suponía la *gohti*, de la tosedora ira de los viejos cuando la borrachera se les pasaba. Pero aunque era muy joven, apenas más que una niña, ya se comportaba como una madre. Sabía que sin ella los viejos sucumbirían. Yo me negaba a dormir allí dentro cuando la visitaba, me preparaba una cama al aire libre junto al fuego. Ahí apestaba a pis de zorro, pero aun así era mejor que dentro de la *gohti* entre pulgas y trapos sucios.

Me hallaba tan absorto en mis pensamientos que no reparé en los visitantes hasta que ladró la perra. Dos figuras se acercaban, vestidas de negro, dos

siluetas femeninas, y había algo en ellas que hizo que el corazón me palpitara. Me apresuré a esconderme entre los cultivos del pastor, tras la pared verde y jugosa que él llamaba patatas. El rastrillo se quedó en la hierba, quizá se detendrían y me buscarían con la mirada. No, resultaba obvio que tenían otros asuntos en mente. La mujer que iba delante era de constitución robusta y de cierta edad. Vestía a capas, una chaqueta de punto sobre otra, una falda encima de otra falda; además llevaba abrigo y un pañuelo en la cabeza y sobre los hombros una toquilla negra de un tejido tan grueso que se asemejaba más a una manta. Lo único que sobresalía era la mano, que pellizcaba un pañuelo de un blanco brillante. No quedaba claro lo que significaba ese pañuelo; a veces se lo acercaba a la comisura del párpado como si allí hubiera lágrimas que secar, pero también lo movía en alto como una señal de algún tipo. Trazaba letras en el aire, como si formara un texto, vi una u y una n y una z, una escritura blanca en medio de la grisácea humedad de lana otoñal.

Detrás de la anciana caminaba otra figura más joven. Su vestimenta también era negra, y llevaba el pañuelo de la cabeza muy bajado como para ocultar el rostro. Aun así, había algo en ella que me hizo tragar saliva, jadear y desear salir corriendo a abrazarla. Enseguida me acaloré al reconocerla. A pesar de que se tapaba la cara, sabía que no podía ser nadie más. Identifiqué su manera de moverse, el balanceo de las caderas cuando llevaba los cubos de leche, la redondez de sus hombros, el ángulo del cuello, esa ligereza en el paso que había visto mientras bailaba en el estudio del artista y durante la fiesta en el granero, cuando llegamos a estar tan cerca.

Pero al mismo tiempo noté que algo había cambiado. Algo le había sucedido, había una rigidez, o quizá una carga en su silueta. Nunca había visto a la mujer que encabezaba la marcha, ¿era su madre? No sabía ni siquiera de qué pueblo era Maria. Pero resultaba evidente que la mayor mandaba, que tenía un asunto que tratar con el párroco. Todo recordaba a un ritual, la escritura blanca del pañuelo contra el cielo gris, la distancia que mostraban las dos mujeres entre sí, la frialdad con la que se trataban. Antes de llamar a la

casa parroquial, vi a Maria mirar a su alrededor como si buscara algo. Me apreté todo lo que pude contra el suelo y me arrastré buscando la protección de las hojas de patata. Cuando entraron, las seguí. Entreabrí la puerta con prudencia. Percibí nítidamente sus olores: la vieja olía a granero de heno, mientras que el aroma de Maria recordaba al espumoso florecer de la reina de los prados. Estaban junto a la puerta de la cocina, y oí que el pastor charlaba de las cosechas para que se sintiesen cómodas y bienvenidas. Sigilosamente fui hasta su estudio y busqué un sitio donde esconderme. Allí estaban las librerías y el escritorio, el baúl y luego la mesa plegable con el enorme herbario. La voz del pastor se acercaba, la puerta se abrió y los tres se quedaron parados, sorprendidos. Me encontraron sentado a la mesa con la nariz enterrada en un libro.

—Perdón —murmuré, y fingí que me habían pillado desprevenido.

—¡Así que aquí está Jussi estudiando! —exclamó el párroco.

Sonaba exageradamente jovial, sin duda quería aligerar el pesado estado de ánimo que traían sus invitadas.

—Es que me entraron ganas de leer —me disculpé mientras me levantaba con movimientos rígidos.

—*Loca parallela plantarum* —notó el pastor con una sonrisa torcida—. ¿No encuentras, Jussi, que el latín es difícil de descifrar?

Cerré el libro y eché un vistazo a la portada. Era el párroco el que lo había escrito.

—Sí —murmuré.

—Ya nos pondremos con él, Jussi. El latín será nuestro próximo viaje.

Las mujeres me miraban con fijeza. Los ojos de la vieja destilaban desconfianza, se apretaba el pañuelo contra la comisura de los labios como para detener un gesto de burla que quería abrirse camino. Maria, en cambio, me contemplaba con una expresión tan suplicante, casi de desesperación, que tuve que desviar la vista.

—Bueno, ¿cuál es el motivo de su visita, señoras? —continuó el pastor

mientras sacaba sendas sillas para ellas, y él se sentó a su mesa de trabajo, junto a la ventana.

—No queremos que ese crío *noaide*... —empezó la vieja.

Movió la cabeza en mi dirección mientras se llevaba el pañuelo a la otra comisura. Sus labios eran delgados y blancos, recordaban a unas hojas de guadaña cuando hablaba.

El aire de la habitación se hizo aún más denso y difícil de respirar. Me marché sin decirles nada cerrando la puerta despacio. En la cocina, Brita Kajsa limpiaba unos tubérculos con un cuchillo corto para el guiso que estaba preparando. Olía muy bien a manteca y a especias y hierbas, a la cerveza que fermentaba en su artesa, a pan y a la mantequilla recién hecha que borboteaba en la olla junto a la cebolla fresca que acababa de picar.

—Las flores cortadas se marchitan rápido —comentó mientras hacía un gesto con la cabeza lleno de intención hacia el estudio del pastor.

—¿Qué? —respondí, aunque la había oído bien.

—¿Qué? —repitió la hija, Johanna, al tiempo que se tapaba la boca con la mano para imitarme—. ¿Qué, qué, qué?

Salí. Los últimos insectos revoloteaban en la luz otoñal. Nadie reparó en mí cuando di la vuelta a la esquina de la casa, me agaché y me senté bajo la ventana del estudio. Saqué el cuchillo y me puse a limpiarme las uñas para ocuparme en algo, a cortar los bordes para que quedaran iguales y libres de picos, y pulir las rugosas cutículas. Al mismo tiempo apreté la oreja contra la pared. Las voces de las visitantes atravesaron los troncos y me llegaron directas a la espalda. No oí nada, pero sentí las vibraciones. La vieja debía de haberse quitado el pañuelo de la boca porque ahora las palabras le salían a chorros. El pastor permanecía en silencio, sin interrumpir el torrente de palabras. No tardaría en proponerles que rezasen juntos, pero aún era pronto. La voz de Maria sonaba tan débil que sólo se podía intuir en las pausas de la vieja antes de que ésta retomara su verborrea con una intensidad creciente. Era como una escalera que descendía al abismo; cada paso conducía a las



visitantes más abajo, hacia las llamas. Y el pastor lo permitió. Dejó que las pecadoras percibiesen el azufre en las aletas de la nariz, que oyeran a los condenados gritar. El tormento les resultaba indecible, sanguinarios gusanos se arrastraban por su piel, la roían y abrían agujeros para penetrar en ella. Era al corazón donde quería llegar Satanás. Al duramen del corazón. Y el párroco pensó que eso era bueno, así que no ofreció consuelo alguno. Aún no. Consintió que el horror creciese en las mujeres. La coraza debía resquebrajarse. El orgullo, la arrogancia. La autosuficiencia.

Y de pronto la vieja se derrumbó. Se rompió. De verdad. Sentí los gritos a través de la pared, resonaron broncos como si procedieran de un hombre, se intensificaron y ahora también se captaban palabras.

—Putas, putas...

Una y otra vez hasta que los aullidos se tornaron en gárgaras, y luego la voz atronadora del pastor:

—¡Fuera, Satanás! ¡Aléjate de aquí!

La casa parroquial parecía temblar como si algo se abriera camino desde las profundidades, una gigantesca cabeza de serpiente que se volteaba y atacaba. Y se elevó otra voz, afilada como una daga. Se oyeron estridentes chillidos de plata de un ave rapaz que se tiraba al suelo batiendo las alas mientras otros cuerpos se abalanzaban sobre ella para sujetarla, presionando la habitación como entre dos tapas de un libro. Salía humo de entre el marco de la ventana, olía a fuego, un terrible tufo a plumas de pájaro quemadas, o quizá fueran dientes lo que ardía.

Los aullidos se convirtieron en sollozos hondos. Me imaginé al párroco rezando. De rodillas junto a las mujeres, los tres abatidos y en el suelo. Convocó a Dios, le pidió que se apiadara de ellos. Dios que poseía el poder de destrozar y castigar. Que con una simple uñada podía enviarlos a todos a las llamas. Las pecadoras se balanceaban en el borde del abismo. Sólo había salvación para quien abría con sinceridad su corazón. Para quien lo sostenía entre las manos mostrándolo desnudo y palpitante.

Tus pecados te son perdonados. En el nombre y la sangre de Jesucristo.

Así era el ritual. Aparté de mi mente la idea de mirar por la ventana, aterrado ante lo que podría ver. La pared de troncos a mi espalda estaba en silencio. Me levanté y me marché de allí intentando pasar desapercibido. Me senté en el porche a esperar. Tenía frío. El sol se acercaba al lindero del bosque, podía vislumbrarlo a través del ramaje, una mancha roja en mis ojos, que se tornaba verde intenso al cerrarlos. ¡Cuánto tiempo llevaban hablando! ¿Quizá habían salido a la cocina a comer algo? No, por la ventana vi a Brita Kajsa junto a la pared del lar. Ella también daba la impresión de estar esperando. Sus dedos se ocupaban de las hierbas, quitaba hojas secas de los tallos y las dejaba caer al bolsillo del delantal. Nunca se permitía descansar, sentarse y dedicarse sólo a mirar por la ventana. Había que aprovechar cada momento.

Pero ahora se levantó. Seguramente había oído la puerta del estudio abrirse, y estaría preguntándoles a las invitadas si querían cenar. Sin revelar con un solo gesto lo que pensaba de los gritos que acababa de escuchar. El pastor apareció dentro del círculo de luz, resultaba obvio que las visitantes querían marcharse. Agarré la escoba, pues tenía que ocupar las manos con algo. La puerta se abrió, dejé de barrer y saludé con una inclinación de cabeza a la vieja, que pasó junto a mí sin detenerse. Tenía la cara hinchada y salpicada de manchas rojas. El pañuelo había desaparecido; en su lugar llevaba un pequeño trozo de papel en la mano, de esos que estaban encima del escritorio del párroco y en los que solía anotar unas palabras bíblicas apropiadas para los visitantes. Un áspero olor a sudor rodeaba a la vieja, atravesaba todas sus capas de ropa; debía de estar empapada por debajo.

Maria la seguía, tapándose la boca con las manos. Su espalda temblaba de desesperación en un llanto silencioso y descontrolado. Avanzaba tambaleándose, en el porche le costó mantener el equilibrio. De forma instintiva estiré el brazo para sujetarla. Descubrió las heridas en mi cara y se asustó. Y luego se inclinó hacia mí. Todo pasó a la velocidad del rayo, acercó

su rostro, en los ojos no había rastro de lágrimas. Pero allí había moratones, como si alguien le hubiera pegado, y una rabia que hizo que me echara hacia atrás. Apretó su mejilla contra la mía y susurró:

—Voy adonde tú quieras, Jussi.

La vieja se dio la vuelta, pero Maria ya la había alcanzado, y de nuevo se cubría la cara con las manos. Abandonaron el terreno de la casa, las vi girar, entrar en el camino al pueblo y desaparecer. En las aletas de mi nariz quedaba todavía el olor del pelo de mi amada. *Filipendula ulmaria*, la reina de los prados. Pero también olía un poco a cebolla. A azufre. Tuve que apoyarme en la barandilla del porche.

Voy adonde tú quieras.

Su mejilla contra la mía. Para siempre.

Selma salió y avisó de que la cena estaba lista. Respondí que andaba con el estómago revuelto, que me encontraba un poco mareado. Me fui al establo y me quedé allí en la penumbra tragando saliva. Las vacas, recién ordeñadas, me contemplaban tranquilas sin interrumpir su constante masticar. Les pasé la mano por el duro hueso de los hocicos, apoyé la punta del dedo en el extremo de sus astas redondeadas, les acaricié el pelaje y sentí la suavidad bajo mi mano. Los grandes ojos se fijaban en mí, rodeados de tendones, el morro con sus pelos tiesos y ralos brillaba mojado. Ahora una vaca levantó la cola para cagar y la boñiga cayó al suelo con un chapoteo. Olía bien, punzante. Cogí la rasqueta y la empujé hasta el canal del estiércol; estaba tan caliente que humeaba. Toda esa hierba se había convertido en leche y en mierda. Parte se echaba al canal y parte acababa en bonitas jarras colocadas sobre el mantel de la cena. Igual que pasaba con la raza humana.

Desde la casa se oían pasos, seguramente de Johanna que sacaba el cubo de la basura. En tal caso, ya habrían terminado de cenar. Esperé otro rato más. El pastor solía sentarse a trabajar un poco antes de acostarse, para dar el último retoque a su correspondencia o revisar las cuentas. Con el estómago lleno y algo soñoliento, éste era para él un momento de relajación y quizá le apeteciera intercambiar unas palabras. Sin duda todavía tendría en mente la visita que acababa de recibir. Los gritos de la vieja, la insistente resistencia de la chica. ¿Quizá querría compartir sus pensamientos con alguien?

Ésa era mi esperanza cuando entré en la casa. Brita Kajsa alimentaba el fuego con más leña. El muro de encima conservaba el calor de modo que durara toda la noche. Anduve sin hacer ruido hasta el estudio del pastor, como

una sombra. La puerta se hallaba entreabierta, la abrí un poco más sin llamar. Dentro reinaba un silencio preocupante.

Encontré a mi maestro inclinado con la frente apoyada en la mesa. Durante un terrible instante pensé que nos había abandonado. Una apoplejía, un derrame que había hecho que la montaña se resquebrajara y acabara desplomándose.

Luego me di cuenta de que rezaba. Los ojos estaban reducidos a unas finas rendijas, y daban la impresión de mirar a otro mundo. Me arrodillé a su lado encima de las desnudas tablas del suelo sin atreverme a tocarlo. Un hilo de saliva, oscuro de tabaco, había manchado el folio en el que escribía y tenía forma de u. Quizá intentaba levantar el brazo, la mano, pero el cuerpo permaneció inmóvil. Era como si estuviera durmiendo. Como cuando una liebre colgaba atrapada en las enormes garras de un águila. Su mirada era la de alguien a quien llevaban para ser devorado.

Aguardé. Cogí un libro. Leí pero sin entender nada. Me dolían las rodillas, así que cambié de posición mientras la noche caía y los dos nos sumergíamos en la densa tinta de la noche otoñal.

De pronto, una suerte de ola le recorrió la espalda. Se enderezó como un espectro para, acto seguido, reclinarsse y encontrar apoyo en el respaldo de la silla.

—Anda, si es Jussi.

Me levanté, rígido y asustado. El pastor había vuelto, parecía que acabara de despertarse. Pero enseguida reconocí su aviesa sonrisa.

—Bueno, Jussi, ¿qué has oído mientras nos escuchabas a escondidas ahí fuera?

Empalidecí.

—Na..., nada, pastor.

—¿Y quién si no habría estado ahí fuera, apoyado contra la pared? La hierba de debajo de la ventana estaba aplastada, y además se te cayó algo.

De forma instintiva me llevé la mano hacia el cinturón, donde colgaba mi

cuchillo. Seguía allí.

—El pastor se equivoca —mentí, ahora un poco más atrevido.

El párroco levantó algo entre el pulgar y el dedo índice. Con la otra mano me agarró la melena y dio un tirón.

—Uno de tus pelos se quedó atrapado entre los troncos cuando apretaste tu oreja contra la pared —dijo—. Veo que el color y la longitud encajan.

—Perdón —susurré.

El pastor dejó caer los pelos al suelo.

—¿Qué has oído, Jussi?

—Lo siento, le pido perdón, pastor.

—Sólo dime lo que has oído.

—Putá —susurré inseguro—. La vieja se lo gritó a Maria. Que ella era una puta.

—¿Y eso la convierte en ello?

—Maria... no, nunca. No, Maria no.

—Estás prendado de ella, Jussi.

—No lo sé.

—Será por eso por lo que te has dedicado a escuchar a escondidas. Porque espero que no tengas por costumbre rondar por ahí fuera cada vez que recibo a alguien en mi estudio.

—No, no.

—Déjame entonces que te haga una pregunta directa. ¿Has estado cerca de Maria?

—Hemos... bailado.

—Me refiero a la cercanía carnal. Si es así, quiero saberlo.

Los pensamientos se arremolinaban en mi cabeza mareándome. Luego me acordé de la repentina indisposición de Maria el otro día cerca de su casa.

—No... y no hay nada que me hubiera gustado más que estar cerca de ella.

—¿Y qué te ha impedido hacerlo?

No supe qué contestar. Si me hubiera atrevido a preguntarle. Si le hubiera

podido llevar los cubos. Si no fuera el hijo del *noaide*...

El párroco encendió su pipa más especial, esa gigantesca donde la cazoleta era igual de grande que la cabeza de un niño. El humo se filtró con pequeños silbidos por las aletas de su nariz.

—Tienes que serenarte —dijo—. Ella no es como tú crees.

—¿Qué quiere decir?

—No puedo romper el secreto de confesión. Pero me he quedado preocupado, Jussi. O más bien he sentido miedo.

—¿Miedo de Maria?

*Voy adonde quieras. Adonde quieras, Jussi. Hasta que la muerte nos separe...*

Los ojos del pastor volvieron a reducirse a pequeñas rendijas. Ya no era capaz de mirarlo, de modo que me acerqué a la ventana. Allí fuera el cielo nocturno oscurecía, las nubes se acumulaban y anunciaban lluvia. El párroco se sacudió como si se quitara de encima una invisible tela de araña. Cambió de postura, la silla chirrió bajo su peso. Con mano temblorosa encendió la lámpara de aceite que había encima del escritorio. Estudié su perfil a la luz de la llama, su gruesa nariz, con forma de patata, que habían heredado varios de sus hijos.

—Llega el otoño —murmuró.

—Sí.

—Un otoño frío después de un verano funesto.

—El verano ha sido difícil —asentí.

—Descansen en paz Hilda y Jolina. Y descansen en paz Nils Gustaf. Y luego lo tuyo, Jussi, la terrible paliza que te dieron. ¿No debería haber sabido impedir todo ese mal?

—El párroco ha hecho todo lo que ha podido.

—¿No debería haber advertido mejor la presencia del diablo? ¿No debería haber sido el primero en desenmascararlo, yo que soy pastor?

—La astucia del diablo es infinita.

—Eso es cierto.

—Encuentra nuestros puntos más débiles.

—Sí, lamentablemente —convino el pastor—. Se trata de la construcción interior del ser humano, de la psicología. También en mí hay debilidades, por muy fuerte que pueda parecer. En toda fortaleza de defensa siempre hay un resquicio, una puerta trasera sin el cerrojo echado, una ventanita sin la aldabilla puesta. Mientras el señor de la casa está sentado a la mesa dándose un atracón, los ladrones entran a la chita callando y aguardan a que llegue la noche.

—No somos más que seres humanos.

—Sí, ¿pero en qué sentido? ¿En qué sentido soy sólo un ser humano?, ¿dónde está mi punto más débil? Es en eso en lo que pienso.

Dio unas caladas antes de tenderme la pipa, pero yo negué con la cabeza.

—La soberbia —continuó secamente—. Mi maldita soberbia.

Di un respingo al oír la palabrota. El párroco se limpió el jugo tabaquero de la comisura de los labios para a continuación pasarse la mano por la pernera de los pantalones.

—Todos pecamos de soberbia —contesté con voz apenas audible.

—Había imaginado que mi retrato se colgaría en la sacristía. El mío sería el primero de una larga línea de futuros retratos de reverendos. Colgaría allí como un Abraham ante los futuros ciudadanos de Pajala.

Sonrió apesadumbrado, los dientes amarillos y sucios.

—Estoy seguro de que algún día apresarán al asesino de Nils Gustaf —le dije.

—Me temo que te equivocas... —respondió el pastor pensativo—. Me temo que las cosas todavía pueden empeorar.

—¿Empeorar?

—¿Y si nuestro sufrimiento ha sido causado por el movimiento del despertar? ¿Por la propia fuerza del reavivamiento? Sospecho, por desgracia,



que el mal que hemos vivido hasta ahora no es más que un anticipo de algo aún más oscuro.

Observé aterrado al párroco. Tenía un aspecto espantoso, las cuencas de los ojos daban la impresión de llegarle hasta el cráneo. Las pupilas negras como el carbón parecían cortadas directamente de la tierra. Lo habían visto todo. Tuve una premonición de su aspecto al morir, me veía al lado de la cama con su helada mano en la mía. Con un escalofrío aparté la imagen de mi mente, pero el malestar persistió. El pastor bajó la voz, estaba llena de temores.

—De ahora en adelante quédate en casa, Jussi. Deja de rondar por ahí a escondidas. Temo que se avecina una tormenta.

La noche avanzaba despacio como un sueño. Casi imperceptiblemente llegó el amanecer, levantando las últimas nieblas que flotaban sobre el paraje. Mi amada salió al porche, vestida con la ropa de ordeñar. Enseguida me di cuenta de que algo había cambiado. Los pasos resultaban más rígidos, se mecía de un lado a otro como una cerda. Y cuando me acerqué vi que su cara estaba hinchada, parecía haber llorado. Llegué antes que ella a la puerta del establo, y se la abrí. Maria se me quedó mirando como si fuera un espectro. Me colé dentro para que nadie me descubriera. Maria me siguió y la puerta se cerró con un chirrido. Los animales habían calentado el aire con sus grandes cuerpos, y desprendían un olor intenso y dulzón. Se movieron inquietos chocando contra las paredes de los compartimentos al percibir mi presencia. Las ubres esperaban con venas tensas, esperaban las diestras manos de Maria.

—Maria... —susurré tapando con la mano mi fea boca plagada de heridas.

Ella evitó mi mirada. Me acerqué tímidamente, mi codo rozando el suyo. De repente se estremeció y me abrazó, una ráfaga de dolor me atravesó las costillas.

—Has venido a pesar de todo —susurró.

—Llevo toda la noche esperando ahí fuera.

—¿Por qué?

Dudé. Resultaba difícil hablar, pero tenía que intentarlo.

—Eso que dijiste... Yo voy contigo, Maria. Adonde tú quieras.

—No, no lo entiendes, Jussi.

—Que sí..., puedo decir que el niño es mío —murmuré.

Ella me alejó de un fuerte empujón y me observó aterrada.

—¿Pero cómo sabes que...?

—Podemos casarnos —dije casi conteniendo la respiración.

Vio mi boca. Mi boca sin dientes.

—Con una puta —me susurró.

—Tú no eres ninguna puta.

—Me prometió..., me prometió que nos casaríamos.

—¿Quién?

—Ya no importa.

—Yo puedo casarme contigo —susurré—. Eso me gustaría, Maria.

Ella me abrazó con cuidado. Su suave mejilla contra la mía, herida y sucia.

Fui incapaz de moverme.

—¿Y adónde iríamos? —susurró.

—Al norte. Hacia Noruega.

—¿Noruega? ¿Pero cuándo?

—Podemos irnos ahora mismo.

—No, no, imposible.

—¿Y esta noche? Tú ordeñas, luego haces como que te vas a la cama.

Cuando todo el mundo se haya acostado, yo te espero aquí fuera.

—¿Esta noche ya?

—Caminaremos toda la madrugada. Así nadie nos alcanzará.

—Pero si estás muy maltrecho, Jussi. Te han dado una paliza.

—Contigo a mi lado puedo ir hasta la tierra de Canaán.

—¿Quieres decir que tú y yo...?

—Hasta Belén si hiciera falta.

Me soltó, parecía un poco mareada. Tragó saliva y movió ansiosamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Vale, esta noche —susurró antes de acariciar con las suaves puntas de sus dedos la sensible piel de mi barbilla, y después miró a su alrededor y extendió la mano para agarrar el desgastado taburete de ordeñar.

Regresé con pasos apresurados a la casa del párroco. Mi piel todavía recordaba donde ella me había rozado, llevaba conmigo su calor, su olor. El pueblo acababa de despertarse. Oí puertas abrirse y el ruido de herramientas, vi el humo elevarse desde chimeneas y calderas de establo. Sin que nadie me detuviera me colé en la leñera y me senté encima del tajo. Corté un trozo de corteza de abedul y empecé a pulir los bordes con mi cuchillo. Después saqué el lápiz.

«Yo soy un ser humano», escribí con esfuerzo en la penumbra.

Escribí con letras muy pequeñas para que cupieran muchas.

«Vengo de las montañas. Allí la vida era difícil. Mi hermana todavía está allí...»

Resultaba complicado escribir, se me nublaba la vista. Me limpié con la palma de la mano y levanté la mirada tímidamente. Unos pasos se aproximaban, apenas me dio tiempo a ocultar el trozo de corteza bajo la camisa, puntiagudo y anguloso contra mi piel. La puerta se abrió.

Era Brita Kajsa. Se echó atrás soltando un pequeño chillido.

—Ah, eres tú, Jussi.

Asentí con la cabeza, callado, antes de recoger una brazada de leña que balanceé en mis antebrazos.

—Llévala a casa —dijo Brita Kajsa—. Y en la cocina hay gachas para desayunar si quieres.

Obediente, me fui con la carga. Pensé que ahora el viaje se había iniciado de verdad. Los primeros pasos de una caminata muy larga. Un día se convertiría en un libro.

Fingí comerme las gachas, pero las guardé en una pequeña caja de corteza. Algunos trozos de pescado seco acompañaron a la cajita en el cuévano; eran duros y difíciles de masticar, los mojaríamos en agua. Si economizábamos, la comida nos duraría un par de días, a lo mejor tres. Después ya veríamos. Metí un yesquero también y un ovillo de hilo. Con mi cuchillo podría tallar una caña de pescar en el camino y afilar un palito de enebro en el que engancharía una lombriz. Cuando el pez mordiera, la punta se pondría de través y así lo sacaría del agua. Después lo asaríamos en el fuego. La bolsa de sal debería durarnos un mes, mes y medio. Y en Noruega sería fácil encontrar más. Todavía había muchas bayas en los bosques. Me llevé una manta vieja. Yo podría dormir sin más que la ropa puesta, pero Maria necesitaría algo para mantener el calor durante la noche. Me sentaría junto al fuego, cuidándolo, y la velaría la noche entera mientras el brillo de las brasas se reflejara en sus mejillas sonrosadas. Sin duda vendrían a por nosotros, tendríamos que ser precavidos. Empezar a utilizar otros nombres, decir que íbamos de camino a ver a unos familiares en la costa del Ártico.

Escondí mi cuévano en el establo, arriba en el altillo, y me traté las heridas que aún no se habían curado. Tenían peor aspecto a la luz del día, el pus rezumaba y el roedor dolor me arrancaba muecas de sufrimiento. Recogí telarañas para cubrir las llagas tal y como había aprendido de las viejas laponas, escupí encima y recité las palabras mágicas de protección. Si el dolor empeoraba, tendría que calentar al rojo vivo la hoja del cuchillo y apretarla contra las heridas para limpiarlas. Los trozos de dientes que me quedaban dejaban un sabor punzante en la boca. Y entre las piernas no había mucha mejoría. Pero tenía que aguantar. No quedaba más remedio. Nos buscarían hacia el sur, pero iríamos al norte, a enfrentarnos con el frío. Ahora debía dormir un poco. Recobrar las fuerzas. En unas horas, unas pocas horas, la cogería de la mano para no soltarla jamás.

Llegó la noche y la tranquilidad se fue instalando en la casa del párroco. Me esforcé en actuar como siempre, me lavé la cara fuera en el pozo y luego me acurruqué en el suelo junto a la puerta sobre mi colchón de paja. Fingí estar dormido cuando el pastor rezaba la oración nocturna y se apagó la última vela. No me moví hasta que la gente dejó de dar vueltas en la cama y su respiración sonó más pesada y acabó en resoplidos. Como una sombra me levanté, agarré las botas y con todo el sigilo del que fui capaz me dirigí a la puerta. Tjalmo pensó que salía a orinar; se estiró y bostezó dejando a la vista sus blancos colmillos en la penumbra, antes de volver a enroscarse en su rincón. Como una sombra fui a por el cuévano en el desván del establo y eché a andar por el camino. Era como si nunca hubiera existido, me dejé diluir en la oscuridad.

El cielo estaba estrellado y frío, una luna menguante colgaba en el horizonte y aportaba algo de luz a mi caminar. Intenté no pisar los hoyos, el cuerpo dolía con cada paso en falso. Conseguí mantener un buen ritmo a pesar de todo. Cada pisada me acercaba a mi amada. Andaríamos uno al lado del otro toda la noche, hasta donde nos permitieran nuestras fuerzas. Al alba buscaríamos protección bajo un abeto donde nos acostaríamos bien arrimados. Apenas podía creer que fuera posible.

Pronto divisé su casa entre los troncos de los árboles. Me aposté en el lindero del bosque tal y como solía hacer, no quería que ningún perro ladrara. No parecía haber nadie. ¿O quizá ya me estuviera esperando entre las sombras? Me dejé caer en la hierba, ahora húmeda por el rocío. Como un gato levanté la cabeza y puse mis ojos a prueba. Las ventanas de la casa estaban

oscuras, no se oía nada dentro. Decidí aguardar. Todavía con el cuévano a la espalda, me acomodé en la hierba. El cuarto menguante de la luna se elevaba lentamente por encima del bosque. A distancia se percibía el rumor del río Kengis. No era un ruido constante, sino que subía y bajaba un poco, como unas respiraciones lejanas. Un animal avanzaba entre la maleza. Pude seguir sus ligeros crujidos hasta que de repente me olfateó y se paró en seco. Me chupé la piel del dorso de la mano produciendo un pequeño chillido de ratón. El viejo truco funcionó, y enseguida se asomó un joven zorro lleno de esperanza. Pero me descubrió y se esfumó entre las sombras.

De pronto la puerta se abrió, alguien salió al porche. Una figura se movía delante de la casa y parecía detenerse, dudar. En la oscuridad no alcanzaba a ver quién era y no me atreví a llamarla. De modo que empecé a acercarme. Sí, era una mujer. Mi corazón palpitaba más fuerte. La figura recorrió los alrededores con la mirada titubeante. Tenía que ser Maria. Me abrí paso entre la maleza todo lo silencioso que pude, con los brazos en alto para protegerme el rostro de las ramas que me golpeaban. ¿Debía silbar para que reparara en mí? No, el riesgo de despertar a alguien de la finca era demasiado grande. Ahora volvió a mirar en derredor, me pareció que susurraba algo. ¿Era mi nombre? Luego se dio la vuelta y regresó hacia la casa. No, se desvió para encaminarse al establo. Abrió la puerta y se coló por la negra rendija. Aguardé un poco para comprobar que nadie la seguía. No, todo permanecía quieto. Inspirando hondo, salí del bosque y me dirigí hacia la puerta del establo. Eché una última ojeada atrás. No había nadie, la casa estaba a oscuras. Agarré la manija y abrí la pesada puerta.

Y ahí estaba. Intuí su silueta, venía a mi encuentro.

—Mi amor —susurré—. Mi amada...

Me rodeó con sus brazos. Pero eran unos brazos duros y nervudos que se cerraron en torno a mí con tal fuerza que gemí de dolor.

—¡Lo tengo!

Era una voz masculina, un olor a hombre; y cuando me retorcí para intentar

soltarme sentí una mejilla de piel rasposa. La puerta se abrió de golpe y se aproximaron unos pasos pesados. Vi un brillo de luz errátil que venía de un farol. Unas robustas manos me agarraron y me tiraron al suelo. Me arrancaron el cuévano, antes de inmovilizarme los brazos hacia atrás en una postura dolorosa.

—¡Hemos cazado al muy cabrón!

Reconocí la voz demasiado bien. El alguacil Brahe. A la luz del farol intuí a los hombres de la granja, allí estaban el amo y sus dos hijos, armados con sendas hachas. Y a mi lado, vestido con la blusa y túnica de Maria, el ayudante del alguacilazgo, Michelsson. Apretó hasta que sollocé de dolor. Su cara mostró una torcida sonrisa triunfal.

—Jussi, Jussi, ¡ahora sí que estás de mierda hasta el cuello!

Hubo un tintineo de metales y el chirrido de una cadena. Mientras, me quitaron el cuchillo del cinturón.

—Estás detenido, Jussi —declaró Brahe sin poder ocultar su entusiasmo—. Al final te hemos cogido, maldito desalmado.

—¡Preparad el carro! —gritó Michelsson.

El señor de la casa salió a toda prisa para ponerle los arreos al caballo. El hijo mayor se me acercó, el hacha temblaba peligrosamente en sus manos.

—*Voi saatanan...*—murmuró una y otra vez—. *Voi saatanan piru...*

—¿Qué habéis hecho con Maria? —susurré.

La patada me dio en el hombro y le siguió un escupitajo. Luego sentí un dolor incandescente cuando me forzaron aún más los brazos hacia atrás.

Iba a ser una noche larga.



## IV

*A solas el pastor  
en la iglesia reza.  
Nada ve  
durante su adoración.  
Nos inclinamos y saludamos  
ante nuestro Señor.  
Jesucristo en la cruz  
salvará al pecador.*

Ésta es mi gente, la gente del norte. Para ellos predico. Son tan pocos, están tan dispersos... Si el habitante de la ciudad se parece a una plomada, el hombre del norte es el viento. No pesa nada. Se mueve sin dejar huella, sin bullicio ni ruido. Si se coge un puñado de arena para escribir y se tira por la habitación, la arena desaparece. Está allí, pero ya no se puede encontrar. Así son los norteños. Se reúnen en gran número sólo cuando las señales son favorables. Cuando los salmones remontan el río. Cuando las bayas silvestres maduran. Cuando los urogallos están en celo en los claros de los viejos bosques y las aves marinas ponen sus huevos. Entonces se juntan para recoger las riquezas hasta que llega la hora de seguir cada uno su camino. Las viviendas de los norteños se fabrican del bosque, salen del esqueleto y del corazón del bosque, se hacen de madera y de pieles, de piedras que se colocan en torno al hogar y que calientan los fatigados cuerpos mucho después de que se apague el fuego nocturno. Recorren páramos y turberas a pie, avanzan por serpenteantes ríos en barcas con botador, se mueven sobre los esquíes más rápido que un carruaje tirado por caballos, portan su cuchillo, su *guksi* y están preparados para afrontarlo todo, llevan consigo la sabiduría de cómo se sobrevive a los inviernos. Conocen la muerte, saben que quien deja de caminar muere, y que un corte con un cuchillo, un hueso roto, una tos repentina pueden ser presagios de despedida. Conocen el duelo. Saben que por cada persona viva hay diez percidas, que por cada niño nacido mueren otros veinte, que el crío más flaco es quien suele sobrevivir mientras que el gordito se rinde cuando el pecho se agota. Saben que la felicidad es una red recién izada repleta de peces. Un cubo lleno de bayas silvestres. Una piel de reno

bien curtida. Un cachorro de perro que gime. Un humeante tuétano recién partido en la matanza. Saben que el amor es poder yacer junto al fuego con un amigo. Dar la espalda a la oscuridad. Arrimarse uno al otro y pasar el interminable invierno contando historias. La manera más bella que tiene el ser humano de conservar el calor.

Un día, durante la época en la que presté servicios en Karesuando, recibí la visita de dos caballeros muy insistentes. Acudieron a la casa parroquial y querían que los ayudase a conseguir cráneos de lapones. Eran jóvenes y ambiciosos, sus vestimentas de viaje parecían nuevas a pesar de que venían de muy lejos, quizá guardaban varias mudas en aquellos baúles que los portadores, jadeando, dejaron en el suelo. Auténticos cráneos de lapones. El catedrático llevaba gafas pese a su juventud y sus manos eran como las de una mujer de la aristocracia, lisas y sin pelo, con dedos puntiagudos. Durante su etapa de investigación en la Universidad de Copenhague, había podido estudiar cráneos de auténticos negroides, manosear las sobresalientes acumulaciones de grasa de las cejas y estudiar la forma plana, achatada, del hueso de la nariz. Había anotado las medidas en su diario meticulosamente; lo que le faltaba ahora era material de comparación. ¿Quizá los lapones tenían parentesco con la raza negroide? ¿Acaso no se podía intuir una pigmentación sureña en algunos de los especímenes?

El profesor adjunto era unos años mayor y la calva coronilla le resplandecía. Departía con una voz que chirriaba y movía sin cesar un brazo mientras hablaba como si generara las palabras a base de girar un indolente organillo. Afirmaba haber intentado lavar a un niño lapón mientras éste no paraba de meterse ávidamente dulces en la boca y que debajo de la gruesa capa de grasa y hollín había visto aparecer un tono de piel más bien de características africanas.

Entonces planteé la idea de que con toda probabilidad se debía a que el niño jugaba siempre al aire libre, en lugar de estar encerrado en una sala de

lectura con la nariz pegada a un libro. Los dos hombres me contemplaron casi sin moverse durante un rato antes de decidir que acababa de hacer una broma, tras lo cual se rieron de esa ceremoniosa manera académica en la que se evita enseñar los dientes.

O sea, cráneos de lapones. Se mostraban extremadamente ansiosos y me aseguraron que, desde luego, la ayuda sería recompensada de un modo más que generoso. ¿Había acaso por estos lares un lugar donde alguien de procedencia lapona hubiera fallecido y se lo hubiese dejado en algún hoyo o algo similar? Les expliqué que, desde la cristianización, a los lapones se los enterraba en los cementerios, como a todos los demás. La respuesta incomodó a los señores, incluso les disgustó. ¿Y no se encontraban nunca cadáveres lapones devorados por animales salvajes, con cuerpos tan dañados que la identificación resultara imposible, pero con el cráneo más o menos intacto? Les dije que eso podía ocurrir, claro, pero que a esas personas fallecidas su familia o amigos las hallaban tarde o temprano, y que con la ayuda de la vestimenta y las pertenencias se acaba averiguando su identidad y entonces se procedía a enterrarlas en la tumba familiar.

Ya, ¿y algún delincuente? Se supone que también los lapones cometían de vez en cuando un delito, quizá un crimen violento castigado con la pena de muerte, ¿no? ¿Quizá se podría consultar con el verdugo cuándo iba a ser ajusticiado el próximo asesino u homicida? Se podría contactar con las autoridades competentes con antelación a fin de asegurarse de que concedieran su permiso para que el cuerpo se donase a la ciencia. Bueno, sobre todo, el cráneo.

Les dije que en estas tierras el número de asesinos disponibles resultaba altamente imprevisible, y que no estaba al tanto de que hubiera un juicio pendiente de ese tipo. ¿Quizá ellos mismos debían contactar con las instituciones jurídicas competentes y proporcionarles con ese fin una caja de transporte llena de sal?

Llegaron tan lejos que hasta acudieron a un entierro. El ataúd se encontraba

abierto según la costumbre, y los distinguidos caballeros se abrieron camino hasta el fallecido inclinando la cabeza respetuosamente mientras constataban, excitados, que se trataba de un hombre de marcados rasgos lapones, un viejo nómada dedicado a la cría de renos que ahora yacía vestido con su traje de gala. Los vi acercarse a la viuda, que estaba acompañada por sus hijos y los más allegados. Los profesores le tendieron la mano, algo a lo que no estaba acostumbrada, y tampoco entendía sus recargadas condolencias traducidas por el sacristán. No sé cómo habían pensado avanzar con el tema, pero cuando se vieron en medio de un gran número de familiares con caras inquisitivas tuvieron a bien retirarse.

Se mostraron terriblemente decepcionados. Los ayudé a buscar todo tipo de enseres de uso cotidiano —objetos hechos de abedul masur o de cuernos de reno— de la espléndida artesanía con la que los lapones se rodeaban. Les hablé con detalle de la mitología lapona anterior a la cristianización y de la que todavía quedaban vestigios en su mentalidad. Los hombres se enteraron de la existencia de un lugar de sacrificio junto a una ruta de trashumancia donde ocasionaron graves daños cavando enormes hoyos con palas. Quizá tenían la esperanza de encontrar un tesoro de plata, a pesar de que las ofrendas en ese lugar consistían, por tradición, en cuernos de renos o manojos de pezuñas.

Al final los guie hasta el viejo lugar eclesial de Markkina. La iglesia se había derribado y trasladado hacía un decenio y el poblado estaba abandonado. Pero el cementerio seguía ahí. Apenas puedo describir el entusiasmo que los invadió cuando comprendieron dónde habían ido a parar. Temblando, literalmente, de expectación, agarraron sus palas. Tras lanzar unas ojeadas alrededor para asegurarse de que no hubiera testigos ajenos, eligieron una tumba donde la tierra se había hundido y se pusieron manos a la obra. No tardaron mucho en dar con madera en estado de descomposición. Con sumo cuidado empezaron a poner al descubierto el hallazgo, que resultó ser un *ackja*, un trineo sami. Dentro del mismo yacía un hombre, tendido de espaldas y con los dedos entrelazados como si rezara. Tanto el *ackja* como la

vestimenta de cuero mostraban con toda claridad que se trataba de un lapón nómada, un hombre de baja estatura. En cuanto los dos investigadores cupieron en el hoyo, bajaron para seguir cavando con palas más pequeñas y cepillos. Cuando finalmente pudieron levantar la tela que cubría el rostro, lanzaron un suspiro de placer.

Se trataba de un ejemplar bien conservado. Las partes blandas se habían hundido, como los globos oculares y la carne de las mejillas. Pero aún quedaban restos de piel, al igual que los pelos de las cejas. La mandíbula se había caído y dejaba los dientes al descubierto; se antojaban sanos y bien conservados, el hombre debía de haber fallecido bastante joven. En la cabeza llevaba una gorra sami de piel impecablemente cosida y cortada. Los hombres intentaron quitársela para evaluar el estado del cráneo, pero estaba bien encajada. Tras un buen rato de tirones y giros muy medidos lograron levantarla. Encantados, examinaron la coronilla y la hallaron intacta. No había fracturas, ni deformaciones provocadas por la larga presión de la tierra. Sin embargo, el buen estado del cadáver les causó problemas. La cabeza se hallaba firmemente sujeta al tronco con unos correosos ligamentos y resultaba muy difícil desprenderla de éste. Fue necesario dejar que partes de la espina dorsal acompañaran al cráneo. Con unos ruidosos crujidos separaron el tórax de las vértebras, para lo cual una pequeña hacha les fue de gran ayuda. De la sepultura había empezado a salir un olor viciado a grasa agria y tuétano, por lo que me retiré un poco mientras concluían el trabajo. El hallazgo se introdujo en un saco de tela gruesa y se marcó con un texto escrito a mano. También metieron un *guksi* de madera y otros objetos que habían acompañado al hombre en la tumba. Yo entretanto bajé por el sendero hasta el río Kōnkämä, me lavé las manos y me eché agua en la cabeza, hacia atrás, hacia la nuca. Sentí la forma esférica de mi cráneo, su peso, y me dio la sensación de que estaba suelto. De que sólo mis manos impedían que se cayera al suelo.

Cuando volví, ya habían empezado a excavar otra sepultura. Esta vez esperaban encontrar un ejemplar femenino. El cráneo de una mujer constituiría

un material de comparación muy valioso.

Me quedé pensando en el día del juicio final. El momento en que Jesucristo nos despertaría a todos según el credo que yo tantas veces había predicado. Me imaginé cómo las tumbas se abrirían y los muertos se levantarían, y cómo estos cuerpos sin cabeza se verían obligados a bajar con pasos pesados y tambaleantes hasta las universidades de Uppsala y Lund para allí intentar recomponerse.

Tal y como los caballeros me habían prometido, me dieron una generosa compensación una vez que regresamos a la casa parroquial. Treinta monedas de plata. Lo doné todo para las actividades de la congregación.

También aquí, a Kengis, vienen a veces esos hombres, siempre son hombres, seducidos por el norte. Sus ojos brillan. Quieren sol de medianoche y vistas grandiosas, quieren conocer animales exóticos, como el glotón o el lince, escuchar tambores y oír el *yoik*, que les cuenten historias que hablan de cacerías en las que se mata a osos con lanzas, y de manadas de lobos que asedian pueblos enteros, y quieren, al finalizar las aventuras de la jornada, tomar coñac con directores e ingenieros de la fundición e invitar a las criadas de la finca a acompañarlos en la sauna. Norrland es para ellos como la India. Vienen aquí para realizar heroicidades, contemplar el fin del mundo en los acantilados negros del Cabo Norte, pintar escenas dramáticas que luego serán expuestas en Londres o París, y hacer asombrosos descubrimientos científicos, preferentemente bajo duras peripecias físicas. Norrland es para ellos una tierra sin bautizar. Una tierra que antes de que llegaran ellos no existía de verdad. Las personas aquí no son tales, al menos no tanto como ellos mismos. Suben de buena gana a los puntos más elevados del terreno. Miden los alrededores con sextantes, barómetros, oculares y cronómetros; recogen datos para sus tesis doctorales en latín y redactan descripciones de sus viajes, que publican acompañadas de magníficas ilustraciones impresas en papeles caros. Se pelean sobre quién llegó primero, quién anduvo más lejos, quién descubrió

más cosas. Pero nunca sobre quién cargaba con más equipaje; porque de eso siempre se ocupaban los humildes lugareños. Hombres bajos y callados sin nombre, atormentados por el peso que portaban a la espalda milla tras milla. Llevaban los instrumentos y las botellas de ponche de esos caballeros hasta los ancestrales lugares de descanso, aguantaban el dolor en el espinazo y en las articulaciones para, al final, recibir unas míseras monedas a orillas del océano Ártico.

La grandiosidad y el salvajismo de Norrland era lo que todos buscaban. Montañas por conquistar y poderosas cataratas, todo lo que a su debido tiempo pudiera valer una medalla de manos del rey. La pequeña vida, en cambio, les pasaba inadvertida. Las enfermedades de los bebés, la tos y los achaques de la gente común, las manos extendidas de los pobres. Todos los infructuosos intentos de cultivar, el hambre y la agonía en chozas míseras. Y luego el aguardiente, el veneno de la serpiente, ese pis cáustico que quemaba los hogares con su ponzoña y dejaba tras de sí *goahtis* devastadas y niños abandonados.

¿Y no era yo sino uno de esos caballeros? ¿Con mis colecciones de *naturalia* y el herbario, con mi investigación sobre la calidad de la tierra y sobre las ciénagas ricas en minerales y el afán que tenía por catalogarlo todo? Pues sí, de muchas maneras a mí también me tentaba el diablo de la ambición. Poder descubrir una planta nueva, revisar la flora y las colecciones y darme cuenta de que nunca antes había sido descrita, de que fui yo quien la descubrió. Esa ansia podía convertir a cualquiera en un esclavo de las pasiones más viles.

Pero había una cosa que me diferenciaba de ellos. Yo había nacido aquí. Mi madre era de familia lapona, la sangre lapona corría por mis venas. Las montañas eran los lugares de mi infancia, no era un mero visitante. En su momento mi cuerpo descansaría en esta tierra norteña. Ésta era mi gente, éstos mis parajes, éste mi hogar definitivo.



Tengo cincuenta y dos años y estoy marcado por el otoño vital. La vejez llegó de forma muy repentina. Mis ojos han perdido agudeza y están rodeados de arrugas. Donde antes podía leer con una vela ahora necesito dos. De joven podía comer hasta que la barriga se arqueaba como un velamen en una tormenta; ahora me lleno tras un par de cucharadas, y el vientre no alivia su carga más que cada tres días. Las manos, que antes podían dibujar cada nervadura de las hojas de una planta, tiemblan ahora cuando mojo la pluma en el tintero. La espalda se ha curvado, mis hijos dicen que ando inclinado hacia delante como si luchara contra un viento que sopla de cara, aunque yo creo que ando erguido. A veces se me olvidan las palabras, me detengo a buscar en mi mente el nombre de un parroquiano, sé perfectamente cómo se llama pero no me viene. Tardo más en hacer el trabajo e incluso las tareas más sencillas me fatigan. Mi trayectoria vital se mueve hacia abajo. El polvo se acerca. La vida transcurrió con demasiada celeridad. Hace nada recorría las turberas de las tierras interiores de Västerbotten con paso raudo y el vasculum lleno de plantas raras. Ante mí se abría una eternidad, vastas extensiones montañosas me esperaban con nuevos descubrimientos. Estaba soltero, no tenía niños, y era ambicioso. Por las noches apenas conseguía descansar, mis piernas seguían caminando enérgicamente en sueños. Mis pensamientos sólo versaban sobre mí mismo, sobre las inminentes victorias que estaba seguro me aguardaban, el triunfo académico, las mieles de la gloria que pronto me lloverían desde púlpitos y tribunas de poder. Y es verdad que logré éxitos. Pero de otro tipo muy diferente. Las distinciones académicas se reservaban

para otros candidatos, más dóciles. Mientras que yo llegué a tocar los corazones de la gente.

Luego acabé en el desierto. A la edad de veintiocho años me vi con mi hija muerta en los brazos, Emma Maria apenas tenía una semana de vida. El pequeño cuerpo infantil todavía conservaba un poco de calor, los ojos no se habían cerrado del todo, aún brillaban como por una luz interior. Estábamos sentados allí, Brita Kajsa y yo, y el cuerpecito se iba quedando rígido y el alma infantil se alejaba. Resulta difícil mantener la fe en momentos así. Nuestra hija Nora, que engendramos en pecado, antes de contraer matrimonio, todavía vive y es fuerte. Mientras que Emma Maria, la más inocente de todos, la que aún no había tenido tiempo de pecar ni de pensamiento ni de palabra u obra, era llevada al cielo.

Yo también he sentido la cercanía de la guadaña de la muerte. Durante el verano de hace diez años murió mi querido hermano Petrus de una hemorragia pulmonar. Y yo sufrí una tos y una fiebre tan graves que creí que me enfrentaba a la tisis. Estaba convencido de tener los días contados. Me pareció haber vivido una existencia vanidosa sin utilidad alguna. No había administrado bien mis talentos, había dedicado el tiempo a satisfacer al diablo de la ambición desatendiendo mi desarrollo espiritual. Qué fácil es quedarse atrapado en las mieles del mundo, darse palmadas unos a otros en espaldas elegantemente vestidas y desear medallas y coronas de laurel. Y aun así los éxitos nunca son suficientes, el que ambiciona la gloria sólo quiere más. Con qué facilidad podría haberme convertido en uno de esos coleccionistas de especies y botánicos de escritorio que no viven más que para conseguir que su nombre pase a la eternidad en los catálogos de botánica.

Al final el curso de mi enfermedad cambió. Después de varios meses recobré las fuerzas y pude levantarme de mi lecho. Y aun así no me alegré. El mundo carecía de color. Me perseguían pensamientos oscuros e intenté encontrar un modo de escapar de su poder. Me hice con el libro *Manual de*

*vida sana para el hombre común* de Carl Nordblad en el que recomendaba una hora de paseo diario, y empecé a seguir esta prescripción. Todos los días daba vueltas a la iglesia, una vuelta tras otra alrededor del templo hasta que allí se formaba un sendero. Mis pasos desgastaban tanto el césped que el edificio acabó rodeado por una senda de tierra marrón. Y sentí cómo ese esfuerzo corporal realmente me benefició. Los pensamientos continuaron siendo difíciles y sombríos, pero el ejercicio me fortaleció y me proporcionó energía. Mis pulmones enfermos se ventilaron y se recuperaron. Y pensé en todos los habitantes de las ciudades del país, en lo bien que les sentaría la actividad física. Los lugareños, sin embargo, todos esos braceros y criadas que se esforzaban en el campo todo el día, que trabajaban duramente y caminaban mucho más que yo, creían que me había vuelto loco. A mis espaldas empezaron a llamarme Lasse el caminante.

Las cavilaciones no me dejaban en paz. ¿Había encontrado la salvación? Sí, pues creía en Dios. Decía el Credo con los feligreses y administraba el perdón de los pecados como si fuese un comerciante de azúcar. Al culto iban los pecadores para que los consolase y les diera palmaditas en la cabeza. Luego cada uno regresaba a su casa y continuaba su vida bebiendo, fornicando y codiciando el dinero de los otros mientras seguían llamándose cristianos. Nos tomábamos un trago de aguardiente, nos manoseábamos con la criada, añadíamos unas coronas de más a la factura. Beodos sobrios, sátiros virtuosos, ladrones honrados. ¿De veras podía este tipo de gente llamarse creyente?

Fue entonces cuando viajé a Åsele. Y Dios me despertó. Vino a mi encuentro y me habló con voz de mujer. Me mostró a Milla Clementsdotter, esa sagrada madre de Dios que me metió en su útero, que envolvió y fundió mi reseco caparazón y me devolvió la vida.

Pronto mi trabajo en la viña del Señor habrá llegado a su fin. Seguramente todavía me quedarán algunos años. ¿Cuántos?, ¿veinte? ¿O quizá solo diez? El

otoño se acerca, siento el frío nocturno. Mi vida acabará un día invernal, mi cuerpo será enterrado en estas tierras norteañas. Pero, en fin, algo bueno habré hecho. Algunos artículos y libros he conseguido terminar, y mi amplio herbario, bueno, ahí está. Pero dentro de cien años, todo eso caerá en el olvido. Quizá algún fragmento de algunos de mis sermones persistirá en el alma de alguna que otra vieja campesina, algunas palabras sobre el *ordo salutis*. Más que eso, no creo. Lo único que permanecerá, lo único que dará testimonio de que he vivido y obrado, será el nombre de una insignificante planta. Me convertiré en una planta en la ladera sur de una montaña en la vasta tierra lapona de Torne Lappmark.

Ahora inclino la cabeza y los mechones de pelo caen como una oscuridad sobre mi frente. Entrelazo los dedos manchados de nicotina. Pero nadie responde. ¿Cómo debe afrontarse el dolor del mundo? ¿Dónde podré encontrar la fuerza y la misericordia? El cielo se alza frío sobre las tierras del norte, un gigantesco glóbulo ocular que se acampana hueco. Ni siquiera las estrellas brillan esta noche.

Brita Kajsa me despertó temprano. Con los ojos llenos de espanto y la mano en el corazón. El terror me paralizó. Mi esposa había enfermado, necesitaba mi ayuda. Intenté torpemente levantarme, pero entonces me sujetó agarrándome los hombros tan fuerte que me hizo daño.

—Lo han cogido —jadeó.

—¿A quién?

—La criada del vecino ha venido a contármelo. ¡Han cogido a Jussi in fraganti!

—¿A nuestro Jussi?

—Atacó a una chica. Pero esta vez consiguieron detenerlo, lo han llevado a prisión.

Su mentón estaba arrugado y desencajado hacia delante, intentó decir algo más, pero no fue capaz. Yo me limité a abrazarla. Todavía recordaba el sueño del que me acababa de despertar, me había encontrado con el mismísimo Linneo. Me había dejado hojear su herbario, y allí hallé una planta desconocida, completamente nueva para la ciencia, las hojas eran como las de la *Taraxacum* mientras que las flores se parecían a las de la *Dryas*. Pero ahora mi alegría se cubrió con una capa de hielo.

Enseguida los acontecimientos de la noche corrieron de boca en boca. Vaya, así que era el crío *noaide* del párroco el que había atacado a las mujeres. ¡Menudo animal! Muchos afirmaban haberlo sospechado todo el tiempo, lo describían como una persona rara. No sólo procedía de una familia sami sino que también tenía un comportamiento de lo más huraño y evasivo. Habían reparado en que evitaba mirar a los ojos, y en que hablaba en voz baja

entre murmullos, como si quisiera ocultar algo. En el culto lo habían visto mirar al otro lado del pasillo, a las mujeres; las criadas habían sentido escalofríos al notar que se las comía con los ojos. Resultaba obvio que ese hombre llevaba mucho tiempo albergando en su interior unos instintos perversos. Roope daba testimonio de cómo habían pillado al arrestado mientras acechaba en el bosque junto al camino. Había pasado por allí con su carruaje por pura casualidad, pero gracias a lo atento que había estado el perro, Jussi recibió un buen escarmiento, de modo que al menos esa noche impidieron que agrediera a otra mujer.

Me presenté en la prisión de Pajala, pero no me dejaron entrar. El alguacil me explicó que Michelsson y él llevaban toda la noche interrogando al detenido, y que no permitirían que nadie ajeno interfiriese. Una vez terminada la confesión y tras haberlo anotado todo, podría llegar la hora de confesarse con el pastor, pero aún era pronto. A regañadientes me aceptó que le dejara a Jussi una nota con una cita de la Biblia. Elegí Isaías 51:14: «Pronto será liberado el cautivo; no morirá en la mazmorra ni le faltará el pan».

Brahe dobló descuidadamente la nota y dijo que se la entregaría al chico cuando le pareciera oportuno. Luego ordenó que me marchara, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Cuando me di la vuelta me encontré con las miradas llenas de curiosidad de gran parte de los habitantes del pueblo. Todo el mundo sabía que Jussi vivía con nosotros en la casa parroquial. ¿Por qué no había advertido nada? Una de las viejas derramó unas lágrimas y pretendía que dijese unas palabras de consuelo en ese difícil momento, ahora cuando el mismísimo Satanás había sido apresado en el pueblo. Contesté con evasivas. Cuando me agarró del abrigo y no me dejaba marchar a punto estuve de pegarle. En el último momento conseguí controlarme, y al notar la rabia en mis ojos, me soltó aterrada.

Regresé a casa y me senté a redactar el sermón del domingo para intentar calmar mi tormentoso interior. «Si tú, buen samaritano, no ayudas a este

hombre miserable, que yace moribundo en la cuneta del camino, entonces morirá para siempre. Y los perros y todos los animales salvajes del bosque tendrán la oportunidad de lacerarlo y despellejarlo. Los espíritus malignos y demonios del bosque se alegrarán y se reirán...»

Jussi, mi Jussi... El pobre chaval que había estado allí junto al camino como un pequeño junco al viento. Y yo lo recogí. Lo saqué con las raíces y le preparé un sitio en mi herbario, una pequeña planta arrancada de la tierra madre. ¿Quizá me equivoqué? ¿Quizá habría sido más feliz si lo hubiera dejado allí en su pobre y helado terruño? Le enseñé a leer y a escribir, ¿pero qué más le había aportado mi presencia? Ninguna mujer, ni amigo tampoco. ¿Quizá había ahuyentado yo todo lo bueno que podría haberle caído en suerte? Los chicos de su edad temían al terrible pastor. Querían evitar mis miradas críticas, la aguda pluma y mis inquietas cavilaciones. La gente común había sentido que Jussi era diferente. Por eso lo molieron a palos. Lo machacaron entre las piernas para que no naciera nadie más como él.

Jussi, mi Jussi... Pobre chico, al que salvé de la cuneta del camino, no una, sino dos veces, al que he abrazado como a un hijo. ¿Dejaste que el diablo anidara en tu desamparado corazón?

Pensé en todas las veces en las que Jussi había desaparecido, sin decir nada, para luego pasar semanas fuera. Como si lo impulsaran unas fuerzas poderosas, ajenas a él. Yo también había advertido sus miradas hacia el lado de las mujeres en el servicio religioso. Debía de sentir el deseo de la carne, era un hombre joven. Y al mismo tiempo lo atormentaban su enorme retraimiento y su torpeza. Yo nunca había sufrido de timidez ante el bello sexo, siempre había sabido charlar y bromear con las chicas. Pero si prende en ti un fuerte deseo y no te atreves a decir palabra ni encuentras la manera de llegar a las mujeres, con el tiempo surgirá una presión interior cada vez más acuciante. Un fuego que ardería con más y más vehemencia hasta que imperiosamente estallara en forma de rabia.

¿Era esa psicología la que había transformado al humilde chico en un

violento malhechor?

Tuve que dejar a un lado el sermón durante unos instantes. Desesperado, me incliné sobre la mesa y entrelacé los dedos, pero no pude pensar de manera racional. Me convertí en una vasija vacía, y de todas partes me afloraban pensamientos como brotes de mala hierba, abriéndose camino cual hebras de lana. El nudo en mi estómago se negaba a desaparecer, en mi pecho brillaba una luz intensa que parecía salir de una lámpara inextinguible.

No fue hasta después de un buen rato que sentí poco a poco que mi espíritu se calmaba. Y de repente ocurrió. Era como si me invadiera la corriente del río; todo el largo y enorme río Torne con su espumante rápido de Kengis recorrió mi cuerpo limpiándome de toda la suciedad y mugre. Las corrientes se llevaron todos los grises piojos y liendres, todo lo impuro y turbio. Al final sólo quedaba un espejo redondo de agua, la resplandeciente boca acuosa del río. Una fluida y eterna o.

Mientras esto sucedía yo no existía. Tampoco sé cuánto duró. Era un estado que no se podía describir ya que en esos momentos no me hallaba presente.

Y, sin alterarme, entendí que se trataba de la muerte. Que ése era el aspecto que tenía.



Sin más demora acudí al lugar donde habían detenido a Jussi. Ya se habían congregado allí muchos curiosos para animar el cotilleo. En medio de la muchedumbre se hallaba el señor de la granja señalando hacia el lindero del bosque para indicar por dónde había venido el malhechor. Él había estado escondido en la casa vigilando por la ventana a oscuras, acompañado por sus hijos y el alguacil Brahe. Aguardaron hasta que cayó la noche para darle la señal a Michelsson, quien, disfrazado de mujer, echó a andar hacia el establo. Al mismo tiempo vieron cómo una sombra salía del bosque. Frente a la puerta del establo, el criminal se abalanzó sobre quien él pensaba era Maria, la criada, pero en su lugar acabó en los brazos de Michelsson. El alguacil Brahe y la gente de la casa aparecieron de inmediato para ayudarlo con la detención.

Fui hasta la puerta del establo y examiné el suelo.

—O sea, Michelsson lo apresó desde atrás, agarrándolo por la cintura, más o menos por aquí, ¿no?

El señor de la casa demostró el agarre y cómo el apresado había luchado cual animal salvaje para soltarse.

—¿De modo que Jussi opuso una feroz resistencia? —pregunté.

Sí, incluso intentó cortarle el cuello a Michelsson, afirmaron los hijos. Pero en el último momento consiguieron quitarle el cuchillo y apartarlo con una patada.

—¿Cómo pudisteis ver el cuchillo en la oscuridad?

La pregunta hizo dudar a los testigos. Tras unos instantes de vacilación, convinieron en que habían visto brillar la hoja del cuchillo a la luz de la luna. Gracias a su rápida intervención, se evitó un baño de sangre. El detenido

luchó rabiosamente, y pese a que eran hombres fuertes, les costó mucho doblegarlo. No fue hasta que el desalmado encajó unos golpes correctivos que se rindió.

Abrí la puerta y la luz entró a raudales en el establo. El suelo estaba conformado por gruesas tablas de madera serradas a mano. Me agaché para examinar la pared del corral que se hallaba más cerca de la entrada.

—¿Alguno de vosotros sufrió algún daño?

Negaron con la cabeza. En la pared se perfilaban unas motas de sangre, oscuras y elípticas, que habían salpicado la madera formando manchas alargadas.

—¿Fue aquí donde acabó Jussi? ¿Aquí en el suelo?

—Sí, con la cabeza hacia allí. —Mostró uno de los hijos.

Estaba en cuclillas, por lo que pude ver bien sus desgastadas botas. En el cuero se apreciaban manchas oscuras. Había pateado a Jussi haciendo salpicar la sangre. Me incliné y descubrí restos de piel con unos pelos pegados. Debían de haberle golpeado la cabeza contra el suelo cuando ya estaba allí tirado.

—¿Y luego lo llevasteis fuera? ¿Accedió a acompañaros voluntariamente?

—No, tuvimos que arrastrarlo.

La hierba delante del establo tenía pisadas de todos los curiosos, así que resultaba imposible localizar huellas del arrastre de un cuerpo. Pero junto a la puerta, muy cerca, encontré algo a pesar de todo. Eran un par de pequeños trozos de una cosa grisácea. Percibí un olor familiar. Me recordaba a algo de casa, pero no se me ocurría lo que podía ser.

—O sea, ¿sujetasteis a Jussi en el suelo?

—Sí, lo sujetamos y lo vigilamos. Mi padre fue a por el caballo y le puso los arreos para el carro, cosa que llevó su tiempo.

—¿Comisteis algo mientras esperabais?

Pasé el dedo por los grumos grisáceos para que se pegaran y se los mostré. Los hombres parecían no entender nada. Saqué la lengua y lamí con cuidado. El sabor resultaba familiar, aun así no podía situarlo.

—¿Comisteis pan quizá?

—No, nada. Pero nos dieron un trago. El alguacil tenía una botella.

Se notó un movimiento entre la gente congregada, todos conocían mi aversión al alcohol. Pero me limité a chasquear pensativo con la lengua. Este sabor, ya sabía lo que era, venía de mi propia casa. Eran las gachas del desayuno de Brita Kajsa.

—Aquí hay gachas —señalé.

Entonces uno de los hijos cayó en la cuenta.

—Sí, es verdad. Revisamos su *laukku*, su cuévano. Y allí había una pequeña caja de abedul. Pensamos que quizá había escondido dinero allí, pero cuando la abrimos salieron las gachas.

—¿Estáis diciendo que Jussi llevaba un cuévano?

—Sí, un *laukku*. Uno viejo y desgastado.

—¿Con gachas en una cajita?

—Sí, y bastantes más cosas. Un yesquero. Una vieja manta. Una bolsa de sal y pescado seco.

—¿Y dónde está?

—Lo tiene el alguacil.

Me quedé reflexionando unos momentos. Después me giré hacia la casa y me abrí camino entre la muchedumbre con los brazos. La gente se apartaba, y entré sin llamar. Al principio pensé que no había nadie. Pero de repente creí oír unos pasos menudos y rápidos.

—¿Hay alguien?

Nadie respondió, así que seguí hasta el salón. La puerta estaba cerrada y cuando intenté abrirla parecía que tenía echado el cerrojo. Pero un ligero raspado reveló que alguien hacía contrapeso al otro lado. Empujé con el hombro y conseguí abrir una rendija. Al empujar más fuerte, la puerta empezó a abrirse despacio.

La hallé de espaldas. Ocultó la cara en el delantal y los hombros le temblaban. Le toqué delicadamente el brazo, pero al sentir el contacto se

dobló como una navaja, con la cara contra las rodillas.

—¿Maria?

Su llanto era quedo. Durante su visita a la casa parroquial acompañada por su furibunda madre, se había mostrado cerrada y testaruda, pero hoy dejaba ver otra cara bien diferente.

—Cuéntame, Maria. ¿Qué ha pasado?

Ella negó con la cabeza. Alargué la mano hacia su nuca, hacia el cuero cabelludo fuertemente trenzado.

—Jussi llevaba el cuévano —dije—. En plena noche cogió no sólo comida sino también herramientas y una manta. ¿No te parece raro?

—No sé —se oyó en un susurro.

—¿Habíais acordado veros? ¿Quizá pensabais haceros compañía esa noche? ¿Antes de prometeros?

—No sé.

—¿Y por qué estaba el alguacil Brahe aquí vigilando? Alguien debía haberlo llamado, alguien le contó que Jussi venía de camino.

—No lo sé, no lo sé.

—¿Fuiste tú, Maria?

Se contrajo como si le doliera todo el cuerpo, cual lombriz en un anzuelo. Elevé la voz, imprimiéndole un tono más severo.

—A Jussi lo acusan de haber intentado atacarte. Pero si les cuentas que habíais acordado veros voluntariamente, quedará libre.

Ella negó con la cabeza con tanta vehemencia que las trenzas volaban de un lado a otro mientras se tapaba las orejas con las manos para no oírme. Mi sensación de impotencia crecía. La agarré con violencia de las muñecas y se las separé a la fuerza. Se puso rígida, luego se retorció y al final clavó sus ojos en mí. Estaban secos y vacíos como los de un ángel.

—No sé.

Nos contemplamos como si viniéramos de cuerpos celestes diferentes. Su belleza resultaba llamativa. Me atravesó con su mirada de color azul claro. En

la oreja se le había enrollado un mechón dorado.

—Te adora, Maria. Tú puedes salvarlo. Una sola palabra de tu boca y lo pondrán en libertad.

Pero era como si ella no estuviera allí. Quizá quería proteger al bebé no nacido, la pequeña llama que se había encendido en su vientre, el niño que no tenía padre.

—No sé —susurró de nuevo.

—Aléjate —repuse entre dientes—. En el nombre de Jesucristo nuestro salvador, ¡aléjate!

Su rostro se ennegreció. Parecía a punto de vomitar. Algo serpenteaba allí dentro, con pies de sapo y lengua viperina, ese algo pronto gritaría a través de su boca, me despellejaría vivo.

Desde fuera llegó un ruido de pasos, alguien subía por las escaleras del porche. Solté a Maria y me aparté, sentí cómo amargos ácidos me subían por la garganta.

El señor de la casa entró y me halló en la cocina bebiendo del cucharón. Elogié la calidad del agua, y me contó que había sido su abuelo quien había cavado el pozo en su día. Atinó directamente con una vena que no se agotaba ni a finales del invierno.

También comenté el excelente estado de la vivienda, cosa que le puso de mejor humor aún. Pues sí, el arte de construir casas era algo que dominaban en su familia. Era, de hecho, un rasgo familiar, el trabajo con la madera requería tanto meticulosidad como paciencia, afirmó. Pero para no pecar de soberbio señaló pequeños defectos que necesitaban arreglarse, y convinimos en que a aquellos que poseían una casa nunca les faltaban las ocupaciones.

Conduje la conversación hacia los acontecimientos del día anterior, y me enteré de que el alguacil Brahe había llegado por la tarde en compañía de su ayudante, Michelsson. El hombre no tenía ni idea de quién los podía haber llamado, simplemente se habían presentado, sin más. El alguacil había explicado que había que tender una trampa, y la gente de la casa obedeció. La

finca se dejó a oscuras ya que tenía que parecer que todos se habían ido a la cama. El señor Michelsson se vistió con la ropa que usaba la criada cuando trabajaba en el establo. Y luego sólo restó esperar.

—¿Qué hizo Maria mientras todo esto ocurría?

—Le dijeron que se quedara en su cuarto.

—¿Cómo andaba de ánimo?

—El alguacil le pidió que se mantuviera tranquila.

—¿De modo que estaba inquieta?

—Bueno, no era un momento muy agradable para ella.

—Pero los policías, por tanto, sabían que Jussi iba a venir. ¿Fue Maria quien se lo contó?

El hombre se encogió de hombros.

—Al menos conseguimos atrapar a la bestia.

Eché un vistazo hacia el cuarto. La puerta estaba cerrada, pero aun así bajé la voz para que Maria no me oyese.

—¿Tal vez engañaron a Jussi para que viniera? ¿Quizá Maria le pidió que viniera?

—De eso no sé nada.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando de criada aquí?

—Desde la primavera pasada. Pero ahora lo va a dejar.

—¿Ah, sí?

—Su madre no quiere que se quede. Y nosotros tampoco. La madre cree que alguno de nosotros ha estado con la chica.

—¿Y usted qué piensa de eso?

—Que no, que es imposible. Ni los chicos ni yo la hemos tocado, podría jurarlo sobre la Biblia...

—Pero tiene que reconocer que la joven es muy guapa.

—Se puede quedar hasta que terminemos los quehaceres del otoño. Después la quiero fuera de aquí, antes de que se le empiece a notar demasiado.

—Entiendo.

—Como sin duda sabrá, reverendo, la muchacha ha estado rondando por ahí, por el pueblo. Le han pintado un retrato y todo. Supongo que ni ella sabe quién es el padre.

—O no lo quiere contar.

—Bueno, mis chicos no, eso está claro. Se enfadaron tanto como yo cuando la madre lo insinuó.

Pensé en la bota del hijo salpicada de sangre. Las manchas en la pared del corral del establo. ¿Cuántas noches habían visto a Jussi andar a escondidas por aquí este verano?

Dos días tardaron Michelsson y Brahe en hacer que Jussi confesara. Hasta entonces no me dejaron entrar en ese mísero rincón donde lo tenían encerrado. Jussi estaba tumbado boca abajo en un camastro de madera sin colchón, hecho con gruesas tablas sin cepillar. Llevaba cadenas tanto en las muñecas como en los pies, y los eslabones le habían abierto feas heridas en la piel. En lugar de su ropa habitual le habían puesto una especie de túnica que parecía un saco y que apestaba. Detrás de mí, Michelsson cerró la puerta de un portazo y echó el cerrojo, seguro que se quedó al otro lado escuchando lo que decíamos. Miré a Jussi aterrado. Al principio creí que dormía, repentinos escalofríos le recorrían el cuerpo. Me quité el abrigo y se lo puse encima para protegerlo del frío. Le acaricié con cuidado el sucio pelo y noté cómo se desprendían trozos de sangre coagulada.

—Soy yo, Jussi... Soy el pastor.

No respondió. ¿Estaba quizá inconsciente?

—¿Cómo te encuentras? ¿No te han dado una manta para taparte?

Intentando no hacerle daño, le agarré de los hombros y le di la vuelta para ponerlo boca arriba. Soltó un gemido. Me eché hacia atrás cuando vi las heridas, le habían golpeado tanto que los ojos se le habían cerrado de la hinchazón.

—¿Me oyes, Jussi? Soy el pastor.

Separó un poco los labios.

—Agua —dijo en un susurro.

Al pie de la cama había una jarra volcada. Pero en el fondo aún quedaban unas gotas, dejé caer una en sus labios. Abrió la boca lo suficiente como para



que pudiera echarle el resto.

—Jussi, ¿es verdad que has confesado los ataques?

Con gran esfuerzo entreabrió un ojo, allí dentro brillaba húmedo.

—Me..., me forzaron la mano.

—¿Qué quieres decir?

—La apretaron contra el papel.

—¿Te obligaron a firmar, Jussi?

—Maria y yo íbamos a... Maria sabe...

—Busqué a Maria y se lo pregunté.

—¿Ella le habrá dicho entonces...? Habíamos decidido vernos.

Su cuerpo temblaba cada vez más. Preocupado, le acaricié la frente al tiempo que sentí la rabia crecer dentro de mí.

—¡Agua! —rugí, y oí a Michelsson descorrer el cerrojo.

Las bisagras chirriaron cuando abrió la puerta.

—Traiga agua —insistí—. Y mantas. ¿No ve que el hombre se está muriendo de frío?

—El alguacil ha ordenado camastro —protestó Michelsson—. Nada de mantas, es el procedimiento habitual en estos casos.

—¡Y lo han destrozado a golpes!

—Opuso resistencia durante el arresto.

—¿Lo hiciste, Jussi? ¿Es verdad lo que dice?

—Tenemos testigos —señaló Michelsson con voz suave.

—Pero vaya a por agua, por el amor de Dios.

—Es el propio detenido el que ha tirado la jarra. Suele pasar cuando uno de repente se da cuenta de que es culpable. Es un momento en el que se siente tan abatido que se niega a comer y beber. Pero al cabo de un día o dos, el preso normalmente se vuelve más dócil.

—¿Y cómo pueden estar tan seguros de su culpabilidad?

Michelsson se irguió al tiempo que se frotaba el cuello.

—Bueno, se abalanzó sobre mí. Iba vestido con la ropa de la criada cuando

le tendimos la trampa. En la oscuridad, el preso me confundió con una mujer. Y, además, tenemos su confesión escrita.

—¿Una confesión escrita?

—Confiesa su intento de atacar a la criada Maria. Al igual que la anterior agresión contra Hilda Fredriksdotter...

—¡Pero si ustedes insistieron en que a Hilda la había matado un oso!

—... Además de la agresión y posterior homicidio de la criada Jolina Eliasdotter.

—¡Pero si Brahe afirmó que Jolina se había quitado la vida!

—El alguacil ha cambiado de opinión.

—¿Y a qué se debe ese cambio de parecer, si puede saberse?

—El sospechoso lo ha confesado todo. La plaga de este verano se ha acabado, el culpable ha admitido todos los crímenes.

Michelsson miró de reojo a Jussi, que permanecía inmóvil.

—Y a Nils Gustaf, el artista, ¿quién lo mató?

—El doctor Sederin afirma que falleció de una apoplejía.

—¡Así que a ese asesino lo dejan marchar libre!

El ayudante del alguacilazgo mostró un gesto de pena.

—¿Puedo ver la confesión? —le pedí.

—La guarda el alguacil a buen recaudo. Y ahora mismo está descansando, los interrogatorios han sido arduos. Además...

Michelsson se inclinó sobre Jussi y le arrancó el abrigo con el que yo lo había tapado. Bajó la sucia túnica un poco y señaló con el dedo el hombro izquierdo de Jussi. En medio del hombro se veía claramente una herida de un objeto punzante.

—Pero esa herida es demasiado reciente —protesté—, no se la pudo hacer Jolina. Esa herida se la infligió la banda de Roope cuando le dio la paliza.

Michelsson se encogió de hombros con gesto contrito. Le tendí la jarra vacía, pero él negó firmemente con la cabeza y me sacó de la celda a empujones.

—Nada de visitas largas. Órdenes del alguacil.

Los ojos azul pálido de Michelsson resultaban fríos e inexpresivos. Cuando intenté volver al lado de Jussi, se interpuso en mi camino y de su cinturón sacó un mazo de madera de más de un pie de largo y que llevaba una bola de metal en la punta. Con un golpe lleno de rabia dejé la jarra en el suelo.

—¡Volveré, Jussi! ¿Me oyes? No te voy a abandonar.

—Se le ha olvidado algo —murmuró Michelsson mientras me daba la vuelta para marcharme.

Me lanzó el abrigo.

—¡Pero el pobre chico morirá de frío!

—El reglamento ha de respetarse —comunicó secamente—. El pastor debe entender que aquí dentro rige la ley.

Agarré el abrigo y me fui. Al salir oí cómo la puerta de madera se cerraba y se echaba el cerrojo. Hirviendo por dentro de amargura, me esforcé al máximo para centrar mis pensamientos. ¿Realmente Jussi había intentado atacar a Maria, la mujer que amaba? Había muchas cosas en esta historia que no cuadraban.

De vuelta en la casa parroquial me puse a reunir las pruebas que Jussi y yo habíamos recogido durante el verano. Allí estaba la planta montañosa que hallamos en el granero junto con los pelos arrancados de Hilda, también las virutas del lápiz, la grasa para las botas, así como nuestras anotaciones. Me quedé examinando durante mucho tiempo las copas que cogimos de la mesa de la cocina de Nils Gustaf, con sus marcas de dedos pringosos. Al final lo metí todo en una bolsa de cuero que llevé al cobertizo. Se trataba de encontrar un buen lugar al que no llegaran los ratones. Nadie me vio cuando coloqué la bolsa arriba de todo, bajo el techo, detrás de una de las vigas del cuchillo de armadura; tuve que subirme a una escalera para alcanzar el sitio. Allí no la encontraría nadie.

En medio de todo aquello mis obligaciones diarias debían continuar. Hice una visita a la vieja Wanhainen, que estaba enferma y que vivía con su hijo retrasado en una modesta cabaña junto al río. La vieja respiraba con mucha dificultad y apenas conseguía levantarse de la cama. Sin embargo, se mostraba muy reacia a llamar a un médico, pues un médico costaba dinero, algo que no tenía. En cambio, quería hablar del hijo. La atormentaba una honda angustia puesto que el final se acercaba y le preocupaba cómo se las iba a arreglar el simple muchacho sin su ayuda. Durante toda nuestra conversación, el chico nos observó con mirada acuosa y la boca medio abierta. A pesar de que la vieja le pedía que la cerrara, pronto la volvía a abrir, y largos hilos de saliva le caían lentamente en la pechera.

No pude hacer mucho más que escuchar sus palabras de inquietud y administrarle la extremaunción. La vieja confesó sus pecados llorando a lágrima viva: le parecía que a menudo había sido demasiado dura con el chico, que no siempre había mostrado la suficiente paciencia. Su arrepentimiento era auténtico y le administré el perdón de los pecados según el orden habitual; saqué las hostias y la vasija del vino de mi cartera y le di la comunión. Sus arrugados labios chuparon y chasquearon, y durante unos instantes se me antojó tranquila.

Cuando estaba a punto de marcharme, el muchacho quiso venir conmigo. Le indiqué que se quedara con su madre, pero me agarró del abrigo y se negó a soltarme. Luego fue detrás de mí andando descalzo con pasos pesados, de modo que me vi obligado a regresar a la cabaña. Entendí que tenía hambre. La vieja insistió en que acababan de comer, pero no había ni platos ni cucharas en

la mesa. Le dejé beber agua del cucharón e intenté escabullirme sin que se enterara. Pero enseguida volvió a seguirme.

—Tiene que atarlo —explicó la vieja con voz fatigada.

Señaló una cuerda que estaba tirada junto a la puerta. Yo había creído que se trataba de una correa para perros, pero resultó que era para él. La vieja me aconsejó sujetar uno de los extremos en el sofá donde ella yacía, y enrollarle el otro al chico alrededor del pecho. Y si se la anudaba bien en la espalda me daría tiempo a estar fuera de su campo de visión antes de que lograra liberarse.

No me quedó más remedio que hacer lo que me recomendó. El chico se resistió, ya sabía lo que iba a pasar, pero con mi fuerza de adulto conseguí atarlo y sujetar la cuerda. Acto seguido, me despedí de los dos y me marché apresuradamente.

Cuando llegaba a casa, Brita Kajsa salió a mi encuentro. Estaba tan alterada que apenas podía hablar.

—Lo han..., lo han registrado todo. Tus papeles, tus cosas.

—¿Quiénes?

—Quise impedirselo, pero me decían que los amparaba la ley.

—¿Pero quiénes, Brita Kajsa?

—Pues quiénes van a ser, el alguacil y ese hombre pelirrojo que siempre anda pisándole los talones.

—Michelsson.

—Se han llevado tus anotaciones personales. Pretendían que les firmara un recibo, pero me he negado.

Su voz temblaba de rabia. Yo asentí pensativo con la cabeza.

—Era de esperar.

—¿De qué te acusan?

—Es a Jussi a quien quieren. Sabían que habíamos reunido pruebas. ¿Han registrado mi estudio?

—¡La casa entera! Han revuelto armarios y baúles, han abierto los sofás

cama, incluso han rebuscado entre nuestra ropa blanca.

—¿Y ya se han ido?

Brita Kajsa movió afirmativamente la cabeza. Le pedí que me esperara dentro de casa. Entré en el cobertizo y comprobé con la mano mi escondite. La bolsa de cuero con todas las pruebas recogidas continuaba allí.

Al día siguiente visité de nuevo a Jussi en prisión. Todavía estaba extenuado después de los malos tratos recibidos y yacía en el duro camastro con los ojos cerrados. Michelsson se demoraba por la celda haciendo sonar las llaves con dedos impacientes. Le expliqué que en esta ocasión acudía en calidad de pastor y que quería hablar con el detenido a solas.

—Pero el alguacil ha ordenado que...

—Un preso tiene derecho a la confesión de sus pecados en privado —lo interrumpí bruscamente.

Algo en mi tono de voz lo hizo retirarse cabizbajo tras haber echado el cerrojo a la celda.

—Jussi, habrá un juicio.

Asintió con la cabeza. En la comisura de los labios se veía una secreción, la herida que le quedó después de haberle sacado el diente no se había curado todavía.

—He pensado que yo podría defenderte.

—¿Por qué...?

Su voz resultaba ronca y falta de fuerzas. Le ardía la frente, tenía fiebre.

—Porque te he traicionado. Porque no he sido capaz de protegerte.

—Pero, pastor...

—Aunque hay una cosa que quiero saber antes, Jussi. ¿Me puedes contestar con sinceridad?

—Sí.

—¿Fuiste tú quien atacó a las chicas?

Se me quedó mirando fijamente, hizo ademán de incorporarse. Lo sujeté

para que permaneciera tumbado.

—Fuiste tú, Jussi, quien siguió a Maria y Nils Gustaf durante la noche del baile en Kenttä. Reconocí tus huellas detrás del tronco caído donde te habías escondido para espiarlos; unos pequeños zapatos lapones de suela plana. Se trataba de una persona zurda como tú. Sus pies eran pequeños, y por las pisadas reconocí tu forma de andar de nuestras caminatas juntos. Además, habías machacado té de labrador, tal y como es tu costumbre, para frotarte con las hojas y protegerte contra los mosquitos. Las hojas estaban todavía en el suelo, y sentí el olor en tu pelo al día siguiente.

—Pero yo...

—¿Qué hacías, Jussi?

—Los... Los vi acostarse juntos.

—¿Maria y Nils Gustaf?

—Sí.

—Eso debió de ser duro. Estabas enamorado de Maria. He pensado mucho sobre eso, quizá fue entonces cuando decidiste matar a Nils Gustaf. ¿Lo visitaste y le pusiste veneno en el coñac?

Negó agotado con la cabeza.

—Debió de invadirte una rabia enorme. Y al mismo tiempo fuiste preso del deseo carnal. ¿Te sentiste quizá como si fueses un lobo, Jussi? Tenías que conseguir carne. De modo que te escondiste al lado del sendero, más allá. Y mientras aguardabas, sacaste un lápiz y lo afilaste. Después te quedaste allí escribiendo. ¿Qué escribiste, Jussi? ¿Poemas, quizá? Pequeños versos sobre la mujer que amas, sobre su traición, su falsedad. Sobre cómo ella se va con otro. Pasado un buen rato, de repente ves a una mujer andando por el sendero. Estás excitado por la rabia y la tristeza, y has bebido mucho coñac. Va sola y se acerca al lugar donde te ocultas, sin sospechar nada. Coges un pañuelo y te tapas la cara con él.

Me quedé en silencio y dejé que sufriera. Le brillaban los ojos por la fiebre, las cadenas soltaron un chirrido cuando intentó incorporarse.



—Sé que te has pasado todo el verano rondando a escondidas por ahí. A pesar de que te advertí. Aun así, fuiste a esperar a Maria. En plena noche. Eso no te deja en muy buen lugar, Jussi.

—Sólo..., sólo pensé...

—Portabas el cuévano. ¿Por qué? Habías metido comida también, las gachas de Brita Kajsa que habías guardado desde la mañana. Cogiste una manta, un yesquero y otras cosas que se suelen llevar en las caminatas largas. Creo que querías marcharte.

Cerró los ojos y me dio la razón con la cabeza.

—¿Pretendías despedirte de ella? ¿Sentir su cuerpo una última vez antes de irte? Cerrar tus manos en torno a su cuello, apretar más y más a pesar de que ella luchaba para liberarse. Pronto yacería en el suelo, inmóvil. Y tú habrías terminado con todo. Con Maria, con Kengis, con tu viejo y estúpido pastor. Y desaparecerías por los senderos del bosque en solitario para no volver jamás.

—No... —gimió Jussi.

—¿No fue así?

—No —repitió—. No, éramos los dos los que... Maria y yo...

—¿Los que qué?

—Los que pensamos marcharnos juntos... hacia el norte...

Jussi quería agarrar mi brazo, pero las cadenas se lo impidieron.

—Tiene que creerme, pastor... ¡Yo no atacé a esas mujeres!

—¿Pero por qué no me contaste que pensabas abandonarnos? ¿Querías irte sin decir nada? ¿No confiabas en mí?

—Sí, sí.

—Yo podría haberos casado, Jussi. Podría haberos inscrito en el libro como marido y mujer. Tú eres como un hijo para mí, no hay nada que hubiera hecho con mayor gusto.

Apartó la cabeza. Las lágrimas brotaron en sus ojos.

—Jussi, mi querido Jussi.

—Esperaba que ella y yo... Yo le diría a todo el mundo que el niño era mío.

—¿Y adónde habíais pensado ir?

—A Noruega.

—Pero Maria te engañó.

—No...

—Nunca quiso que estuvierais juntos. El alguacil se había enterado de todo ya antes. Fue él quien tendió la trampa, y Maria fue el anzuelo. Lleva Satanás dentro de sí, Jussi, ella sabía lo que te aguardaba.

—¡No, no!

El cuerpo de Jussi se contrajo en unos silenciosos calambres. Se oyó un ruido fuera. Cogí mi cartera y empecé a sacar los enseres para administrar la comunión.

—Date prisa. Aquí hay pan, lo ha horneado Brita Kajsa. El cuerpo de Cristo te es dado... ¡Come rápido antes de que vengan!

Partí el pan en trozos pequeños y se los fui dando. Al mismo tiempo dije en voz alta el padrenuestro por si acaso Michelsson estaba escuchando a escondidas. Abrí la vasija del vino, que había llenado con leche. Dejé que la vaciara por completo.

—La sangre de Cristo te será dada...

—Aaah...

—Confía en nuestro Salvador, Jussi. Él te hará libre.

Tragó y volvió su acalorado rostro hacia mí.

—El Salvador no existe —susurró.

—Claro que existe.

—Nunca he podido creer en todo eso.

—Pero si hemos rezado juntos tú y yo, Jussi. ¡He visto tus lágrimas durante el culto, he visto tu corazón abrirse!

—Lo he intentado, pastor. Pero allí no hay nada.

—¡Jesucristo existe!

—Murió. Está muerto.

—Si Dios está muerto, el hombre no es más que un animal salvaje. ¡Estás a

punto de caer en el abismo! ¡Abandona tu arrogancia, Jussi!

—No es arrogancia, pastor.

—Entonces ¿qué es?

—Yo, sólo yo.

—¿Qué quieres decir?

—El yo que queda. Que todavía está allí aunque casi me mataron.

—¡Pero por el amor de Dios, Jussi! ¿Es así como los seres humanos debemos afrontar las dificultades del mundo? ¿Con nuestro yo?

—Lo siento, pastor. Lo he intentado de verdad. Lo que más quería en este mundo era convertirme en su hijo.

El tribunal comarcal del distrito de Pajala se reunía en una de las casas señoriales más grandes del municipio. El presidente del tribunal, Ragnarsson, era un hombre delgado de figura aguileña provisto de una nariz alargada que se asemejaba a una manija. Estaba sentado encorvado como si le doliera el cuello y masticaba una tableta. Nos saludamos, me explicó que acababa de dejar de fumar y que usaba las pastillas como un sustituto de la pipa. Demasiado tabaco le había causado acidez estomacal y mareos, por lo que, con el apoyo de su esposa, había dado ese difícil paso.

—Por mi parte, encuentro el tabaco muy sano en muchos aspectos —dije—. Al parecer, los indios americanos lo emplean como planta medicinal.

Al ver cómo lo invadía el deseo de fumar me di cuenta de que debería haberme abstenido de hacer ese comentario. A continuación saludé al secretario Malmsten, al que apenas le llegaban las fuerzas para levantarse del escritorio. Era de constitución obesa y padecía un terrible resfriado, no paraba de sorberse los mocos y limpiarse la nariz con un pañuelo mugriento. Durante todo el juicio saldrían de su garganta toses con una especie de gruñidos que recordaban a los ruidos de una cerda comiendo. Malmsten era bilingüe, a diferencia de Ragnarsson, que venía de la costa. Les recordé a los dos que por estos lares tanto testigos como querellantes se expresaban sobre todo en finés. Se decidió que el secretario Malmsten intervendría en calidad de intérprete en caso de que fuera necesario.

El fiscal Anders Petrini era un señor moreno vestido con un redingote y costosos guantes de piel de cerdo. A pesar de eso, su mano me resultó fría al estrechársela. Se notaba que acusaba las incomodidades del viaje y que sufría

al ver la pobreza que nos rodeaba en el norte. Se quejaba de la comida en la fonda, poco variada y mal sazónada, y preguntó si por estas tierras no se había empezado a utilizar la pimienta. Lo invité a comer en la casa parroquial, pero declinó la oferta al enterarse de que me iba a encargar de la defensa del acusado.

—Bueno, esto no tardará en aclararse —dijo esperanzado, ansioso de poder marcharse cuanto antes del lugar.

Se abrieron las puertas para dejar entrar al gran número de espectadores que querían acceder a la sala. Se habían puesto más bancos debido al enorme interés suscitado. Se respiraba un aire húmedo y con olor a naftalina, pues, esperanzados de poder socializar con los ilustres invitados, muchos miembros de la burguesía lucían sus mejores galas, chaquetas y pantalones planchados con raya. Por mi parte, yo vestía mi sotana, pero me había quitado el alzacuellos para dejar claro que ese día no representaba a la Iglesia. El alguacil Brahe hizo acto de presencia con sus habituales modales ruidosos, saludando a diestro y siniestro deseoso de que su importancia quedara clara; al fin y al cabo, había sido él quien, gracias a su amplia experiencia, había logrado apresar al criminal. Los espectadores se apretujaron en los bancos, y, poco acostumbrados a estar quietos, frotaron impacientes sus botas contra la madera del suelo igual que hacían en la iglesia. Se alimentó la estufa de hierro que había en el rincón y el calor pronto obligó a la gente a aflojarse los cuellos de las camisas y los nudos de las corbatas. Una de las mujeres de los comerciantes sacó un abanico de corte español y empezó a moverlo con ostentación, pues quería mostrarles a los allí presentes que había sido la primera mujer en todo el valle de Torne que había visitado Santiago de Compostela siguiendo el ejemplo de santa Brígida.

De pronto se oyó ruido procedente de la puerta; Jussi fue conducido a la sala. Iba encadenado de pies y manos, y más que entrar por su propio pie, lo empujaron hasta el lugar de los acusados. Lo flanqueaban Michelsson y un corpulento guardián de la prisión. Cuando le quitaron las cadenas, quedaron al

descubierto unas feas rozaduras en sus muñecas. Se pretendía que estuviera de pie durante todo el juicio, pero le supliqué al tribunal que debido a su frágil estado de salud se le permitiera sentarse. La petición fue atendida y buscaron un viejo y desgastado taburete de madera en el que Jussi, con piernas temblorosas, tomó asiento. Los malos tratos habían dejado huellas más que evidentes y había adelgazado aún más, si cabía. Los ojos, hundidos en sus cuencas, recordaban a los de un animal huraño. Lamentablemente, su sufrimiento hacía que se asemejara a aquel monstruo con figura humana que los espectadores esperaban ver. Un lobo al que le habían extraído los dientes. Hirsuto y sometido.

Ragnarsson se pasó la mano varias veces por su alargada y protuberante nariz como si quisiera sacarle punta, y luego dio comienzo al juicio. Se acusaba al bracero Johan *Jussi* Sieppinen de los homicidios de las criadas Hilda Fredriksdotter y Jolina Eliasdotter. Además, se le inculpaba de un intento de agresión a otra criada, así como del robo de dinero perteneciente al fallecido artista Nils Gustaf, sustraído de la vivienda de éste situada en los terrenos de la fundición de Kengis. Acto seguido, Ragnarsson le cedió la palabra al fiscal Petrini, quien se puso de pie y se agarró las solapas del redingote. Durante una pausa a efectos dramáticos observó a Jussi, que evitó mirarlo. Solemne, Petrini se aclaró la garganta, sacó un papel y leyó prácticamente sin levantar los ojos del texto sus descripciones de los crímenes.

Jussi fue presentado como un taimado malhechor. Había vivido apartado de los demás evitando relacionarse con personas de su misma edad, todo para poder ocultar su verdadera naturaleza. Bajo esa fachada de timidez y discreción habitaba un criminal, incapaz de controlar sus depravados instintos asesinos. Un fuerte deseo sexual combinado con una violencia interior incontrolada lo condujo a los caminos del bosque en pos de mujeres solas. Al amparo de los árboles dio rienda suelta a sus instintos y forzó a la moza pastora Hilda Fredriksdotter, después de lo cual la estranguló y escondió el

cuerpo. Tras el baile de verano de Kenttä, asaltó a la solitaria criada Jolina Eliasdotter, quien, no obstante, consiguió escapar. Más tarde, sin embargo, la estranguló para que no pudiera desenmascararlo. Finalmente atacó a quien creyó que era la criada Maria, cuando en realidad se trataba del ayudante del alguacilazgo, Michelsson, disfrazado. Gracias a la intervención de éste y del alguacil Brahe, se había podido impedir otro crimen violento y arrestar al desalmado.

No aparté los ojos de Jussi mientras se leían las acusaciones. No se inmutó, mantenía la mirada clavada en sus rodillas y parecía hallarse en otro mundo. No fue hasta que Petrini hubo terminado y se sentó, que sacudió casi imperceptiblemente la cabeza. Ragnarsson se dirigió a mí y me preguntó cuál era nuestra posición ante las acusaciones. Explicué que el acusado se declaraba no culpable. Señalé que según las opiniones previas del alguacil Brahe, a la primera mujer la mató un oso depredador, y la segunda cometió suicidio. Una vez que mis objeciones se anotaron en las actas, la verdadera batalla dio comienzo.

Fue un espectáculo lamentable. El fiscal llamó a todo tipo de testigos que confirmaron el extraño comportamiento de Jussi: su manera de mirar a las mujeres durante los servicios religiosos y cómo había obligado a Maria a bailar con él en el baile en Kenttä. Se llamó a Roope, trabajador de la fundición de Kengis, quien dio testimonio del acoso a Maria del que había sido culpable el acusado ya en ocasiones anteriores.

—Ella se cruzó con Jussi en el camino a la ciénaga una vez, y él intentó arrebatarse el cubo con pescado que llevaba.

—¿Dónde se encontraba usted en ese momento?

—Un poco más allá, en el mismo camino. Vi cómo Jussi empezó a tirar de Maria. Se puso todo loco, hecho un salvaje. Ella dejó caer el cubo y empezó a gritar. Tuve que quitarme el cinturón y amenazarlo con él, y sólo entonces se marchó. Si yo no hubiera llegado a tiempo, podría haber pasado cualquier cosa.

Respondí a las acusaciones enumerando una serie de circunstancias con las que pretendía sembrar dudas entre los miembros del tribunal. Ningún testigo había visto a Jussi llevar a cabo los asesinatos. Ningún hallazgo en los lugares de los crímenes lo inculpaba, y el propio alguacil Brahe había considerado en un principio que se trataba de un oso depredador. Además, había toda una serie de indicios que apuntaban a la hipótesis de que el perpetrador era otro. Existía el riesgo de que el verdadero criminal aún siguiera libre.

Levanté la bolsa de cuero que había escondido en el cobertizo y continué:

—Tras la agresión a la criada Jolina Eliasdatter examiné el suelo detrás de un árbol donde el asesino aguardó escondido. Allí encontré pequeñas virutas y concluí que procedían de un lápiz al que habían sacado punta con un cuchillo.

De la bolsa saqué un papel doblado y enseñé las virutas al tribunal.

—Resulta que las virutas proceden de un tipo de lapicero que no se vende en ninguna de las tiendas de la zona de Pajala. He hallado, en cambio, que se comercializan lápices similares en Haparanda. El alguacil Brahe es una de las pocas personas por estas tierras que posee uno así.

Brahe echó una ojeada a su alrededor. Me dedicó una mueca burlona con la intención de alterarme, pero hice caso omiso y continué:

—La ropa de Jolina Eliasdatter presentaba una mancha atribuible a una particular grasa de botas. Tiene un olor inconfundible, y sólo se encuentra a la venta en ciertas tiendas. El precio hace que sean exclusivamente las personas acomodadas las que suelen comprarla. Y a mí me dijo la criada Jolina Eliasdatter que quien la asaltó era un *herras mies*, o sea, un señor.

Desdoblé un pañuelo e invité a los presentes a que olieran el engrasado para botas que procedía del lugar del crimen.

—Y ahora, señorías, les quiero hablar del doctor Emanuel Sundberg, un viejo compañero de estudios de Uppsala. Ha hecho un extraordinario descubrimiento que indudablemente será de gran ayuda en el trabajo policial del futuro. Pido a todos los presentes que se miren las yemas de los dedos.

El fiscal pretendió interrumpirme, pero Ragnarsson me dejó continuar.



—Como ven, tienen un dibujo. Similar a un remolino de lomas muy pequeñas. Emanuel Sundberg las llama líneas papilares. Cada vez que tocamos una superficie plana, estas líneas papilares dejan marca. Puede parecer invisible, pero si ayudándose de un pincel uno la cubre con un polvo muy fino, por ejemplo, ceniza, aparece un dibujo nítido.

Saqué una cajita y la abrí. Metí los dedos dentro y los extendí para levantar la copa. De esa inusual manera, sin tocar la parte exterior, la alcé ante las miradas de todos.

—Las investigaciones del doctor Emanuel Sundberg han demostrado que cada huella digital con toda probabilidad es única y corresponde a un único individuo. Por medio de una comparación de las marcas de, por ejemplo, esta copa con las de un sospechoso se ha de poder vincular a éste con el lugar del crimen. Esta copa tiene huellas digitales. La copa viene de la cabaña en la que se alojaba el artista Nils Gustaf, y se recogió de la mesa de la cocina la misma mañana que fue hallado muerto. La última persona que visitó al artista bebió de esta copa. Y con la ayuda de los dibujos papilares he conseguido revelar la identidad del visitante.

—¿Y qué tiene todo eso que ver con nuestro caso? —exclamó Petrini.

—El imputado es acusado de haber robado dinero del artista. Por consiguiente, el tribunal debe saber que esas marcas no pertenecen a Jussi Sieppinen. Déjenme mostrar otro objeto...

Rebusqué una vez más en mi bolsa de cuero y saqué una funda de cartón. La abrí y sostuve en el aire un pequeño disco de cristal.

—Permítanme presentar ante el tribunal otra prueba. Esto es lo que se denomina un daguerrotipo. El artista Nils Gustaf poseía un aparato que permite crear imágenes con la influencia directa de la luz. Éstas se obtienen mediante una óptica que refracta la luz en una placa de vidrio que luego se revela en interacción con determinadas sustancias químicas. En mi mano sostengo un ejemplo. Estaba montado en el aparato de daguerrotipia del fallecido artista y debió de captarse la misma noche en que falleció. Este daguerrotipo, sin

embargo, nunca se llegó a revelar. Pero Nils Gustaf me enseñó el procedimiento. Exponiendo las placas a vapores de mercurio, he conseguido sacar un retrato de luz del hombre que visitó al artista la misma noche en que murió.

Con semblante triunfal sostuve la placa de vidrio en el aire.

—¿Y quién es? —se oyó el murmullo crecer en la sala mientras la gente se levantaba para ver mejor—. ¿A quién representa?

—El retrato es muy certero, pero el tamaño es tan reducido que se necesita una lupa para apreciarlo. Si el presidente del tribunal quisiera echar un vistazo, he traído...

Del bolsillo interior saqué la lupa que solía utilizar para contar el número de estambres en las plantas.

—¡Papilares e imágenes de luz! —exclamó Petrini—. ¿Qué será lo siguiente?, ¿apariciones celestiales?

Varios de los enemigos del movimiento del despertar se echaron a reír burlonamente en los bancos, mientras que otros parecían no entender nada. El alguacil Brahe intentó arrebatarme la placa, pero me dio tiempo a devolverla al bolsillo interior. Sin embargo, no pude proteger la copa, alguien me la arrebató y empezó a pasarla por los bancos de los espectadores de modo que los dibujos papilares quedaron emborronados en cuestión de segundos. El tribunal se tomó una pausa para deliberar, y cuando se reunió de nuevo, Ragnarsson pidió silencio. El murmullo se fue apagando y los presentes volvieron a apretujarse en los estrechos bancos.

Con voz firme, Ragnarsson explicó que había tenido en cuenta las alegaciones de la defensa. Y que, naturalmente, los métodos científicos podían emplearse para investigar casos de asesinato, pero esos métodos debían haber logrado el estatus de práctica general y, por lo que él sabía, ningún juicio había contenido ni dibujos papilares ni imágenes reveladas por la luz, motivo por el que el tribunal no podía tenerlos en consideración. Por consiguiente,

ninguna de estas pruebas constaría en acta ni ejercería influencia alguna sobre el veredicto.

El acusado Jussi Sieppinen se hundió en su taburete, la cabeza se le cayó hacia delante y los tendones de la nuca se tensaron. Los que estaban más cerca creyeron oírle murmurar espeluznantes letanías en sami. Me levanté bruscamente, saqué la placa de un tirón y la levanté en el aire para que todo el mundo pudiera apreciar una silueta oscura en el centro. Señalé con el dedo la figura en silencio, luego metí la placa en la funda de cartón y lancé unas miradas a mi alrededor tan amargas que provocaron escalofríos entre los presentes. En esos instantes se oyó un alboroto en la puerta. Los espectadores se dieron la vuelta para ver lo que sucedía. En la sala entró una vieja vestida de negro, empezó a abrirse paso entre los asistentes.

—¡Un milagro de la bienaventuranza! —gritó con voz estridente—. ¡Me curó, aleluya! Me cogió en sus brazos y me devolvió la vida, me recuperó del valle de la muerte...

La vieja se abrió paso entre empujones hasta el estrado, pero no era el pastor su objetivo. Se tiró de rodillas ante el acusado Jussi Sieppinen, las lágrimas corriéndole por las mejillas. Le dio tiempo a apretar el mojado rostro contra los muslos de él antes de que los guardias reaccionaran y la detuvieran. Ella opuso una feroz resistencia y continuó chillando mientras la sacaban a rastras de la sala:

—Jussi me devolvió a la vida, Jussi vino con el milagro de la curación, aleluya...

En los bancos la gente se miraba de reojo. Todos recordaban cómo el acusado había sacado de la iglesia en brazos a la vieja que escupía sangre. No había duda de que agonizaba. Artes de *noaide*, se oyó en susurros mientras se lanzaban miradas de soslayo y con terror al flaco joven, allí sentado con los ojos cerrados.

El alguacil Brahe intentó rebajar la tensión en la sala riéndose, consiguió que Michelsson se le uniera en unas risitas forzadas:

—Je, je, je...

—Que Dios nos asista —murmuré en finés al hundido Jussi.

El secretario Malmsten no se molestó en traducirlo.

Amargado, abandoné la sala del tribunal. Varios de los espectadores me agarraron del brazo con la intención de retenerme para compartir sus pensamientos acerca del juicio. Me solté y me abrí paso a empujones entre la muchedumbre. Antes de llevarse a Jussi, los guardias le volvieron a poner los grilletes y las esposas que le habían quitado durante la vista. Me dio tiempo a dedicarle una sonrisa de ánimo, pero sin duda debía de recordar más bien al rictus de una calavera.

El veredicto se iba a comunicar más tarde. Entendí que el resultado era incierto. Jussi había estado temblando durante largos ratos, y lo que yo sabía que era síntoma del hambre y los malos tratos que había sufrido, a los espectadores seguramente se les antojaba un signo inequívoco de miedo y culpa. Había negado las acusaciones, pero evitó cruzar la mirada con nadie. Las heridas mal curadas, los moratones y la boca desdentada que intentaba ocultar cuando hablaba le otorgaban el aspecto de un vagabundo poco fiable. Un joven lapón huérfano que no ha podido dominar sus deseos carnales ni su avaricia. Mis vanos intentos de llegar a un razonamiento lógico habían fracasado estrepitosamente.

Al principio pensé marcharme a casa, pero era como si los pies quisieran otra cosa. Al final saqué el rígido alzacuellos, me lo puse y me encaminé en dirección contraria. Tuve la desagradable sensación de que alguien me seguía, pero cuando me di la vuelta, el sendero estaba vacío. Pronto vi la granja, giré y enfilé el camino a la casa principal. La puerta se abrió y la señora se asomó.

—Están... Están todos en el juicio —soltó rápida y nerviosa.

—Ya lo sé.

—Tanto mi marido como mis hijos, los han llamado como testigos.

—Quería que Maria también testificara —la interrumpí—. Pero no ha aparecido.

—Maria, por desgracia, está enferma.

—¿Enferma?

La mujer señaló la habitación con la cabeza. La puerta se hallaba entreabierta para dejar entrar el calor de la cocina. Allí dentro estaba casi totalmente a oscuras.

—No soporta la luz, así que he cubierto la ventana.

Me acerqué al vano de la puerta para escuchar. No se oía nada, ni siquiera su respiración.

—Soy el pastor —dije a media voz.

Algo se movió, debía de estar despierta a pesar de todo. Se respiraba un aire insulso y viciado, y todo estaba impregnado de un olor agrio que me hizo pensar en una curtiduría, en pieles carnosas que llevaban mucho tiempo empapadas en ácidos y jugos de grasa. Cerré la puerta para que la señora no escuchara nuestra conversación y esperé unos segundos a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. Una débil luz gris se filtraba por las rendijas que dejaban los bordes de la manta que tapaba la ventana.

—Soy el pastor —repetí—. Vengo del juicio.

Ella no respondió. En dos zancadas fui hasta la ventana y arranqué de un tirón la manta. La luz del día entró a raudales por los cristales. Las grandes pupilas de la chica que se dirigían hacia mí se redujeron a puntas de aguja. Algo parecía haberle pasado en la piel, carecía de lustre y la cara se veía gris e hinchada y con bolsas oscuras bajo los ojos.

—Me duele mucho la cabeza —gimió mientras se giraba en la cama para alejarse de la luz.

Había dejado su ropa de trabajo encima de un taburete. La aparté y me senté a su lado. Ella echaba de menos la oscuridad igual que los chinches cuando levantas la sábana. No cabía duda de que se encontraba bastante mal.

—Van a condenar a Jussi —le dije.

—¿A quién?

—A Jussi, el hombre que traicionaste.

—No puedo...

Su voz resultaba poco clara, más bien balbuciente. Durante un instante pensé que había bebido. Pero era por el dolor de cabeza, respiraba de manera tan superficial que apenas conseguía que el aire atravesara las cuerdas vocales.

—Esto es serio, Maria. Podrías haberlo salvado. Podrías haberles dicho la verdad, entonces él habría salido libre.

—No entiendo...

Me entraron ganas de agarrarla por los hombros y zarandearla, sacudirla como una hucha para sacarle las monedas, una tras otra.

—Jussi y tú habíais decidido veros esa noche. Lo habías engañado con que os ibais a marchar juntos. ¿Por qué no quieres decir la verdad?

Empezó a retorcerse como si estuviese a punto de romperse por dentro. La sujeté, saqué mi crucifijo de madera y lo apreté contra su frente.

—En el nombre del Salvador Jesucristo, confiesa lo que ocurrió. ¡Tú le revelaste al alguacil Brahe que Jussi iba a visitarte!

Ella intentó alejar de sí el crucifijo entre hipidos y arcadas, a punto de vomitar. Entendí que Jesucristo estaba atormentando a los demonios que la poseían, por lo que aparté brusco sus agitados brazos.

—Tienes que expulsar a Satanás, Maria. Eres la última esperanza de Jussi. ¡Él quiere ocuparse del niño, está dispuesto a hacer lo que sea por ti!

Con una fuerza inusitada me propinó un manotazo que hizo que el crucifijo se me cayera y acabase en la cama. Consiguió agarrarlo y lo arrojó con vehemencia al suelo. Lo recogí y lo limpié del polvo del suelo con mi sotana. El golpe había abierto una fea grieta justo en la corona de espinas. Atenazado por una sensación profundamente inquietante, me lo metí en el bolsillo del pecho. Luego me puse de rodillas y entrelacé los dedos:

—Aléjate, Satanás, aléjate de este cuerpo de mujer, en el nombre de Dios, que es uno y trino...

Maria cerró sus ojos celestes entre arcadas, para, acto seguido, negar con la cabeza mostrando una mueca.

—Es demasiado tarde.

—Nunca es tarde para Jesucristo —insistí con toda la intensidad de mi voz de pastor como tantas veces al ejercer mi oficio—. El Señor siempre nos espera con los brazos abiertos, dispuesto a acogerte también a ti en su regazo. Pero el último paso lo tienes que dar tú misma. Intenta empujar, Maria, intenta expulsarlo.

El cuerpo de Maria se contrajo, se arqueó y de sus labios salió un grito escalofriante, un cuchillo que penetró los tímpanos hasta dentro de todo lo que era sagrado. El crucifijo me ardía en el bolsillo, un hedor a excrementos y sangre se desprendió de las sábanas y vi algo negro que salió reptando, la cola de una rata, o de un lagarto, un movimiento relámpago, y que desapareció por debajo de la cama. No dejé de rezar en ningún momento intentando ahogar el ruidoso gorgoteo de la garganta del demonio, persiguiéndolo con juramentos divinos hasta que se calló, hasta que a la chica finalmente la invadió la calma.

Su rostro se transformó. Durante un segundo pensé que se había curado. Que iba a poder salvar a Jussi de su sufrimiento, que el milagro había ocurrido gracias al Espíritu Santo.

—Gracias —murmuré—, gracias, Señor bondadoso y todopoderoso...

Cuando extendí las manos sosteniendo la hostia, me las apartó con un golpe tan fuerte que la hostia se desmigó y cayó sobre las sábanas.

—Vete —espetó con voz ronca.

Luego se giró de cara a la pared mientras se tapaba la cabeza con la manchada sábana.



Lucifer. El ángel caído de la luz omnímada del cielo. De la blancura del reino del cielo, tan difícil de imaginar. Quizá como el brillo del sol en la costra de nieve a finales de marzo, la luz más intensa que una persona del norte puede experimentar. Un resplandor centelleante desde todas las direcciones que eleva al viajero un metro sobre la tierra, sobre esa capa dura de la nevada superficie, tan blanca y pura que ni siquiera los esquíes dejan marca, negras puntas de esquí que avanzan sobre la brillante infinitud, en el folio de nieve soleada, y todo lo que se oye es el chisporroteo de los cristales níveos.

Y ahora ronda por aquí entre nosotros en las tinieblas de los senderos otoñales. Lucifer, el rechazado. El que quería apagar la luz del despertar religioso. Me sigue, siento su presencia a mi espalda. Cuando me doy la vuelta, se esconde raudamente; lo único que se mueve es el jugueteo del viento en las ramas.

—Querido Jesucristo... Oh, cordero de Dios...

La oscuridad otoñal se espesaba en las copas de los árboles, una fina neblina lluviosa borraba los contornos. Llevaba en la mano la bolsa de cuero con mis pruebas, el conjunto de mis esfuerzos de deducción. No valían nada. No había podido salvar a Jussi, me resultaba dolorosamente claro. Tan claro como que el verdadero asesino iba a seguir libre.

En lugar de regresar a la casa parroquial continué hasta el imponente edificio de la iglesia de Kengis. Lentas gotas caían del tejado, parecía que la iglesia lloraba. Caminé siguiendo la fachada en el sentido de las agujas del reloj mientras aspiraba el ligero aroma a alquitrán del tejado que unos

feligreses habían puesto durante el verano. El panel de la fachada se había hecho con tablas serradas a mano, de troncos arrastrados por caballos desde los vastos terrenos forestales, y con clavos que se habían forjado en la fundición. La iglesia estaba compuesta de bosque y hierro de la tierra. Nervudas manos trabajadoras la habían levantado a base de hacha y martillo. Y ahora se alzaba aquí como un regazo maternal. Un pecho protector en torno al corazón de la congregación. Di la vuelta entera al edificio y puse varias veces la mano en la pared de madera. Me pareció sentir un suave calor en la palma. Al llegar a la puerta, saqué la voluminosa llave y abrí. Las bisagras chirriaron cuando entré en la penumbra de la antesala. Continué hasta la propia nave de la iglesia, bañada en sombras. La luz de la tarde se filtraba por las vidrieras y hacía que los bancos se asemejaran a la cuaderna de un barco. Con devoción y paso solemne avancé hacia el altar en medio de un enorme silencio. No había ningún feligrés que hiciera ruido moviendo nervioso los pies en el suelo, nadie tosía ni estornudaba, susurraba o regañaba a niños que alborotaban. No había campanas que sonaran. Aun así, creí oír una voz que hablaba. No había palabras, sólo una sensación de consuelo. Apoyé la frente en el mantel del altar, sentí en mi piel el dibujo tejido, percibí el aroma de la hierba dulce, *Hierochloë hirta*, que permanecía en la tela procedente del armario de la ropa blanca. Con la cabeza inclinada me dejé caer de rodillas y entrelacé los dedos. La oración tardó en llegar, pero aguardé dentro del vacío. Afronté mi oscuridad, mi desesperación con los ojos cerrados. Era aquí donde me encontraba, en el valle de sombra de la muerte. Impotente y abandonado como un niño. Ni siquiera llegaban las lágrimas. Había hecho todo lo posible, pero no era suficiente. Sólo sentí el otoño, esa enorme y alta oscuridad que me rodeaba.

Luego también la oscuridad desapareció.

El tiempo dejó de moverse.

Todo dejó de moverse excepto un ratón.

Un ratón en la bóveda de la iglesia, un susurro pequeño y molesto.

Miré hacia el lateral.

Levanté la cabeza ligeramente a un lado, hacia el ruido.

En ese mismo momento, el mundo se quebró en una luz de un amarillo muy intenso.

Amarillo, dorado, amarillo dorado. Resplandeciente luz dorada, amarillo amarillo amarillo. También había sonido, dentro de mí. Desde dentro del cuerpo. Como debajo del agua, como si fuera un golpe de la corriente. Oro centelleante y repiqueteo de agua. Y de repente me invadió el dolor, era terrible, y caí de costado con toda la iglesia encima de mí.

El siguiente golpe fue en la espalda. Un estacazo en el omóplato, que se partió en dos y se fusionó a la vez. Y el dolor me alcanzó de lleno, y quería vomitar. Acabé indefenso boca arriba, con las extremidades moviéndose como las patas de un escarabajo que busca sostenerse sobre algo firme pero sólo encuentra aire. Un espectro se lanzó sobre mí y me presionó el pecho con la rodilla, tiró de mi sotana y empezó a rebuscar en mis bolsillos.

—Sabía que..., que eras tú, maldito demonio —logré articular a duras penas.

Un puño me golpeó en la boca sin misericordia, una y otra vez. Los labios se resquebrajaron contra mis dientes y los manché de sangre; un sabor salado y desagradable me llenó la boca. Unas manos fuertes me arrancaron algo del bolsillo interior, desplegaron el cartón y, triunfales, levantaron en el aire la placa de vidrio.

—Dejaste demasiados rastros —continué.

El espectro se inclinó hacia mí, los ojos eran dos agujeros negros.

—¡Cállese, jodido pastor de mierda!

La voz del ayudante del alguacilazgo Michelsson estaba cargada de odio. Su rodilla me tenía inmovilizado, levanté la cabeza e intenté llenar el aire con palabras:

—¿Quién iba a sospechar de ti? Supongo que puedo tutearte ahora que nos

conocemos tan bien... Un funcionario irreprochable con una letra muy elegante, correcto y educado. Pero todo el mundo tiene un punto débil, una carencia. Y a ti te llevó a la perdición.

—¿Qué quiere decir?

Pese al tono cortante en su voz, había despertado su interés. No me iba a matar. Todavía no. Asentí con la cabeza mientras a escondidas metí los dedos en el bolsillo de mi sotana.

—El amor, Michelsson. Ese amor absorbente y desesperado. ¿Qué es lo que tienen las mujeres que te asusta tanto?

—¡Cállese!

—Querías acercarte a ellas, pero algo te lo impedía. El verano pasado, cuando regresaste de las montañas tras investigar con el alguacil el caso del robo de los renos, el deseo te llevó al abismo. Te lanzaste al bosque y forzaste a Hilda Fredriksdotter antes de matarla. El instinto se había despertado, y ahora sólo se hacía más y más fuerte. Poco después atacaste a la criada Jolina Eliasdatter, pero consiguió herirte y escapar. Temías que te hubiera reconocido pese a llevar la cara tapada, y luego la estrangulaste. Pero todo el tiempo tenías los ojos puestos en Maria, la más guapa.

—A ella no la mezcle en esto.

—Sin embargo, con ella todo cambió. Querías estar con ella. Pero tenías que buscarle un motivo para hablarle. Le dijiste que tú, en calidad de ayudante del alguacilazgo, habías averiguado quién era el asesino, el que había agredido a las criadas. ¿No fue eso lo que ocurrió?

—Todo el mundo por la zona pensaba que había sido Jussi.

—En alguno de vuestros encuentros, Maria te mencionó la fortuna que tenía Nils Gustaf. Había visto dónde guardaba el dinero mientras la pintaba. Se despertó tu avaricia, no podías dejar de pensar en ese tesoro. Al final te hiciste con un potente veneno.

Michelsson negó con la cabeza.

—¡El pastor olvida que la cabaña estaba cerrada con llave por dentro!

—Es verdad. Le di muchas vueltas a ese enigma antes de lograr resolverlo. Sabíamos que alguien había visitado a Nils Gustaf durante su última noche. Encontré huellas de dedos en las dos copas de coñac que había sobre la mesa y me las llevé a casa, como seguramente recordarás. Más tarde, cuando Brahe y tú me visitasteis, guardé vuestros vasos para comparar los dibujos papilares. Y no cabía duda, las huellas de la casa de Nils Gustaf eran idénticas a las tuyas. También conseguí que apareciera tu firma en el bloc de recibos del artista sombreando con un lápiz. Te inventaste la excusa de pedirle que pintara tu retrato. Pero en el momento oportuno, cuando te dio la espalda, quizá mientras salió a vaciar la vejiga, le robaste el dinero. Debía de ser una suma considerable. Sabías que tarde o temprano, cuando descubriera el robo, sospecharía de ti. Pero ya lo tenías todo pensado.

—¡No hay nadie que pueda testificar sobre eso!

—Mientras estabais allí tomando coñac, Nils Gustaf montó su daguerrotipo. Lo preparó y te pidió que posaras sin moverte. Pero nunca llegaste a comprender de verdad lo que Nils Gustaf quería mostrarte, que tu imagen podía plasmarse en una placa de vidrio. Mientras tanto, echaste a escondidas ácido prúsico en su copa de coñac.

—¡Tonterías!

—Durante mis años en Uppsala conocí a un químico, un ferviente admirador de su predecesor sueco: Carl Wilhelm Scheele. Fue Scheele quien en su día descubrió ese componente. Mi amigo me enseñó cómo se podía probar su presencia añadiendo sales de hierro. Entonces se forma un compuesto que adquiere un bonito color llamado azul de Prusia. Quedaba un poco de coñac en las copas que examiné y logré detectar la presencia del veneno en una de ellas. Comprendí, con pavor, que Nils Gustaf había sido asesinado.

—¡Pero nunca le dijiste nada a Brahe!

—No, porque durante mucho tiempo pensé que el culpable era él. Necesité mucha reflexión para que todas las piezas del puzle encajaran. Pero volvamos

a esa noche en la cabaña del artista. Antes de que le diera tiempo a Nils Gustaf a revelar la placa de vidrio, tú te despediste a toda prisa y abandonaste el lugar con los bolsillos llenos de dinero. Nils Gustaf echó entonces el cerrojo porque ya era de noche, tal y como tenía por costumbre. Sin sospechar nada, apuró su copa de coñac y empezó a sentirse mal. Mareado, se tumbó en la cama para descansar. Al día siguiente lo encontramos muerto en su casa, cerrada con llave desde dentro. La muerte parecía haber ocurrido por causas naturales. Y tú, Michelsson, creíste haber llevado a cabo el crimen perfecto.

Lo vi empalidecer, vi su cráneo mutarse en una máscara lívida que se perfilaba contra la penumbra. Acto seguido, sus venas se hincharon, la piel se oscureció y una oleada de sangre brotó desde su interior y se apoderó de él. Con un gorgoteo, un gruñido crudo, se inclinó sobre mí. Su transformación me produjo un profundo horror. Lo humano fue apartado por otra cosa, por un ser de otro mundo, humeante de fuego y azufre. Intuí la presencia de sombras que circulaban bajo el techo de la iglesia azotando las colas y con las fauces abiertas, oí el grito de guerra de Belcebú saliendo de miles de gargantas. Michelsson cerró sus encorvados dedos como garras en torno a mi cuello mientras yo luchaba desesperadamente para defenderme. Apretaba fuerte, enseñaba los dientes y la baba se le caía de la boca abierta. Me retorció girando las caderas para intentar liberarme. Pero me inmovilizó con el peso de su cuerpo y concentró tanta fuerza en los pulgares que las uñas me penetraron en la garganta. Todo el tiempo busqué su mirada, pero tenía los ojos vacíos como los de un lucio. Agua negra como el carbón rodeada por los fuegos del infierno. Lo observé de la misma manera que me imagino que las mujeres lo observaron antes de que apagara para siempre sus miradas. Era demasiado fuerte. No iba a poder soltarme. Pero pese a que la presión resultaba insoportable, aguanté. Había una cosa que me diferenciaba de las criadas. Mi alzacuellos blanco y bien cosido. Me rodeaba la garganta, y era lo suficientemente ancho y rígido como para ofrecerme una rendija de aire.

Mi mano agarró el delgado mango del objeto que guardaba en el bolsillo y

con el pulgar conseguí abrir la hoja. Con todas mis fuerzas apunté a su antebrazo. Afilada como un escalpelo, la navaja penetró la carne entre los dos huesos. Michelsson se quedó rígido, al principio sin entender lo que sucedía. Luego sentí cómo los dedos se soltaban en torno a mi cuello y el peso de su cuerpo se vencía a un lado. Fui capaz de quitármelo de encima con un empujón lleno de furia y le propiné una fuerte patada, mis piernas son cortas pero vigorosas tras millas y millas de caminatas. A continuación, como un lince, intenté darle en el estómago. Michelsson rodó hacia atrás en dirección a la barandilla del altar mientras miraba a su alrededor buscando un arma. En el altar descansaba la pesada cruz de madera. La agarró y la blandió hacia mí con violencia. Logré apartarme en el último momento, antes de notar la corriente de aire pasar silbándome por la cara. A mi lado estaba la pila bautismal; encajado en la base de madera había un cuenco de plata. Desesperado, agarré el borde y conseguí sacarlo y lo levanté a modo de escudo ante el próximo golpe. Cuando la cruz de Michelsson dio en el cuenco resonó como el tañido de una campana.

—¡Jesúúús! —grité—. JEEESÚÚÚS...

Una y otra vez. Mi voz era fuerte, la voz de alguien que clamaba en el desierto, y se propagó más allá de la puerta de la iglesia, y bajó por la cuesta, atravesó los prados hasta alcanzar la fundición con todos sus labradores y criadas. ¿No había nadie que me oyera? Michelsson lanzó otro golpe, pero volví a pararlo con el cuenco. En la otra mano seguía sosteniendo la navaja.

—JEEESÚÚÚS...

El brazo de Michelsson chorreaba sangre. Con una súbita patada atinó en el cuenco bautismal y lo mandó volando ruidosamente hacia la penumbra mientras yo caía de espaldas. Tomó impulso para asestarme otro puntapié, esta vez de lado. Me di cuenta de que buscaba mi cabeza. A rastras intenté apartarme, pero no pude subir las piernas a tiempo. Se precipitó sobre mí, levantó su bota y me propinó una patada con todas sus fuerzas. Me giré a un

lado, pero demasiado despacio. Desesperado, levanté los brazos y cerré los ojos, esperando que el cielo cayera sobre mí.

Entonces se oyó un ruido sordo, como el que se hace al cortar leña. El cuerpo pataleante de Michelsson se arrojó sobre mí y rodó de lado. Acto seguido, sonó otro golpe. En medio de la sala flotaba el pesado crucifijo del altar portando la suave mirada de Jesucristo, y durante un instante el sol de la tarde se filtró por la vidriera e iluminó el rostro de nuestro Salvador; la cruz brilló como si fuera de oro antes de, por tercera vez consecutiva, caer sobre el cuerpo de Michelsson. El ayudante del alguacilazgo aulló de dolor, quizá también de terror, y como un diablo vestido de negro se levantó de un salto y huyó cojeando entre los bancos de la iglesia.

Una vez más se levantó Jesucristo del suelo y volvió su rostro hacia mí. Noté que la tabla horizontal del crucifijo se había soltado, pero Jesucristo todavía sostenía los brazos extendidos como si quisiera volar, elevarse flotando hasta su cielo. Con un suave movimiento se colocó sobre el altar. No fue hasta ese momento que advertí que una mujer lo había sostenido en la mano. Era Milla Clementsdotter, menuda, flaca, y vestida con un desgastado *gákti*. Respirando entrecortadamente, me observaba allí donde yacía aturdido y gimiendo.

—Milla, me has salvado... Mi querida Milla.

Sus labios se abrieron, pero de ellos no salió palabra alguna. Levantó su brazo y trazó en el aire la señal de la santa cruz. Luego se dio la vuelta y desapareció con pasos menudos y silenciosos en sus botas samis de suela suave. Todo ocurrió de una manera extrañamente silenciosa, se alejó sin hacer ruido alguno, como si fuera un sueño.

Descoyuntado, hice esfuerzos por levantarme, mareado por el dolor. En el suelo quedaba un trozo de madera. Era la tabla del crucifijo que se había soltado. La puse encima del altar, quizá pudiera encolarse. Salí de la iglesia cojeando, apoyándome en los respaldos de los bancos.



La sentencia del caso de Jussi Sieppinen se hizo pública una mañana lluviosa y desapacible. Se declaró al imputado culpable de todos los cargos de la acusación: el homicidio de Hilda Fredriksdotter, la agresión y el posterior homicidio de Jolina Eliasdotter, el intento de agresión a una tercera mujer, así como de robo pecuniario. Se consideró que las pruebas presentadas por el fiscal y la confesión firmada por el acusado eran suficientemente convincentes. El tribunal condenó a Jussi a morir decapitado.

Recibí la noticia en casa, acostado en el sofá cama. Yacía encima de algo peludo que proporcionaba calor y que olía a hormiguero y corteza. Era la piel recién curtida de la osa. Los campesinos que la mataron me entregaron la piel como pago del diezmo cuando se enteraron de que había enfermado.

—Tiene poderes curativos —afirmaban—. El que se acuesta en una piel de oso no muere nunca.

Desde que supe de la sentencia de muerte de Jussi estaba como paralizado. Brita Kajsa se sentó a mi lado en el sofá y me acarició la frente con suavidad. Intenté permanecer quieto, me dolía el cuerpo después de todos los golpes y patadas que había recibido. Como por milagro, no se me había roto ningún hueso. Los incisivos, en cambio, se movían dentro de las encías, y sospeché que nunca se fijarían del todo.

—Decapitado —dije preso del desconsuelo.

—Hiciste lo que pudiste.

—No he sido capaz de salvar a Jussi. ¡Podía haber sido nuestro hijo, Brita Kajsa!

—Has luchado con la valentía de un león.

—Dame un papel, tengo que recurrir la sentencia. ¡Búscame el tintero!

Apretó la palma de la mano contra mi pecho cuando hice ademán de levantarme.

—Luego, más tarde —dijo con firmeza.

Su mano masajeó ligeramente mis doloridas costillas.

—¿Fue de verdad Michelsson quien te hizo tanto daño?

—Él y nadie más.

—¿Y fue él quien atacó a las mujeres?

—Lo sospeché durante un tiempo. Pero el asesino era zurdo, y Michelsson escribía con la derecha. Tardé mucho en entenderlo. Pero de repente me acordé de algo que me contó Juhani Raattamaa.

—¿El qué?

—Raattamaa dijo durante su visita este verano que obligaba a sus alumnos zurdos a escribir con la mano derecha. Y Michelsson había tenido a Raattamaa de profesor. Por eso Michelsson escribía de una manera tan peculiar, con la mano izquierda cerrada en un puño detrás de la espalda.

Brita Kajsa asintió con expresión adusta.

—Tenemos que denunciarlo.

—¿A quién? No me fío del alguacil Brahe.

—Le has hecho un corte en el brazo.

—¿Crees que debería haber puesto la otra mejilla?

—Lo que quiero decir es que es una prueba de que te agredieron.

—Michelsson podría alegar que fui yo quien lo atacó primero. Que fue en legítima defensa. Sería su palabra contra la mía.

—¿Pero entonces piensas dejar escapar a ese animal? Michelsson es como el oso depredador, una bestia que le ha cogido el gusto a la carne femenina.

—Michelsson me tiene miedo ahora. Lo más probable es que se marche pronto de estas tierras.

—¡Pero entonces continuará con sus fechorías en otro sitio!

Mi sabia mujer tenía razón, naturalmente. ¿Pero qué podía hacer yo? Ahora

que Jussi estaba condenado, ya no podían procesar a Michelsson.

—He oído que visitó a Maria ayer —dijo Brita Kajsa.

—Han hecho planes para marcharse juntos. Creo que fue Maria quien le contó dónde escondía Nils Gustaf el dinero, y eso fue lo que le dio la idea de asesinarlo.

—Debe ser el mismísimo diablo —dijo Brita Kajsa.

—Yo también lo he pensado.

—¡Intentó matarte!

—Pero nunca habría logrado matar el movimiento del despertar. Aunque hubiese caído allí junto al altar, nuestro movimiento habría continuado vivo. Nunca podrán con él.

Brita Kajsa me apretó la mano en silencio.

—Yo creo que lo más probable es que aún no hayamos visto la última batalla —comentó al cabo de un rato.

—¿A qué te refieres?

—Creo que vendrán tiempos peores. Presiento algo terrible.

—No creo que vaya a ser tan malo.

—He soñado con sangre. Sangre y edificios ardiendo. Y tú estabas allí. Lo presenciabas todo pero no podías pararlos.

—¿A quiénes?

—Parecía gente normal. Pero se hacían llamar ángeles. Tenían las caras blancas como la cal, como si los relámpagos del cielo les hubiesen corroído la piel.

—¿Te refieres a Kauto...? —empecé.

Puso de repente un dedo sobre mis labios heridos. Y lo mantuvo allí inquieta mientras miraba hacia atrás. Pero no había nadie.

Poco tiempo después del dictamen de la sentencia, Jussi Sieppinen fue conducido encadenado al transporte de reos que lo llevaría a la prisión de Umeå. No me dio tiempo a despedirme. En la cárcel de Pajala dejó la biblia

que le había prestado. Me habría gustado que se la hubiera quedado. Que mientras esperaba la muerte en su celda hubiera podido hallar unas palabras de Dios en el mismo libro en que yo había buscado consuelo tantas veces.

Yacía convaleciente en mi lecho hojeando sombrío la biblia de Jussi en busca de algo que pudiera darme fuerzas en esos tiempos tan difíciles. El Eclesiastés: «Todo es vanidad y una carrera en pos del viento». Indudablemente verdad, pero no lo que necesitaba oír justo en ese instante.

Mientras recorría las finas hojas, sentí que uno de los márgenes raspaba de manera extraña. Me detuve y pasé las yemas de los dedos sobre él. Se advertían pequeños pliegues y marcas, como si alguien hubiese arrugado el papel al hojear el libro con desidia. ¿Desaparecerían al ponerle peso encima? Un par de páginas más tarde descubrí una rugosidad similar. Mi irritación fue en aumento. Yo siempre cuidaba mucho mis libros, ¿quién podría haber sido tan torpe? Había enseñado a Jussi a pasar las páginas con miramiento, ésa había sido condición indispensable para que pudiera acercarse siquiera a mi biblioteca. ¿Quizá habían sido los torpes dedos de los guardias los que habían arrugado las hojas al registrar la celda? Estaba a punto de seguir hojeando cuando me quedé petrificado. Durante unos segundos permanecí paralizado, con la mirada clavada en el libro.

—Selma, tráeme mis cosas para escribir —le pedí a voces.

Mi hija más joven llegó con el tintero.

—No, un lápiz también —expliqué—. Coge el que está encima de mi escritorio.

No tardó en volver. Dudoso, me quedé contemplando la página de la biblia, me costaba manchar las palabras de Dios. Pero, acto seguido, acerqué el lapicero al papel y con el ánimo en suspenso empecé a sombrear la rugosa superficie. Mediante movimientos ligeros los pequeños pliegues se fueron transformando en signos blancos.

Cuando los examiné con la lupa descubrí que se trataba de letras. Formaban palabras. Estaban escritas en sami por si acaso. Jussi se acordaba del truco

que le había enseñado, debía de haber utilizado algo afilado para grabar las letras, quizá una aguja.

Me llevó toda la noche sacar el texto. Apenas me dio tiempo a cenar, y cuando Brita Kajsa intentó comentarme algo, estaba como en otro mundo. Jussi había escrito sobre su vida. Hablaba de su infancia, de la oscuridad en la que había vivido antes de que yo lo encontrara. De su hermana Anne Maaret, a la que llamaban lebroncilla, con su culo lleno de heridas. La que se quedó cuando Jussi se marchó.

Bajé la lupa y me froté los cansados ojos. Nunca había leído nada semejante. Esto era el comienzo de un libro. Una descripción de la realidad tal y como se vivía aquí en el norte, lejos de todas las salas de conferencias y auditorios.

Si un sencillo chico sami podía lograr esto, también otros podían seguir su camino. Pequeños campesinos y criadores de renos, cazadores y pescadores, criadas y leñadores. Un día también ellos serían capaces de contar sus vidas. En lugar de gastarse el dinero en aguardiente, comprarían libros, se reunirían por las noches para hablar sobre la luz del cielo, sobre las plantas de la tierra, sobre todo lo que significa ser una persona.

Mi mujer dormía profundamente cuando me metí bajo las sábanas. Fuera reinaba la oscuridad, algunas estrellas clavaban sus puntas afiladas en el techo celestial. Nunca les dejaría matar a Jussi. Eso pensé ahí en la cama. Tenía que salvarlo como fuera.

El invierno estaba a la vuelta de la esquina. Vientos fuertes del norte traían gruesos bancos de nubes y caía una lluvia constante sobre nuestras tierras. A pesar del dolor que sentía por todo el cuerpo, me obligué a salir a la intemperie y emprender el mojado y resbaladizo camino a Pajala. Me acerqué al edificio donde el alguacil tenía su cuarto para pernoctar y su despacho. Llamé a la puerta y entré.

En el escritorio estaba sentado Michelsson escribiendo. Al descubrirme se quedó rígido y levantó la pluma del folio. Los labios se le tensaron sobre los dientes, absorbió la tinta con el papel secante y me miró fríamente.

—Busco al alguacil —dije.

—Está de viaje.

Una estufa llameante difundía un calor punzante por la estancia. Saqué mi cartera, desplegué el mojado trozo de tela con que la había envuelto para protegerla de la lluvia y la abrí.

—Tengo aquí nuestro escrito. Por el presente, Jussi Sieppinen interpone un recurso contra su sentencia al tribunal regional de Övre Norrland. Preferiría que fuese el alguacil Brahe quien recibiera la documentación para luego transmitirla a la instancia correspondiente.

—Durante la ausencia del alguacil soy yo el responsable de los trámites.

La voz de Michelsson resultaba retraída y algo ronca. Sus ojos azul pálido no mostraron el menor sentimiento al ver mis lesiones. Las heridas en mis labios habían empezado a curarse y los moratones del cuello lucían ahora unas tonalidades amarillas.

—En ese caso quiero un recibo de la entrega del documento.

Puse los papeles sobre la mesa. Michelsson sacó un bloc de uno de los cajones del escritorio, agarró la pluma de acero y rellenó el resguardo con la mano derecha. La izquierda la mantenía cerrada en un puño detrás de la espalda, tal y como Raattamaa una vez le enseñó. Sus dedos eran largos y delgados, y la punta de la pluma raspaba ásperamente el papel; la letra, como siempre, estaba bien formada y era elegante. Mucho más pulcra que la mía. Con un movimiento rápido cubrió la hoja con el papel secante y pasó un rodillo por encima antes de tenderme el recibo. Hice ademán de cogerlo, pero como un rayo le agarré la muñeca y la giré un cuarto de vuelta. Se oyó un breve grito. Trató de soltarse al tiempo que con la otra mano me daba puñetazos en el brazo.

—¿Ah, sí? ¿De modo que le duele? ¿Acaso tiene una herida en el brazo?

Se levantó e intentó volver a pegarme. Entonces lo solté.

—¿No sé de qué me está hablando!

—Quizá de nuestra... llamémosle discusión, acerca de una placa de vidrio. En la iglesia de Kengis, si mal no recuerdo.

—El pastor se equivoca.

Su tono era correcto y educado. Además, era el ayudante del alguacilazgo. Resultaría muy convincente en una sala de tribunal.

—Mi esposa Brita Kajsa conoce su agresión, naturalmente. Está dispuesta a testificar en su contra.

—No tengo la menor idea de a qué se refiere. El perpetrador de los actos violentos de este verano ya ha sido arrestado y condenado. Pronto perderá la cabeza también. Y si el pastor pretende difundir difamaciones en mi contra, puede contar con una denuncia por imputación falsa y calumnias.

¿No se detectaba allí una sonrisa? ¿Un sutil gesto burlón?

—Quiere volver a matar —constaté—. Ahora que le ha cogido el gusto.

—Le pido al pastor que nos deje a mí y a mi futura esposa en paz.

—¿Esposa? ¿Se refiere a Maria?

Michelsson asintió seco con la cabeza.

—Consideramos que el pastor no es un oficiante apropiado para nuestro matrimonio, de modo que nuestra intención es establecernos en otro lugar dentro de poco.

—Con el dinero que le robó a Nils Gustaf.

—Le ruego que se marche. Tengo muchos asuntos que atender.

Señaló la puerta con un extraño movimiento de mano.

—Está sangrando —dije.

Debía de habersele abierto el corte que tenía en el antebrazo, el que le había hecho con la navaja. La tela de la camisa adquirió un tono oscuro, una gota de color sangre aterrizó en la mesa.

—En absoluto —respondió.

Con gesto acostumbrado extendió la mano para coger el papel secante y lo apretó contra la mesa. La gota de sangre fue absorbida por el papel y desapareció. Tiró el papel a la estufa con brusquedad y se quedó contemplando cómo las llamas lo devoraban mientras yo me abotonaba lentamente el abrigo. Luego salí en silencio a la lluvia otoñal.

Empapado y aterido, regresé a la casa parroquial y al calor del hogar. Brita Kajsa vino a mi encuentro en el recibidor y me comunicó en voz baja:

—Tienes visita.

Algo en su tono de voz me dio mala espina. Entré y saludé deseando la paz de Dios. Sentada en un taburete había una mujer sami, joven y muy delgada. No contestó a mi saludo pero levantó la mirada, y me paré en seco. Milla, me dio tiempo a pensar. Milla Clementsdotter...

Pero enseguida vi que no era ella. A esta mujer la había conocido hacía muy poco, y no en Åsele sino mucho más cerca.

—La he encontrado en el establo —me susurró Brita Kajsa al oído—. Se había escondido entre la paja, pero noté la inquietud de los animales.

—¿En el establo?

—Creo que ha ordeñado las vacas para poder beber. Puede que lleve



varios días allí. Le he preguntado pero se niega a contestar, no he conseguido sacarle ni una sola palabra.

Me acerqué con cautela a la mujer. Su *gákti* estaba muy desgastado y parecía hecho de viejos trapos cosidos. Al estrecharle la mano, la noté helada.

—Que la paz de Dios sea contigo —le dije de nuevo, esta vez en sami.

No daba la impresión de haberme oído. Pero me apretó la mano con una fuerza inusitada, tanto que mis nudillos soltaron un chasquido. Quise retirarla pero me la apretó más, era como si hubiese clavado su mano en la mía. Su rígido rostro tenía un aspecto amedrentador, la delgada nariz que se asemejaba a un hocico, el arco de las cejas; había mucho en ella que recordaba a un animal.

—Al principio he creído que eras Milla Clementsdotter de Åsele —dije con la mayor amabilidad de la que fui capaz.

Negó con la cabeza.

—Pero ahora te reconozco. Fuiste tú la que me defendiste en la iglesia, me salvaste la vida.

Con cuidado estreché su helado cuerpo entre mis brazos dejando que entrara en calor con mi abrazo. Con un gemido ratonil fue aflojando la tensión, noté cómo su cuerpo recobraba vida y la respiración se hacía más profunda.

—*Mun lea... lea...*—tartamudeó.

La voz sonaba inesperadamente áspera. Como si tuviera una lesión, como si se la hubiese roto gritando.

—Sé quién eres —susurré—. Te llamas Anne Maaret. Eres la hermana de Jussi.

La joven desprendía un fuerte olor a tierras cenagosas y sudor, debía de haber caminado muchas millas.

—No ha querido comer nada —dijo Brita Kajsa en un tono más bien de reproche.

—Pero ahora sí. ¿A que sí, Anne Maaret? ¿A que ahora quieres comer algo?

La conduje hasta la mesa de la cocina. Brita Kajsa le puso delante un plato de gachas y una cuchara. Me senté en la silla que había a su lado y la vi inclinarse hacia delante y olfatear como suele hacer el zorro. Desmañadamente levantó la cuchara metálica entre los dedos pulgar e índice y la mantuvo en el aire mientras estudiaba el reflejo de su distorsionada imagen en la brillante superficie. Acto seguido, cortó las gachas con la hoja de la cuchara con gestos lentos e inexpertos y se echó los trozos a la boca ayudándose del borde del plato. Era como cuando un niño pequeño intenta comer. Quizá fuera porque tenía las manos congeladas.

Me volví hacia mi mujer, que parecía incómoda. Notó que me frotaba las articulaciones de los dedos, doloridas tras el fuerte agarre de la joven.

—Ésta es la hermana de Jussi —dije—. Se llama Anne Maaret.

Brita Kajsa miró a la mujer devorar ávidamente las gachas.

—¿Quieres más? —preguntó—. ¿Más comida?

Anne Maaret quería más. Llené su plato de la olla. Mientras tanto, Brita Kajsa empezó a prepararle una cama en el suelo. El mismo sitio que había ocupado Jussi.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, Anne Maaret había desaparecido. Entré en mi estudio preguntándome dónde podría haberse ido y la encontré sentada en el suelo delante de la librería. Había abierto un libro y hacía pequeños y silenciosos movimientos con los labios. Ninguno de los habitantes de la casa se habría atrevido a meterse en mi estudio de esa manera. Nadie, excepto Jussi.

Ni siquiera levantó la mirada cuando me acomodé en mi silla, como si fuera yo quien se hubiera colado en su habitación. El libro que había encontrado lo conocía bien, era la autobiografía del obispo Sundell, un texto de escaso nivel literario en mi opinión.

—¿De modo que sabes leer, Anne Maaret?

Asintió.

—¿Fue Juhani Raattamaa quien te enseñó? ¿O algún otro de mis catequistas?

—Mi hermano me enseñó.

Me sobresalté.

—¿Jussi? ¿Y cuándo ha tenido oportunidad de hacer eso?

—Cuando venía de visita.

Pensé en los largos periodos durante los que Jussi simplemente desaparecía. Varias semanas, a veces un par de meses se había ausentado para luego, de manera igual de inesperada, regresar.

—¿Cómo te enseñó? —pregunté.

—Dibujaba en la tierra.

—¿Escribía las letras? ¿Y después las pronunciaba?

Anne Maaret asintió. Podía imaginármelos, un chico y una chica que bajan al riachuelo. Allí al lado del agua murmurante hay un lugar con un banco de lodo. Jussi coge un palo y dibuja unas letras en forma de zigzag.

—*A*—dice—. *Aaaaa...*

—*Aaa* —imita ella.

—*Aannnee...* —vocaliza mientras señala con el palito los extraños garabatos.

—*Aaanne...* ¡Anne!

—Jussi habría sido un buen catequista —dije con voz apagada para mí mismo.

—Ajá.

—Anne Maaret, ¿qué hacías allí arriba?

—Cuidar de mi madre y mi padre.

—Pero Jussi nunca me habló de ellos. Creí que era huérfano.

—Ahora están muertos. Han muerto este verano.

—Lo siento.

—Bebían.

Lo dijo con voz débil, casi sin aire. Me inspiró una enorme ternura, y de

nuevo sentí ganas de abrazarla.

—Mi padre también tenía debilidad por las bebidas alcohólicas...

A pesar de haber escrito sobre eso en *La voz del que clama en el desierto*,<sup>1</sup> me costaba hablar de ello. Los ebrios berridos de mi padre en casa ante alguna nimiedad que provocaba su ira. Mi madre que se veía obligada a apañárselas sola con nosotros durante meses mientras él viajaba por la costa haciendo negocios. Petrus y yo oíamos cómo los golpes caían el día que regresaba, eso era lo peor de todo, cuando pegaba a mi madre y no podíamos hacer nada, cuando buscábamos protección debajo de la mesa igual que unos cachorros asustados.

—¿Has venido quizá para comunicarle a Jussi su fallecimiento?

—Él ya lo sabía.

Cerró los ojos un momento.

—He venido a buscarlo.

—Pero Jussi está... ¿No te has enterado? Jussi está condenado por haber atacado a unas mujeres.

—Es inocente.

—Lo sé —me apresuré a decir—. Durante el juicio fui su defensor, pero lamentablemente el tribunal no me escuchó.

—¿Dónde está ahora?

—Lo han..., a Jussi lo han llevado a la cárcel de la ciudad de Umeå. He recurrido la sentencia, todavía existe la posibilidad de que pueda ser indultado.

—¿Indultado?

—¿No lo sabías? Lo han sentenciado a muerte. Lo ejecutarán mediante decapitación. Lo siento.

La chica me dirigió una mirada vacía.

—Él no lo ha hecho —insistió—. Tiene que haber sido otro.

—Sí —admití con voz débil.

—El hombre que lo apaleó a usted en la iglesia. Él ha sido.

Sus pupilas eran como botones negros. Por el cuello del *gákti* se movía algo hinchado, un chinche gordo del establo.

—Pero ¿cómo vamos a poder demostrarlo? ¿Cómo se encarcela a un funcionario del alguacilazgo?

—Es a él al que deben decapitar, no a mi hermano.

—¿Quieres lavarte un poco? —interrumpí mientras miraba con el rabillo del ojo a Brita Kajsa—. Voy a pedir a la criada que caliente la sauna.

El olor de la chica llenaba el estudio, acre y penetrante. Musgos húmedos, grasa animal rancia. Un olor que no era agradable sentir en casa.

—También hay ropa limpia —continué—. Vamos a lavarte la tuya y a despiojarla con el calor de las piedras de la sauna.

Ella buscó mi mano e intentó volver a agarrármela. Pero esta vez me dio tiempo a devolverle el apretón.

—Los piojos son como los pecados —expliqué—. Todos los sufrimos de vez en cuando.

Esa noche soñé con Milla Clementsdotter en Åsele. Se hallaba delante de una iglesia. Era invierno, una gran muchedumbre también aguardaba allí delante, feligreses que querían entrar al servicio religioso. Me acerqué a la puerta con un llavero en la mano y metí una de las llaves en la cerradura. Pero era demasiado pequeña. Probé con otra. Demasiado grande. Con creciente nerviosismo introduje una llave tras otra, lo intenté con todas las de mi enorme llavero, pero ninguna encajaba. La gente empezaba a mostrar su descontento, me acusaban de ser un impostor. Los había engañado para que vinieran. Me indicaron que la iglesia estaba en mal estado, y tenían razón. Las paredes se pudrían, el tejado parecía a punto de hundirse, varias ventanas se habían roto. Aterrado, me aparté y les pedí que se pusieran a salvo. Pero nadie me hizo caso, se fueron acercando y me amenazaron con todas las armas que encontraron en el camino, trozos de leña, piedras, alguno de ellos desenfundó un cuchillo. Cuando ya creía que había llegado mi último momento, resonó una

voz a la vez clara y penetrante que acallaba el ruido de la muchedumbre, y los feligreses se dieron la vuelta. Era Milla. Se había subido a un banco de la iglesia que alguien había arrastrado hasta allí, y ahora se dirigía a todos. Me puse a su lado y me di cuenta de que era más alta que yo, y mientras hablaba fue creciendo hasta acabar transformada en una mujer gigantesca. Pronunció un sermón con gritos tan fuertes que el edificio entero de la iglesia se sacudió mostrando una sacrosanta rabia de la que no había sido testigo en mi vida. Y los feligreses que la escuchaban se emocionaron con sus palabras. Los hombres y las mujeres cerraban sus manos en puños, aullaban como lobos, pero en lugar de atacarla manifestaron que estaban de su lado. Gente normal y corriente, gente humilde empezó a crecer igual que ella, y a convertirse en gigantes. Sólo yo conservé mi tamaño normal, y pronto el pastor fue el más pequeño de la congregación. Luego resonó un estrépito como de un trueno. Y cuando me di la vuelta vi que todos los cimientos de la iglesia se tambaleaban y con un prolongado estruendo el edificio se vino abajo.

A la mañana siguiente, Anne Maaret ya no estaba. Me contaron que la habían visto salir de la sauna vestida con su ropa limpia, pero después había desaparecido.

—No parece haber dormido aquí esta noche —dijo Brita Kajsa—. Su cama está sin tocar.

Sentí crecer mi inquietud, y no supe qué contestar. Brita Kajsa me dio un trozo de pescado cocido del día anterior. La carne era blanca y tierna, le quité las espinas ayudándome de los dedos.

—¿Con qué has soñado? —preguntó ella.

—¿Soñar?

—Toda la cama se sacudía al darte la vuelta. Y además has hablado.

—¿He hablado?

—Milla, has dicho varias veces. Milla, Milla.

—He soñado con el movimiento del despertar.

—¿Y?

—O quizá no tanto con el movimiento en sí. He sentido la fuerza en la muchedumbre. Cómo iba creciendo, cómo la rabia de esta gente pobre buscaba una salida.

—¿Y qué pasó?

—No me acuerdo.

—Sí, venga, seguro que te acuerdas.

Como tantas otras veces, parecía capaz de ver en mi interior. Intenté reírme, pero más que a risa sonó a tos.

—La iglesia se vino abajo —murmuré.

—¿La destruyeron?

—Ya estaba podrida de antes. Y luego se derrumbó.

Me lamí la grasa del pescado que se me había pegado en los dedos e inspiré hondo antes de continuar.

—¿Tú crees, querida esposa, que el despertar cala más hondo en las mujeres que en los hombres?

—A menudo me parece que es así, sí.

—¿Pero por qué? ¿Está la mujer quizá más cerca de Dios?

—Los hombres tienen más que perder.

—¿Y por qué se extiende el despertar con más fuerza entre los pobres que entre los ricos?

—Los ricos tienen más que perder.

—Los hombres y los ricos tienen tanto que ganar como cualquier otro — protesté—. ¿No buscamos todos la vida eterna?

—¿Otro día más de dudas? —me regañó con fingida severidad.

—Sólo estaba pensando que si el subyugado se levanta y eleva su voz, ¿realmente eso convertirá el mundo en un lugar mejor?

—¿Quieres decir que la mujer ya no tiene por qué guardar silencio en las congregaciones? A lo mejor el pastor haría bien en preparar a una predicadora.

—¿Y los hombres escucharían a una mujer? —pregunté.

—Pues tú escuchaste a Milla en Åsele. Fueron sus palabras las que inspiraron el movimiento del despertar, ¡ya hemos hablado de eso!

—Es verdad.

—Las palabras de una mujer.

—Sólo quería decir que..., que la humanidad parece hallarse ante unos tiempos muy peligrosos. Que ahí se esconde una bestia, una bestia que se ha despertado en lo profundo de su cueva.

—¿No habrá empezado a creer en dragones, pastor?

—Dragones de aguardiente. Dragones que roban. Dragones soberbios.



¿Qué tiempos le esperan a la próxima generación, a nuestros pobres nietos y bisnietos?

—Pues unos tiempos que ya no se escribirán con el dieciocho sino con el diecinueve, un nuevo siglo.

—Diecinueve es un número extraño. Compuesto por un uno y un nueve. Lo más bajo y lo más alto.

—Como la vida.

—Como la guerra.

No respondió. Advertí en sus gestos que la había preocupado. Ya había terminado su desayuno mientras que yo, por mi parte, apenas lo había empezado. Quería suavizar ese último comentario, pensé explicarle que había dormido mal, pero ya se había levantado de la mesa y dirigido hacia el aparador para ocuparse de los quehaceres matinales. Sentí un tembleque en la mano y unos ácidos amargos que me subían a la garganta.

La cárcel de la ciudad de Umeå se alzaba con sus murallas mojadas de lluvia en medio del inclemente otoño. El director de la prisión, Thorstensson, estaba en su despacho leyendo el correo. Repasaba, sobre todo, los encargos de cara al invierno: cereales, zapatos, uniformes de preso forrados para protegerse del frío invernal. Y luego se encontró con la carta de un profesor universitario que se había enterado de la inminente ejecución de un joven sami, y que tenía mucho interés en quedarse con el cráneo. Para tal fin adjuntaba una caja de transporte llena de sal, ya franqueada y con la dirección indicada.

Se abrió la puerta y entró uno de los guardias de la prisión. Se trataba de Holmlund, un chico campesino de Sävar con nariz mocosa y que siempre estaba aterrado por la posibilidad de cometer un error. Se quedó parado dando rasponazos con las botas en el suelo, reacio a tomar la palabra antes de que se dirigieran a él. Se quitó la gorra del uniforme con un movimiento nervioso y la apretó contra el pecho.

—¿Y bien? —murmuró Thorstensson.

—Ya está aquí otra vez. La hermana del preso condenado a muerte.

—¿La niña lapona?

—Le ha traído comida al reo.

—¿Qué tipo de comida?

—Pan y mantequilla.

Thorstensson miró por la ventana. Estaba provista de rejas de hierro, al igual que las celdas. La lluvia rociaba el cristal.

—¿Y el preso se ha comportado bien?

—Ninguna objeción —respondió Holmlund.

—¿Y se le mantiene oportunamente separado de los otros presos?

—Sí, tal y como usted quería, señor Thorstensson.

—Bueno, entonces déjalos que se vean. Inspecciona a fondo la comida, no vaya a ser que haya escondido algo dentro.

—Faltaría más, señor director.

—¿Viene todos los días?

—Todos los días. Pero..., pero me temo que la comida la roba en el pueblo.

—¿Estás seguro, Holmlund?

—Es que va tan mal vestida... ¿Cómo podría permitirse una pobre lapona comprar mantequilla?

—Bien visto, Holmlund. Está muy bien que preste atención. ¡Retírese!

Holmlund hizo el saludo militar y volvió a su garita junto al muro interior. Allí estaba la chica lapona con su fardo, vestida con su *gákti* desgastado y roto. La cara se veía sucia y la ropa desprendía un olor acre a humo de fogata. Con semblante adusto, Holmlund vació el fardo encima de la mesa de registro y desmigó el pan concienzudamente. Al llegar al trozo de mantequilla vaciló un segundo antes de agarrarlo con las manos y presionar tan fuerte que la dorada grasa se coló entre sus dedos. Ahí no se había escondido nada indebido. Recogió rápido la mantequilla y la envolvió de nuevo en la tela para, acto seguido, lamerse los dedos.

—El director da permiso de visita —constató seco.

—Gracias —susurró la chica inclinándose.

La acompañó a la celda de su hermano. Jussi Sieppinen estaba sentado en la litera con las rodillas en la barbilla, igual de flaco que su hermana, y los dos una cabeza más bajos que el corpulento Holmlund.

—¡Esposas!

Jussi extendió su delgado brazo. Su mirada era implorante.

—No tan fuerte —pidió—. Por favor, Holmlund, no tan fuerte.

Al mismo tiempo, Anne Maaret hizo una gran bola de pan con las migas y

añadió un buen trozo de mantequilla y se la tendió al guardia. Éste recogió la chirriante cadena del preso, sujetó un extremo a la pared del calabozo y el otro a las esposas de Jussi, que apretó un poco menos de lo habitual. Luego, ávido, cogió la bola de pan y mantequilla y se apostó delante de la puerta. Casi con devoción empezó a comer el pan campesino con la suave mantequilla recién hecha. Oyó cómo los hermanos hablaban en su lengua lapona, esa lengua animal que provocaba escalofríos en cualquier buen cristiano. La cadena chirrió cuando el preso empezó a comer. Innecesarios esos regalos de la hermana, podía pensarse. Total, el pobre chico pronto perdería la cabeza de todos modos.

En la celda, fuera del campo de visión del guardia, Anne Maaret agarró el brazo de su hermano. Resuelta y diligente, le untó la delgada muñeca con la mantequilla a los dos lados de la esposa. La piel se volvió aceitosa y resbaladiza por la grasa.

Cuando Holmlund abrió la puerta para avisarlos de que el tiempo de la visita se había acabado, la niña lapona sollozaba desconsoladamente con la cara oculta entre las manos. El joven estaba sentado en su litera inclinado hacia delante, al parecer rezando a los poderes superiores. Tenía la cara desencajada, le resbalaba saliva por las comisuras de los labios y el pelo le caía sobre el rostro. Holmlund decidió dejarlo encadenado hasta que se calmara. Cerró con un portazo y le dio dos vueltas a la llave. Además, pegó un buen tirón de la manija a fin de asegurarse de que la puerta quedaba bien cerrada. Luego acompañó a la llorosa niña lapona a través de los pasillos de piedra para primero pasar por la puerta interior y después cruzar la exterior. Cada vez que intentó decirle algo, ella se limitó a sacudir la cabeza presa del desamparo, de modo que sintió alivio cuando la vio alejarse por la calle adoquinada chapoteando con sus mojadas botas laponas. Ahora bien, la mantequilla, aunque sin duda era robada, estaba realmente deliciosa. Una auténtica mantequilla de granja de Västerbotten.

Una mañana a finales de octubre, Elina Mukka, esposa de un granjero de la zona, iba caminando por el accidentado sendero desde Kengis en dirección a Pajala. La escarcha nocturna de los últimos días hacía la tierra resbaladiza, por lo que se escurrió varias veces entre los hoyos del camino con sus botas de suela plana. Pensó que quizá sería más fácil si no pisaba las huellas de las ruedas, de modo que se adentró un poco en el bosque. Fue entonces cuando descubrió el cuerpo que yacía casi invisible entre la maleza. El brazo derecho extendido como si quisiera abrazar la tierra, el izquierdo forzado hacia la espalda. Los dedos, que apuntaban tiesos en todas direcciones sobre la hierba escarchada, mostraban una palidez azulada. Pero lo que más aterró a Elina fue la cabeza. Estaba un poco más allá, separada del cuerpo. Por el corte asomaba la seccionada tráquea como una boca entre los coágulos de sangre. La gorra se le había caído y revelaba una cabeza con poco pelo, casi calva, y en el cogote se abría un cráter de astillas de huesos y membranas.

—*Jumalan auta...* —gimió apretándose el delantal contra los labios.

Había reconocido al hombre. Tenía los párpados entreabiertos y el iris de los ojos parecía cubierto de una capa fina y brillante.

Era el ayudante del alguacilazgo quien yacía allí. El señor Michelsson.

Me avisó un chico campesino de la zona. A pesar de que el invierno se avecinaba, el chaval llegó corriendo descalzo, rápido como una comadreja, y en cuanto me hubo avisado se marchó a la carrera hasta la próxima granja. Me calcé las botas, cogí mi abrigo y eché a andar hacia el lugar del hallazgo. Una docena de los vecinos más cercanos ya se había congregado allí, y a mi

llegada se descubrieron y me saludaron con inclinaciones y reverencias. Me abrí paso entre la gente y me quedé contemplando al muerto. Habían movido el cuerpo, lo habían puesto boca arriba esforzándose por que los rígidos dedos estuvieran entrelazados sobre el pecho. La cabeza la habían vuelto a colocar en su sitio y habían cubierto el rostro con la gorra del propio muerto. La levanté y vi que habían sido necesarios varios cortes para penetrar en el cuello, y también que había una herida profunda en la parte de atrás de la cabeza. La violencia se había ejercido con algún tipo de hacha. El golpe en el codo probablemente se había asestado mientras la víctima pasaba andando, sin sospechar nada. El ángulo indicaba que el agresor era más bajo que el fallecido.

—¿Habéis llamado al alguacil?

—Está de camino.

A pesar de todas las pisadas que había en la zona pude seguir el reguero de sangre por donde habían arrastrado el cuerpo, desde el sendero hasta la maleza. La sección de la cabeza se había llevado a cabo ahí dentro, a juzgar por la cantidad de sangre. No tardé en descubrir que el perpetrador había esperado al acecho tras unos abetos. El musgo se veía aplastado y a la izquierda del tronco de un árbol encontré la marca alargada y estrecha de algo que había estado apoyado en el suelo; por la forma adiviné que se trataba de la cabeza de un hacha. El atacante la había llevado en la mano izquierda y la había apoyado en el tronco del abeto mientras aguardaba a su víctima. Las huellas de los pies eran de unas botas laponas de suela plana. Pequeñas. Sentí cómo mi estómago se contraía.

Registré los bolsillos de Michelsson. Allí había un pañuelo mugriento, algunas monedas, un reloj con su cadena de latón. El asesino difícilmente había ido en busca de objetos de valor. En el abrigo encontré un lápiz y algunos papeles doblados. Abrí las hojas y vi su bonita y bien formada letra. Se trataba de unos breves versos de algún tipo, al parecer escribía poesía.

Cuando los leí, sentí un tufo a depredador que me erizó los pelos de la nuca. Los poemas hablaban de sus presas.

Me incorporé y miré a mi alrededor.

—No hay nada más que podamos hacer —expliqué con semblante serio.

Con la cabeza gacha me dispuse a marcharme.

—Pero... ¿el pastor no va a rezar por el muerto?

—Eh, sí —murmuré—. Sí, sí, claro.

Realicé mis rituales sacerdotales para luego marcharme apresurado antes de que apareciera Brahe. La casa parroquial estaba en silencio, sólo se oía el rumor del rápido del río, ninguno de los criados se dejaba ver. Me acerqué a la leñera y me quedé dudando delante de la puerta. Al final entré. Encontré el hacha en su sitio habitual, apoyada en el tajo. Cuando examiné la cabeza forjada con tanto esmero en la fundición de Kengis y que llevaba mis iniciales, hallé unas manchas marrones. A primera vista parecían de herrumbre. Pero al estudiarlas más de cerca descubrí pegados unos pelos cortos. Permanecí un rato respirando hondo. Después cogí el hacha y la llevé a la sauna para limpiarla a conciencia con un cepillo hasta que el menor rastro hubo desaparecido.

El funeral del ayudante del alguacilazgo Michelsson se celebró en la iglesia de Kengis conmigo de oficiante. Su madre viajó desde Pello, una mujer alta y flaca con el rostro gris por el luto. Fue ella quien insistió en que el famoso pastor de la zona se encargara del servicio religioso.

—Mi hijo hablaba siempre tan bien del señor párroco... Decía a menudo que le hubiera gustado estudiar para ser pastor.

—¿Viene su novia desde Pello? —De repente me acordé de ella.

—No, nunca ha tenido novia —dijo la madre—. Es que era tan tímido con las mujeres, ¿sabe usted?; era un chico tan bueno y sensible...

Se le quebró la voz e irrumpió en un llanto seco, desconsolado. En mi sermón hablé del juez absoluto al que todos un día nos enfrentaríamos. El que

juzgaría nuestros actos mientras nos hallábamos ante él transparentes como el cristal, con todas nuestras oscuridades al descubierto. Acto seguido, eché tres puñados de tierra sobre el ataúd y lo envié a ese infierno del que había salido. El alguacil Brahe pronunció un discurso sensiblero sobre su fallecido colega, hablando de las dificultades de una profesión en la que era muy fácil hacer enemigos. Aun así, el coraje y el sentido del deber de un policía no podían fallar nunca. Era a fieles y entregados servidores del Estado como Michelsson a los que les debíamos que el criminal de este verano estuviera encarcelado en Umeå. El asesino de Michelsson también sería apresado en breve, prometió el alguacil Brahe con la voz quebrada por la emoción.

Luego el ataúd se llevó al cementerio y se descendió en la fría tierra otoñal. Deberían haber cogido su cráneo, pensé. Hervirlo y limpiarlo bien. Y enviarlo a un museo en Estocolmo.

Una vez en casa después del entierro, me lavé concienzudamente las manos. Las sentía sucias tras haberlas estrechado tantas veces con alguaciles y taberneros.



La mañana del 8 de noviembre de 1852 llega un nutrido grupo de samis al pueblo de Kautokeino en el norte de Noruega. Algo salvaje y lleno de excitación reina en el ambiente. Los samis afirman pertenecer al movimiento del despertar religioso fundado por el pastor de Kengis, y entre gritos de guerra cristianos les quitan los arreos a sus renos liberándolos de sus *ackjas*. De una empalizada cercana arrancan palos para emplearlos como armas y emprenden el camino hacia la casa del tendero Carl Johan Ruth. Dando alaridos, el grupo irrumpe en el terreno de la finca y se dirige hacia el señor Ruth acompañado en ese momento por el alguacil Lars Johan Bucht. El cabecilla de los samis, Aslak Haetta, se lanza sobre éste chillándole:

—¡Conviértete!

Sin esperar respuesta alguna, lo ataca con su palo. Desesperado, Bucht intenta defenderse, y estalla una lucha encarnizada. Haetta le muerde en la nariz tan fuerte que casi se la arranca. Bucht trata de desenfundar su cuchillo, pero Haetta consigue hacerse con él y le clava la hoja en la axila, hasta el fondo. Varios de los samis se unen a la pelea, entre ellos Ellen Skum, y los golpes llueven sobre el alguacil. Bucht cae al suelo, pero logra levantarse y, tambaleante, va hacia la cabaña de los braceros, pero antes de llegar Aslak Haetta le da alcance, y mientras los otros samis lo sujetan, Haetta le hinca el cuchillo en la espalda, justo debajo del omóplato.

Mientras tanto, el tendero Ruth intenta ayudar a Bucht. De un tirón se hace con el palo que portaba una de las mujeres, pero los otros samis lo reducen y lo apalean y cae desplomado al suelo donde varias de las mujeres, Ellen y Kirsten Spein, Berit Gaup y Marit Sara, siguen golpeándolo hasta que le

rompen la cabeza, le parten el hueso de la nuca y trozos del hueso se introducen en la sustancia cerebral. Thomas Eira, finalmente, le pone un cuchillo en el pecho y Ole Somby le ayuda a hundirlo hasta el corazón.

Entretanto, el alguacil Bucht, a pesar de la gravedad de sus heridas, consigue huir y se refugia en la casa de Ruth. Sube tambaleándose las escaleras hasta la planta de arriba, donde se encierra en el cuarto de invitados. Extenuado, se tumba en la cama. Mons Somby, sin embargo, le sigue y rompe a hachazos la puerta. La paliza continúa sin misericordia.

—¡Todavía mueve los ojos! —grita abajo a los demás.

Tanto hombres como mujeres suben corriendo para golpear el cuerpo, a estas alturas indefenso. Aslak Haetta le incrusta el cuchillo en el pecho, pero la punta queda atrapada en el esternón. Entonces su hermano Lars empieza a martillar el mango del cuchillo con un trozo de leña para que penetre hasta el fondo. La sangre sale a borbotones de la herida mientras la última chispa de vida se va apagando.

Al mismo tiempo que atacan a Ruth, su esposa huye hasta la casa parroquial con la más pequeña de sus hijos en brazos. Entra gritando:

—¡Están matando a mi marido!

El pastor Fredrik Waldemar Hvoslef acude a toda prisa al lugar para intentar ayudar. Encuentra muerto al tendero delante de la casa rodeado de unas figuras vestidas con pieles, más parecidas a animales salvajes que a seres humanos y que siguen apaleando el cuerpo del caído. En cuanto descubren a Hvoslef, le llueven los golpes. Se quita enseguida las gafas a fin de protegerse los ojos de las esquirlas de cristal. Tanto hombres como mujeres, incluso niños, aporrean al pastor, le escupen en la cara y le arrancan la camisa dejándolo medio desnudo en el frío. Durante toda la paliza, Aslak Rist está plantado delante de él gritando:

—¡Arrepiéntete, hijo del diablo, asesino de almas!

Con violencia y entre juramentos intentan exorcizar al diablo que mora en Hvoslef. Al final lo conducen a la casa parroquial, cuyos habitantes se han

atrincherado bloqueando la puerta. Los atacantes rompen los cristales de las ventanas y entran arrastrándose por ellas. Empieza un linchamiento salvaje. Durante horas, sin dejar de proferir maldiciones, se ata y se arrastra por el suelo a los que se han parapetado allí. Mientras Aslak Rist vigila, las mujeres llevan a cabo el apaleamiento. Se sientan encima de sus víctimas y las golpean, sobre todo en la cabeza y la cara hasta que éstas se hinchan y se cubren de heridas. Varios de los agredidos pierden el conocimiento. El pastor no cesa de rezar en voz alta, se da cuenta de que los atacantes sólo se calman algo si escuchan una y otra vez el nombre de Jesucristo.

Al cabo de un rato, un intenso brillo de luz se refleja en la pared de la cocina. Viene de fuera, y Aslak Rist sale a la escalera del porche con Hvoslef. La casa del tendero Ruth está en llamas, y Aslak la señala con el dedo:

—Allí puedes ver cómo los impenitentes arden en el infierno.

Algunos de los violentos salen corriendo hacia la tienda para saquearla antes de que desaparezca bajo las llamas. Se produce una repentina pausa en la paliza, y Hvoslef intenta tranquilizar a los afectados. Le impresiona que la esposa de Ruth, con su pequeña en brazos, logre mantener la calma, a pesar de que acaba de presenciar la muerte de su marido. Sin embargo, pronto vuelven los agresores y se retoma la tortura.

El contraataque no llega hasta poco antes de las cuatro de la tarde. Varios samis de la zona se han reunido para defenderse. Allí están, entre otros, Ole Thuri, Johannes e Isak Haetta. Ahora se lanzan contra los violentos. Empieza una auténtica batalla campal. Los insurgentes Ole Somby y Marit Spein sufren heridas tan graves que acaban falleciendo, y a los otros los reducen hasta dejarlos inconscientes.

La insurrección de Kautokeino por fin ha terminado.

Treinta y tres personas son llevadas a juicio acusadas de asesinato, delito de incendio, lesiones, amenazas y robo. A Aslak Haetta y Mons Somby se los condena a muerte y son decapitados. A otros los sentencian a largas penas de

cárcel. Muchos piensan que también debe ser juzgado el culpable de ese absurdo baño de sangre, o sea, la persona que en su momento creó el movimiento del despertar religioso que inspiró a los violentos: el pastor de Kengis.

El movimiento del despertar se enfrenta a su inminente destrucción.

Al amanecer despertaron al preso, Jussi Sieppinen, en su celda de la prisión de Umeå y le ofrecieron una taza de café y una rebanada de pan. Éste, sin embargo, se negó a consumir nada, y parecía muy tenso ante lo que le aguardaba. El barbero le cortó la melena por detrás a fin de dejar al descubierto el cuello, y a continuación dos guardias lo llevaron encadenado hasta el patio interior. Reunidos en torno al cadalso bajo la granulada luz matinal había un puñado de hombres con semblantes serios y formales. El director de la cárcel, Thorstensson, sacó sus gafas de montura metálica de una funda de nácar con las yemas de los dedos y se las puso en la punta de la nariz. Con voz chirriante procedió a leer el veredicto emitido por el tribunal y la carta en la que la Casa Real comunicaba el rechazo a la solicitud de indulto.

El pastor de la cárcel dio un paso hacia delante. Leyó el padrenuestro con tono solemne, tras lo cual procedió a predicar con rigidez sobre la grandeza de Dios y las posibilidades del perdón de los pecados. Si se humillaba, incluso el mayor de los pecadores podía ser acogido en los brazos del buen Padre. Por eso ahora ante los aquí presentes existía una última oportunidad de abrir el corazón para así ir al encuentro con el Creador con una mente pura. Por tanto, ¿había algo que Jussi Sieppinen quisiera decir antes de que el procedimiento empezara?

El joven lapón los observó con los ojos entornados bajo el largo flequillo.

—Soy una mujer —dijo en un sueco con fuerte acento.

Los hombres se miraron de reojo, desconcertados. A pesar de las esposas, el condenado consiguió agarrarse los pantalones y bajarlos un poco. Y, efectivamente, a primera vista parecía que al preso le faltaba el pene.

Durante un instante, Thorstensson se quedó de piedra. Luego carraspeó y ordenó al médico de la cárcel que examinase al preso. Bajo un silencio embarazoso, el galeno se puso en cuclillas y pudo, tras una rápida exploración, comunicar susurrando al director que, en efecto, el preso carecía de órganos genitales masculinos. En cambio, tenía en la parte superior de su cuerpo pequeños pechos femeninos, fuertemente vendados.

—¡Pero qué coño...! —exclamó Thorstensson.

Un murmullo de indignación estalló entre los hombres. El ambiente protocolario que los funcionarios habían intentado mantener se esfumó de un plumazo. El verdugo, que hasta ese momento había permanecido oculto tras una puerta, se asomó para ver qué pasaba. Thorstensson, dejando bien patente su irritación, se dirigió sin más preámbulos al preso para preguntarle quién era.

—Soy otra persona —fue la respuesta.

—O sea, ¿no eres Jussi Sieppinen?

—Ya no.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me he transformado. Me he convertido en otra persona.

—Eso no es posible.

—Sí, para un *noaide*, sí lo es.

Uno de los guardias, Holmlund, el joven de Sävar, había malentendido la situación y procedió a actuar. Sacó una venda y le tapó los ojos al preso tal y como le habían ordenado, cosa que el verdugo interpretó como una señal, por lo que salió de detrás de la puerta portando su afilada y pesada hacha. Los guardias tumbaron al reo junto al cadalso y le introdujeron la cabeza en la medialuna del cepo. Thorstensson gesticuló desconcertado con la mano indicándole al verdugo que esperara, y convocó al clérigo, al médico y a los testigos. Entre murmullos empezaron a discutir qué podía haber salido mal. ¿Se habrían equivocado de presidiario al ir a buscarlo? Pero los guardias aseguraron que no se había cometido ningún error. Ésta era la persona que

había ocupado la celda de los sentenciados a muerte, y de momento no había otros reos con esa condena en la cárcel. Todos contemplaron al menudo preso sin estar seguros de lo que veían. Su pelo era largo y lacio y no tenía barba, pero eso les pasaba a menudo a los lapones; para alguien ajeno a esa raza, los hombres y las mujeres se parecían mucho. Si esto llegara a saberse, la organización penitenciaria quedaría en muy mal lugar, sobre todo teniendo en cuenta la insurrección ocurrida hacía poco en Kautokeino. ¿Qué imagen darían si resultaba que un homicida lapón conseguía engañar al sistema judicial? ¿Quizá lo mejor sería simplemente... dejar que el verdugo hiciera su trabajo...?

De pronto, desde abajo, desde el preso arrodillado, salieron unos sonidos guturales. Espeluznantes ululatos y canturreos brotaron como del inframundo. Sonaba tan impío que a los congregados se les erizó el vello de la nuca, como una maldición animal, un alargado y amenazador conjuro:

—*Nooo-noo-aaa-uuu...*

El clérigo comenzó a rezar en voz alta y clara para ahogar la letanía hereje. Los guardias se taparon los oídos mientras el verdugo se colocaba en su posición y alzaba la amedrentadora hacha. Thorstensson, con expresión grave, se volvió hacia el médico, que, vacilando, miró con el rabillo del ojo al pastor.

¿Qué iban a hacer?

Sí, eso, ¿qué diantres podía hacerse con los lapones?

La nieve cae lentamente. Las huellas de nuestras pisadas se vuelven negras y mojadas a lo largo de los senderos. Cada día andamos hasta que se nos acaban las fuerzas. Si tenemos suerte, encontramos un granero con paja. Si no, nos acurrucamos arrimados el uno al otro debajo de un tupido abeto, tan cerca que sobrevivimos gracias al calor mutuo que nos damos.

Voy adonde quieras.

Y al final fue así.

La última noche antes de marcharnos fuimos a la casa parroquial. Guardamos silencio mientras el pastor, durante mucho rato, nos cogía las manos.

—Jussi, ¿qué piensas del niño? —preguntó.

—Nos ocuparemos de él —respondí.

—¿Aunque no sea tuyo?

—Ahora es mío.

El párroco se volvió hacia Maria, que estaba allí con la abultada barriga en su ropa de establo. No le había dado tiempo a ponerse nada más bonito.

—Pero tú, Maria, habías pensado convertirte en la esposa de Michelsson...

Maria bajó la mirada.

—Fueron los demonios. Pero he dejado de escucharlos. Es a Jussi a quien quiero.

El pastor se humedeció los labios con la lengua.

—Quiero recordaros que Jussi Sieppinen, por lo que se sabe, sigue preso en la cárcel de Umeå. El hombre a tu lado, por tanto, debe llamarse de otro modo.



El párroco me miró con ojos severos.

—El pastor puede escribir Josef —dije.

—¿Josef Sieppinen?

—No, sólo Josef. Es suficiente. Pues va bien con Maria.

El pastor cambió el nombre.

—¿Estáis dispuestos a recibirlos el uno al otro como esposo y esposa?

—Sí —susurró Maria—. Sí, estamos dispuestos.

Con rostro serio, el párroco mojó la pluma y nos inscribió en el libro de matrimonios. Uno al lado del otro.

—¿Y adónde pensáis irlos? —preguntó con voz temblorosa.

—Hacia el norte —dije—. Hasta la costa del océano Ártico.

—«Se afirma que la familia se ha mudado a Noruega» —anotó.

Con un profundo suspiro, el pastor dejó la pluma. Me agarró el brazo izquierdo y miró detenidamente la manga del *gákti*.

—La has lavado.

—Sí —admití.

—¿Has lavado la manga izquierda del *gákti* y la derecha no?

No fui capaz de responderle. Acercó su enorme nariz a la tela e inspiró hondo.

—Oso —murmuró—. Huele a oso depredador.

Me solté tímidamente de su agarre. Desde el escritorio me tendió una biblia, el mismo ejemplar que me había prestado en la cárcel. La hojeé y vi que había conseguido encontrar mi texto oculto.

—Sigue escribiendo —me animó.

—Gracias —susurré—. Lo haré. Gracias, querido pastor.

Me rodeó con sus brazos, y parecía querer decir algo más. Sentí el temblor de su barbilla en mi hombro. Luego se apartó un poco y se pasó las manos por los pantalones como si estuvieran mojadas. Como si acabara de lavárselas.

—Nos volveremos a ver, ¿no? —dije yo inseguro.

El pastor me miró a los ojos, la mejilla gris brillaba por las lágrimas.

—En otro mundo quizá.

—Gracias, en cualquier caso. Gracias por haberme inscrito en el libro. Sin eso yo nunca habría existido, padre...

Esa palabra fue la última que me oyó decir. El maestro. El pastor. El hombre que se convirtió en mi padre. Entendí que no volvería a verlo jamás.

Salimos sigilosamente a la oscuridad nocturna. Una vez cerrada la puerta de la casa parroquial, sentí cómo Maria se arrimaba delicadamente a mí. Nos quedamos parados allí un momento en el frío. Ella, la puta, como la llamaban en el pueblo. Y yo, el asesino.

Su abultada barriga tensaba la túnica. Con cuidado abracé a la mujer que ahora era mi esposa. Un tintineo de monedas salió de su bolsillo. «Perdóname», murmuré con la mano tapando mi boca destrozada.

—Era el dinero de Nils Gustaf—susurró—. Pero ahora es mío.

Despacio, me apartó la mano de los labios y miró toda mi fealdad. Luego se acercó a mí con tanta ternura que el corazón se me aceleró. Y me besó. Mi querida esposa. Maria, la mujer que iba a acompañarme durante el resto de mi vida. La sedosa piel de su cuello, la punta de mi lengua contra la suya, un amor tan fuerte que bastaría para llevarnos a través de la oscuridad de las tierras nortañas.

Sabemos que vendrán a por nosotros, que nunca dejarán de buscarnos. Cada día caminamos más al norte. Nos enfrentamos al frío, al viento y a una oscuridad que se vuelve cada vez más densa. Como animales nos adentramos en el silencio invernal. La nieve cubre todas nuestras huellas.

## Epílogo

El pastor Lars Levi Læstadius fue retratado en varias ocasiones durante su vida. Un óleo de François-Auguste Biard lo representa predicando a los samis en un ambiente ártico imaginario, vestido con un abrigo de piel de lobo y un sombrero de copa entre masas de hielo que se alzan a su alrededor. El cuadro se expuso en el Salón de París en 1841. Más conocido es el dibujo a carboncillo realizado por el artista francés Charles Giraud, y que se ha reproducido en distintas versiones. En el pecho de Læstadius cuelga la Legión de Honor que le fue otorgada por los franceses en agradecimiento por su ayuda durante la expedición Recherche. El retrato comenzado en esta historia, sin embargo, no se ha hallado nunca.

No se tenía constancia de la existencia de ninguna fotografía del pastor, por lo que fue una gran sorpresa cuando se encontró una placa de vidrio oculta entre las vigas del techo durante los trabajos de reforma de la vieja casa parroquial de Pajala en el verano de 2016. Después de tantos años, la imagen de luz se ha conservado notablemente bien. Se ve una oscura figura masculina que nos contempla con semblante serio, sentada delante de la iglesia de Kengis, derribada hace ya muchos años.

Una biografía con el título *Mu eallin* se publicó en el norte de Noruega alrededor del año 1890, y es uno de los documentos en lengua sami más antiguos que se conocen, escrito desde dentro de la cultura sami. Es un texto que en gran medida ha inspirado esta novela. Se desconoce el nombre del escritor.

Los registros parroquiales donde el pastor anotaba todos los nacimientos y matrimonios de la zona se guardaron durante mucho tiempo en Pajala. Pero el

21 de febrero de 1940, el pueblo se vio afectado de manera inesperada por la guerra. Aviones soviéticos invadieron el espacio aéreo sueco, los pilotos habían confundido Pajala con la ciudad finlandesa de Rovaniemi. Cuarenta y ocho bombas de fragmentación y centenares de proyectiles incendiarios llovieron sobre el pueblo. Uno de éstos estalló en el cementerio, a pocos metros de la tumba del pastor y Brita Kajsa; otros abrieron cráteres cerca de la iglesia y dañaron varios edificios. Como por un milagro no murió nadie, la única víctima mortal fue uno de los caballos del pueblo. Por fortuna, los registros parroquiales se mantuvieron intactos, pero el suceso provocó una honda preocupación. De modo que a fin de proteger mejor estos importantes documentos, los trasladaron al norte, al pueblo de Muodoslompolo. Pero sólo un año después, el 24 de noviembre de 1941, la casa parroquial de Muodoslompolo sufrió un incendio accidental. Los registros donde Læstadius anotaba de su propio puño y letra los nombres de los feligreses fueron pasto de las llamas y desaparecieron para siempre.

El autor de este libro se crio a tiro de piedra de la vieja casa parroquial de Pajala, donde Lars Levi Læstadius vivió con su familia hasta el día de su muerte, a la edad de sesenta y un años, en febrero de 1861. Según la leyenda, en ese momento yacía sobre una piel de oso.

# Notas

1. Cucharón de madera de abedul hecho a mano típico del pueblo sami. (*N. de los t.*)

1. Bosquecillo, arboleda, en finés en el original. (*N. de los t.*)

1. Los movimientos del despertar religioso se caracterizan por conversiones repentinas, intensas experiencias emocionales, literalidad bíblica y unas directrices éticas específicas.  
*(N. de los t.)*



2. Chamán del pueblo sami. (*N. de los t.*)

1. Un *goahti* es la vivienda tradicional sami. (*N. de los t.*)

1. Canto típico del pueblo sami. (*N. de los t.*)

2. El personaje del párroco está inspirado en Lars Levi Læstadius (1800-1861), pastor luterano, líder del movimiento del despertar religioso conocido como læstadianismo, escritor y botánico. *(N. de los t.)*

1. Traje tradicional de los samis. (*N. de los t.*)

1. Moneda sueca que precedió a la actual corona. (*N. de los t.*)

1. Pan ácimo típico de Finlandia y del valle del Torne hecho de patata o centeno. (*N. de los t.*)

1. Calor del vapor que sale de las piedras en una sauna al echarle agua encima, en finés en el original. (*N. de los t.*)



1. *Perkele* y *helveti* son dos tacos en finés. (*N. de los t.*)

1. Revista publicada por Lars Levi Læstadius de 1852 a 1854. (*N. de los t.*)

*Cocinar un oso*  
Mikael Niemi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Koka björn*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la fotografía de la portada, Eric Vega y Diogo Pereira / EyeEm / Getty Images

© Mikael Niemi, 2017  
Publicado de acuerdo con Hedlund Agency

© de la traducción, Martin Lexell y Mónica Corral Frías, 2019

Este libro se ha publicado con la ayuda del Swedish Arts Council

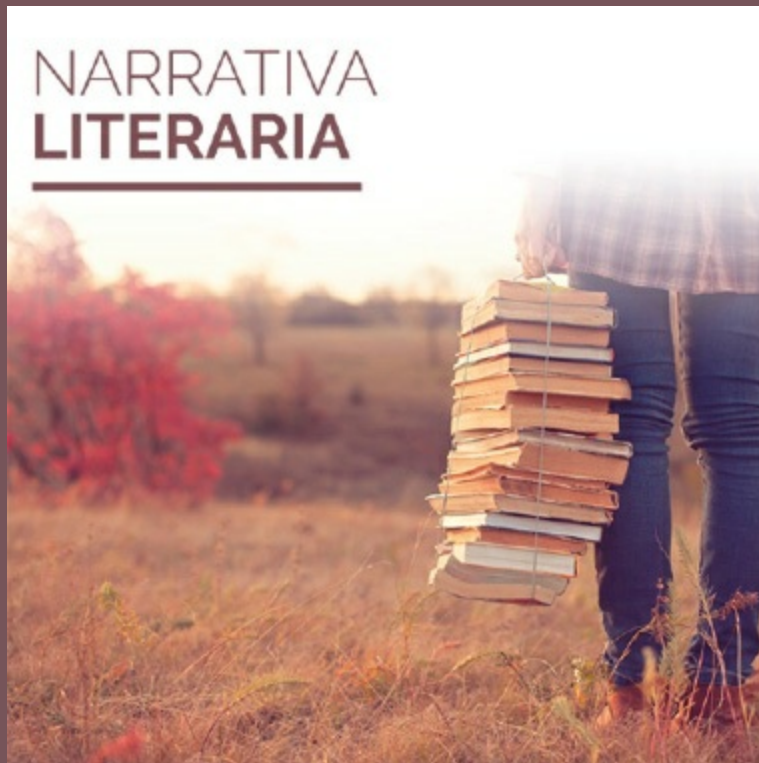
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-322-3536-8 (epub)


Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**



 Seix Barral

**Mikael Niemi**

---

Cocinar un oso

---

